

Reliquias vivientes
del Llano venezolano

Reliquias vivientes **del Llano venezolano**

Otto G. Gómez Pernía
Juan V. Carrillo-Batalla Mattar

Fotografía
Javier Mesa
Luis Julio Toro



Dirección y producción
Otto G. Gómez Pernía

Coordinación editorial y tratamiento de textos
EDITEMOS
Ginett Alarcón
Marisa Mena

Textos
Otto G. Gómez Pernía
Juan V. Carrillo-Batalla Mattar

Gastronomía
Héctor Romero
Instituto Culinario de Caracas (ICC)

Fotografías
Javier Mesa (color)
Luis Julio Toro
(b/n y pp. 230, 231, 232, 284, 290, 293 y 295)
Juan Sebastián Pérez (pp. 297, 298, 301 y 302)

Retoque digital de imágenes
David Ladera

Diseño gráfico
Pedro Quintero

Preprensa e impresión
Editorial Arte

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*
Ejemplares
1.500

Depósito legal
DC2019001807
ISBN 978-980-7391-20-7

©Otto G. Gómez Pernía, 2019
©Juan V. Carrillo-Batalla Mattar, 2019
©Luis Julio Toro, 2019
©Javier Mesa, 2019
©Pedro Quintero, 2019

Todos los derechos reservados

551.453
G633
Gómez Pernía, Otto G.;
Carrillo-Batalla Mattar, Juan V.
Reliquias del Llano venezolano /
Otto G. Gómez Pernía,
Juan V. Carrillo-Batalla Mattar.
—Caracas: Editemos, 2019. 205p.: 23cm. -
ISBN: 978-980-7391-20-7

1. Llanuras Venezuela 2. Folclor
1. Título II. CDD 551.453



Agradecimientos

Expresamos nuestro más sincero agradecimiento a las siguientes personas e instituciones, sin cuyo apoyo hubiera sido imposible la publicación de este libro: Carlos Henrique Rodríguez Matos, Elena León-Ponte de Rodríguez, Víctor Ríos y personal del hato (hato Santa Luisa); Reinaldo Gallardo y familia, los llaneros Enrique Gallardo, Luis Gallardo, Castor Chaves, Reylander Archila, el bueyero Francisco Eladio Martínez, demás personal del hato y habitantes de La Estacada (hato Manirito/La Estacada); Mirabella Ruiz y familia, Alexánder Guédez (fundo las Marvelitas); Elías Castro Delgado y Amelia Delgado de Castro (hato El Piñal); Jóhnder Rojas (hato Los Perros de Agua); Carlos Lima Uzcátegui, el encargado del hato Édgar Zambrano, familia Estrada y personal del hato (hato Santo Cristo); Tomás Sequera Losada y familia (finca/urbanización Las Colinas); Humberto Concha Contreras, Neyda de Concha y personal del hato (hato El Cristero); Manuel Cipriano Heredia y María Elena Manrique de Heredia y personal de la finca (finca Vieja Elena); el brujeador, trochador, jefe de quesera, caporal y llanero Simón Candelario Solís, el llanero Luis Alberto Solís, el llanero y maestro artesano del cuero José Manuel Solís, los trochadores Guillermo Leal, Eduardo Gómez, familias Solís y Monzón (fundos de Caroní Alto); Alexánder Altuna y familia (fundo Las Nietas); familia Hernández, familia Espinosa Hernández, el administrador José Elías Rondón, el caballicero y llanero Ramón Bartolo Núñez, el llanero Carlos «Bajío» Blanco, el maestro artesano de falsetas Candelario Ramón Jiménez y personal del hato (hato Corralito); Francisco de Sales «Paco» Branger Beaufrand, Rafael Simón Pacheco y personal del hato (hato Mantecalito); el fundacionero, conuquero y jefe de quesera Benigno Laya, Maritza Calderón de Laya, Pedro Laya, el ordeñador, becerrero y coleador Luis Fernando Laya y Álvaro Laya (fundo El Rosario); Sergio Mendoza y familia, Otilio Beroes, Familia Ramírez López (Caserío El Barbasco y fundo El Por Fin); familia Arcay, familia Mejía, el administrador Francisco José Ramírez López, el tractorista Lisandro Gámez, el trochador Johnny Jiménez y personal del hato (hato Laguna Clara); Antonio Brito, el administrador Mateo Torres, el llanero y maestro artesano de falsetas Oscar Ramón «Morochó» Tovar, el bueyero y llanero Casiano Mendoza, los llaneros Miguel Sarmientos, Moisés Mendoza, Alexánder Tovar y el fundacionero José «Guineo» Ventura Silva (hato Masaguarito); familia Carrillo Fernández de Caleyá, el gerente Ricardo Navarro, el administrador Freddy Carrillo, los caporales de sabana Cecilio Álvarez, Manuel Álvarez padre, los llaneros Manuel Álvarez hijo, Omar «Santos» Núñez, Manuel China, Alberto Castillo, José «Pepo» Álvarez, los campo-volantes Nato Arocha Hurtado, Gabriel Arocha Bezara y José «Guaraco» Mejía, Hungry Molina Mirella, Ana Falcón, el tractorista Miguel Espinoza y Elvis Coello (hato Santa Inés de la Mesa); Ricardo Freites y familia, personal del hato (hato Las Caretas); Juan Andrés Mibelli y familia, familia Estrada (fundo Las Espuelas); Rafael Seijas, personal de la finca (Finca Sabana Dulce); el cachilapero, caporal y llanero Jorge «Lindo» Castillo, los cachilaperos y llaneros Iván Castillo, Cristanto Rafael Castillo «Varión», familia Castillo, personal del hato (hato Monte Ralo); César Augusto Cáceres (fundo el Te Quiero/Guanarito); Héctor Romero y su equipo (Instituto Culinario de Caracas); Silvestre Tovar D'Agostino (Caracas); Gaetano Chemello.



*Sin ser hombres de campo
dedicamos este libro al llanero venezolano,
que en silencio supo resolver con gran genialidad
la difícil tarea de adaptarse a unas condiciones de vida muy duras.
Un ejemplo que nos acompañará siempre.*

A nuestras familias y a Venezuela.

CONTENIDO

13 Prólogo

21 Introducción

27 El Llano, el llanero y su caballo

- 43 La vida del llanero y la jerarquía dentro del hato
- 51 Captura del caballo semisalvaje. La figura del brujeador
- 59 La «cabeza de perra»
- 61 Oraciones para «sacarle» el gusano a los animales
- 63 La doma
 - 67 Etapas de la doma: trocha, repaso y arrendado
 - 82 Reliquias de la doma
 - 82 El bozal
 - 85 Las sueltas
 - 86 El tapaojos
 - 88 El pegador
 - 90 La falseta
 - 99 La josa, entre otros implementos

103 El ganado criollo

- 110 Captura de ganado cimarrón, cachilapo, orejano, cachalero o matrero en el proceso de fundación de los hatos
- 130 La magia del rodeo
- 140 Los bueyes madrineros y el «canto o tonada de cabrestero»
- 146 La garrocha
- 148 El buey de silla
- 150 El ojeo, los piques y el rodeo
- 157 El arreo
- 161 La tirada de ganado
- 166 La hierra, las señales de las orejas y la capada
- 173 Faenas, técnicas, destrezas, implementos y personajes en las vaquerías
- 174 El arrebiate de la sogá a la cola del caballo
- 179 La colocación de la sogá y la reserva o el «rollo'e sogá» en la silla
- 181 La hechura de la sogá
- 190 El arte del enlazado y el coleo como último recurso
- 198 El nariceo
- 200 El peón de toro solo
- 203 El ordeño y su tonada
- 209 Las queseras
- 214 El bote de samán o de cuero para cuajar la leche
- 218 El cincho
- 220 Proceso, técnicas e implementos para el amanse de las vacas

225 Armas, vestimenta y pertrechos

- 228** La punta, la peinilla, el cuchillo, la sierra de destacoñar y sus cubiertas
- 234** La cobija
- 236** Los sombreros
- 238** Las cotizas y alpargatas
- 241** Reliquiario de montura
- 241** La silla de pico
- 244** La capotera
- 245** Las sillas de montar
- 248** Los estribos de pala
- 250** El freno mantecaleño
- 251** El «apero completo» enchapado
- 256** El sudadero
- 258** La enjalma de burro
- 260** Reliquias elaboradas con cacho de toro
- 264** La cultura del cuero y del caballo
- 265** La marota o chicote
- 266** El rejo
- 267** El mandador
- 269** La hamaca campechana
- 272** La parihuela

277 Tres construcciones que son reliquias

- 277** La majada
- 280** La puerta de trancas
- 281** La tasajera

285 Reliquias de la mesa llanera

- 289** Ternera llanera o ternera criolla
- 296** Picadillo con carne salada
- 298** Palo a pique con cochino frito
- 300** Pisillo de tasajo
- 302** Sancocho de hato apureño

306 Bibliografía







PRÓLOGO

Asdrúbal Hernández Urdaneta

Describir adecuadamente las sorprendentes y complejas costumbres y tradiciones del Llano venezolano que se desarrollaron durante el proceso de conquista y colonización española, es tarea complicada, pues estas costumbres y tradiciones han sido cantadas por nuestros poetas, noveladas por nuestros grandes escritores e incorporadas a nuestra música, y se han unido inseparablemente en nuestro espíritu y sentimiento nacional. Nuestro escudo nacional incorpora al caballo como símbolo de la libertad. Los llaneros de a caballo, indomables como sus corceles, rindieron sus vidas cabalgando por sabanas y montañas, desafiando páramos y ventisqueros, atravesando caudalosos ríos e interminables esteros para ganar la libertad de cinco naciones. La dupla inseparable del llanero y su caballo, un mitológico centauro, junto con todas las costumbres y artefactos que hubo de desarrollar para poder dominar y apacentar los inmensos rebaños de ganado dentro del duro medio ambiente donde viven, son el preciso motivo del acucioso y profundo trabajo que hoy presentamos a ustedes.

El espíritu del llanero es consecuencia inseparable de la actividad ganadera que se estableció muy temprano en las inmensas llanuras del centro de Venezuela y del oriente colombiano, como principal actividad económica, como forma de vida y fórmula de supervivencia, en un ambiente implacablemente duro y hostil donde solo sobreviven los que desarrollan la tenacidad, el incansable espíritu de trabajo, la libre individualidad, el desprecio al peligro y al sufrimiento pero también el aprecio por los animales que lo alimentan y la dulzura en el canto con que acompañan las duras tareas diarias. Además de templar su carácter para sobrevivir en este medio, el llanero tuvo que desarrollar un ingenio particular para elaborar sus herramientas e implementos, partiendo desde sus orgullosos orígenes aborígenes mezclados con algunas prácticas y costumbres propias del trabajador ganadero

en la península ibérica y así lograr dominar, domesticar y poner a su servicio, primero a las indómitas manadas de caballos, para luego enfrentar la tarea de dominar al belicoso ganado cimarrón que vivía en condiciones prácticamente silvestres en las ilimitadas sabanas. Todo este formidable proceso de adaptación trajo consigo la incorporación de un conjunto de prácticas que le permitieron resolver de una manera sencilla el diario desafío, dándole sentido de organización al trabajo ganadero y permitiéndole sobrevivir y prosperar dentro de esas vastas llanuras. El llanero, con una habilidad pasmosa, se integró fabulosamente a este nuevo tipo de vida pastoral, trabando una relación única con su caballo, el cual pasó a constituir su herramienta más valorada y su compañía más preciada.

Otto Gómez, buen amigo y compañero de lucha en el mundo gremial ganadero, autor de importantes obras que tratan sobre la ganadería y las carnes en el país, junto con mi afectísimo sobrino Juan Vicente Carrillo-Batalla Mattar, quien tanto por su orgullosa raigambre llanera como por su prodigiosa acuciosidad es un profundo conocedor de las tradiciones llaneras, han conseguido dibujar con pasión, cariño y elegancia, en esta obra única en su estilo y contenidos, ese mundo que significó el Llano «de verdad» que todavía existe pero que, lamentablemente, por imperativo de la modernidad, terminará desapareciendo.

Esta valiosa obra constituye por lo tanto el invaluable testimonio de un mundo que desaparece, pero cuyos valores, únicos y admirables, deben quedar siempre presentes en nuestro diario quehacer. El reto del llanero moderno ya no es la gesta militar sino la civilidad, el diario trabajo creador para la producción de los alimentos que necesitamos, la preservación del amor por nuestra tierra y el cuidado de su fauna y de su flora. El espíritu del llanero, individual, indomable, tenaz, que no doblega la frente ante ningún otro y que defiende la libertad como el más precioso de sus dones, constituye en sí mismo la verdadera reliquia que debemos llevar siempre dentro de nuestros corazones. Los autores de esta singular obra han conseguido, con su redacción clara y elegante, apoyada además en las vitales entrevistas que consiguieron realizar a varios veteranos llaneros muy queridos, recopilar todas las prácticas y utensilios que sobreviven hasta el presente y que conforman este conjunto de hermosas tradiciones al que tan acertadamente asignaron el nombre de *Reliquias vivientes del Llano venezolano*.

Recorrer las páginas de este libro, hermosamente ilustrado con excelentes fotografías de las reliquias llaneras, intercalado su texto con apropiados versos del poeta del Llano Alberto Arvelo Torrealba, citas de los pasajes de las obras de don Rómulo Gallegos, así como extractos de otras importantes piezas de la literatura llanera dentro de los cuales se encuentran algunos de la obra de mi pariente Fernando Calzadilla Valdés en *Por los Llanos de Apure*, me hizo revivir mi niñez y primera juventud, creciendo en el bajo Llano apureño, recorriendo al lado de mi querido padre, a caballo o en bongo, los inmensos y coloridos médanos de la Fundación Layera, olorosos a mastranto y cidronela; los interminables esteros del hatu Juan Mateo arreando los madrineros al despunte de la madrugada al lado de una tripulación de 30 llaneros hasta llegar al paradero de Cañafistolito, solitario mogote en el centro de la sabana donde parábamos un rodeo de 1.500 cabezas; los intrincados

y musicales palmares del hato Merecure, embrujado por el canto del cucarachero, del alcaraván y del carrao, arreando las vacas para el ordeño y las cimarroneras en los bosques de Las Mangas Marrereñas muerto de hambre y de frío, mascando tabaco y esperando el lance al amanecer, con la esperanza de amarrar el novillo más gordo. Hoy evoco con profundo respeto a esos llaneros con quienes tuve el honor de trabajar y de aprender, verdaderos centauros, incansables, tenaces, persistentes, disciplinados, parcos en la queja y el elogio, jinetes de piel y espíritu curtido por el sol, el agua, la plaga, el hambre, la sed; recuerdo, entre otros, a José del Carmen Oliveros, Florencio González, Rafael Ramón Oliveros, Roso Rojas, Elías Rondón, Ignacio Palmero, Alejandrino Rondón, Ramón María Tovar, Luis Aguilera, Juan Narváez, Doroteo Torrealba y mi amigo y compañero Ramón Bartolo Núñez. Con ellos aprendí a amansar el potro indómito, a arrebiatar mi sogá, a aperar y ensillar mi caballo rucio mosqueado Alcaraván, a ponerle el tapaojos al alazano Me voy con ellas, a ordeñar y cantarle a la vaca Fragata, a tramolear el cabo de sogá enlazando becerros y mautes en el corral, a buscarle el rumbo al pique cuando íbamos a parar un rodeo y dejar correr el ganado que no era de ese rodeo; tumbar, capar, naricear, gasear, colear, enlazar, barrear, todos verbos de acción cual las reliquias descritas en estas maravillosas páginas que constituyen inolvidables memorias y que me enseñaron a amar incondicionalmente y a respetar a mi tierra apureña y a su gente.

Las páginas de Otto y Juan Vicente nos describen en primer lugar la intrincada relación del hombre con su caballo, describiéndonos la vida en los hatos y mostrándonos esa curiosa y poco conocida figura del brujeador, personaje ajeno para muchos de nosotros pero que tuvo, y aún sigue teniendo, una importancia singular en el Llano. En el hato Merecure, el caballero Abel Veroes era sordo, pero recuerdo que en la madrugada olfateaba la tierra y sabía misteriosamente dónde habían pasado la noche los caballos.

La segunda parte describe una de las faenas tradicionales más ricas y emocionantes del Llano, la doma, y explica con propiedad sus distintas fases: el amanse de cabuya, la trocha, el repaso, el arrendado y la cantidad de piezas que se elaboran todavía para ejecutarla. En los hatos Hernanderos, seleccionar y apartar los caballos para domar era la segunda tarea anual más importante después de los trabajos de Llano.

La tercera parte trata del ganado criollo, bravo, de inmensa cornamenta y maduración tardía, descendiente de las reses que llegaron desde España y del cual solo quedan unos pocos vestigios, pero que es el ancestro que les da a los actuales disminuidos rebaños que pastan en el Llano apureño su particular resistencia. Del ganado criollo se pasa a cubrir a profundidad el tema del rodeo ganadero, el uso de los bueyes madrineros, el arreo y las faenas que se continúan practicando en los trabajos de Llano como son el rodeo, el aparte, la capa, la hierra y la señalización de las orejas. Otra parte fundamental del libro es su completa descripción del arte del enlazado y del empleo de la sogá, pasando por la original y muy venezolana técnica del arrebiate, el armado de la sogá y su montaje en la silla y su fabricación a partir del cuero recién desollado, junto con el arte del enlazado, los distintos tipos de lazo, para caballos o para vacunos, así como el coleo que se practica en plena sabana.

Mención especial merece el inédito relato sobre ese personaje que es «el peón de toro solo», suerte de cumbre o blasón profesional que solo alcanzaba el verdadero llanero «de a caballo».

A medida que avanza la lectura, los autores nos pasean por la bellísima práctica del ordeño, describiendo la reliquia que es la tonada de ordeño, tan ampliamente presente en nuestro folclore, así como el proceso de las queseras y los implementos que todavía se emplean rústicamente para elaborar el queso en los hatos: el bote de samán o de cuero para cuajar la leche, la cesta de palma para cinchar el cuajo y la curiosa vara de sujeto. En mi experiencia, nada más difícil y que requiera más paciencia que poner la cabeza en el ijar de la vaca después de sujetar el becerro a su pata delantera para luego ordeñarla con una mano y recoger el espumoso líquido en la totuma que sostienes en la otra mano, para no hablar de la inmensa frustración que producía tener la totuma casi llena y recibir una patada que volcaba la totalidad del trabajo sobre el barro del corral. Los agujones de los zancudos te hacían sentir una mezcla de los suplicios de Tántalo y Sísifo, pero también era el trabajo ideal para desarrollar la paciencia y aprender a nunca rendirse.

Además de la auténtica recopilación histórica y anecdótica, los autores incluyen también las armas, la vestimenta y los pertrechos que usa o usaba el llanero. La antigua punta, el cuchillo o puñal y la peinilla, las hermosas fundas prensadas y de costura, la elegantísima y útil cobija llanera, los sombreros del llanero y los diferentes tipos de calzado. Explican la importancia que tiene la silla de montar y nos pasean por su historia describiendo las primeras sillas usadas, la silla de pico —vaquera— y la silla chocontana, junto con los aperos que las complementan, la capotera de botones, los estribos de pala, el legendario freno mantecaleño, el apero completo enchapado y el sudadero de cuero y de caporuno, para terminar con las piezas elaboradas con cuerno de toro como son el cacho de beber decorado, el cuerno de pitar y la peculiar gasa. Nos pasean además por la interesantísima cultura del cuero y del caballo, explicándonos con precisión el empleo de la sogá marota, el chicote, el rejo y el mandador, junto con la reparadora hamaca campechana y la parigüela curada con dividive.

Con mucha verdad se ha afirmado que el Llano y el llanero viven en dos mundos distintos, el del ardiente y reseco verano, y el del anegado e inmutable invierno, los cuales además ocurren en épocas del año opuestas a su acepción geográfica; en efecto, el verano en nuestro hemisferio ocurre durante los meses de junio, julio y agosto, periodos de intensas lluvias y sabanas cubiertas de agua —el invierno del llanero—, mientras que los meses de enero, febrero y marzo, el invierno boreal, son para el llanero el verano porque no llueve nunca. Casi todas las tareas descritas ocurren durante el verano y la entrada y bajada de aguas, pero la creciente de las aguas interrumpe casi todas las actividades y el llanero tiene que tomarse marinero. Por esta razón los autores tratan algunas hermosas y emocionantes tradiciones que se mantienen afortunadamente vigentes en muchos hatos como son la tirada de ganado y el abordaje de caballos en los ríos y caños llaneros. Estas tradiciones trajeron a mi recuerdo mis días de vacaciones escolares de agosto cuando nos íbamos con mi compañero Bartolo Núñez en una canoíta a la palanca por los inmensos esteros de Juan Mateo, cubiertas



las aguas por las boras y el mevoycontigo, arponeando rayas, bagres y cachamas, y fastidiándoles la paciencia a las culebras de agua que se asoleaban sobre los flotantes mogotes de gamelote.

Finalmente, y luego de describir tres construcciones tradicionales legendarias como son la majada, la puerta de tranca y la tasajera, la obra incorpora con mucha justicia la gastronomía de los hatos, destacando con recetas las preparaciones más emblemáticas que se sirven en las mesas llaneras; es el caso de la tradicional ternera criolla, el picadillo con carne salada, el palo a pique apureño con cochino frito, el pisillo de tasajo victoriero y el infaltable sancocho.

Esta obra es, sin lugar a dudas, el acabado fruto de una intensa investigación que, aunada a la curiosidad e interés de los autores por el tema, resulta en una riqueza de contenido y gran amplitud en el abordaje de los temas y hace de este trabajo un verdadero hito dentro de nuestra literatura sobre el Llano, pero sobre todo sobre los llaneros, ya que como señalé antes, la mayor reliquia es el inigualable espíritu del llanero de a caballo.

Para mí ha sido motivo de honra y de gran satisfacción personal el hecho de que los autores me hayan encargado la redacción de este prólogo, no solo por el inmenso afecto y profundo respeto que siento por Otto y Juan Vicente, sino por la oportunidad de revivir en la memoria inolvidables momentos e invaluable enseñanzas de mi vida en el Llano, que en mi desarrollo personal y profesional me han servido de guía y de sostén. Parafraseando a *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, «Es el llanero que llevo adentro, como la custodia guarda la hostia».







INTRODUCCIÓN

Para todos los venezolanos, el Llano siempre ha tenido una significación referencial importante. El Llano está presente en gran parte de la música que escuchamos a diario; lo está en la literatura; toda nuestra historia está llena de anécdotas legendarias y hechos de armas que fueron defitorios en las campañas de guerra desarrolladas en esas vastas regiones. También en la gastronomía existen especialidades de vieja tradición llanera, incorporadas a la mesa nacional, así como en el lenguaje, muchas de nuestras expresiones más comunes, incluso en las ciudades, son de innegables raíces llaneras. Pero lo verdaderamente curioso de todo esto es que el Llano significa mucho para todos los nacidos en Venezuela pero, a la vez, muy poco. Y precisamente una de las razones que nos llevó a publicar este libro fue la necesidad que muchos consideramos existe de hacer del Llano algo más íntimo para los habitantes de esta tierra que compartimos y de ayudar a despertar orgullo y admiración hacia esa cultura que es, en definitiva, tan auténticamente nuestra.

La región del Llano en Venezuela se incluye dentro de un descomunal territorio que arranca en las riberas de los ríos Arauca y Meta, extendiéndose hacia el norte, noreste y este del país. En *Los llanos* (pág. 10.), José Antonio Giacopini Zárraga lo describe mucho más gráficamente:

Vistas en el mapa se aprecian como un gran arco cuyo borde interior va ciñendo el curso del Orinoco desde Puerto Páez hasta Barrancas, mientras el borde exterior sigue el piedemonte de los Andes y el de la Cordillera del interior hasta terminar en el Golfo de Paria; la superficie podría estimarse en unos 300 mil kilómetros cuadrados.

Coincidiendo con muchos autores, consideramos que debemos referirnos al Llano siempre en singular y en mayúscula, porque siempre se ha hablado de las tierras llanas como una sola región; aunque si bien es cierto, es muy heterogénea y amplia, se trata histórica y culturalmente de una sola entidad.

En el Llano de Venezuela los colonos europeos se encontraron con unas condiciones de suelo y clima muy propicias para el florecimiento del negocio ganadero. Las vastas extensiones de pastizales naturales de la rica provincia de Caracas —que ofrecían un conveniente acceso por vía fluvial desde el mar—, fueron las que vieron nacer durante la primera mitad del siglo xvi al hato ganadero, establecimiento que acabaría consolidándose como la forma productiva predominante en esas regiones. Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (pág. 14) comenta que:

La referencia al hato en Venezuela, en su acepción más común, es decir, como rebaño de ganado mayor o asentamiento de pastores, se encuentra en los cronistas desde los inicios del siglo XVI. Sin embargo, progresivamente el término tendió a ser utilizado para denominar a las explotaciones ganaderas, cualesquiera que fuesen su extensión y formas de organización. En el siglo siguiente, específicamente su uso se fue limitando a aquellas explotaciones ganaderas ubicadas en el Llano que presentan un patrón de funcionamiento característico.

Desde principios del siglo XVI la organización del hato ganadero en Venezuela sufrió muy pocos cambios en sus elementos principales: la forma tradicional de tenencia de la tierra y la forma de apropiación de los ganados. La manera como se permitió que el ganado se criara siempre en plena libertad en un medio tan difícil de modificar por la acción del hombre, obligó al habitante de esas regiones a adaptarse. La experiencia acumulada, así como la adopción de una profunda percepción de su entorno y su absoluta compenetración con la naturaleza, ayudaron al llanero no solamente a sobrevivir, sino además a aprovechar las condiciones que ese medio ambiente le ofrecía. Y fue bajo estas singulares circunstancias como esa feliz incorporación del caballo a la vida del llanero pasaría a constituirse en el elemento indispensable de supervivencia.

El legado indígena se hace evidente en la destreza del habitante de este territorio para la confección y producción, con estos métodos primitivos, de distintas prácticas y herramientas que emplea a diario en las actividades asociadas a la doma del caballo, a la cría y el manejo de los rebaños, a la caza y la pesca, y además en el desarrollo de esquemas de alimentación autosuficiente. Estas prácticas van desde la fabricación de tejidos con fibras vegetales, el procesamiento y uso del cuero para distintos fines, la elaboración de utensilios de faena a partir de materiales accesibles extraídos de su entorno como las maderas, hasta técnicas para la aplicación de dichos conocimientos con el objeto de facilitar las labores del campo, limitando en muchos casos la exposición a las inclemencias del clima, así como los riesgos y peligros a los que se encuentra expuesto.

Con la llegada de la modernidad a finales de la primera mitad del siglo XX, el país se transformó radicalmente y como resultado de ello emergió una nación que comenzó a soñar con el progreso. Lo viejo y tradicional fue sustituido por lo nuevo y extranjero, alterando dramáticamente las costumbres de las regiones y, muy en particular, de las regiones llaneras, con la consiguiente modificación en los hábitos y faenas del llanero, para quien se imponía un sistema de vida distinto que ya no requería de la reciedumbre ni las habilidades del pasado y transformaba la personalidad del hombre que se había forjado en esas tierras.

La belleza del paisaje llanero que nunca había sido tocado por el hombre no ha cambiado, pero el avance del urbanismo y la presión de los mismos pobladores, junto con la introducción de elementos que le eran completamente ajenos como las motocicletas y los teléfonos celulares, le han arrebatado ese aislamiento tan propio, su soledad y hasta la lejanía, que tan particularmente lo caracterizaban. Como podremos darnos cuenta a lo largo de estas páginas, debemos atesorar toda esta cultura ancestral que se ha ido perdiendo a raíz de la modernización ganadera y laboral del campo

en general, así como por la exposición progresiva de los mismos «llaneros» a la globalización y a los avances en la comunicación entre las distintas regiones del país. Durante nuestro trabajo de investigación hemos descubierto que la sabiduría y las destrezas históricas del llanero en la actualidad son apenas un relictos de tiempos remotos, si bien existen personas que, todavía en su vejez, ofrecen con mucho orgullo y nostalgia una visión de lo que significó para ellos ese «Llano legendario». Los llaneros veteranos que tuvimos la fortuna de entrevistar son los herederos incuestionables de toda esa cultura que se niega a desaparecer por lo que, sin habérmolo planteado inicialmente, pasaron a constituir la esencia de nuestras *Reliquias vivientes*.

Si el pasado pareciera ser hoy irrelevante para muchos, también es cierto que el número de venezolanos que está buscando en la tradición algún tipo de respuestas que puedan darle sentido a la identidad nacional —e incluso a la de cada uno en particular— es cada día mayor. Por ello, y con la clara intención de aportar elementos que permitan resolver el enigma existente en la historiografía venezolana acerca de la planicie tropical y sus habitantes, esta obra persigue contribuir con el rescate —bajo un sentimiento auténtico de pundonor— de esas prácticas o faenas tradicionales, muchas de ellas asociadas a costumbres religiosas e incluso a creencias y supersticiones, que siguen siendo empleadas en algunas regiones llaneras y que por su enorme valor cultural hemos decidido referir como nuestras *Reliquias vivientes del Llano venezolano*.

A manera de cierre para esta introducción, nos apoyaremos en la pluma del Dr. Ramón J. Velásquez, quien ilustra con este hermoso pasaje lo que fue la vida del hombre en ese Llano viejo:

La vida de esta gente discurre en una tierra abierta y uniforme. Cruzada por ríos que súbitamente aumentan su caudal y dejan al hombre aislado con sus rebaños. O ardida por el verano intenso que la estira como un cuero seco. Paisaje monótono que va a perderse en el horizonte. Los fundos se bautizan con nombres que valorizan los elementos naturales: «Mata de Agua», «El Corozal». A veces recuerdan el esfuerzo familiar, la hazaña silenciosa del grupo incansable que sembró su hogar en la llanura. Entonces aun cuando los años pasen, la gente siempre dirá: El hato de los fulanos. Es huella del hombre, permanente y vigorosa, única, en un medio extraño a la conquista de la máquina. Después ha de surgir la leyenda. En esta tierra, los días son iguales, pero la imaginación cobra venganza de la monotonía y se desata. Es la respuesta del hombre a la parálisis del tiempo. El hombre monta su caballo, sale a la llanura —redonda tierra, redondo cielo— y el adiós y el regreso son siempre los mismos. Han salido mediando la madrugada. Van al rodeo, antes de que los animales despierten. Van y vienen por entre caminos que no existen y que aprendieron a leer en el consejo sabio de los mayores. Van y vienen partiendo el lomo de los ríos, la cinta de los caños. Van y vienen, insensibles al azote de la canícula aniquilante. Retornan con la llegada de las sombras. Las horas que siguen están pobladas de cuentos y décimas. La conseja que nunca termina y que nadie sabe en dónde nació, ni quien la trajo, siembra de personajes este tiempo sin fatiga. La fantasía es entonces potro sin brida, en el campo sin fin de los cielos nocturnos.







EL LLANO, EL LLANERO Y SU CABALLO

*La llanura es bella y terrible a la vez;
en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz.
Esta acecha por todas partes; pero allí nadie le teme. El Llano asusta;
pero el miedo del Llano no enfría el corazón:
es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad,
como la fiebre de sus esteros.*

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

¿De dónde surge el llanero venezolano? Nuestro llanero tuvo su raíz étnica en los múltiples grupos aborígenes que recorrieron el Llano a lo largo del tiempo, donde se establecieron en fechas y regiones diferentes. Dentro de esa etnografía se distinguen cuatro grandes agrupaciones culturales preponderantes. Por un lado están los caribes o *ka'riñas* de las selvas del Amazonas, que irradiaron desde el río Orinoco hasta las llanuras del territorio que comprende lo que son hoy los estados Monagas, Anzoátegui y Guárico. A estos les eran característicos el cultivo del maíz y la yuca, la poligamia, el uso del tabaco, el tejido de chinchorros —cuya invención se les atribuye—, la desecación de los difuntos, el uso de bohíos redondos, las habilidades guerreras, el canibalismo ritual con los cuerpos de los enemigos vencidos y las destrezas para construir y manejar curiaras que los hacían dominar los ríos. Esta misma destreza sería la que finalmente, una vez alcanzada la costa, establecería la leyenda que terminaría dando su nombre al mar Caribe. Ascendencia caribe tuvieron los palenques o guarinos aposentados en el Llano de la región central, así como los zapoaras, chaigotos, topocuares, charaguares, guayacamos, rajetos, cuacas y maturines asentados en las sabanas de Oriente. Por el otro lado están los araucanos procedentes del Amazonas y de Casanare, que se trasladaron por el Llano de Apure y Barinas para llegar hasta las costas de Falcón y la Guajira. En las sabanas de Apure se situaron los caquetíos y los achaguas, emparentados lingüísticamente con ellos, que se caracterizaban por las viviendas rectangulares —cuyo modelo aún se utiliza—, por el empleo de empalizadas alrededor de sus pueblos, el uso de la deformación fronto-occipital en los cráneos, la construcción de túmulos funerarios, el tejido del algodón y, en los casos más avanzados, la agricultura con riego y la apertura de calzadas o terraplenes para

trasladarse. Finalmente están los otomacos, localizados en las márgenes del río Apure contiguas al Orinoco, que con un idioma apenas relacionado con el de las tribus vecinas, se distinguen por la

1 El totemismo es un concepto antropológico que designa una relación con la naturaleza, un complejo sistema de ideas, símbolos o prácticas entre un individuo o un grupo social y un animal o incluso un objeto artesanal.

división en clanes totémicos,¹ el juego ritual con la pelota de caucho, el delicado trabajo de alfarería de sus mujeres, el dominio de la horticultura, la recolección de huevos de tortuga, el empleo de refugios circulares casi cónicos y techados de palma, el cultivo de una variedad de maíz cosechable en dos meses, la destreza guerrera, la perforación ritual y las sangrías practicadas en la lengua, por el culto del jaguar, la luna y las

ceremonias bélicas para conjurar el daño de los eclipses. En el libro *El Llano* (p. 14), Luis Britto García nos confirma que:

Los colonizadores del Llano redujeron o expulsaron a cuivas, piaroas, panares, arauacos, otomacos, ciparicotos y yaruros, pero también se unieron con los vencidos, engendrando niños que tendrían del indio el ojo rasgado, la tez morena y el tobillo fino, pero también el dominio de las complejas artes del trenzado del moriche, de la alfarería y la cerámica, de la pesca con arpón y con flecha, del vaciado de árboles mediante el fuego para fabricar las gráciles curiaras, del uso de la tapara y la camaza para fabricar recipientes y maracas, y el conocimiento de los animales y de las plantas, y el arte de tejer el lecho colgante del chinchorro, el de techar con la palma, y el de conocer el cambio en las estaciones que anunciaban las nuevas y esplendorosas noches australes.

Por otra parte, Adelina Rodríguez Mirabal en *La formación del latifundio ganadero en los Llanos de Apure* (p. 57) asegura que con la conquista llegó también el ganado. No se conocía en tierra firme la técnica para la crianza del ganado vacuno o mular y la introducción del caballo giró en favor del conquistador el engranaje del proceso de conquista pues, ante la presencia del hombre a caballo, el indio retrocedía como ante un hecho inexplicable. En su libro *En busca de El Dorado* (p. 104) John Hemming ratifica que los caballos eran los tanques de la conquista. En la batalla, el hombre a caballo tenía una ventaja arrolladora sobre el hombre de a pie. Utilizaba el animal como un arma para atropellar al enemigo, tenía más maniobrabilidad, se cansaba menos, era menos accesible y podía golpear hacia abajo por su mayor altura. Los caballos eran el elemento más temible de la conquista porque eran desconocidos: criaturas terribles de mayor tamaño que cualquier animal de Suramérica.

Durante la conquista y las primeras décadas de la colonia, la ganadería no representó una práctica económica sino un bien de consumo. Por sus características y enorme potencial, el Llano comienza a erigirse como la región ganadera de mayor relevancia en la provincia de Venezuela, y serán los cueros, y no la carne, los que devengarán más interés para el mercado de exportación clandestina a través del contrabando controlado por los holandeses. Curiosamente, y citando la obra de Luis García y Vicente Rojas sobre el hato barinés (p. 70), a partir del siglo XVI la utilidad que le dio el indígena llanero al ganado fue diferente, tomando en cuenta su convivencia con una ganadería cimarrona mucho antes del establecimiento de los hatos en años posteriores.

La fundación del poblado de San Sebastián de los Reyes representó un hecho muy importante por el posicionamiento que implicó para la región el enclave ganadero que allí se estableció. Fue en San Sebastián de Los Reyes donde nacieron y crecieron nuestros primeros llaneros. Los habitantes de

estas incipientes regiones, que hoy forman parte del estado Aragua, habrían de familiarizarse profundamente con el Llano, con el caballo y con el ganado vacuno. Es también cuando se deja de apreciar al español como un ser sobrenatural y se da inicio al aprendizaje del duro arte de dominar a las bestias. Este momento histórico lo explica José Antonio de Armas Chitty en su libro *Zaraza, biografía de un pueblo* (p. 30):

El arresto del salvaje, junto con la experiencia que el hispano entrega al indio, dentro del molde heroico del medio, forja un ente más arrojado que el español y más porfiado que el indio. Este hombre, bajo la dirección ajena o por su propia cuenta, funda el hato. Actúa sin limitaciones. La faz pastoral articula su diario trabajo. Su vida ha cambiado desde el momento en que el caballo le enseñó a reducir el horizonte.

En su obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* el geógrafo, naturalista y explorador alemán Alexander de Humboldt (p. 224), basándose en sus observaciones durante su viaje de exploración por las regiones llaneras, hace referencia a los habitantes de estas planicies y su estrecha relación con su montura o caballo:

Hombres desnudos hasta la cintura y armados con una lanza recorren a caballo las sabanas para ojear los animales, recoger los que se alejan demasiado de los pastos del hato, marcar con un hierro encendido todo lo que no tiene aún la marca del propietario. Estos hombres pardos, designados con el nombre de peones llaneros, son unos libres o manumisos, otros esclavos. No hay raza más de continuo expuesta a los ardores voraces del sol de los trópicos. Se nutren con carne desecada al aire y escasamente salada. Aún sus caballos comen a veces de ella. Siempre sobre la silla, creen que no pueden hacer el menor camino a pie.

El llanero se integró con el ecosistema de las tierras planas y con el pequeño nicho que le tocó habitar. De ello derivó, en gran parte, el saber que lo ha caracterizado según Fernando Calzadilla Valdés en *Por los Llanos de Apure* (p. 46):

La intuición, la malicia y ciertas facultades personalísimas (...) lo capacitan de una aptitud superior, pues a fuerza de convivir con la naturaleza (...) se desarrollan en el ser los sentidos de una manera especial (...). Un llanero va por la sabana y, sin darse cuenta a sí mismo va escogiendo instintivamente los lugares más apropiados y accesibles a su marcha.

La historiadora Adelina Rodríguez Mirabal (ob. cit., p. 79) explicó la modalidad del hombre a caballo que se forjó en esas tierras de la siguiente manera:

La llanura venezolana, amplia extensión de caracteres que tienden a la homogeneidad en el patrón general del paisaje geográfico, tierra indómita, agreste, en esencia una naturaleza primitiva surcada de ríos, caños, leyendas y aparecidos, ha constituido a lo largo del acontecer histórico un importante escenario, trasfondo en el cual la relación fundamental del hombre con su medio ha generado peculiares formas de organización social del trabajo, e igualmente peculiares patrones de vida que se evidencian en la conformación de un *tipo* característico: el hombre a caballo, modalidad intrínsecamente vinculada con las características del medio físico en el cual se desenvuelve y del cual forma parte.

El carácter multiétnico de la sociedad que se instauró en el Llano durante el periodo colonial, no fue diferente al que se repetiría en muchos territorios del resto de Iberoamérica y que se inició con los españoles, los indígenas y, en mucho menor grado, con los africanos. Pese a las uniones que se producían entre las familias de los blancos peninsulares, los grupos españoles establecieron relaciones

también con grupos indígenas y africanos (principalmente por la escasez de mujeres españolas durante los primeros años del proceso de conquista), lo que dio lugar a la creación y desarrollo de nuevos grupos sociales como los mestizos, que eran los nacidos a partir de la unión de un español con una indígena; los mulatos, hijos de un español y una esclava africana; y los zambos, nacidos de padre africano y madre indígena. En su *Historia de Apure* (p. 18), el cronista Argenis Méndez nos ofrece un esbozo de lo que ocurrió:

El llanero comenzó a formarse desde el mismo momento en que el español se asentó en el Llano ya en los hatos, ya en las poblaciones, porque inmediatamente este inicia el cruce con los indígenas, a los que posteriormente se agregó, pero en poca escala, la participación del negro (...). El poco aporte africano, principalmente en Apure, se debió a que en esta región no se establecieron grandes centros de explotación agrícola o minera que requiriesen de tal mano de obra. Los muy contados negros que vinieron a Apure fueron dedicados, en su mayoría, a trabajos domésticos en las casas de los señores ganaderos; otros fueron empleados en las faenas pecuarias, en menor número. Algunos «cimarrones» llegaron escapados de sus dueños en las costas del norte de Venezuela, y vivían dedicados al pillaje en unión de otros bandoleros de todos los colores y razas que se habían refugiado en esta inmensa pampa de la justicia española, porque aquí era el único lugar donde podían campear con todos sus respetos (...) el llanero no es la simple combinación de las tres razas mencionadas, sino que su carácter lo moldeó el mismo medio en que le tocó vivir: las grandes llanuras de horizonte abierto, que le permiten mirar y actuar sin obstáculos de ninguna naturaleza. De ahí su gran amor a la libertad; tal y como lo manifestó el sabio Humboldt: «un llanero no es feliz sino cuando puede ver hacia todas partes alrededor de él». Esta forma de ser del llanero contribuyó en mucho al retardo del establecimiento de centros urbanos importantes, más aún cuando su principal actividad económica era la ganadería, que determinó su propio sistema de vida.

El Llano venezolano, que representa una extensa planicie inundable que atraviesa gran parte del país, está sometido por dos regímenes climáticos muy diferenciados: una temporada de fuerte sequía y otra de inclementes lluvias e inundaciones. Esto presentó a sus primeros pobladores un enorme reto a la hora de establecerse en esta región, dadas las dificultades geográficas y la magnitud del territorio. Debemos decir que todo este proceso fue exitoso gracias al caballo, que permitió a ese poblador recorrer con facilidad los territorios, tanto en la época de sequía como en la de lluvias, y reducir así las distancias.

El Llano está muy bien comunicado por un amplio sistema fluvial alimentado por caudalosos ríos y caños. Durante la época de lluvias, cuando se inunda la sabana, quedan inutilizadas la mayor parte de las carreteras y vías de comunicación, por lo que los habitantes del Llano dependen de las embarcaciones y, en algunas zonas, de las bestias de silla. En la época de sequía también se hace indispensable el caballo si no se dispone de otros medios de transporte, ya que las embarcaciones, que constituyen el recurso alternativo durante las lluvias, no pueden emplearse porque las vías acuáticas no son navegables dado su bajo caudal. Las exigencias del medio han generado la necesidad de tener a disposición bestias —caballos, mulas o burros e incluso bueyes— en las proximidades de las casas, hatos o fundaciones. Marco Aurelio Vila (p. 78) en su libro *Lo geográfico en Doña Bárbara*, aclara que «No se concebía en aquellos tiempos y ahora tampoco, un llanero de veras sin su caballo. El caballo constituía a la vez, el medio de locomoción por los inmensos espacios llaneros así como el elemento sin el cual, toda faena en el Llano se hacía imposible. Ni llanero a pie ni vaquero sin montura».



De acuerdo con la Asociación de Criadores de Caballos Criollos Venezolanos, el caballo criollo hispanoamericano, al contrario de lo que muchos creían, tiene un origen más cercano a la especie castellano-leonesa que a la andaluza. Indiscutiblemente que con el tiempo debieron haber llegado ejemplares de esa noble raza del sur de España a tierras americanas, sobre todo a los incipientes virreinos, pero también han debido llegar algunos de estos ejemplares, por exigencias de algunos nobles caprichosos, a otras provincias y capitanías generales, como era el caso de Venezuela. Al igual que ocurrió con los rebaños de vacuno, muchos de estos caballos que habían llegado desde La Española (Santo Domingo) se escaparon y formaron cimarroneras, sufriendo los rigores de una selección natural en extremo dura ya que, además de la escasa oferta, la mala calidad forrajera y las dificultades estacionales, también tuvieron que enfrentarse a altas cargas parasitarias propias del trópico. Estas condiciones, que solo permitían la supervivencia de los más aptos, eliminaron a aquellos ejemplares de menor resistencia, trayendo como resultado por selección natural un caballo muy resistente, con un genoma que bien pudiera considerarse único. Este es el caballo con el que felizmente se encontró el llanero. Esto lo ilustra muy bien el general Páez en sus memorias (p. 178), con la cita de un escritor inglés que decía haber servido bajo su mando durante la Guerra de Independencia y quien después publica su testimonio en una obra titulada *Recollections of a service of three years during the war of extermination in the Republics of Venezuela and Colombia-London 1828*: «Montan caballos que, acostumbrados a sufrir el hambre y la fatiga, son los animales más útiles y resistentes del mundo. Aprenden a ejecutar cuanto a sus dueños se les antoja».



Su propio hijo, Ramón Páez, en *Escenas rústicas en Sur América o La vida en los Llanos de Venezuela* (p. 55), publicado por primera vez en Nueva York, en 1862, confirmaba esto:

Con excepción quizás de los gauchos argentinos, pocos pueblos en el mundo son mejores jinetes que los llaneros, y son pocos los que pueden igualarlos en la habilidad que despliegan en los asombrosos ejercicios de equitación que aprenden desde niños en los trabajos del campo; estando sus caballos tan perfectamente amaestrados en todos los lances de su profesión, que caballos y hombres parecen tener una misma existencia.

Para la mayoría de nosotros pudiera resultar complicado entender a cabalidad la relevancia que tuvo ese feliz encuentro entre el hombre y el caballo. Entre finales del siglo xvi y mediados del xvii se produjo este hecho de carácter ecoétnico que dio inicio a la adaptación espontánea de los animales domésticos de procedencia europea a nuestras llanuras. Durante este proceso se revirtió el temor inicial que tenían los indios hacia los caballos, desarrollándose una sorprendente asociación entre ambos.

Para poder apreciar cabalmente los contenidos de esta obra resulta vital entender cómo se sustentaron las actividades humanas en el Llano venezolano desde sus inicios y cuál fue el rol que tuvo y continúa teniendo en estas actividades esa relación que desde entonces se estableció entre el hombre y el caballo. Al igual que ocurrió en algunas culturas nómadas del medio y el lejano oriente, como fue el caso de los árabes y los mongoles, el medio dentro del cual transita y hace vida el llanero

está supeditado a las grandes extensiones de territorio donde cohabita y a las condiciones climatológicas imperantes. Confrontado con esta realidad, el llanero descubre que no podía establecer su dominio sobre un territorio como el que se le planteaba sin el empleo de un medio que fuera eficiente para trasladarse, para trabajar y luchar. Es precisamente en estas duras jornadas y faenas como se llega a cultivar esa extraordinaria relación en la cual el hombre se da cuenta de que sin la ayuda del caballo jamás podrá someter ese contexto tan hostil y complejo, y eso será elemental para sobrevivir. El llanero alcanzó la libertad cuando, gracias al caballo, hizo suyo un territorio que no tenía linderos; cuando adquirió esta herramienta con la que consiguió construir una asociación vital con la horizontalidad de estas tierras. Así es como surge el llanero: el hombre que asume el control del Llano desde el lomo de un caballo. Ramón Páez (p. 54) lo explica:

El centauro moderno de las desoladas comarcas del Nuevo Mundo: el llanero, gasta su vida a caballo, y este le acompaña en todas sus acciones y actividades. Nada más noble para él que recorrer las llanuras sin límites, echado sobre su ardiente corcel dominando los toros salvajes; o derribando sus enemigos (...) Como el árabe, el llanero ve en su caballo el mejor y más fiel de los amigos sobre la tierra, pudiendo privarse de alimento y descanso después de un rudo día de trabajo, para buscar agua y comida para su fiel compañero.

El carácter autárquico del hato y el hecho de que las mismas sabanas que propiciaban la cría del ganado vacuno en libertad fuesen también favorables para la cría caballar en idénticas condiciones, hizo que, cuando el predio resultaba propicio, el hato contase con los «hatajos» necesarios para criarlos dentro de sus propios linderos. Estos hatajos estaban compuestos por el padrote, una yeguada y los potros de distintas clases que todavía no habían llegado a la edad de celo, lo que formaba un grupo más integrado y autónomo que los rebaños vacunos. Los potros van saliendo de estos hatajos y una vez amansados pasan a formar las madrinas de trabajo, siendo frecuente en el Llano venezolano que solo se utilizaran los machos, dejando, como veremos más adelante, las yeguas para la cría según Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (p. 40).

Durante las guerras de independencia, en la entonces Capitanía General de Venezuela, en la región del Llano tuvieron lugar importantes maniobras militares por parte de los ejércitos combatientes, en un intento por lograr un control de esta región dado su valor estratégico y su abundancia en recursos y pertrechos para las tropas: caballos y ganado. En el área militar, esta región resultaba muy cómoda por las múltiples vías fluviales y los territorios planos con los que contaba, muy adecuada para los movimientos de las tropas hacia otras regiones aledañas del país. Inspirada en esta época bélica, comienza a popularizarse en las narrativas y obras literarias una descripción del llanero que alude a la figura mítica del centauro, mitad hombre y mitad caballo, por estar este profundamente ligado a la figura del caballo, dada la excepcional facilidad con la que atravesaban ríos y caños a nado «hombre y bestia», recorriendo largos trechos de sabana, lo que les permitía colocarse, desde el punto de vista estratégico-militar, en posiciones de ventaja frente al enemigo, además de su renombrada destreza para luchar sobre el caballo con la lanza. En su autobiografía (p. 9) José Antonio Páez refiere que:



Los llanos se oponían a nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conocíamos el secreto de no dejarle ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los ríos estorbaban la marcha de aquéllos, mientras para nosotros eran pequeño obstáculo, que sabíamos salvar, cruzando sus corrientes con tanta facilidad, como si estuviéramos en el elemento en que nacimos.

La historia cita diversos hechos ocurridos en el Llano y en todos el componente de mayor relevancia se refiere a esa supremacía de los llaneros de a caballo sobre los elementos y el ganado, los cuales no pudieron ser nunca controlados por el Ejército Expedicionario de Tierra Firme que envió el rey Fernando VII con el propósito de sofocar la rebelión en Venezuela al mando del teniente general Pablo Morillo, vencedor de Bonaparte. Ramón Páez (p. 301) aclara:

Es la Llanura, de hecho, un campo permanente de instrucción militar para sus intrépidos habitantes. Acostumbrados desde la infancia a dominar un caballo cerril, a andar a través de los anchurosos ríos y a luchar en singular combate con el caimán, el tigre y el cerdo salvaje, aprende el llanero a despreciar el peligro. Cuando la guerra los sacó de sus habituales ocupaciones, los halló el enemigo convertidos en perfectos soldados. Habitantes de un medio singular, y dotados con una férrea constitución, son pocas e insignificantes sus necesidades. En la paz, el lazo y el caballo; en la guerra, el caballo y la lanza. Perfectamente connaturalizados con el país y libres de pesadas vestimentas, los moradores de los llanos no pueden ser dominados sino por hombres de las mismas regiones, y Venezuela posee en aquellas Llanuras sin límites, y en los pechos de sus valerosos hijos, el más fuerte baluarte de su independencia nacional.

Esta estrecha relación entre el llanero y su caballo también se hace evidente en trabajos y estudios realizados sobre el llanero, en la poesía y en refranes populares inspirados en su cultura y en la vida en



este medio. Es el caso de la obra citada con recurrencia en este libro, firmada por Daniel Mendoza, *El llanero* (p. 47),² donde escribió:

La amada, o la querida, o la esposa, el caballo y la guitarra: he aquí los dioses del llanero. He aquí los compañeros en la soledad de los palmares. Para él no hay pesadumbres cuando están los elementos en torno suyo. En estas tres cosas, y con ellas otras no menos nobles que las aderezan, pone el habitador de las pampas de mi país una extremada delicadeza.

2 Según investigaciones de Vicente Lecuna, se le puede atribuir la autoría de *El llanero* al periodista y escritor Rafael Bolívar Coronado, autor de la letra del joropo «Alma llanera», quien usaba heterónimos o nombres de otros escritores para vender sus obras.

Desde que se inició la colonización, el caballo —junto con los otros equinos que llegaron como mulas y burros— pasó a ser el principal medio de transporte y trabajo del país. En las guerras constituyó, junto con los rebaños vacunos, un elemento estratégico vital, y durante la paz ayudó a forjar la naciente economía hasta casi la aparición del petróleo y el motor a gasolina en las primeras décadas del siglo xx. Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (p. 22 y 29) aclara:

El caballo, el medio de trabajo más importante en el hato, podía ser propiedad del terrateniente, quien lo adjudicaba al trabajador para su uso por el tiempo en que este prestase servicios en esa unidad de producción, o del trabajador, en cuyo caso recibía un pago adicional por el uso del mismo en el proceso productivo del hato. (...) El peón de a caballo, por las condiciones de habilidad y audacia que le eran indispensables y por la necesidad de movilizarse en ámbitos geográficos amplios, gozaba de un especial prestigio social dentro de la región, tanto en el sector de propietarios, como en el resto de los trabajadores, mientras que al peón de mano se le consideraba como un hombre desprovisto de todas las cualidades que se enaltecen y por lo tanto era marginado socialmente. El reconocimiento social al valor y la habilidad de un peón de a caballo podía llegar a trascender el ámbito de la unidad de producción, haciéndolo merecedor de un respeto muy especial en toda la zona.

Reneldo Ojeda, antiguo encargado de la empresa Inversiones Venezolanas Ganaderas (INVEGA) en los hatos Espinito, Ojo de Agua y El Socorro, estado Cojedes; El Frío, estado Apure, y Santo Cristo, estado Barinas, comentaba sobre la relación íntima que se desarrollaba entre el hombre y su caballo —incluso aquellos que no les pertenecen pero les fueron asignados por el hato—, resaltando la importancia de tener caballos mansos en las cercanías de las casas: «Es bueno enseñá a su caballo'e silla a que cuando uno llegue al peine (o portillo de cerca), el caballo solito se acerca a donde está uno y eso se logra llevándole comida o papelón todos los días».

En los hatos llaneros, donde se desarrollan operaciones ganaderas, se ha mantenido hasta nuestros días un esquema que consiste en mantener una «madrina» o grupo de caballos de trabajo en los potreros cercanos o inmediaciones del centro de operaciones que están a la disposición de la tripulación de llaneros para que puedan «remontarse» y así poder cumplir con sus labores cotidianas.

3 «Remonta» o «bestias de remonta» son términos utilizados por los llaneros para referirse a los caballos de silla o de trabajo que tienen asignados y que emplean para las tareas del hato o durante vaquerías y permanecen en la «madrina».

Según Simón Solís, «la remonta»³ son los caballos de silla o de trabajo asignados a cada llanero y que irá alternando durante los trabajos; la «remuda» era el término que se usaba para describir al caballo de repuesto después de cada jornada, siendo «remudar» el acto de cambiar de caballo de un día para otro en los trabajos, para permitir que al irlos rotando, se recuperaran de las extenuantes jornadas; el caballo de refresco, de un día para otro, sería denominado la «remuda»: «El caporal le decía a los llaneros, ¡Vamos a remudá caballo! ¡Yo voy a remudá hoy!».

Por lo general, en los trabajos de Llano de los hatos grandes que van quedando, participan de veinte a treinta llaneros, por lo que se requieren madrinas grandes de ciento cincuenta o doscientos caballos, incluso más, que se mantienen cerca de los hatos donde se está trabajando el ganado. En el hato Merecure, ubicado en el cajón de Arauca apureño, cuentan sus antiguos empleados que cada llanero o peón de sabana podía llegar a tener asignados para él —o podía ensillar— hasta diecisiete caballos dentro de la madrina del hato, la cual se dice equivalía a alrededor de trescientos cincuenta de los llamados «caballo'e madrina». Dado que en ese hato había no menos de veinticinco llaneros o

4 Cada uno de estos caballos recibía durante el proceso de doma o trocha solo ocho sillazos o ensilladas, luego de los cuales eran soltados al potrero y, al cabo de un tiempo, el caporal los repartía de dos a cinco a cada llanero para que los terminaran de enseñar o «retrochar».

sabaneros, para irlos reponiendo era necesario que se trocharan⁴ hasta cien ejemplares en una sola temporada, faena realizada por un trochador contratado con la asistencia de otras tres personas.

La abundancia de caballos permitía que fuesen únicamente los machos los que se destinaran para el trabajo en los hatos, dejando a las yeguas pastar libres en sus hatos para producir más potros, esquema que se ha mantenido en la actualidad. En la etapa del repase o la retrocha se procedía a la capada para convertirlos definitivamente en «herramientas de trabajo» y evitar que estuviesen padroteando a las yeguas o peleando con otros machos dentro de la madrina. Ramón Bartolo Núñez, viejo llanero que se crió y formó en los hatos apureños de la Productora Hemández S.A. (PROHESA), especialmente Juan Mateo, actualmente trabajador del hato Corralito, en el estado Cojedes, nos explicaba:



«Las yeguas en ese tiempo se agarraban como ganao, en la sabana. Se trabajaba con puro caballo macho, puro caballo capón. En ese tiempo no había necesidad de montá yegua, porque la madrina de caballos era grande, de doscientos cincuenta caballos en cá madrina de una finca, ande había bestia, eran doscientos cincuenta caballos en una finca pa'remontá los llaneros. En el repase lo capaban, que ya ese caballo estuviera manso. Lo capaban pa'trabajá, pa'que no pelearan, porque había demasiado caballo. En la madrina cada llanero podía tené hasta quince caballos, fuera de los potreros, ligao, surtío»

Para el cuidado, el pastoreo y el manejo de la madrina se emplea todavía la figura del «caballicero», que designa al caporal como el encargado de llevar a pastorear los caballos, supervisarlos y conducirlos a los corrales de madrugada para que los peones se remonten. El caballicero normalmente tiene un ayudante, por lo general joven aprendiz que se está entrenando en este arte y en las faenas asociadas con el cuidado de los caballos. En el corral, de madrugada, una vez que el caballicero ha traído a la madrina entera, cada peón enlaza o amarra su bestia y muchas veces es el caporal quien da las órdenes a cada peón sobre qué caballo debe amarrar dependiendo de las circunstancias y las exigencias del trabajo de ese día. A este respecto Ramón Bartolo Núñez nos comentaba que había momentos en los que el caballo seleccionado por algún llanero no era el apropiado para la tarea pendiente, por lo que el caporal intervenía escogiendo el que se debía ensillar:

«En ese tiempo, más que er caporal, ahí nadie de los llaneros se iba a meté en los caballos, el que se iba a meté era el encargao y el caballicero. Si usted decía ¡Yo voy amarrá este caballo!, ¡No!, le decía el encargao, ¡no, usted va amarrá este otro caballo que es el que le sirve pa'atajá el ganao, es un caballo que sabe atajá! Y usted como peón no iba a decí ¡yo amarro este!, el caporal es el que decidía. En ese tiempo, si iban por lo menos treinta llaneros, el caporal remontaba quince en caballo manso y quince en caballo potrones, pa' que los caballos potrones se jueran acostumbrando igual a los viejos, acostumbrando a trabajá con ganao»

Según Simón Solís, un llanero de los mejores de antes, nacido y criado en las inmediaciones de los terrenos «Garcieros» y «Fuenteros» en el Alto Apure, si era un «ganao bravo» el que se iba a trabajar, llamado «ganao de sogá», se ensilla puro «caballo frenero, caballo soguero» es decir, bestias especializadas en correr detrás de los animales que revientan del arreo o del rodeo, que logran alcanzarlos y están entrenados para asistir al jinete a la hora de enlazar. Estos caballos

5 Caballos perfectamente entrenados para trabajar con la sogá «arreatá» o amarrada a su cola y que asisten al jinete en medio de la carrera a ponerse en posición adecuada tras la res huída para efectuar la enlazada, acertar y acomodarse evitando los accidentes. Incluso, una vez enlazada la res, estos caballos se mantienen inmóviles, mientras el jinete se apea de su montura para poder acercarse hasta la res para faenarla.

son también conocidos en el Llano como caballos «cosarios».⁵ Cuando el ganado que se va a trabajar es más manso, se ensillan «potrones», es decir, caballos más inexpertos, ideales para trabajar con este tipo de ganado ya que brinda la oportunidad de enseñarlos a trajinar con las reses sin requerir de un animal más experimentado. Por otro lado, como parte del estricto proceso de formación de los jóvenes llaneros en los rudos trabajos del Llano, el caporal muchas veces da instrucciones al caballicero para que se les permita ensillar «potrones» que exijan mucho más del jinete, pues el adiestramiento comienza con la exposición a las condiciones más rudas de la faena.

Los hatos cuentan con subdivisiones o fundaciones desde las que se controlan los rebaños, manejadas generalmente por la familia del encargado que ocupa cada fundación, que a su vez cuenta con un personal básico que incluye cocineras, encargados de diferentes oficios y peones o sabaneros ayudantes del fundacionero para el tema ganadero. A estas fundaciones es necesario proveerlas de caballos para supervisar y trabajar el ganado bajo su cargo, por lo que es frecuente que a veces a los encargados se les asigne un hatajo de yeguas con su respectivo padrote para que produzcan sus propios ejemplares de trabajo o, simplemente, se les entregue una madrina de caballos mansos. En algunos hatos antes se contrataban amansadores para que completaran, con la ayuda de los fundacioneros, la doma. Estos amansadores se iban rotando por las diferentes fundaciones utilizando estas como base de operaciones para realizar las jornadas de trocha con los caballos que estuviesen en cada zona del hato hasta completar todo el proceso. Nos contaba Simón Solís que en ocasiones a estos fundacioneros, a cambio de asistir a los trochadores contratados en estas jornadas, les dejaban unos caballos de los que se trochaban en la fundación para que ellos pudieran disponer de sus bestias de trabajo:

«Ahí estaba el fundacionero con su ayudante, a veces tenían tres hombres, todo lo más había tres hombres más, nunca estaban solos, todos tenían sus caballos, tenían dos, cinco caballos

de silla cada uno, porque los trochadores, cuando trochaban ahí en esa fundación, como ellos los ayudaban, en veces le dejaban un potranco a cada uno o dos»⁶

La seguridad estaba a cargo de los «campo-volantes», un cuerpo de vigilancia armado que recorría el predio a caballo todo el tiempo para combatir el robo de ganado y la cacería furtiva. Representaba un elemento de disuasión por el respeto que se les tenía y el silencio con el que se movían. Así lo explica Simón Solís:

«Algunos hatos ya tenían sus campo-volantes que daban vuelta a esa sabana de ese hato, los mandaban del hato grande pa'la parte pa'nde robaban más, pa'nde existía más el robo, andaban a caballo con sus carabinas, eran una seguridad. Había más seguridad porque los cuatreros no sabían ande iba a aparecé esa gente. No se miraban, esos no andaban en carros, ¿que iban a andá? ¿en carro?, ¿en caballo!»

En las queseras,⁷ tal como nos explicaba Ramón Bartolo Núñez, aparte del ganado, el dueño del hato les proveía de un hatajo de bestias para que se suplieran de los caballos que requerían para pastorear y recoger de tarde a las vacas de ordeño y los becerros:

«Eso era que antes, cuando habían gente que tenían ganao, acostumbraban de dale vacas a los que estaban en las tierras de ellos, a los viejos de antes les daban cien vacas, cincuenta vacas, veinte vacas, treinta vacas, y también le daban diez yeguas y un caballo padrote, ese era pa'que amansara las vacas, pa'amansá las vacas. Ese queso que hacían no iba pa'l hato, ese era del que hacía la quesera, del que ordeñaba, y si él quería regalá un queso al dueño, se lo regalaba»

Según Simón Solís:

«Ellos amansaban su ganao queseando, esa era como decí un pisoteante [pisatario], el que vivía d'entre del hato, que era persona de confianza del dueño. Ese ganao quedaba en la fundación de ese tipo y él cuidaba su ganao, esos eran los rodeos mansos que habían. Si el dueño pasaba por'ái le regalaban su queso, pero él se mantenía con su queso. A él le podían apartá un hatajito pa'que fuera haciendo su hatajo, un hatajo manso, esas yeguas sí las amansaban, pa'montalas, esas yeguas sí eran de silla»

Las largas travesías desde una región a otra del Llano, o los grandes arrees de ganado que se trasladaban desde las regiones productoras hasta los mataderos ubicados en el centro del país, según Simón Solís eran llamados «viajes de ganado». Estos duraban varios días, deteniéndose en los hatos o sitios específicos a lo largo del camino, que contaban con instalaciones para recibir a estos arrees, dotados con corrales para el ganado y potreros para los caballos, además de posadas y comida para las tripulaciones de llaneros. Eran conocidas como «las quedadas de ganado». Todas estas travesías sucumbieron con la aparición del transporte con motor de combustión.⁸

6 Durante las vaquerías incluso a la tripulación de jinetes sabaneros del hato principal o del «hato grande» la iban rotando por las fundaciones de la propiedad, con el propósito de trabajar el ganado de cada sector, y para ello los llaneros siempre se llevan consigo sus caballos y remontas, es decir, la madrina.

7 Sistema de amplio uso en los hatos del Llano viejo para amansar el ganado. El dueño del hato le entregaba a alguna familia de pisatarios o a los familiares de sus empleados, un lote de animales para que se lo cuidaran (algo que contribuía con su amansamiento) a cambio de que ordeñando dichos animales estas personas pudiesen quedarse con la leche y el queso fabricado por ellos mismos, constituyendo esto una conveniente alianza estratégica en un tiempo en el que no había cercas.

8 A pesar de esto, gracias a Juan Andrés Mibelli y algunos ganaderos del área, entre ellos Jhonder Rojas, pudimos comprobar que desde los alrededores del pueblo de Elorza, en el alto Apure, siguen saliendo arrees de ganado con llaneros contratados, que pueden durar de uno a dos días, con rumbo a regiones remotas de ese estado, hasta los embarcaderos de gandolas o hasta las romanas (lugares que prestan el servicio de pesado de los animales).



Recordaba Simón Solís que los legendarios viajes entre los estados Apure y Táchira, en los que había que atravesar la montaña de San Camilo, por generaciones fueron motivo de inspiración para leyendas por las dificultades y peligros de la ruta. En tiempos anteriores, durante los «viajes de ganado», el caporal llevaba consigo dinero para pagar la estadía y la comida de su tripulación en las posadas. Todos los llaneros llevaban amarradas a la parte de atrás de la silla, mediante dos o tres pedazos de rejo conocidos como «los tientos», «la capotera» o maleta, una suerte de bolso alargado donde guardaban el chinchorro, el mosquitero, unas alpargatas, una muda de ropa y otros artículos de uso personal. Algunos también utilizaban el llamado «por si acaso» o «pollero», usado para llevar el bastimento, es decir, algo de comer para la travesía. Refiriéndose a la comida que podía llevarse, Simón Solís recordaba: «Un piazó'e queso, una panela, una carne frita, bien frita, que esa aguantaba bastante, tungos de maíz pilao, esas aguantaban varios días. Cuando no había comía en alguna quedada, entonces uno comía del por si acaso».

A veces esos viajes podían durar entre doce y quince días. Si al llegar a una de estas quedadas estaban ocupados ya los corrales o los potreros por el ganado de otro arreo, había que «velar» el ganado, es decir, se organizaban los peones para tumarse en diferentes jornadas para vigilar a los animales durante la noche para que no se dispersaran o escaparan. Para describir los viajes que realizaba con frecuencia Reneldo Ojeda desde el legendario hato El Frío hasta los potreros de la hacienda Paya en el estado Carabobo, nos apoyaremos en el libro *Sabanas de soledad, relatos y estampas* de Vicente Carrillo-Batalla:

Cuarenta y seis días se llevaba uno en esos viajes desde El Frío —nos dice Reneldo—, cuando nos veníamos con José Luis Bello. El trayecto era El Frío-Santo Cristo-Paya y en el camino nos parábamos en corrales y paraderos; a veces el corral estaba ocupado por alguien que se adelantaba con su arreo y entonces teníamos que organizar un paradero en que poníamos cuatro vigilantes —uno en cada costado— para evitar que se baraustara el ganado (...). A este carajito hay que perdonarle las cosas —nos cuenta Reneldo que decía José Luis Bello—. Y tanto lo repitió que una vez Reneldo se le acercó para preguntarle: ¿Don José Luis, dígame qué quiere decir usted con eso? Y a lo cual le respondió: —Como el ganado salió flaco de Santo Cristo y llegó gordo a Paya, hay que perdonarte esa vaina de los cuarenta y seis días. Al parecer, había quienes completaban la jornada en menor tiempo, pero el ganado no llegaba tan gordo sino más bien flaco y agotado por el largo camino. Reneldo nos cuenta que paraba dos días en El Socorro y en otros potreros del camino para dar agua y comida al ganado «Era preferible —nos dice— andar poco a poco que con esos apuros de otra gente que hasta se le moría o se le malograba el ganado en el camino». En sus viajes Reneldo siempre llevaba una mula de silla y un caballo arrebiatado o una «bestia de remuda» como él mismo nos indica, era un caballo rucio muy bueno.

En algunas circunstancias se tenían que organizar viajes para trasladar a los animales arreados desde algún hato hasta los llamados embarcaderos, lugares donde podían ser embarcados en las gandolas —por mala vialidad o por obstáculos como ríos, no siempre se podía llegar directamente al hato— tal como Ramón Bartolo Núñez nos relataba:

«Nosotros del hato Juan Mateo ¿verdá?, eran dos días de camino ¿ves?, nosotros salíamos de Juan Mateo a dormí a Coquito ¿no?, una fundación de Juan Mateo, pero ahí cada quien llevaba su viático, pa' su comida, pa' pagá también el potrero del caballo, en las posadas y pagá la comida. El caporal no llevaba la plata para pagá lo de nadie, ahí cada quien era dueño de sus reales que llevaban, su viático y mucha gente iba en caballo propio y esos caballos propios iban ganando también plata, los que iban en caballo del hato iban ganando su día de trabajo y ganando el viático que le daban en el hato, ¿entiendes? El que llevaba el caballo propio le pagaban más plata porque estaba poniendo su propio caballo, le daban los viáticos y también le pagaban el día del caballo. Entonces nosotros llegábanos de Juan Mateo a un lugar que llaman Atamaica, diremos paso Arauca, y ahí estaba la chalana pa' zumbá er ganao, pero el caporal se iba a'lante a acomodá la comida en la posada, acomodá los corrales y a mandá a prepará la comida. Nosotros dormíamos ahí, pero el ganado quedaba de este lao del río, los corrales estaban de este lao del río. Nosotros llegábanos ahí con ese ganao cerquita de las posadas. Entonces el caporal mandaba primero un lote a comer, ¡vayan a comer muchachos! Iban unos a comé a'lante y después ibanos el resto. Y ya con la tarde al ganao había que encerrálo temprano por si algún bicho se resistía, o corría pa'l monte y había que abuscalo, había tiempo de asegurálo, a las cuatro cerrábanos er ganao»

En un testimonio, quizás de épocas un poco más recientes, y a diferencia de la descripción de Simón Solís, ya había un esquema en el que un hato podía reservar con anticipación la fecha para utilizar la posada y sus corrales, eliminando así el riesgo de llegar y encontrarse con otro ocupante:

«Por lo menos lo estaban esperando a uno porque uno iba a llegar esa fecha, solo nosotros éramos los que dormíamos ahí. Por ahí a las cinco estábamos comiendo, entonces los caballos los metíamos en un potrero, pero teníamos que pagar también dos bolívares por cada caballo, en aquel tiempo, y la comida valía tres bolívares, pero para eso eran los viáticos. [al día siguiente, luego de pasar el ganado a nado por el río, y utilizando los famosos bueyes de agua que más adelante describiremos, ya tenían a algunos peones del hato del otro lado del río esperando para atajar al ganado que fuese cruzando y al resto de la tripulación la pasaban en chalana]. Todo el resto de gente que estaba pa'trás la pasaban en chalana, los caballos no era abordaos, era en chalana, ya en ese tiempo había chalana, no tenían que nadar los caballos. Entonces nosotros, cuando sacábamos ese ganado de ahí del paso del Arauca, lo ajilábamos por esa carretera y ya íbamos con rumbo al embarcadero ahí. Ese día, eran dos días de camino no más, llegábamos al embarcadero que se llamaba La Piedra, de una gente llamada los Mota, Manuelito Mota, tenía unos corrales, nosotros llegábamos ahí, encerrábamos el ganado, ya estaban las gandolas ahí esperando»

Como ya dijimos, el caballo criollo goza de prestigio por ser muy resistente frente a las pruebas a las que se le somete en los viajes y los trabajos con ganado. A propósito de esto nos contaba Ramón Bartolo Núñez:

«Los caballos eran tan buenos que eran de to'el día, iban llegando al corral y iban las reses reventando. Esos caballos arrancaban duro, le respondían a cualquiera, le llegaban a esas reses, le llegaban rapidito, si el llanero era bueno uno los amarraba rapidito. (...) Se usaba un solo caballo pa'l viaje, el mismo caballo. Tu caballo iba comiendo paja, tú lo ponías a comer contigo arriba, ahí tenía mucho alivio, porque tú tenías que cuidar tu caballo, cuidálo, por lo menos si estabas con el ganado ahí atajándolo, tu caballo estaba comiendo ahí, tú le das chance pa' que coma. Con eso se mantenía. Y además, ese caballo iba a comer temprano, porque ya a las cuatro, tábanos encerrando ese ganado»

Algunos llaneros experimentados confiesan tener una cultura casi exclusivamente caballar, mostrando absoluta predilección por el caballo como bestia de trabajo sobre las mulas, aunque reconocen que exigen menores cuidados y son más resistentes a la hora de emprender largas travesías.

Sobre esto Simón Solís afirma:

«Como había tanto caballo, la mula se usaba pa'los tiempos duros, de invierno, el caballo es más cobarde pa'la plaga y pa'aguantá la vaina. La mula hembra sobre todo era más guapa que el mulo, que el macho. Casi nunca se usaba la mula, la mula se usaba era pa'otras cosas, pa'caminá, pa'viajá, pa'los viajes de ganado, porque esa aguantaba demasiao»

La opinión de Ramón Bartolo Núñez es que en algunos casos una mula bien entrenada puede resultar incluso mejor que un caballo:

«Había poca mula, no existía mucho la mula, a algunos les gustaba porque un mulo bueno es igual a un caballo, hasta más que un caballo. Yo me acuerdo que una vez, en el hato Las Mangas (Marrereñas), allá en Apure, había un encargao llamao Alejandrino Rondón, que tenía una mula muy bonita, propia, una mula ergaitica y yo nunca había montao mulo. Yo no tenía necesidad de montá esa mula, yo tenía mucho caballo, pero me dijo don Alejo ¿usté quiere montá esa mula? ¡Móntela pa' que monte una vaina buena! Ahí monté la mulita y ¡ah mula caminadora y buena, y buena rienda esa mula, esa mula era más que un caballo!, volteaba así pata morocha, ¡corredora esa mula, y caminadora»

Comprobamos que en algunos grandes hatos llaneros persiste una gran afición por las mulas, criadas sobre todo para la tripulación de llaneros. El llamado «burro hechor» es comúnmente empleado para obtener una dotación de mulas para estos trabajos o viajes que requieren animales de mayor resistencia. Por eso se tiene la costumbre de mantener burros o pollinos en las inmediaciones de los hatos, para mestizarlos con las yeguas.

Otra razón por la que se ha tenido siempre la costumbre de mantener burros en los hatos y fundaciones es porque si no se dispone de vehículo para transportar carga, por medio de un artefacto llamado «enjalme» —que describiremos en la sección del Reliquiario de montura— se puede utilizar un burro. El burro que se consigue en el Llano, por ser generalmente de baja altura, es un animal muy útil en los hatos y fundaciones, ya que es sobre ellos donde los niños pequeños comienzan a aprender a «remontarse», además de ser el animal por excelencia para trasladar a las mujeres y los ancianos, tiene gran resistencia y requiere menos cuidados y comida.

Así como en muchos otros países de América la ganadería bovina está profundamente arraigada en la economía nacional, en Venezuela será muy difícil prescindir del caballo de trabajo como la herramienta que acompaña casi todas las faenas diarias de nuestras unidades de producción. Por ello, y por el lazo de unión que se establece entre el llanero y su caballo, debemos incluirlo como una reliquia viviente legítima.

La vida del llanero y la jerarquía dentro del hato

Distante, en la contraluz de un crepúsculo de colores calientes y suntuosos, se destacaba la silueta de un jinete que iba arreando un rebaño. Reses señeras se engreían, aquí y allá, amenazantes, o se disparaban ariscas, a la vista del hombre, mientras que otras, mansas, se encaminaban paso a paso y por distintos rumbos hacia los corrales del hato, donde ya se elevaban las blancas humaredas de la boñiga seca que era costumbre quemar al aproximar de la noche, para ahuyentar las nubes de mosquitos perturbadores del sueño de gente y ganado.

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Cuando hablamos del llanero, debemos referirnos a ese personaje en torno al cual se desarrolla esta obra tan ligada a nuestras tradiciones, que nos consta tiene raíces profundas en su identidad con la proyección de una gran pasión por todo lo que hace y, muy particularmente, por su tierra. Es a ese llanero que describió don Rómulo Gallegos en *Doña Bárbara* (p. 168) al que nos referiremos:



Y vio que el hombre de la llanura era, ante la vida, indómito y sufridor, indolente e infatigable; en la lucha, impulsivo y astuto; ante el superior, indisciplinado y leal; con el amigo, receloso y abnegado; con la mujer, voluptuoso y áspero; consigo mismo, sensual y sobrio. En sus conversaciones, malicioso e ingenuo, incrédulo y supersticioso; en todo caso alegre y melancólico; positivista y fantaseador. Humilde a pie y soberbio a caballo. Todo a la vez y sin estorbarse, como están los defectos y las virtudes en las almas nuevas.

Los primeros enclaves ganaderos establecidos por los colonos en las regiones llaneras fueron organizados «a la manera española» y a ellos fue, lenta pero firmemente incorporada por los misioneros religiosos capuchinos andaluces, la población indígena. Además de su misión evangelizadora, los misioneros aportaron nuevos elementos culturales, tales como instrumentos de cuerda, cantos y romanceros populares que, amalgamados con los talentos autóctonos de los nativos, dieron origen a ricas corrientes musicales originales como el joropo, la tonada y el contrapunteo, los cuales pasaron a ser baluartes regionales luego de haber ayudado a mitigar la soledad y la fatiga de la faena diaria que se vive en esas tierras indómitas. Valiente, impetuoso, despótico y noble es el llanero; más que nada, poeta. Su poesía tiene la recia fiereza de los elementos que se agitan en torno suyo. Extremosísima como sus arrestos, puede llegar a las más exaltadas vibraciones épicas y los más delicados ensueños según inferimos en *El llanero* (p. 54).

Las características personales más sobresalientes en el llanero, según Argenis Méndez Echenique (p. 21) eran —y son todavía en mayor o menor grado—: conciencia y aprecio del valor personal, la altivez, el espíritu igualitario, la hospitalidad caballeresca, la lealtad como base de la moral política,

la tendencia a la aventura, la indiferencia religiosa, la abstracción y la dedicación a la poesía y el canto, que en él se manifiesta espontáneamente, porque es bueno señalar que todo llanero lleva el alma impregnada de inspiración.

La composición de la mano de obra en el hato es compleja y heterogénea. La fuerza del trabajo presente en esta unidad productiva la conforman en la etapa colonial mestizos, indios vaqueros y esclavos negros, estos últimos en forma minoritaria. Esta estructura, en opinión de Vicente García y Luis Rojas (p. 151), solo se modifica en la etapa republicana al abolirse la esclavitud, pero se mantiene inalterable al menos hasta las primeras décadas del siglo xx. En este contexto de la división laboral hay una jerarquización de mandos y funciones con el dueño del hato o amo, quien la preside y está en la cúspide de esta pirámide; a su servicio se encuentran, en una relación subordinada entre sí, los mayordomos, los caporales y los peones jornaleros.

Así como ocurre en muchos otros grupos sociales, la organización laboral que se establece dentro de un hato llanero mantiene una férrea y disciplinada estructura que le asigna a cada uno de los individuos que viven dentro de los predios, tareas y responsabilidades concretas que lo van formando desde la infancia. Esta estructura jerárquica que antes dirigían los mayordomos de sabana, hoy desaparecidos, se apoya en los encargados, por lo general caporales veteranos a los que se respeta y obedece por ser la máxima autoridad debajo del propietario o patrón. Cada uno de estos cargos es de muy vieja data y revisten una importancia singular a la hora de asegurar el aprendizaje que se requiere para sobrellevar la vida en el Llano.

Los llaneros comienzan a trabajar en los hatos desde muy jóvenes, incluso desde que son niños, en palabras de Gastón Carvallo (p. 30):

Las características propias del trabajo en la ganadería extensiva hacían que este fuese solamente desempeñado por trabajadores masculinos (...) Las pautas culturales derivadas de este hecho regían, así mismo, para todas las actividades organizadas por el hato, aun cuando ellas involucraran un esfuerzo físico que podía ser desempeñado por mujeres, como efectivamente ocurría con los cultivos del trabajador dentro del hato. El carácter casi exclusivamente masculino de la comunidad del hato, así como el entrenamiento que suponía la formación de un peón de a caballo, llevaba a la incorporación de los niños desde muy temprana edad al trabajo ganadero.

Para ilustrar lo que ocurrió en el Llano venezolano con la formación de la mano de obra, haremos referencia a lo que, sobre el particular, dijo el profesor de la Universidad de Los Andes, Héctor Pérez Ángel en su artículo «La hacienda y el hato en la estructura económica, social y política de los llanos colombo-venezolanos durante el período colonial» (p. 11):

Durante muchos años encomenderos y hacendados se disputaron la mano de obra indígena hasta disminuirla notablemente, lo cual dio paso al mestizaje y con él surge un nuevo tipo de trabajador: el peón libre asalariado y con ellos surgen los sistemas de trabajo conocidos como peonaje y concierto. Esta población fue creciendo con la liberación de los esclavos y con la mestización de los indígenas. Estos sistemas de trabajo dieron auge a la estructuración de los pueblos, pues con el trabajo de cristianización por parte de los misioneros, se llegó a caracterizar de «indios civilizados» a aquellos indígenas y mestizos que trabaja-

ban en las haciendas pero que se acostumbraban a vivir en los pueblos cumpliendo con las normas religiosas, sociales y políticas. (...) De las actividades prioritarias de la hacienda y de su vida cotidiana, se fue formando una estructura social que viene a definir al llanero veguero y al llanero de sabana. En la hacienda (...) donde se encontraba el sistema administrativo de las haciendas del Llano, las principales actividades se desarrollaron alrededor de la agricultura y de trabajos como la construcción de caneyes, la fabricación de teja y bloque o de teja; este tipo de habitante se fue asentando sobre las costas de los ríos, definiéndose así el veguero. Mientras tanto el hombre de sabana desarrollaba su oficio sobre un caballo y siempre trabajando con el ganado, de donde se van definiendo los nombres según el trabajo: caballicero, becerrero, caporal, cortadores, el blanco (que no es blanco de raza, si no que así se le dice al dueño del ganado), el cabrestero, puntero, traspuntero, los maleteros o chocoteros, con excepción del dueño, los demás vienen prolongando más el sistema de concertaje, trabajando un tiempo en una hacienda para luego ir a buscar otra; de ahí que en este sistema de trabajo el llanero nunca se preocupó por tener un pedazo de tierra, pues mantuvo la idea de que «el Llano, todo era de ellos», por lo tanto no sentían la necesidad de un documento de propiedad. (...) El peón era el que acudía a trabajar a una hacienda, a trabajar por un salario diario de un real o un tomín, por eso también se le denominó realeros o tomineros; mientras tanto el concierto era un contrato de trabajo por medio del cual un indio, un mestizo se comprometía a trabajar en una hacienda por un salario y una ración por un tiempo determinado que oscilaba entre seis meses y un año.

La historiadora Adelina Rodríguez Mirabal (p. 188), por su parte, explica cómo surgió la figura del peón llanero:

El régimen de tenencia de la tierra propio de los llanos —*in extenso*— resume la conformación de una modalidad de organización: producción, mercados, estratificación social y familiar, que centraliza en el hato: unidad social de producción y explotación, la función económica precisa sobre la cual se erige el latifundio ganadero como viva expresión de poder político, económico y social de una minoría: Amos del suelo llanero, sobre esa población móvil, dispersa, en su mayoría integrante de la gran masa de desarraigados que deambulaban escoteros por la sabana, al margen de todo concepto de ley, y que progresivamente, en la dinámica del proceso histórico, deviene en la figura del peón llanero (...).

Apartando un poco el encanto de las descripciones, un tanto románticas, que conocemos sobre la vida del llanero, debemos tener presente que originalmente fue una fuerza de trabajo sometida a duras relaciones de enfeudamiento y servidumbre. Bajo ese sistema, las características de la actividad ganadera lo transformaron en una mano de obra temporal empleada con frecuencia en los rodeos y vaquerías, pero el resto del año debía vagar de hato en hato ofreciendo su fuerza de trabajo en alquiler a cambio de un salario. Eso, por suerte, ha cambiado y todavía es frecuente encontrar regiones donde algunos llaneros continúan trabajando en los hatos donde nacieron y en los que, además, nacieron sus padres e incluso sus abuelos. La jerarquía en los hatos se ha establecido siempre desde muy temprana edad. El niño llanero crecido dentro de ese entorno tan natural, se entrena desde muy joven en la supervivencia de manera instintiva realizando rudas labores orientadas a templar su carácter y a respetar la jerarquía. Tan pronto aprende a andar, sus distracciones lo encaminan hacia las que habrán de ser sus futuras tareas.

Entre las primeras responsabilidades que se le asignan al niño en el hato está la de becerrero. A medida que van creciendo, los niños comienzan a involucrarse con los peones, quienes les asignan tareas sencillas como cuidar la puerta de trancas y abrirle la puerta del chiquero al becerro que le pida el ordeñador cuando está ordeñando; aprender a curarle el ombligo a un becerro recién nacido,

incluso les enseñan a hacer queso de cincho y a quebrar la cuajada en la quesera. El siguiente paso consiste en separar las vacas de los becerros después del ordeño para que no se beban toda la leche de la ubre y, a caballo, sacar arreados por separado a becerros y vacas hacia los potreros para pastorearlos. Al cumplir los trece años, habiéndose ya formado en los quehaceres rutinarios, pasan a ser nombrados oficialmente becerreros, trabajo que debe ser ejecutado con compromiso, ya que exige levantarse muy temprano y responder por todo lo que se les asigna.

Para llegar a ser peón en un hato, el muchacho tiene que avanzar en jerarquía conforme crece en edad y se incrementan sus asignaciones. Cuando el muchacho llega a ser adolescente pasa a asumir, ya como peón, tareas mucho más exigentes como ordeñador, sabanero, herrador, bestiero —que se ocupa de cuidar a los caballos—, amansador o trochador, enlazador —para lo cual debe «ser buena sogá»—, castrador de toros, coleador. Esta posición la puede mantener hasta edades bien avanzadas, como pudimos constatar con nuestros entrevistados. Por su parte los «viejos» que van quedando, desempeñan labores útiles y acordes con su edad: chofotero o chocotero, quesero, fabricante de sogas y falsetas, carpintero, componedor de reses, aguasilador, arreador de ganado manso, pescador, artesano, asador de carne y conuquero.

En los trabajos de Llano, faenas asociadas con bestias y ganado, así como cualquier otra tarea u oficio relacionado con el quehacer diario del hato, los llaneros reciben instrucciones directas del caporal. Esta figura funge como intermediario entre los dueños o patrones del hato y el personal, y es quien dirige a todos los subalternos y asigna la función que desempeñará cada uno. El caporal es por definición el empleado de mayor confianza, que continúa teniendo hoy día un hato ganadero tradicional. Antiguamente era el mayordomo el puesto más alto de los hatos llaneros.⁹

Por lo general, el caporal es un llanero veterano con mucha experiencia por haber pasado durante su vida por todos los cargos de sabana y, no es raro, que incluso haya nacido en el mismo hato. La riqueza cultural que llegan a acumular estas personas es vasta y, gracias a las entrevistas que conseguimos con alguno de ellos, pudimos recabar gran parte de la información para este libro. Sobre él recae el cabal cumplimiento del plan anual de trabajo, la organización y coordinación de las vaquerías, las reparaciones de cercas y construcción de corrales, el acondicionamiento de potreros, además de la administración de las cuentas, los gastos y las ventas de la fundación que tenga asignada. Esta figura alcanza esta posición una vez que ha sido seleccionada por los dueños del hato sobre la base de su prestigio entre los demás llaneros y por ser capaz de dirigir y funcionar como líder honesto y leal al hato y al patrón. El caporal es también quien paga la nómina o el salario a los peones bajo su mando y también quien atiende o resuelve los requerimientos que pueda tener un empleado en un momento determinado. Horacio Cabrera Sifontes en *La Rubiera* (p. 131) explica: «En el Llano, si no se demuestra que se es capaz de superar al trabajador raso físicamente, el jefe está perdido. Tarde o temprano vendrá el relajamiento de la disciplina o el irrespeto generado por el prurito de hombría, que el llanero mide desde su personal estatura».

⁹ Este cargo llegó a tener tanta importancia que en la década de los sesenta, el ganadero e historiador Alfredo Armas Alfonzo concibió la creación de una escuela para formar mayordomos que atendieran los hatos. Esto lo aplicó en su hato, ubicado en la población de Las Mercedes del Llano, estado Guárico, con un pensum que él mismo redactó. Irónicamente la figura del mayordomo cayó en desuso y desapareció.

Así como lo fue el extinto mayordomo, el caporal representa la figura más respetada dentro de la jerarquía de trabajo en el Llano. Este respeto llega hasta el extremo de que él puede ordenar, tal como ya vimos, qué caballo va a ensillar cada peón, teniendo estos que esperar hasta que el caporal ensille su propio caballo —a menos que él mande una «gente adelante» a esperar en algún sitio a revisar algo, o ejecutar una maniobra en paralelo— para poder arrancar; al regresar de pasar todo el día en la sabana, si el caporal no se ha desmontado, el resto de la tripulación de llaneros tiene que esperar que él lo haga. En los protocolos para la comida después del trabajo, el caporal es quien come primero, junto con el asador de la carne, seguido por los demás empleados, y en la sabana es quien decide a dónde se van a llevar arreados los animales y en qué sitio se va a parar el ganado para reunir el rodeo en el paradero. Nadie mejor para explicar en qué consistían las funciones de un caporal que el veterano Ramón Bartolo Núñez:

«El caporal de antes, que no había administrador, no había gerente, no había más mandatario, sino un solo jefe na'más, que era el caporal, el caporal mandaba en todo, mandaba a los obreros macheteros, ahí no mandaba más nadie, ninguno iba a disponer después del caporal, era el caporal solo el que mandaba ahí, ese era el encargado (...). Yo primero en Juan Mateo, de sé llanero, después el caporá, Rafael Ramón Oliveros, como me vio el interés, me vio la responsabilidad, él me dio el cargo de sé caballicero de la madrina de caballos, de doscientos cincuenta caballos de madrina, el jefe de los caballos. En ese tiempo el caballicero era el segundo encargao después del caporal de un hato, así juera un niño, pero era el segundo al caporal, porque el caporal llamaba a los obreros y les decía ¡miren! después de yo el que manda es este muchacho, sea menor que ustedes, pero este es ar que le van a poné cuidao, este es ar que le van a obedecé cuando yo no esté aquí. Eso era porque él le miraba a uno el interés y la responsabilidad, entonces le daba el cargo a uno»

Ramón Bartolo Núñez, quien tuvo oportunidad de trabajar en el hato Juan Mateo, Apure, cuyo caporal entonces era un primo político de nombre Rafael Ramón Oliveros, afirma que el segundo al mando en la jerarquía del hato ganadero después del caporal es el caballicero, encargado de los caballos de la madrina y de las demás faenas relacionadas con las bestias, además de la mano derecha y la persona de mayor confianza del caporal en el manejo del personal del hato.

Mientras Simón Solís decía que «En un hato el caporal sabía más que el dueño, a ese no lo mandaba el dueño, ese se mandaba solo, ese sabía qué iba a hacé en ese hato como si juera un dueño, era jefe».

Otra figura tradicional muy relacionada con toda esa cultura de los hatos es el chofotero o «chocotero». Se trata de un peón de sabana ya retirado, o algún hombre mayor que viva en el hato, que por su edad ya no puede continuar participando en las jornadas a caballo con el resto de la peonada. Aparte de su función principal de coordinar con las cocineras todo lo referente al apoyo en la cocina, sus responsabilidades son múltiples y van desde «tinajear» o llevar agua y mantener leña en los



fogones, hasta abrirle la puerta al gallinero, barrer el caney y el patio. Es el encargado de la tasajera y de llevar a la cocina las piezas de tasajo o carne salada que se usarán ese día, estar pendiente del menú para los llaneros; normalmente se le asigna el manejo del conuco y, dependiendo de su edad y experiencia, se le pueden incluso llegar a encargar algunas labores de sabaneo. Es el responsable de alimentar a los pollos y también se ocupa del encierro de los cochinos en el chiquero, de darles el suero del ordeño y de limpiar el brasero del fogón. Simón Solís, ampliándonos un poco sobre las funciones del chofotero, nos contó lo siguiente:

«El chofotero podía sé un viejo, de esos que estaban ya jubilaos, que no querían ya montá caballo, entonces quedaban de chofotero, ayudante de la sirviente, que se ponía a pelá topocho, a picá la leña pa'l fogón, a serví la comida, a cargá cualquiera vaina el agua, a cargá la jarra de café pa'llá pa'la mesa, pa'que la gente bebiera. Era un ayudante, que le decían chofotero, era el que le decían el "choco". No más siempre eran esos viejos que se quedaban en el ható. También hacían otras cosas, se ponían a hacé falseta, a picá sogá, a hacé sueltas, bozales, ese era el trabajo de ellos ahí, recogé huesos, que se miraban por'ahí tiraos en el suelo, los recogían y los zumbaban pa'un joyo, hacían un joyo y los zumbaban pa'l que llamaban el joyo'e los huesos»

Ramón Bartolo Núñez nos comentaba que para ocupar el puesto del «chofotero del ható» no necesariamente se designaba a los viejos que iban quedando, dado que él mismo fue contratado con

apenas catorce años de edad para desempeñar esa función en el hato Juan Mateo, en el estado Apure, su primer trabajo:

«Hoy en día no hay eso, porque las leyes se perdieron, esas leyes de chofotero se han perdió. Juera muchacho o juera viejo, porque no buscaban tampoco puro viejo, esos viejos que quedaban eso era pa'otra cosa. El caporal contrataba el chofotero, lo designaba. Él era el que en aquel tiempo, que no había cocina de gas sino que habían cuatro fogones llenos de leña, tenía que mantené las cuatro gavetas llenas de leña. Es también un ayudante de la cocina y a la vez el que comandaba la sirvienta y encargao de variá la comida. El chofotero era el que iba a dirigi la comida'e la gente, no la sirvienta, es el que iba a variá las comidas. Por enjemplo, le daban una res, se la ponían en un cuarto, sequita la carne y él es el que iba a sacá la carne, era el chofotero el que tenía la llave de ese cuarto. Si la gente iban pa'la sabana, quedaban una gente ahí, y le decía él a la sirvienta ¡vamos a hacé un picadillo con arroz!, el chofotero buscaba la carne y se ponía a ayudá a la mujer. La carne iba pilá en un pilón. Habían varias variedades de comida, una mano'e pilon, se pilaba y se agarraba con la mano. Unos huesos con arroz, pero ese era de parte del chofotero, con arroz pa' los llaneros, vamos a hacé unas arepas fritas, vamos a hacé unas arepas tendías, una yuca, él ordenaba a la sirvienta. Aquí había una ventana como una media luna, y aquí está la mesa de los obreros, entonces la mujer estaba por dentro pasándole la comida al chofotero para ponésela a la gente en la mesa. Veinte platos, veintiún platos, los regaba allá. Cuando la gente llegaba del Llano ya la comida estaba caliente, ya'taba todo en taza en la mesa: el arroz en taza, la carne en la taza y la jarra de guarapo en su mesa. Y uno esperando a la gente pa've la gente ahí comiendo y atendéle a la gente cuando esa gente estaban comiendo, y el chofotero estaba ahí, no se quitaba de ahí. Cuando ya la gente estaba completa, yo pedía una jarra de café y una jarra de guarapo, que era jarra de pico que no salen ahora, pa' servile café o guarapo a la gente. Entonces, cuando se terminaba la gente de comé, que to'er mundo quedaba conforme, que to'er mundo se iba pa'fuera a reposá, a esperá otra vez la hora del trabajo, entonces uno llegaba, pasaba los platos pa' la cocina, y uno otra vez daba la vuelta por allá a ayudá a la mujer a fregá»

Aparte de los que quedan designados como chocoteros, en muchas fundaciones, o en el mismo «hato grande», van quedando los llaneros viejos, llaneros retirados que se resisten a abandonar la compañía aun cuando no pueden continuar trabajando por la edad, y los patrones, por su lealtad, les permiten quedarse viviendo bajo la responsabilidad del jefe de la fundación o del caporal. Las tareas que se les asignan son sencillas y sus días transcurren picando, preparando, tallando y engrasando o acondicionando las sogas que se estén fabricando, algo que le ha adjudicado en el folclore y en la poesía el nombre de «viejo soguero». También es frecuente observarlos con una escardilla o machete limpiando el patio de las casas, cortando o «jendiendo» leña o, cuando se va a asar una ternera que se mata en la tarde al final de cada jornada, encargado de «componerla» y «asála», que equivale a prepararla.



Captura del caballo semisalvaje. La figura del brujeador

*La llegada de los brujeadores piñaleros fue muy ruidosa,
por lo bien montados de sus hombres y porque venían dos
muy importantes en las parrandas, porque cantaban al pie del arpa,
que eran Santos y Agamenón.*

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Dentro del mundo asociado al caballo continúa existiendo una curiosa figura conocida como el «brujeador», rodeada de un gran misticismo dentro de la cultura llanera y, curiosamente, una de las menos difundidas. Incluido en novelas como *Doña Bárbara* (p. 11) donde se la relaciona con la práctica de la brujería: «lo mientan asina como se lo he mentado por su ocupación, que es brujear caballos, como también aseguran que y que sabe las oraciones que no mancan para sacarles el gusano a las bestias y a las reses», históricamente llegaba a los hatos contratado por el caporal o el mayordomo, para completar la tarea de capturar caballos salvajes y curar con oraciones y medicina natural determinados males que afectaban a los rebaños de ganado y bestias.

Una de las prácticas más comunes asociadas con este brujeador era la captura de potros cerreros empleando yeguas en celo entrenadas. Al instalarse en el hato, el brujeador se dedicaba por un tiempo al cuidado de un hatajo de las llamadas «yeguas brujeadoras», acostumbándolas a su presencia y, en especial, entrenándolas para que, al escuchar el sonido de su mandador o látigo de cuero, regresaran a los corrales del hato o de alguna fundación sin importar dónde se encontraran.

Se afirma que la ley manda utilizar entre diez y veinte yeguas —aunque en algunos casos se menciona el número de doce como legal—, y si todas son de un solo color, aún más efectivo. Tras haber logrado que las yeguas se acostumbraran a llevar a cabo esta maniobra, el brujeador esperaba hasta que entraran en celo y procedía a arrearlas en dirección a alguna sabana donde estuviese reunida una madrina o grupo de potros cerreros. Este grupo de potros se correspondía con los animales que eran corridos del hatajo donde nacieron por el padrote dominante. El brujeador conducía a las yeguas hasta donde estuviesen estos potros, que se interesaban inmediatamente en ellas, momento que aprovechaba para hacer sonar su mandador para que las yeguas amaestradas retornaran al corral seguidas de cerca por los potros y entonces capturar la madrina de bestias entera. Este ingenioso método le permitía al hato obtener los caballos que requería para sus trabajos sin que fuese necesario capturarlos a lazo mediante duras faenas y gran cantidad de jinetes. Reneldo Ojeda nos contó:

«Habían unas yeguas brujeras. Los potros que botaban de los hatajos los caballos viejos, los padrotes viejos, cuando los potros hijos de ellos ya quieren padrotear, los botan de las yeguas pa' que no cojan las hermanas, eso es lo que es la naturaleza. Entonces quedan solos en la sabana. Entonces tú le metes unas yeguas mansas. Las yeguas quedaban acostumbradas cuando uno sonaba el mandador, a irse corriendo pa' la fundación, los potros se les pegaban atrás oliéndolas y cuando se daban cuenta ya estaban dentro del corral. Luego se iban amarrando y se pegaban a un botalón»

En el libro *El llanero* (p. 98) se deduce que el hatajo de bestias lo organiza con doce yeguas jóvenes (potrancas) y un padrote, generalmente un caballo joven (potranco). Estos hatajos cuesta mucho trabajo organizarlos: reunidas las trece bestias, se echan a la sabana. Los primeros días no quieren andar juntas, pugnan por tomar cada una su camino y alejarse, se extrañan unas con otras, antipatizan, de manera que tienen que ponerle a cada hatajo dos o tres peones a caballo que están con él de día y de noche para obligarlo a estar reunido. A los tres o cuatro días comienzan a acostumbrarse y a encariñarse. De ahí en adelante no se separan jamás.

Estos curiosos personajes, cuyas destrezas y creencias siguen siendo muy apreciadas en algunas regiones llaneras donde todavía va quedando uno que otro y que, dado su misticismo y reconocida efectividad, están citados en gran parte de nuestra literatura llanera, representan una herramienta de gran ayuda para resolver muchas situaciones cotidianas en los hatos. Simón Candelario Solís, hombre nacido en la costa del caño Buría, en el lindero entre los hatos La Victoria Garciera y Campo Alegre, terrenos de El Cedral Fuentes, en el Alto Apure, quizás uno de los últimos brujeadores que quedan en el Llano, nos contó que comenzó muy joven a adquirir sus conocimientos en el oficio directamente de su abuelo Santos Rivero, quien llegó a ser uno de los brujeadores más reconocidos en Apure, contratado para trabajar en la zona de los hatos San Pablo Paeño y El Frío. A su muerte, Simón continuó formándose bajo las enseñanzas del hijo de Santos, su padre adoptivo, Valeriano Andrade, que había heredado las destrezas del viejo Santos. Nos cuenta Simón Solís:

«El viejo que me crió y me siguió enseñando de brujería, era el hijo de Santos Rivero, que se llamaba Valeriano Andrade, encargao de la fundación de San José, en el hato La Victoria. Valeriano aprendió de su papá cómo brujeá los caballos y me enseñó a mí y a mi hermano (...) Habían los hatajos mañosos, como cuando el abuelo mío, ¿verdá? En el hato El Frío, que era donde más él agarraba bestia mañosa, madrinas de cien, doscientos caballos que se apartaban de los hatajos, que estaban en tal parte, entonces los buscaban»

Por ser Santos Rivero un brujeador consagrado que se dedicaba a capturar potros cerreros para los grandes hatos de la zona, utilizaba su propio hatajo de yeguas brujeras conocido como el «hatajo brujo» es decir, empleaba un hatajo que le pertenecía, quitándole el padrote cuando era necesario y dejando las yeguas previamente amaestradas. Según Solís, él se llevaba las yeguas arreadas o se les ponía adelante y estas se iban detrás de él hasta el fundo o el hato donde había sido contratado:

«Él tenía un hatajo de yeguas que no parían, esas eran machorras, con su padrote. Ese hatajo lo usaba él para agarrar lo que era caballo cuando se apartaba el lote de caballos de los hatajos. Esas yeguas no parían, esas yeguas eran putas, esas enamoraban a esos caballos como fuera. Ese hatajo era de él. Cuando le metían las yeguas al poco'e potrancos esos, ellas los enamoraban y las yeguas corrían delante de los caballos»

Los caballos en los hatos del Llano Viejo, donde todavía no existían cercas, deambulaban en libertad, como manadas en estado salvaje. Como ya vimos, el padrote de estos hatajos de yeguas por lo general expulsaba en forma agresiva a los potros machos cuando alcanzaban la madurez sexual. Muchas veces se juntaban con los potros expulsados de otros hatajos conformando un grupo de potros cerreros conocido como la «madrina». Al respecto Simón Solís nos cuenta:

«Realmente el hatajo son las reproductoras con un caballo padrote. Entonces se apartaba la madrina de caballo cerrero, los padrotes de varios hatajos, porque eran tantos hatajos, entonces esa potrancada se iba ajuntando y a veces se alzaban, como eran tantos, se alzaban. El padrote apartaba los potros; cuando esos potros iban a empezá a brincá las yeguas, él los apartaba del hatajo y esos potros se iban reuniendo con otros bichos y formaban una madrina grande de caballo cerrero, apartao, potrancos»

El viejo Santos Rivero, al instalarse en un hato, se dedicaba por un tiempo a recorrer solitario a caballo la sabana para ubicar las madrinas de caballos cerreros. Cuando localizaba alguna, le rezaba sus oraciones y la rodeaba con el caballo dándole una vuelta completa al grupo de potros en preparación para su eventual captura:

«El viejo Santos Rivero, el brujo, mi abuelo, ese viejo llegaba ahí, lo buscaban —vamos a agarrá tantos caballos— pa'amansá caballos ya botaos del hatajo, entonces él iba y caminaba la sabana. Siempre andaba en un mocho viejo, a él no le gustaba andá en caballo bueno. Caminaba la sabana y miraba dónde estaban las bestias, entonces les hacía sus vainas.

Siempre andaba solo. Después, cuando los iba a agarrá, que ya necesitaban el caballo por ejemplo, de los quince días pa'lante se iba con otro. Cuando él le daba vuelta a esa madrina'e caballos en redondo, los agarraba porque los agarraba; mientras no le daba la vuelta, olvídense. Él les rezaba la oración y les daba la vuelta en redondo. Eso tomaba tiempo»

Posteriormente, con la asistencia de algunos peones del hato, se realizaba la captura de estos caballos, construyendo antes corrales o potreros falsos hasta donde las yeguas conducían a los potros para ser enlazados y trochados. Para ello, Santos Rivero preparaba su hatajo. En caso de que fuesen puros caballos machos los que se pretendían capturar, él le quitaba el padrote a su hatajo de yeguas brujeras.

«Ese hatajo era tan veterano, ¿verdá?, cuando eran puros caballos, les quitaba el caballo padrote al hatajo y se llevaba esas yeguas. Esas yeguas eran tan putas que enamoraban esos caballos como fuera, camarita, y cuando arrancaban pa'l corral, él le sonaba ese mandador a esas yeguas y se iba era toa esa vaina pa'ese corral pande iban a caé, pero había gente en parada, porque eso era lejos. Entonces tenía gente en parada, los que iban a agarrá la puerta estaban allá cerquita, cuando esa vaina entraban a ese potrero farso, ya estaba la gente cerca, entonces le agarraban la vaina y ahí llegaba el viejo, al rato. Y ya esos caballos estaban quietos ahí, ya después que estaban ahí, iban pa'l depósito de los amansadores»

Si la operación para la cual se le contrataba requería capturar hatajos completos, es decir, yeguas con sus crías y las potrancas, para este fin se empleaba únicamente el padrote entrenado para repeler o expulsar a los padrotes dominantes de esos hatajos y asumir el dominio de manera que las yeguas le siguieran hasta donde se pretendía capturarlas. Recordaba Simón Solís:

«Pa'agarrá los hatajos de yeguas, él tenía el caballo padrote, el padrote era el que se encargaba de ese hatajo. Cuando iba a agarrá un hatajo, entonces sí se llevaba el caballo padrote, un caballo rucio blanquito, el caballo tenía nombre y se llamaba Plumaje. Ese caballo era brujo, ese caballo peleaba con los padrotes de esos hatajos hasta que los botaba y ahí se cogía esas yeguas a diente, a diente y las reducía, nojoda, hasta que se las llevaba, hasta los corrales pa'onde iba pa'encerrálas»

Como buen brujeador y buen llanero, Santos Rivero era presa de la superstición, algo que se hacía evidente en algunos de estos lances para capturar caballos: «Él caminaba su hatajo cuando le daba vuelta, pero cuando había un caballo que fuera amarillo, barreteao, o con una cruz en la paleta, casi no le gustaba metése con ese tipo'e bestia. Entonces él tenía que sacá esa bestia de ahí, de ese hatajo, pa'podé agarrá las otras bestias», recordaba Simón Solís, quien incluso en nuestros días continúa empleando algunas de estas prácticas y las oraciones que aprendió de su abuelo y su padre adoptivo. En sus labores como llanero, a menudo es contratado para capturar o amansar caballos en algún hato, aun cuando reconoce que las cosas han cambiado y que ya se están acabando los brujeadores y no quedan tantos hatajos, afirma:



«Ya no hay bestia mañosa y brujeadores por aquí ahorita, yo no te conocí más ninguno. En Apure estaba un tal Marcelino, no sé si se moriría, tiene que habése muerto, era mayor que yo. Santos Rivero era el más verraco. Algunas oraciones me las enseñó bastante. Creo que no es muy bueno uno sabé esa vaina. En junio (2017) agarré doce caballos en la zona de Caracará, de Palmarito pa'fuera, con un hatajo de yeguas. Eso es un proceso, tampoco es que usté va a agarrá un hatajo de esos en quince días. El Llano es el Llano, el Llano es un espíritu, ese es el que te va a dar su permiso a ti si vas a hacer esas vainas. Entonces tiene que darte su permiso pa' que tu hagas tus vainas, lograr que te dé el permiso, si no, no vas a hacer un carajo»

Aparte de dominar el arte de capturar caballos salvajes, el brujeador es un personaje muy versado en las leyendas del Llano, en materia de ánimas, espantos y aparecidos, que conoce además las oraciones para sacar gusanos, amansar animales mañosos, curar diferentes males, así como las oraciones secretas consideradas malignas: «bellaquerías», «marramucias» o «muerganuras», a grandes rasgos relacionadas todas con la magia y la brujería. Este aspecto de la vida de los llaneros ha formado parte de la idiosincrasia y la cultura de la región a lo largo de gran parte de su historia, que hoy día se ha ido perdiendo no obstante haber sido parte de un importante legado cultural asociado a las supersticiones del Llano representado a lo largo de *Doña Bárbara* a través de los ritos paganos del personaje principal y de las «muerganuras» del brujeador Melquíades Gamarra.

Las oraciones que utilizan los brujeadores y algunos llaneros se traspasan de una generación a otra, siempre que se posean las cualidades para recibir estos conocimientos. Una vez que una persona hace la transferencia de oraciones a otra, la primera ya no podrá seguir utilizándolas porque pierde todo su poder; por ello la mayoría son secretas y quien las conoce, las cuida celosamente hasta el final de sus días. Al respecto nos comentaba Simón Solís:

«Esas son oraciones que te las dan a ti, por ejemplo, el que te las da a ti no va a trabajar más con eso. El brujeador no podía enseñarle las oraciones a todo el mundo, porque eso es un secreto, algunos no creen, el que es incrédulo, muy poco aprende. Esas son cosas que se las guardan pa'ellos, se mueren con ellas, a mí porque realmente el viejito [Santos Rivero] me quiso mucho, yo le jalaba mucho. El otro viejo que me crió [Valeriano Andrade] me terminó de preparar»

El llanero que las conoce asegura tener poderes sobrenaturales sobre los animales para dominarlos, controlarlos y hacerlos dóciles. Simón Solís nos habló de casos en que el llanero podía tener control sobre el instinto y los hábitos de los animales a través de una oración secreta que ya no se utiliza casi por considerarse satánica, maligna. Un ámbito en el que una de estas oraciones se podía emplear es en las queseras, donde el amansado de las vacas es un proceso que toma tiempo. Las vacas «marantas» o de naturaleza agresiva, no se someten desde un principio para el ordeño y no dan leche sino luego de varios días trabajándolas para acostumarlas a las personas. Según Solís, por medio de esa oración se puede hacer que vacas agresivas se vuelvan dóciles y permitan su ordeño, si bien los efectos de la oración duran solo un rato: «Tú agarras esa vaca o las vacas y las rezas, en el corral, las cincuenta vacas que te den. Y va el dueño y te las ve que tú las estás ordeñando tranquilas, y tú se las entregas mansitas, pero... ¡vuévelas a agarrá después!».

En otro caso, si una persona se encontraba en algún hato o fundación y en un momento determinado no disponía de un caballo de silla para trasladarse a un sitio, se le pedía prestado al caporal o al caballicero una bestia, y si la que te ofrecían estaba cerrera o escasamente trochada, mediante una oración según Simón Solís se podía convertir en un instante en un caballo de silla manso y disponer del medio de transporte requerido. El detalle estaba en que una vez se llegaba al destino y se soltaba o liberaba nuevamente al caballo, este volvía a recobrar su naturaleza salvaje:

«Por ejemplo tenía uno que ise pa'una parte de un hato y no tenía caballo, entonces tú amarrabas un potrón, le pedías al caporal un caballo potrón y te lo daba, y entonces tú ensillabas tu caballo, lo rezabas, te montabas y te ibas pa'l coño en él, pero tú lo ibas a largar allá y ese se iba cerrerito, cerreriiiito. Tú montas un caballo y lo rezas y no te corcovea»

Como una parte importante de esta cultura ancestral llanera, la oración de San Marcos de León es una de las más utilizadas por los llaneros, además de las oraciones para extraer los gusanos. Es mencionada por Miguelito Rodríguez, el legendario cazador de tigres con lanza, como una de las que utilizaba para «amansar las fieras»: *San Marcos Lion, todopoderoso. / Librame de las fieras /*

Y de los animales ponzoñosos (...) (Luis Agosti, p. 179). Solís nos dijo que esta es más bien la oración de San Pablo y que era para protegerse de las culebras, mientras que la de San Marcos de León la usaba su abuelo Santos Rivero para capturar caballos cerriles:

«La oración de San Marcos de León es pa'que la bestia mañosa, o las vacas charpas, queden ya mansas pa'trabajá de ahí pa'lante y que las pueda ordeñar cualquiera o en el caso del caballo lo pueda montar cualquiera. Pero para hacer bellaquerías, si lleva una oración maligna, eso es para joder al otro. San Marcos de León, tú rezabas una vaca de esas y la domabas, enseguida estaba esa vaca dándote leche. Esa es la misma oración que tú usas pa'agarrá la bestia mañosa. Esa oración es la oración de San Marcos de León. San Marcos de León es muy jodío ¡Cámara! San Marcos de León tiene una palabra como está escrita, pero tiene también después su conjuro que ese es el fuerte, una oración sin conjuro es una oración simple. Va aquí un trozo que accedió a compartir con nosotros:

Señor San Marcos de León,
tú que amansaste a la draga y al dragón,
amansa los tigres y los leones,
amansa los hombres bravos,
amansa los toros bravos que del monte son,
tráemelos mansos y humillados a mis pies,
como vino Jesucristo a las manos de Pilatos,
mansito a Cristo, paz Cristo, Cristo paz.
Con dos los veo, con tres los ato,
con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo.
La sangre, el corazón les parto,
para que si tienen ojos no me miren,
si tiene oídos que no me oigan,
si tiene pies que no me persigan
y si tienen manos que no me toquen,
si traen armas que no me agredan,
paz Cristo, Cristo paz»

Otra de las leyendas que obtuvimos de Simón Solís fue una curiosa historia de la cual él mismo fue testigo presencial durante su niñez en Apure. Para entonces seguía con vida Santos Rivero y, en una ocasión en que un caballo se escapó del ható con la silla puesta, vio cómo el viejo invocaba la asistencia del Silbón¹⁰ para recuperarlo, ya que la silla con la que se había ido era costosa. El procedimiento era que en la noche el viejo silbaba hacia la sabana para atraer al Silbón y cuando este le contestaba, le lanzaba hacia el paradero un par de sueltas amarradas entre sí de manera que pudiese utilizarlas para sortear el caballo huido y ayudarlos a recuperar la silla:

¹⁰ El Silbón es una creencia popular del Llano tanto de Venezuela como de Colombia y se corresponde con una entidad que se asegura es un alma en pena.

«A ti se te iba un caballo con la silla, porque antes se iban los caballos con silla, las sillas no valían casi un coño, pero cuando una silla era buena, entonces llegaba ese viejo decía ¡No! ¡Yo voy a agarrá el caballo ese con la silla! Entonces buscaba yo creo que al Silbón y le silbaba en la noche y el Silbón le silbaba de vuelta cuando llegaba. Cuando le silbaba, el brujo cogía

el par de sueltas, las anudaba, le echaba un nudo ahí y se lo tiraba al Silbón pa'l paradero [y le decía] ¡Vaya y me sortea el caballo! Y ese otro día amanecía el caballo sorteo, amanecía con el par de sueltas, cruzadas se las ponía. Pa'mí tiene que haber sío que ese era el diablo verdá. Claro, seguro a veces que el viejo decía que ese era el Silbón pa' despistá a la gente»

Luego el Silbón —o quien haya sido quien asistió en la recuperación de la silla— aceptaba en pago aguardiente: «Después al Silbón tenías que dejá-le una botella de aguardiente, pero tenías que dejá-sela destapada en una cruz del camino, ande cruzaban los caminos así, se la dejabas destapá. El Silbón yo lo he escuchao lejos».

Los llaneros, como ocurre en muchas otras regiones rurales apartadas de América, son supersticiosos y fervorosos creyentes, por lo que creen que las oraciones les aportan una protección especial. También aseguran que hay un mandador o látigo especialmente fabricado: si el palo del mandador se corta a la media noche del Viernes Santo y el mandador se construye a la antigua usanza —con el látigo abrazando o dándole una vuelta al palo—, constituye un arma sumamente poderosa para ahuyentar con su sonido a cualquier aparición o espíritu maligno que uno se tropiece por la sabana de noche, como comenta Simón Solís:

«En Viernes Santo todo te queda conjurado, tú sabes que todo lo que uno corta, el mandador, el palo del mandador, el Viernes Santo en la noche a las doce y prepara su mandador a esa hora y ese mandador te sirve pa' correr los espantos. El mandador de vueltas, tú cargas un mandador de vueltas y no se te acercan. Tantas visiones, si tú oyes o sientes ruido sueñas tu mandador en cruz y no se te acerca nada»

Otra de las destrezas de los brujeadores en el Llano —y que han ido siendo sustituidas por la medicina veterinaria moderna—, es la curación de los animales domésticos. Estas sanaciones van desde el rezo para una simple gusanera hasta el tratamiento de otros problemas más complejos, según registra Antonio José Torrealba en *Diario de un llanero* (p. 204):

Es necesario comprender la curación que hicieron esas gentes, capitán, salvar quince vacas que no daban señales de vida y dejarlas en un estado que apenas se les conoce el malestar que han tenido, eso no lo hace el mejor doctor veterinario, vea usted cómo el doctor Trides se retiró sin tener conocimiento de lo que tenían las vacas, esos hombres deben poseer drogas magníficas.

En esencia, se trata de conocimientos de la medicina indígena también usados por los curanderos y sanadores, que se apoyan en la yerbatería y en el misticismo religioso. Recordemos que el hombre de campo ha aprendido, por observación o por tradición oral de su entorno, a atender sus emergencias con las herramientas de las que dispone con el instinto, el sentido común, la perseverancia y laboriosidad de la práctica. Por ejemplo, la peste por antonomasia, muy temida durante una época en el Llano porque en cuarenta y ocho horas acababa con rebaños enteros, era la deslomadera. Quien trataba estos casos sabía que los resultados de esta enfermedad eran inexorables, así que se aislaba a aquel animal, se llevaba el rebaño lejos y en el sitio donde había comenzado la epidemia era sacrificado y quemado.

La «cabeza de perra»

Todos los brujeadores, compañeros de Agamenón, cada uno llevaba un busaco grande. El de Toledo era hecho de piel de oso melero. El de Ciriaco era hecho de piel de cunaguaro mano gorda. El del Sute era de piel de nutria (perro de agua). Ahí cada uno llevaba su departamento y cargaban lo muy necesario para caso de imprevistos, sobre todo medicina y lo más necesario tal como pertrechos y útiles para cacería estilo indio.

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Un artefacto curioso también asociado a ese pintoresco mundo de las creencias y las supersticiones llaneras es la llamada «cabeza de perra», empleada por los brujeadores en el Llano venezolano: un cráneo de la hembra del perro común, preparado y rezado previamente con la oración de los gusanos, atravesado por un pedazo de rejo de cuero cuyo entramado se amarra en forma de una cruz. Esta pieza se le guinda del cuello al caballo afectado por una gusanera en el capullo.¹¹ Simón Solís nos explicó cómo reza el procedimiento:

11 Prejuicio del animal, una zona delicada y difícil de curar de este tipo de afecciones.

«Eso me lo enseñó el viejo que me crió a mí, el hijo de Santos Rivero. La cabeza de perra es pa' cuando tú sabes que al caballo le cae gusano en el propio güevo, entonces tú se la guindas, porque ahí es muy difícil pa' curá el caballo. Al caballo es difícil sacá la pijas dentro del capullo, entonces tú le guindas esa cabeza'e perra en el pescuezo [antes a esa cabeza se le reza la oración de los gusanos] y luego se la amarras con los dientes p'acia del pecho. Ese los bota porque los bota y se te quita la ligia, bota los gusanos y más nunca le caen tampoco. (...) la yegua es fácil curarla, la que no se le quiere curá, se le guinda una cabeza de perro macho y también se le sale. Sobre todo, se le pone a los caballos porque a las yeguas es muy difícil que le caigan gusanos. (...) Si tú la preparas el Viernes Santo a las doce de la noche, ¡tú no tienes pa' qué rezá nada!, esa te queda conjurada, te queda bendita. A las doce de la noche tienes que estar despierto, entonces le puso su mecate, tiene esa vaina lista. La amarró, tiene que métesela por los huecos de los ojos, y de ahí pasa por las ternillas y le sale por el hueco de la nariz, pa' que le quede una cruz en el moñito. Se la amarra con los dientes pa'cia el caballo. [Y haciendo referencia a un caso en que logró curar un caballo fino empleando el procedimiento de la cabeza de perra en una finca donde trabajaba cerca de Barinas] ¡acuértese del caballo Dominó! Que ese ni Pedro Castillo lo pudo curá, me lo trajo un fin de semana y el otro fin de semana ya estaba el caballo curao, estaba curáiiito»

Para comprender por qué en el Llano surgieron creencias asociadas a piezas tan extrañas debemos ser curiosos sin dejar de ser respetuosos. Para ello recurriremos a la narración que sobre Simón Solís registró Vicente Carrillo-Batalla en el libro sobre sus vivencias personales, *Sabanas de soledad, relatos y estampas del Llano venezolano* (p. 293):

Simón Solís es un hombre que conoce muchas leyendas de la llanura. También las conoce Ramón García y tantos viejos llaneros que hemos conocido en nuestras visitas a los hatos apureños y barineses. Una noche de luna llena, Solís comenzó a relatar sus versiones sobre El Silbón y también las de una misteriosa «bola de fuego» que súbitamente aparecía en las travesías por la sabana y confundía a los viajeros de

modo tal que perdían el rumbo. Del mismo modo nos habló de *Florentino y El Diablo*: «Esa gente venía de por allá de por Nutrias, de donde son sus agüelos». Mientras echaba sus cuentos nos iba diciendo que él no creía para nada «en esas muerganuras» que se cuentan en el Llano. De igual manera nos iba intercambiando anécdotas que decía haber vivido en hatos El Cedral: «A las bestias de silla les cortábamos las crines y las colas para que las brujas no se las enredaran por las noches». Tiempo después lo encontramos en Los Samanes colgándole un hueso a un caballo padrote en el cuello. Cuando le preguntamos sobre el objeto de aquel extraño adorno, nos dijo: «este caballo tiene ya varios meses sin curarse y esas son las brujas que le tienen “mal de ojo”. Por eso el remedio es ponerle una “cabeza de perra” en el cuello pa que las brujas se espanten cuando la vean». Pero ¿la cabeza es de perra?, pregunté yo. Sí, contestó Solís, de perra, porque si fuera de perro macho la bruja no se espanta.

Es un caso frecuente que a los caballos, al pasar la noche sueltos en la sabana, se les encuentre al día siguiente con las crines enmarañadas. Los brujeadores como Simón Solís atribuyen esto a la travesura de unas brujas que se dedican a molestar a los caballos por la noche enredándoles las crines y echándoles mal de ojo para que no se les curen ciertas enfermedades, o provocando que les piquen los murciélagos. Para estos casos Solís nos mostró otra técnica que consiste en preparar una escoba con plantas de la sabana conocidas como «escoba negra» (*Sida glomerata*) con la que se cepilla al caballo tres veces consecutivas desde la cabeza, a lo largo de todo el lomo, hasta la cola y posteriormente de una pata delantera a la otra, con el objeto de hacerle una cruz. Tuvimos oportunidad de presenciar a Simón confeccionando una escoba de estas en Barinas y pasársela a un caballo muy deteriorado con visibles mordeduras de murciélago y las crines muy enmarañadas (supuestamente molestado por las brujas). También nos contó cómo proceder en caso de encontrar

12 Gran bola o nudo apretado de pelos que se les forma en el centro de la cola a los caballos al enredarse esta con la vegetación, que los llaneros en forma obstinada eliminan o deshacen.

caballos con un «chicuaco»¹² en la cola:

«Tú preparas la escoba con escoba negra, escoba de sabana, haces tú escoba amarraíta, de esas que usas pa'barré el patio. Entonces cuando amanece el caballo muy enredao por las brujas que le enredan las crines, entonces tú llegas en la tardecita y lo barres. Esa es la bruja, una vieja, las brujas vuelan. Enredao pues, porque ellas juegan con esa vaina y entonces le empatan la crin. La escoba se le pasa desde la punta de la nariz hasta la punta de la cola por el lomo y entonces la pasa aquí por las paletas desde el casco del lado de montá, así hasta el otro casco abajo, haciéndole la cruz tres veces y esa bruja no te lo toca más. Si cortas la escoba y la rezas, puedes rezar cualquier oración que tú sepas buena. Picas escoba en la sabana, que sea negra, y la preparas, eso sirve también pa'los murciélagos chupa sangre. Si los atacan, los hacen enfermar, el murciélago es malo. Siempre lo hago. En estos días estaba arreglándole un caballo a un muchacho de El Real y no lo quería dejá quieto el murciélago, no hace un mes. La escoba se reza con otra oración y se conjura. (...) Cuando la bestia era muy «crinuda», las brujas de noche le empataban las crines y la cola se las empataba el Silbón. Yo casi no creía en esa vaina, eso era lo que contaban los viejos. En la cola se le hacía algo que llamaban el “chicuaco”, en el corazón de la cola. Unos la escarmenaban con una estaca de laurel, o se lo cortaban pa'que no se le volviera a enredá. (...) Se le hacía un nudo de pelo en el corazón de la cola, hecho por las ánimas, los brujos, tenías que escarménaselo

[desenredarlo] con una estaca. Se hacía el chicuaco y se enredaba muchísimo. Hasta se le sacaba esa vaina, salía la pelota de pelo, eso era demasiado enredao, entonces había que quemála pa' que el fantasma no jodiera más a la bestia, que no volviera a empatále el rabo, hacéle mardá, porque eso era mardá que le hacían. Era una pelota grandísima, mientras más grande es el rabo de la bestia, más grande la pelota»

Algunos de estos ritos son ancestrales, rodeados de un innegable misticismo y ejecutados con mucho respeto y maña. El brujeador invierte todas sus energías físicas y psicológicas en curar el animal durante estos procedimientos, donde asegura que entra en contacto con esas pretendidas energías malignas.

Para combatir esas pretendidas entidades malignas que, según era su creencia, imperaban en la sabana y en ciertas oportunidades atacaban a los caballos y provocaban calamidades a los viajeros, nos describieron otra herramienta. Se trata de un cuchillo de cacha blanca, generalmente fabricado con hueso, que se llegó a pensar tenía el poder de repeler las fuerzas malignas y cortar los enredos de crines y cola de los caballos. Adicionalmente se pensaba que cuando durante la noche el caballo de algún viajero se veía imposibilitado de caminar, con las patas encalambradas o inmovilizadas para retomar el camino, era porque algún espanto o bruja lo había «maneado», le había amarrado las patas de manera no visible, situación que se resolvía empleando el cuchillo junto con una serie de oraciones:

«Se usaba para picar el chicuaco con ese cuchillo, era como una contra que cargaban los llaneros que se usaba como contra, contra las visiones. El cuchillo cacha-blanca, cacha de hueso, si era blanco era mejor, se usaba cuando los espantos le maneaban el caballo a los transeúntes, los que andaban por ahí de noche. Sacabas el cuchillo y lo pasabas en cruz por debajo de las patas del caballo, haciendo como que estabas picando la manea; había que hacélo tres veces en cruz y el bicho quedaba libre. Uno veía que el caballo no podía mové las patas pero no cargaba manea y había que hacéle ese remedio»

Oraciones para «sacarle» el gusano a los animales

*¿El Brujeador, no es eso? ¿Cree usted, patrón que ese hombre
posea poderes extraordinarios?
—Usted está mozo y todavía no ha visto nada. La brujería existe.
Rómulo Gallegos, Doña Bárbara*

En el Llano es muy común observar que el ganado resulte picado por una mosca responsable de la afección producida por el gusano de monte o noche (*Dermatobia cyaniventris*), que provoca serios abscesos sobre el cuero de tratamiento complicado si no se cuenta con asistencia veterinaria. Frente al animal, el brujeador recita unas oraciones y se afirma que hasta se puede ver cómo los gusanos salen solos: «Si la res estaba muy flaca no se le podía rezar cerca porque no aguanta», comenta Reneldo Ojeda; «Hay personas que tienen la lengua muy poderosa, matan a los animales cuando los están rezando, esa es mucha fuerza de sangre. La res no aguanta la oración», comenta Simón Solís.

En la bibliografía aparecen con frecuencia referencias que hacen mención de este tipo de costumbres. En *El Llano y sus costumbres* (p. 58) de Jesús José Loreto Loreto leemos:

Muchas veces he visto curar el ganado atacado de gusanos por un ensalmador que averigua tan solo el color del pelaje del animal a quien se dispone a curar o ensalmar, y que valiéndose de estas viejas oraciones hace desaparecer esos parásitos en tiempo prudencial, solo con situarse de frente hacia el lugar donde se encuentre el animal enfermo, y tomando algunas ramas de cualquier planta del camino, lanzarlas al aire mientras musitan sus labios algo que, como un murmullo, llega a nuestros oídos.

Ramón Páez en sus *Escenas rústicas en Sur América* (p. 335) anota:

Oración para matar gusanos

Yo los conjuro animales perjuros

Para que vayan muriendo de uno en uno

San Joaquín cúralos, cúralo

Juntamente con Cirineo

Yo creo que han de morir en su misma sangre

Yo creo Yo creo que han de morir. Amén.

(Esta oración debe repetirse cuantos sean los colores del animal y las gusaneras que tenga.

Al terminarla se arroja un puñado de tierra hacia el animal).

Otra fórmula para aliviar a un caballo afectado por este mal:

«Tú ves a un animal «engusanao» y agarras tres cogollos de matas diferentes, le sacas un puño de crin a la bestia y lo amarras, entonces le haces la cruz con esas ramitas tres veces y entonces la dejas en lo alto guindando. Los gusanos se le mueren porque se le mueren; si usted tiene fe, porque si no tiene fe no hace nada»

En las épocas de lluvia, cuando la sabana queda inundada y los caballos pasan ratos largos sumergidos con el agua hasta el vientre, son frecuentes las lesiones producidas por la llamada «cucaracha de agua» (*Lethocerus indicus*), un insecto hemíptero de la familia *Belostomatidae* que vive en hábitats acuáticos cuya picada es de difícil curación y que Simón Solís describe como «infundia»: «La infundia es una llaga arrecha que vuelve a salir varias veces, esa sí es arrecha Camarita, esa

vaina no la mata oración, esa lo único que la mata es una vaina que llaman Betaló,¹³ una ampolleta, ahí no hay brujería ni oraciones».

Hoy día los brujeadores han pasado a ser reemplazados por los veterinarios especializados o prácticos, los caballiceros de los hatos y/o los amansadores de oficio, muy apreciados en las zonas donde se encuentran, cuyos servicios son muy solicitados por los hatos, llegando incluso a traerlos desde otros estados para tal fin. Se sabe de individuos que enseñan al personal de los hatos cómo amansar tanto las bestias como las vacas para ordeño, pero estos distan mucho de equipararse con los brujeadores. Los trabajos de curación, desde que hizo su aparición la medicina veterinaria, se han vuelto muy raros aunque hay lugares donde, por haberse perdido el acceso a los medicamentos, se ha tenido que recurrir nuevamente a ellos.

¹³ El Vetalog es un producto veterinario indicado para uso en bovinos, equinos, perros y gatos por su actividad antiinflamatoria, antiprurítica y antialérgica potente y de larga acción.



La doma

Algunas veces como recurso para descansar un poco en medio de nuestros trabajos, nos ocupábamos en ejercitar a los muchachos en el viril arte del toreo, o en el casi tan peligroso de amansar caballos cerreros, en el que son muy orgullosos los llaneros por encima de todo.

Ramón Páez, Escenas rústicas en Sur América o la vida en el Llano de Venezuela

La doma, uno de los capítulos más recios de la vida del habitante de la llanura, constituye una de las reliquias vivientes más relevantes y hermosas de todas nuestras tradiciones llaneras. Es un arte en sí misma e históricamente ha sido y continúa siendo el recurso de mayor demostración viril que existe en esas tierras. En la cultura llanera simboliza la imposición del dominio del hombre sobre el espíritu indómito y libre de la llanura, y su importancia radica en que el desarrollo de gran parte de las actividades que se practican en este contexto dependen de la disposición de un medio de transporte y trabajo eficaz como el caballo, un medio de tracción de sangre que acorta las distancias y pone al alcance la inmensidad de esta tierra. La doma de un caballo requiere arrojo, maña y fuerza. Los caballos son inteligentes, se protegen dentro de la madrina o huyen al adivinar las intenciones del domador. Un caballo libre es arrogante, imponente, soberbio y, cuando es domado, acepta la superioridad de quien lo jinetea, pero con dignidad; aquel que consigue dominarlo, se gana el respeto y el reconocimiento de sus compañeros de trabajo por ser sinónimo de hombría. El proceso se inicia cuando el potro alcanza la corpulencia adecuada para soportar al jinete, entre los tres y cinco años de edad, y se efectúa en dos etapas y tiempos distintos: primero se amansa al animal de lomo,



es decir, se le obliga y acostumbra a soportar la montura y al jinete; luego se le arrienda o amansa de boca, es decir se le acostumbra a soportar el freno para enseñarlo a obedecer. Para llevar a cabo la doma, el llanero requirió echar mano primero de las prácticas españolas para adaptarlas más tarde a los retos que planteaban las nuevas condiciones de América. De allí surgieron una serie de originales procedimientos e implementos que se hicieron costumbre, muchos de los cuales se siguen empleando hoy día en el Llano venezolano y son los que intentaremos rescatar en este libro. Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (p. 60) afirma:

El primer paso consistía en ensillar y ponerle los aperos de cabeza al animal, para lo cual se enlazaba y sujetaba a un botalón, siendo necesario en algunos casos barrearlo —cogerlo por las patas— para lograr tal fin. Como aperos se utilizaban un *bozal*, al cual se fijaba una *falsa rienda*, y una *cabezada* con un *tapaojos*, que al bajarlo y cegarlos, tiende a inmovilizar a las bestias; posteriormente, se le asegura la montura. Una vez ensillado, el domador lo cabalgaba y procedía a soltar al animal, en caso de que estuviese todavía sujeto, y se le levantaba el *tapaojo*; frente a ello la reacción del caballo podía ser diferente, pero lo normal era que, después de un momento de desconcierto, se pusiese a corcovear, obligando al jinete a mantenerse a base de piernas y equilibrio y a tratar de adelantarse a los movimientos del animal por la observación de la cabeza y las orejas. Acicateado por el jinete y siendo infructuosos los corcoveos, corría, lo cual convenía al amansador, ya que cansaba al animal (...) llegado a este punto se le desensillaba y se le ponían unas sueltas para limitar su capacidad de movimiento. Esta operación se repetía por varios días hasta que se consideraba que el caballo estaba acostumbrado a tolerar al jinete.

La etapa en la que el llanero debe domar al caballo, doblegarlo y acostumbrarlo a la silla y al jinete sobre sus lomos no corresponde con su naturaleza, por lo que es natural que el animal intente

rechazar el peso que se le impone y defenderse como si estuviese obligado por sus instintos salvajes. En la doma se pretende conseguir que el llanero aguante sobre el caballo todo lo que pueda hasta que este, por cansancio, cese de resistirse a llevarlo a cuestras. Los peligros a los que se expone durante esta faena son numerosos y graves, tal como se expresa en *Doña Bárbara* (p. 55) cuando se afirma que la doma y el ojeo «no son trabajos sino temeridades», por lo que esta actividad se convierte en la consagración del llanero como hombre de ese medio: «prueba máxima de llanería, la demostración de valor y de destreza» (p. 59).

En los hatos llaneros de antes cada empleado o peón de sabana debía amansar o trochar su propio caballo para poder trabajar. Por su propio esfuerzo, debía hacerse de esta herramienta primordial mediante una faena que le confería un prestigio frente a los demás peones por la valentía que requería, volviéndose algo de lo que podía presumir. En boca de Reneldo Ojeda:

«En los tiempos de antes, en los hatos no se contrataba amansador porque cada peón de sabana tenía la obligación de amansá su propio caballo'e trabajo. Antes no se cobraba por amansá, era una emoción pa los llaneros amansá su propio caballo y mostrarle a sus compañeros su valor. Cuando se cobraba, un amansador podía cobrar dos fuertes por un caballo amansado, solo trochado y sin arrendálo»

La doma representa además un espectáculo que emociona y divierte a los peones. Ramón Páez en *Escenas rústicas en Suramérica o La vida en el Llano de Venezuela* (p. 82) decía que domar caballos

Ofrece a los llaneros la mejor oportunidad para demostrar sus habilidades con el más fogoso de todos los animales de la creación. Esta operación es sin disputa, la más difícil de cuantas se verifican en los hatos, requiriendo gran fortaleza y habilidad de parte del jinete para soportar los saltos y corcovos del animal sin caerse de la silla.

Cuando un joven comienza a trabajar Llano, la doma constituye el rito de iniciación para ese mundo, el requisito fundamental para llegar a convertirse en un llanero completo. Inclusive durante los trabajos de Llano, tal como dijimos, los caporales de los hatos han tenido la costumbre de exigir que los llaneros jóvenes solo tengan permitido ensillar y emplear aquellos potros que están poco domados de manera que se vayan entrenando con unas condiciones más rudas. El general José Antonio Páez, describiendo sus primeras experiencias cuando muy joven trabajaba en el legendario hato La Calzada, menciona el tratamiento severo que daba el mayordomo del hato, a quien apodaban Manuelote, a los llaneros novicios o en proceso de formarse como hombres recios de a caballo y adaptados a las faenas rudas del Llano (pp. 27 y 28):

Apenas se había puesto el novicio a sus órdenes, cuando, con voz imperiosa, le ordenaba que montase un caballo sin rienda, caballo que jamás había sentido sobre el lomo ni el peso de la carga ni el del domador. Como ante órdenes sin réplica ni excusa no había que vacilar, saltaba el pobre peón sobre el potro salvaje, echaba manos a sus ásperas y espesas crines, y no bien se había sentado cuando la fiera empezaba a dar saltos y corcovos, o tirando furiosas dentelladas al jinete, cuyas piernas corrían graves peligros, trataba de desembarazarse de la extraña carga, para él insoportable, o despidiendo fuego por ojos y narices se lanzaba enfurecida en demanda de sus compañeros en los llanos, como si quisiera impetrar su auxilio

contra el enemigo que oprimía sus ijares. (...) Las sospechas que algunos peones habían hecho concebir a Manuelote de que bajo el pretexto de buscar servicio, había ido yo a espiar su conducta, hicieron que me tratase con mucha dureza, dedicándome siempre a los trabajos más penosos, como domar caballos salvajes, sin permitirme montar sino los de esta clase.

Hasta mediados del siglo xx aún existían enormes extensiones de tierra en el Llano donde el ganado y las bestias pastaban libres durante una buena parte del año sin ser perturbadas por el hombre, quien solo las capturaba —en el caso de los caballos— para emplearlas en el trabajo a lo largo de dos temporadas. La raza de ganado que abundaba en el Llano era el vacuno descendiente de las reses llegadas de España. Conocido como ganado criollo, este era más arisco, bravo y mañoso que las razas actuales, lo que hacía que los trabajos requiriesen de la participación de muchos más jinetes y mayor cantidad de caballos: tripulaciones de unos veinticinco o treinta hombres a caballo y madrinas de cien, doscientos cincuenta o incluso más caballos para el momento en el que arrancaran las vaquerías. Dentro de la madrina había caballos veteranos de dos o más temporadas, que estaban ya acostumbrados a trabajar con ganado, pero en muchos casos los animales morían o se ponían viejos y era preciso reponerlos con ejemplares nuevos que había que domar. Además los trabajos duraban varios días y los llaneros debían contar con caballos suficientes para rotarlos, tal como ya vimos, de un día al otro. Sobre esta costumbre nos comentaba Ramón Bartolo Núñez, nombrado caballicero del hato Juan Mateo a temprana edad:

«Cuando llegaba uno, los caballos de hoy, no se dejaban pa' mañana, ya había otros caballos aparte, ya el caballicero tenía los caballos aparte. Como eran doscientos cincuenta caballos en una madrina, cada llanero podía tener hasta diez caballos. Cuando nosotros llegábamos ya el caballicero tenía aparte los del otro día. (...) El caporal me decía ¡váyase a'lante!, coma, recoja los caballos y vaya apartando. Pa' ese otro día eran veinticinco caballos. Los llaneros se quedaban en la sabana, yo me iba pa' apartá los caballos del otro día, del día siguiente»

Citando a Baralt y Díaz, Ramón Páez (pp. 302-303) hace referencia a los requerimientos de caballos que tuvieron las tropas de llaneros en las campañas del Llano durante las guerras de independencia y describe la impresionante cantidad de caballos que se domaban simultáneamente:

Faltaban caballos, y como estos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos; así, los primeros movimientos tuvieron esta adquisición por objeto. Los que generalmente se conseguían eran cerriles, y se amansaban por escuadrones a usanza llanera, a saber, a esfuerzos de los jinetes; siendo curioso el espectáculo que ofrecían quinientos o seiscientos de estos a la vez, bregando con aquellos bravíos animales. En derredor del campo de ejercicio se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, no con el objeto de socorrer a los jinetes que caían, sino con el de correr tras los caballos que los habían derribado, a fin de que no se fuesen con la silla; si bien esta era por todo un fuste de palo con correas de cuero sin adobar. Deseábamos los riesgos, escribía muchos años después un testigo presencial, para acabar con gloria una vida tan amarga.

En la actualidad, según Rafael Simón Pacheco, oriundo de las orillas del río Pao en Cojedes, buen llanero y caporal durante años del hato Paraima en las Galeras de El Pao:

«No se consigue trochador y los que quieren venir, quieren venir es por las nubes, que ya quieren cobrar veinte palos por trochar un caballo, entonces uno dice que mejor se lo regala. Antes trochá un caballo eso valía cincuenta bolivitas y ahora el que logra venir es a trochá un caballo a la machimberra»

En este sentido apunta Ramón Bartolo Núñez:

«En el Llano viejo era importante agarrá cuatro o cinco caballos y arrendálos, amansálos primero, y arrendálos bien arrendáos y esos caballos antes quien los amansaba era gente que sabía. Es distinto ahora, que amarran un caballo y lo que hacen es echálo a perder, le pelan el lomo, lo majan a palo, le ponen varios bozales»

Etapas de la doma: trocha, repaso y arrendado

Brioso, fino de líneas y de gallarda alzada, brillante el pelo y la mirada fogosa, el animal indómito había reventado, en efecto, las maneas que le pusieran al calzarlo y, avisado por el instinto de que era el objeto de la operación que preparaban los peones, se defendía procurando estar siempre en medio de la madrina de mostrencos que correteaban de aquí para allá dentro de la corraleja.

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

La terminología empleada para describir el proceso de amansado o doma de un caballo en estado semisalvaje, es decir, un potro cerrero, caballo potrón o mostrenco, como también se le llama, se conoce como la «trocha» y quien la ejecuta es el «trochador». Para algunos llaneros consiste en darle al caballo los primeros cinco a ocho sillazos, a lo largo de la misma cantidad de días, para doblegarlo: «Pa'amansá, hay que apretá la pierna y tené fuerza pa'jalá esos bichos por la cabeza», dicen los llaneros al referirse a las exigencias que enfrenta el trochador. En esta etapa no interviene ningún tipo de bocado o freno, sino que se emplea un bozal rudimentario fabricado con cuero de ganado, cuyo fin es que el caballo vaya aprendiendo a frenar en plena carrera cuando se hale por la cara y se deje conducir; aunque esta parte de su adiestramiento se completa en una etapa posterior conocida como el «repaso» o el «retrochado».

Estos caballos son sometidos a los rigores mínimos de una trocha, se les enseña a soportar la silla y al jinete sobre sus lomos, frenar y responder por la cabeza mediante el bozal. Esto es un reflejo de las duras condiciones a las que se expone en su medio de trabajo el llanero, pues estos caballos, escasamente domados, requieren de un gran esfuerzo para incorporarlos en forma efectiva a las faenas del hato. Esta constituye en sí misma una oportunidad para que los jóvenes aprendan a jine-tear, asignándoles caballos de esas características. Según Simón Solís:

«En los hatos trochaban varios caballos y después los largaban pa'la sabana y, el caballicero, cuando se acercaban los trabajos de Llano, los volvía a traer pa'l corral pa'que los montaran y los usaran en los trabajos. Eran bestias sin repasar, a veces hasta había que volvélos a domá y el caporal ordenaba ensillar a los muchachos. Por ejemplo, iban a amansá cien caballos,

doscientos caballos, los agarraban dos contratistas, entonces buscaban los muchachos, porque los muchachos eran más pendejos, y los obligaban a montá esos coños de madre caballos. El hato El Frío tenía mucha bestia y La Victoria tenía mucha bestia mañosa también porque había demasiada bestia. Ahí ensillaba usté un caballo, lo trochaba ahorita este año y lo volvía a ensillá otra vez el año que viene, un año sin ensillalo»

Los caballos se trochaban con suficiente tiempo antes de los trabajos, generalmente en verano. En muchos casos se llamaba a unos contratistas para que se ocuparan de poner a disposición de las tripulaciones de llaneros o fundacioneros del hato las bestias trochadas, aunque estos trabajos con bestias eran supervisados y dirigidos siempre por el caballicero. Con referencia a estos procesos, en los que los hatos se organizaban según su disponibilidad de bestias para los trabajos, Simón Solís nos contaba cómo se llevaba a cabo esto en hatos legendarios como El Cedral Fuentes y La Victoria Garciera:

«Los que amansaban eran contrataos, esos eran aparte, ellos si querían salir acompañá a los llaneros un día salían, pero ellos venían eran contrataos pa'trabajá con bestia, amansá bestia. Recogían lotes de trescientos, cuatrocientos caballos, eran puros caballos de cinco años pa'bajo, de tres a cinco años que era la edad de trochá. Entonces los agarraban y los cambiaban pa'tal fundo, pa'otro fundo del mismo hato, donde los iban a trochar. El depósito de los amansadores era un depósito grande, había un potrero pequeño, por eso era que se usaban tanto las sueltas. Donde no había potrero, había que largá las bestias sorteás pa'l depósito. Ellos se traían unos obreros, sobre todo muchachos, que eran los más pendejos, era pa'enseñálos, el muchacho que quería aprendé a jineteá le servía a los contratistas, ahí aprendían y se ganaban su vainita. Decidían cuántos caballos iban a trochá, vamos a poné... vamos a amansá trescientos caballos. Entonces los contratistas se los repartían entre ellos y se iban con sus obreros, los muchachos, pa'distintos fondos pa'amansálos. En La Victoria estaba por ejemplo el fundo Las Acacias, estaba Las Delicias, estaba La Esmeralda, estaba San José, entonces cada contratista se llevaba pa'una fundación los que iban a trochá y sus muchachos, los que estaban capacitao. Esos no repasaban, esos los trochaban y iban directo pa'los llaneros. Repasar tenía otro precio»

Simón Solís asegura: «Lo que me dijo el caballicero que era el que se encargaba de la vaina, que lo mínimo que tenía que hacer el caballo después de trochao, era que corriera y se parara po'er bozal y que regulara, eso era todo lo que tenía que hacé, que corcoveara no era problema».

Ramón Bartolo Núñez completa:

«Por lo menos en la primera trocha, en la primera amansá, amansaban cincuenta caballos cerreros. Los trochadores estaban ahí, los buscaban dos amansadores pa'que amansaran esos caballos. Entonces, cuando estaban mansos ya, que no corcovearan, ocho sillazos por ca'caballo, primero los recibía el encargao, el caporal, ponían una raya aquí y otra allá a'lante en el suelo. El caporal se paraba allá y usté barajustaba el caballo de aquí. Si ese caballo pasaba



esa raya, no te lo pagaban. Si tú tenías diez caballos, usté tenía que probá sus caballos, uno por uno, si eran cinco amansadores y cada uno había trochao diez caballos, iba probando uno por uno, usté primero probaba los diez suyos, allá estaba el encargao y te decía: ¡espanta ar caballo pa' cá, párelo aquí ande estoy yo! Si ese caballo pasaba pa'llá, no te lo pagaba, te decía: ¡échelo pa'llá, a ese toavía le falta! Si venía otro y se paraba en raya, ese sí lo pagaban»

En la zona de Las Galeras de El Pao, en el hato Mantecalito, una de las fundaciones que conformaban el hato Paraima, propiedad entonces de C.A. Agropecuaria San Francisco en Cojedes, su caporal Rafael Simón Pacheco contaba sus anécdotas acerca de estas operaciones:

«Las bestias, el dueño mandaba a buscá la cantidad de caballos, cien caballos cerreros. Los traíamos al corral, diez, veinte caballos pa'trochá. Habían tres trochadores, se los entregaba a los trochadores, eso sí, iban enlazao en el corral, con su tapaojo; los pegaban en un botalón, su par de sueltas, no los montaban ese día, los montaban al día siguiente y con un bozal trancao, como ligao. A los quince días nos los entregaban a nosotros, ya el trochador lo montaba, lo sacaba tranquilo, no corcoveaba»

En otros casos se trochaban caballos para ponerlos a disposición de las fundaciones o queseras con la finalidad de dotarlas de esa herramienta de trabajo y desplazamiento: para supervisar y manejar el ganado, para recoger y largar las vacas que se estaban ordeñando, para pastorear a los becerros



en esas queseras. Este tipo de animales se mantenían en las inmediaciones de esas fundaciones, acostumbrándolos a las diferentes jornadas de trabajo, tal como nos refería Reneldo Ojeda: «Si los caballos no eran pa' los trabajos sino que iban a ser los caballos de silla del hato o de una fundación, se acostumbraba a tenélos cerca de las casas, amarraos o con un par de sueltas para que se fuesen adaptando a trabajá todos los días».

Nos contaban unos llaneros que trabajaron en el hato El Frío, entre ellos, Manuel Álvarez, que allí abundaba la bestia cerrera. En la zona de Mata'e Pluma, en particular frente a La Apontera, había muchos hatajos de estos animales. El procedimiento para capturarlos era el siguiente: se mandaba a una gente por el terraplén de Manirito para que les dieran el pique o los forzaran a marchar en una dirección específica. Previamente habían ubicado a unos llaneros a caballo por la zona de Mata'e Pluma, esperando a los caballos. Una vez que llegaban, todo el mundo se volcaba sobre ellos con sogas en mano en un intento por enlazarlos y se cuenta que, como era una faena nocturna y muchos llaneros no podían ver bien, se les caían los caballos tropezados y muchos de los peones quedaban a pie. Los que quedaran a pie, avisaban a los compañeros que los fueran a rescatar haciéndoles señales de luz con la linterna —las luces de linterna se usaban también para solicitar asistencia cuando se conseguía enlazar a un potro—. La linterna se usaba de frente para correr y ver qué animal se iba a enlazar.

Reneldo Ojeda nos contó que en El Frío los caballos se dejaban amarrados a la pata de un palo hasta el día siguiente, cuando los iban a buscar para llevárselos al hato:

«Le echabas un lacito y en lo que cayó al suelo ahorcao, le agarras el rabo y le pones las cuatro sueltas, el bozal y el tapaojo, y se le amarraba a un rolo'e palo con un mecate largo y se dejaba ahí hasta por la mañana. En lo que llegabas allá, ese otro día por la mañana, ibas tú y llevas un compañero, el compañero le arrebiataba el potro ese, le quitaba las sueltas y salías con un mandadorcito y se lo sonabas, y poco a poco te lo llevabas pa'la casa. Lo tienes todo el día en la casa, lo bañas, se le echa vaina pa'que deje de pateá y a los quince días lo tienes tú que bañálo tranquilo»

Tradicionalmente el proceso de trocha de un potro cerrero, tal como nos explicaran nuestros entrevistados, es de la siguiente manera: una vez que se encuentran los potros dentro del corral de bestias —que se diferenciaba en otros tiempos del corral de las vacas o de ganado por ser redondo y con dos o tres botalones en su interior— los trochadores, temprano en el día, se disponían a observar la madrina de caballos capturada para identificar los ejemplares que tuviesen la edad adecuada para ser amansados o trochados. Estos caballos son por lo general los que están entre los cuatro o cinco años, según Reneldo Ojeda, cuando les salen los colmillos de abajo. Luego, utilizando unas sogas cortas, más cómodas de manejar dentro de los corrales que las largas, destinadas para trabajar remontado en la sabana —«cabo de soga», «cabo de látigo», las «marotas» o «chicotes»—, se enlazan o se amarran los animales seleccionados para lo cual se emplean, entre otras, las técnicas que se conocen como el «lazo tramoleado» o «tremolado», el «chispeao», el «gotereado» y el «lazo por debajo». Explica Simón Solís:

«Como tú estés acostumbrao a enlazá, si tú enlazas gotereao, pues lo enlazas gotereao. Hay tres maneras de enlazar, si enlazas chispeao con el rollo en la mano, ese es rápido sobre la cabeza, más o menos calculando, ese te da el largo según las vueltas que le pongas, depende de la distancia. Gotereao tú lo vas a sacá si la bestia está parada, cuando el puño de bestias está parado, sobre todo lo usan pa'enlazá caballo de silla, caballo manso. En el bojote de caballo tú la tiras allá, entonces esa se va por encima de las bestias y te va a caé en el caballo tuyo. Si las bestias vienen corriendo, las puedes enlazar con el lazo al revés, las bestias corren alrededor del corral, a esas no les gusta corré en el centro, las trabajas debajo hacia arriba [enlazar por debajo]»

En la técnica del lazo tramoleado, se da vueltas al lazo por encima de la cabeza antes de efectuar la enlazada. Este método es el que menos se usa porque provoca nerviosismo entre los animales confinados dentro del corral, según Ramón Bartolo Núñez:

«Gotereao, no es tramoleao, esas eran las cosas de antes, antes ninguno enlazaba un bicho tramoleao en el corral, ningún caballo, todo era gotereao, porque el caporal no permitía eso, esa era la costumbre de él, pará sus caballos ahí, parálos ahí y que nadie enlazara tramoleao, lo prohibía. Él decía: cada quien aquí va a venir a amarrar su caballo, pero no hay tramoleo, pa'tramoleá es en las rochelas donde hay ganao cerrero»

El lazo «chispeo» o «la chispa» es un método muy peculiar para enlazar cuya ejecución requiere de una gran maestría. Consiste en agarrar el lazo abierto e irlo recogiendo con la finalidad de formar unas vueltas pequeñas —entre cuatro y siete vueltas dependiendo de la distancia— que quedan en la mano a modo de rollo; del otro lado, ya con el resto del cabo de sogas, se pueden hacer la misma cantidad de vueltas para que, una vez arrojado sobre la cabeza del animal, en la medida en que avanzaba hacia el objetivo, el lazo iba abriéndose por sí solo con la suficiente amplitud como para cubrir la cabeza del caballo. Las vueltas adicionales que se habían hecho del otro lado con el resto del cabo de sogas eran para que el lazo, a medida que se fuera abriendo, consumiera esas vueltas otorgándole el alcance necesario para llegarle al objetivo. En palabras de Simón Solís:

«Pa'enlazar en el corral era chispeo o por debajo. Chispeo haces el lazo cortico, lo agarras y entonces le metes otras vueltas, es decir te vas enrollando otras vueltas de la sogas. Esas vueltas son chiquiticas y eso es pa'que rinda el lazo pa'lante. El lazo lo hace uno, y fuera del lazo le metes el alcance [las vueltas adicionales]. Unas cuatro vueltas, según la distancia que enlases. Cuando las vueltas se acabaron queda el lazo abierto, comienza a abrir el lazo, cuando se acaban las vueltas empieza a rendir el lazo. Va caminando cerrado y en lo que caminaron las vueltas se abre el lazo. Eso es violento, esas son cosas de segundo»

El lazo «gotero» o «goteareo» se utiliza para enlazar caballos parados dentro del corral, los caballos que se amarran todos los días para salir a trabajar en la sabana. En esos corrales, cuando los caballos se encuentran amontonados y se quiere enlazar uno en particular dentro del grupo, se «goterea», que consiste en arrojar el lazo sin tramolearlo, pudiendo lanzar junto con este dos o tres vueltas de la sogas a manera de rollo y apuntando a la cabeza del animal. Al realizar el lanzamiento, el lazo va abierto y esas vueltas que se van desenrollando son para que el lazo aumente su alcance para pasar por encima del resto de caballos amontonados y enlazar al animal deseado. Explica Simón Solís: «Tú abres el lazo normal, entonces le pones dos o tres vueltas según la distancia. El goteareo lleva el lazo abierto y la chispa no lo lleva abierto. Las vueltas que le vas a poner es pa'que pase por arriba de los otros caballos y por eso le tienes que poner una distancia»

El lazo por debajo es la técnica ideal para enlazar bestias en carrera dentro del corral, muy utilizada para trabajar con caballos salvajes. Al pasar corriendo frente al enlazador, se le arroja el lazo al potro con un movimiento rápido de la mano hacia afuera, calculando hacerlo por delante de la trayectoria del caballo o por delante de la cabeza, para que este, en medio de la carrera, quede dentro del lazo. En este caso, el tiro¹⁴ se lleva en la mano como un lazo corriente, sin hacer vueltas. Esta técnica es la que genera menos estrés en los animales ya que la enlazada es sorpresiva.

Luego de acertar el lazo, el caballo es halado y dominado entre dos o tres personas hasta darle la vuelta con la sogas a la pata de un «botalón».¹⁵ Estos botalones, según nos comentaba Reneldo Ojeda, son usados «pa'dominá al caballo y acercálo al botalón».

14 El «tiro» es como el llanero se refiere a la sección de la sogas que uno lleva en la mano junto con el lazo y que se arroja hacia la cabeza del animal.

15 Es un tronco de árbol grueso que se entierra dentro del corral con suficiente profundidad para darle la firmeza necesaria que le permita aguantar los halones o templadas de los caballos, ya que se utiliza como un apoyo para someter al animal cuando se enlaza.



Se le da la vuelta al cabo de sogas en la base, que sirve como apoyo, pa'ir jalando y ajustando al caballo. Al que lo enlazó, lo ayudan uno, dos o tres compañeros; mientras, él está sosteniendo la punta del cabo de sogas con esa vuelta en la pata el tronco».

En caso de que el corral de bestias no cuente con botalón o se esté utilizando un corral improvisado, se «segundea» al caballo, es decir, se enlaza entre dos personas y luego, entre varios, se hala con ambas sogas en ambos sentidos hasta que quede sometido.

Casi invariablemente, por tratarse de un caballo salvaje, bien por asfixia o por verse sometido, el animal se tira al suelo, momento que se aprovecha para tomarlo por la cabeza y doblársela hacia atrás sobre el cuerpo, un procedimiento que permite dominarlo y someterlo inmóvil con seguridad contra el suelo, lo cual facilita colocarle con comodidad y sin peligro las sueltas, el tapaojos y el bozal. En relación a esto nos comentaba Simón Solís:

«Tienes las bestias en el corral, los amarras, los enlazas, si son mañosos esos se van a ahorcá, a lo que cayeron les pones el par de sueltas y el tapaojo. Se le da la vuelta bajito por el botalón, ese no va por la horqueta, la vuelta en el palo y ahí el caballo jala pa'trás. El caballo se va a sentá, a jalá pa'trás y el caballo se va ahorcando, y a lo que cayó, le brinca uno a la cabeza y se la dobló, y el otro le metió el par de sueltas y el tapaojo, tú lo vas a dominá por la cabeza, sin cabeza no se para, está dominao, se le pone ese par de sueltas y el tapaojo y lo dejás apearo de la cabeza»

Ramón Bartolo Núñez: «Al tumbálo le pones el par de sueltas y lo amarras con las sueltas. El caballo se tiene por la cabeza, la cabeza se le pone al caballo pa'trás, pa'cia la narga y uno lo tiene pa'trás mientras lo estas amarrando po'er pescuezo, pa'pegálo, le pones el tapaojos y las sueltas ahí mismo y se para ahí sorteo».

En otros casos se puede tomar por la cola al caballo mientras está tendido en el suelo para inmovilizarlo y evitar que se levante. Una vez que se le colocan los utensilios mencionados y se sustituye el cabo de sogá con el que se ha capturado al caballo por el llamado «pegador», se procede a amarrar otro cabo de sogá de la cola. El pegador es ideal para que el caballo no se estrangule una vez que se ha conseguido amarrar de un poste. El nudo mediante el cual se fija al cuello del caballo se llama «nudo de caballicero o nudo de bestia» —un nudo fijo— y es el que se emplea posteriormente para amarrarlo en forma definitiva. Por otro lado, cuando las circunstancias lo ameritan, ese cabo de sogá se amarra a la cola del caballo para que, luego de animarlo a incorporarse, se le pueda conducir con seguridad hasta afuera del corral donde se encuentran los demás caballos. Esta es la manera de llevarlo hasta el sitio donde se va a amarrar: por el cuello y por la cola; si se hace únicamente por el cuello, el animal se resiste con más fuerza y no se deja sacar. Al emplear la cola, se fuerza a la bestia a moverse hacia atrás y hacia los lados.

El «palo para amarrar bestias» se encuentra fuera del corral y es donde después se ata el caballo. Posee una muesca profunda que se practica alrededor de la punta para que el amarre no pueda correrse o resbalarse. Esto de amarrar al caballo afuera se hace en caso de que se vayan a pegar más caballos ese día, para desocupar los botalones dentro del corral y poder repetir la operación. A partir de este punto se deja al caballo amarrado o pegado de ese palo hasta la tarde, cuando será montado por primera vez. En algunas regiones del Llano se dejan los caballos amarrados hasta el día siguiente. En la trocha o doma tradicional llanera, en cambio, era costumbre montar al caballo de una vez, apenas le fueran colocados los aperos para inmovilizarlo y mantenerlo calmado: se le invitaba a pararse, se le colocaba la silla, se le armaba la falsa rienda y el jinete aprovechaba para montarlo de una vez sin vacilar.

En todo caso, luego se saca al caballo con los ojos destapados pero con las sueltas aún dispuestas sobre sus patas, halándolo hasta el potrero o la sabana donde se pretende montar o jinetear.

Si por algún motivo resulta complicado sacar al caballo hasta el sitio donde se va a montar, se puede arrear por detrás utilizando un mandador o simplemente se le vuelve a anudar un cabo de sogá de la cola para repetir la operación de irlo templando por el cuello y la cola. Una vez que se saca hasta el lugar deseado, se le vuelven a tapar los ojos y se le coloca la silla; también se puede colocar la silla antes de sacarlo para la sabana y en ese caso simplemente haría falta chequear y apretar la cincha para montarlo. Estos procedimientos resultan ya fáciles y seguros para el trochador porque el caballo está dominado por las patas por tener colocadas las sueltas. Apunta Simón Solís:

«Esperabas hasta la tardecita, de las tres pa'lante, que lo desamarrabas de donde lo tenías pegao y lo sacabas pa'fuerita, pa'donde lo ibas a jineteá. Lo sacabas destapao pero con las



sueltas puestas y afuera, pa' ponerle la silla, lo volvías a tapar. No lo volvías a amarrar sino que alguien te lo tenía mientras tú le ponías la silla. Luego le quitabas las sueltas y te le montabas. Lo sacabas destapao con las sueltas, después que llegaste ande lo vas a montá lo tapas, le quitas la suelta y te le montas. Siempre lo sacaban de pa'trás, llegabas afuera, le dabas la vuelta, lo tapabas y te montabas»

En el momento en que se está ensillando, el pegador de cuero que tiene amarrado el caballo del cuello es sustituido por la «falseta de cerda», que se amarra directamente del cuello del caballo con un «nudo de bestia». En combinación con el bozal, la falseta se ata mediante una serie de nudos y amarras con el objeto de disponer de unas riendas dobles muy resistentes que permitan halar al caballo por la cabeza en medio de la jineteada, proceso que explicaremos en detalle en una sección posterior. Todo esto corresponde a la armada de la llamada «falsa rienda» que ocurre durante el proceso de la trocha. A lo largo de la trocha, que puede durar varios días, únicamente se emplean bozales rudimentarios que sirven para que el caballo comience a aprender a frenar cuando se hale por la falsa rienda, sin hacer uso de freno metálico u otro implemento parecido que pueda maltratarle la boca.

Luego de que el potro se ensilla y se le arma la falsa rienda, estando aún con los ojos tapados y las sueltas abrochadas, el trochador le desabrocha las sueltas y procede a montarse sin recibir ayuda de los compañeros. No tener ayuda significa que no hay nadie sosteniéndole el caballo a la hora de montarlo, con lo que su único apoyo son uno, dos o más amadrinadores o jinetes en sus respectivas

monturas mansas a ambos lados, que acompañarán al domador durante la jineteada. Esta precaución se toma en caso de peligro inminente. Simón Solís refiriéndose a los caballos que se empleaban para amadrinar: «¡El caballo pa'amadriná tiene que sé un caballo! ¡movió bastante! Porque si es un caballo flaco, acabao, eso no sirve, y si es un caballo mañoso sale corcoveando también». Según Vinicio Romero Martínez en *Aventuras de José Antonio Páez* (p. 30):

Amansar un caballo que solo sabe de libertad a través de su inmensa llanura, es algo que me costará explicarte (...) Imagínate un corcel indómito, que nunca ha llevado nada encima y de pronto alguien quiere montarlo, dominarlo. El jinete no tiene de dónde agarrarse, a menos que sea de las crines del potro. El animal, al sentir el peso, empieza furioso a corcovear, es decir, a doblar el lomo para echar tierra al jinete; manotea desesperadamente, se encabrita y pone en juego todo su salvajismo para derribar al que ha osado montarlo. Y mientras ejecuta todos esos violentos movimientos, inteligentemente va tomando la llanura, allí donde él es el rey. Porque si logra tumbar a su adversario, volverá a reunirse a la madrina de mostrencos o galopará a todo lo ancho de la sabana, relinchando de placer, orgulloso de su preciosa libertad. Pero si el que lo monta es un buen jinete, si es un llanero con guáramo, dejará que el caballo corra a capricho, piafe o se yerga sobre los pies (...) la bestia cederá a la inteligencia y la fortaleza del hombre, y ambos, bañados en un solo sudor, se dejan llevar hasta el corral.

Como dato curioso, Reneldo Ojeda explicaba otra metodología que pudimos presenciar en el fundo Monte Ralo, en la zona de Guanarito, estado Portuguesa, que se ha venido empleando en algunas regiones de terreno muy irregular, en potreros pequeños cercados o con abundancia de árboles, lo cual amerita que el caballo vaya arrebiatado a otro caballo, es decir, amarrado a la cola de otro caballo que esté con su jinete, colocado de frente a este para guiarlo:

«Luego de que los caballos se agarraban en el corral, se les ponía bozal y falseta, se sorteaban y se manoseaban para que se amansaran. Al segundo día, luego de ponerle pasto pa'que le pasara la arrechera, se bañaba, se ensillaba y se le ponía bozal y tapaojo, se arrebiataba a la cola de otro caballo y se montaba el jinete. Dependiendo del sitio, si hay mucho pasto y espacio es amadrinao; y si hay mucho hoyo o mucho árbol es arrebiatado. Media hora arrebiatao y luego se acostumbra a seguir al compañero»

El sistema llamado de amadrinado se utiliza en las sabanas abiertas donde el caballo puede correr sin impedimento. Ramón Bartolo Núñez aclara:

«Eso es ahora, la gente tiene miedo ahora de montar un caballo, montan un barrigón. Hoy en día un caballito ya lo quieren montar arrebiatao, antes no, antes montaba uno esa vaina a *capella*, se barajustaba pa'esa sabana y el amadrinador iba pariao con uno (...) Si el caballo corcovea, uno le pegaba con la falseta por lao y lao, pa'sacále brío al caballo, pa'que bote el brío. Había que jurungálo también o ponéle la mano por la verija. Con el rollo de falseta pa'que dejara el brío (...). Si lo amarrabas a medio día, en la tarde tenías tiempo de montálo. Si un caballo se barajustaba, el amadrinador te llegaba y te agarraba el caballo por las charnelas, el potrón, pa'que no se fuera pa'la paliza. Ese caballo tú lo corrías como de aquí a la costa de aquel monte, y de allá pa'cá lo regresabas pa'l hato con el mismo amadrinador»



Cuando el trochador o domador se le monta al caballo, le quita los tapaojos por encima de la cabeza y lo azuza o lo arrea desde arriba para que avance. En otros casos, el llanero dispone de un trozo de rejo o de látigo para alentar al caballo a que corcovee, o simplemente le pega con el rollo sobrante de la falseta que se utilizó para armar la falsa rienda por los lados para sacarle el brío.

Los amadrinadores están preparados para acompañar al jinete a los lados durante los violentos corcoveos, las aceleradas carreras o las situaciones difíciles a las que podía enfrentarse el jinete: los «desnucaderos» o madrigueras de cachicamo o armadillo (*Dasyus sabanicola*), llamados «hoyos cachicameros» o los de «mochuelo de hoyo» (*Athene cunicularia*), donde el caballo puede meter accidentalmente una pata y tropezarse poniendo en grave peligro la vida del jinete. También es muy peligroso que el caballo se vaya de espalda y caiga encima del jinete, algo que ocurre con frecuencia en los días sucesivos de la trocha.

Simón Solís nos explicaba un curioso procedimiento utilizado en la trocha de caballos en los hatos donde trabajaba en Apure. Allí el caballo se jineteaba hasta donde fuese capaz de correr y luego se dejaba con las sueltas puestas en el sitio hasta donde había llegado para que lo pudiese recuperar el caballicero, mientras el jinete se traía la silla de vuelta al hato sobre su espalda. Si el jinete caía del caballo, uno de sus amadrinadores debía bajarse de su caballo manso y montarse en el caballo que se estaba trochando:



«Antes yo amansé también bastante en los hatos. Uno sacaba su caballo y se lo amadrinaban. A veces se barajustaban, y ande se paraban le ponías el par de sueltas, le quitabas la silla y te traías en el espinazo la silla y lo dejabas allá. Entonces iba el caballicero y lo recogía. En la Victoria casi siempre era eso, allá el caballo lo montabas hasta donde corría, allá lo dejaban sortearo y iba el caballicero a búscalo. Ese otro día lo amarraban, le daban tres sillazos, esa era la trocha Victoriera, allá los caballos no corcoveaban tanto»

En algunos casos se trochan simultáneamente varios caballos y era necesario rotarlos, es decir, volver a atar al palo provisto de sus sueltas a los que se van trochando para pasar a los que están sin domar, como lo recuerda Ramón Bartolo Núñez:

«Si los caballos eran veinte y era un solo amansador, tenía que pegar cinco caballos por día, y en ese día tu montabas cinco caballos y los otros los montabas pa'ese otro día (...) Ahí llegabas al hato, lo desensillabas y montabas el otro, salías con el otro caballo, ya ese caballo que montaste la primera vez tenía un sillazo, ya ese caballo se iba domando por ahí, pero eso sí, sin aporrearlo, sin pegále, sin sobálo, sin nada de eso, porque era un animal cerrero, un animal que al primer día de un sillazo no sabe nada»

Luego de que el caballo ha dejado de corcovear, por cansancio o resignación, es devuelto al hato donde se amarra nuevamente a un palo mediante un pegador, se le vuelven a colocar las sueltas y, tal



como se nos indicaba, se procede a montar el resto de los que se trocharían ese día. Normalmente los caballos en proceso de doma se bañan y se alimentan a diario, pero el primer día a estos no se les da de comer ni beber nada. A lo largo de los siguientes cinco a ocho días se repite la operación de montarlo. Cuando finaliza el proceso de trocha, cuyo resultado se mide en función de la capacidad que, tal y como ya vimos, adquiere el caballo para frenar mediante el bozal, pueden ocurrir distintos escenarios dependiendo de la decisión del caporal o del objetivo general de esa jornada de trocha. Los caballos trochados se pueden entregar al caballicero del hato para que los largue para la sabana durante un mes o más para que se recuperen de la trocha e incorporarlos luego a la madrina bajo su supervisión y cuidado. Entonces el caporal puede repartirlos entre la tripulación de llaneros asignándole a cada uno un número determinado según la necesidad. Antiguamente esos caballos trochados se liberaban de nuevo para que deambularan en absoluta libertad para recapturarlos solo cuando hicieran falta en los trabajos de Llano sucesivos. En otros casos los caballos estaban destinados, como ya mencionamos con anterioridad, a las queseras o las fundaciones del hato para que dispusieran de bestias de trabajo. En cualquier caso, luego de la trocha, la costumbre era que los caballos se liberaran una temporada, para luego iniciar el proceso conocido como repaso o «retrochado». Echando mano al recuerdo de sus vivencias, Ramón Bartolo Núñez nos explica:

«Después de la trocha, el amansador no tenía na'más que vé con esa bestia, se lo entregaban al encargao de los caballos [caballicero], primero les daba un mes de descanso, pa'l potrero



y entonces, cuando se llegaba la temporada de buscá sus caballos, después de mes y pico, venían los caballos pa'l corral y entonces el caporal le iba a da su caballo a cada quien de los llaneros: usté tome este caballo, usté este, usté este, según la cantidá de caballos, según también la cantidá de personas, cada quien iba a agarrá tres caballos, cuatro caballos, y esos llaneros iban a componé sus caballos ellos mismos»

El proceso de retrochado consiste en que el jinete a quien se le ha entregado el caballo se dedica a trabajarle el pescuezo con el bozal. Esto se hace para conseguir que el caballo doble hacia los dos lados, se ponga «blandito» y aprenda a frenar, además de enseñarle distintas habilidades asociadas con el trabajo, por ejemplo entrenarlo para que se pueda abrir un peine o falso de una cerca sin que sea necesario que el jinete se baje de su montura, así como a faenar con el ganado. Durante esta etapa se hace necesario teparle los ojos por un tiempo antes de montarse hasta que se acostumbre a mantenerse tranquilo mientras el jinete monta. Sobre la repasada, etapa que se efectúa posterior a la trocha, Reneldo Ojeda comentaba:

«Lo ensillas todos los días un ratico, hasta que se pone mansito con un puro bozal, sujetálo y enseñálo a dobla pa'los laos con el bozal y parase, eso se llama trochálo. Uno lo trocha, lo pone mansito. Luego lo deja descansá un tiempo y después lo vuelve a ensillá otra vez y se llama retrochá, y luego lo enseñás a trabajá. Pa' enseñálo a trabajá con una soga arrebiatá, cargándolo y pegándole la soga y corriéndole ganao»



Simón Solís complementa:

«Le daban cinco sillazos, esa era la normal, cinco días, después se lo entregaban al que lo iba a repasá, después lo largaban unos días y venía el repasador, o tú mismo lo repasabas. Trochaban esos bichos y los tiraban pa'la sabana y cuando venían los trabajos de Llano era que los repasaban. Lo dejabas como un mes. Ahí era más poquito, dos o tres sillazos, si tú lo dejaste bien trochao, ese en la repasá era fácil»

Si luego de trabajar con los bozales el caballo no responde satisfactoriamente o adquiere alguna maña como correr con la cabeza agachada o no frenar cuando es halado, esto puede corregirse utilizando implementos como la «josa», de la cual nos ocuparemos más adelante. Cuando el caballo responde bien por los bozales, y si no presenta mayor maña antes de colocarle el freno metálico, se puede emplear lo que se conoce como el «barbiquejo o «barbisquejo», un bocado de cuero, correa o látigo que se hala con la misma falsa rienda y lo prepara para llevar el freno sin que sufra por la boca. La fase posterior a todo el proceso de repaso es cuando se acostumbra al caballo a trabajar la cabeza por medio de un bocado o freno metálico, proceso que se conoce como «arrendado», en el que se le enseña a ser conducido por medio de las riendas. El arrendado ocurre durante el repaso, cuando el llanero siente que ya el caballo está respondiendo por el bozal o por el barbiquejo.



Reliquias de la doma

Parfraseando lo que escribió Luis Britto en su libro *El Llano* (p. 22), ante todo, con los enseres de una talabartería mínima, (el llanero) debe fabricar con el propio cuero de res los aperos de montar y la propia sogá de cuero entrelazado, que lo convierten en dueño de las bestias que se cruzan a su paso. Con estos aperos —que van siendo sustituidos por la silla comprada en la talabartería y la sogá de nailon— el llanero tiene que conquistarle su cabalgadura a la sabana. A caballo descubrir, perseguir, enrumbar y finalmente acorralar las madrinás de potros cimarrones. Enlazado o encerrado en el corral, empieza una de las faenas más legendarias en la vida del hombre de las tierras llanas: la doma, labor que por las soberbias dotes que requiere es desempeñada cada vez por más especialistas.

Como hemos podido ir viendo, todas las faenas que se continúan realizando en el Llano provienen de una antigua tradición apoyada en el uso de instrumentos y aperos fabricados localmente, que ayudan en muchas labores cotidianas e incluso a resolver situaciones de peligro. Este conjunto de reliquias que por su belleza y sencillez han conseguido llegar intactas hasta nuestros días, representan el legado cultural que consideramos debe ser conocido y reconocido por todos.

El bozal

Entre las piezas que conforman este conjunto de aperos se encuentra el bozal. De fabricación rudimentaria, está construido con un pedazo de correa de cuero torcido de ganado que se amarra



en la parte de abajo con un nudo fijo formando una circunferencia. En sus extremos se coloca una tira de cuero delgada o una cuerda lo suficientemente larga, que se ajusta detrás de las orejas del caballo para poder sostenerlo sobre la ternilla o cara. Se trata de un implemento que aparenta no ser muy fuerte como para aguantar el templón, por lo que el llanero lo atraviesa por debajo de la cabeza del caballo con la falseta, la cual va amarrada del cuello brindándole la fuerza necesaria al conjunto para garantizar el aguante. El bozal cumple el propósito de mantener al pegador cuando el caballo está amarrado, o a la falseta cuando se está cabresteando cerca de su cabeza para dominarse mejor; al armarle la falsa rienda para halarlo durante la trocha, también se genera una presión sobre la ternilla.

A lo largo del repaso se utilizan dos y hasta cuatro tipos de bozales diferentes: dos de correa o de cuero tallado de diferentes medidas y dos de cuero torcido o entorchado, también con medidas diferentes. El propósito es ir probando para verificar con cuál responde mejor el caballo, cambiando a medida que aprende a frenar y a dejarse conducir para hacer más efectivo su proceso de aprendizaje. La etapa del repaso requería que el jinete contase con cierto grado de experiencia o que hubiese obtenido sus conocimientos de algún llanero experimentado, pues no supone poca cosa enseñar al caballo a responder por la cabeza simplemente con un bozal sencillo de cuero. Algunos repasadores inexpertos o llaneros jóvenes pueden hacer que el caballo agarre mañas muy difíciles de corregir, por lo que es crucial que esta etapa se cumpla correctamente. Ramón Bartolo Núñez afirma:

«El problema es no jalálo tanto pa'un solo lao, porque si le echas dos jalones o tres jalones pa'un solo lao, lo estás empalando o mejor dicho, lo estas empiernando. Tienes que jalálo pa'los dos laos igual, tres jalones pa'quí pa'l lao derecho y tres jalones pa'l lao izquierdo, el caballo ahí mismo se te puede empalá. Tú reconoces que el caballo está sujeto, entonces le alargas el bozal, se lo abres más. Sujeto es cuando tiene muy trancao el bozal, tiene muy apretao, si tú lo espantas y ves que el caballo camina bien y no tiene ninguna molestia en er pico, es lo correcto, que el bozal 'ta funcionando bien en el pico'el caballo. Si está muy sujeto, maraquea la cabeza o busca de paráse'e manos, porque ¿no ves que el bozal lo tiene aprisionao?, y si se lo aflojas, el caballo marcha bien porque ya reconoció er bozal, está blando por el pico, está reconociendo el bozal. Los llaneros que eran llaneros, que sabían, ya tenían la idea, ya nacían con esa inteligencia. (...) Antes lo que se usaba era un bozal de cuero torcido y uno de cuero tallado, de correa. El amansador cargaba cuatro bozales en la anca del caballo. Cuando usted montaba un caballo potrón en Apure, usted cargaba cuatro bozales en el anca del caballo. Si el caballo estaba muy sujeto, usted le metía un bozal de correa suave, y si el caballo estaba duro, usted le ponía un bozal de correa y le acortaba un poco pa'que quedara más justo jalándolo para que el caballo reconociera. Un bozal tiene que acortar y alargar. Tenías que cargar dos bozales de correa, uno de correa de cuero ancho y otro de correa de cuero angosto y dos torcidos, uno más dergaíto y uno más grueso. De los dos días pa'lante es que vas a saber si el caballo está blandito o está duro, cuál bozal le puedes poner, si es el de correa torcido o el de correa labrada, eso lo da el caballo también; si está duro le pones el de cuero, si está muy blandito ese bozal se lo vas a alargar pa'que no se resista, porque un bozal angosto, un caballo sujeto, el caballo no sale porque el bozal lo tiene dominao, porque está muy sujeto, tiene que ancháselo. Tienes que buscále el control al caballo en el pico»

Simón Solís complementa:

«Al caballo de silla uno le cambiaba todos los bozales en la repasada, lo empezaba uno a trabajá porque era la silla de uno, tenía que quedá bien dócil. El bozal tallao es cuando el caballo es blandito por la cabeza y el bozal entorchao si es duro. El caballo te da punto de ile cambiando el bozal, se lo pone más ancho, se lo pone más angosto, él te va dando el punto, sobre todo la bestia alazana es muy blandita por la cabeza, ese todo el tiempo había que ponéle el bozal que es. El bozal se lo metías hasta que lo corrieras y se parara. Yo al caballo muy poco le aprieto el bozal, pa'que el caballo no le coja tanto miedo al bozal, pa'que él juegue con el bozal y no le agarre miedo. Uno a Dios lo respeta pero yo, por ejemplo, a Dios no le tengo miedo porque uno a Dios lo respeta, uno es amigo de Dios, uno a los amigos de uno, el cristiano, no le tiene miedo. Entonces el caballo es tu amigo y por eso tienes que dale confianza que él te coja confianza»



Las sueltas

*Ay... caballito sabanero
sogueado en edad temprana
solo año y medio corriste
aquella libre sabana.*

*Hubo lazo, hubo manea,
freno, cincha y grupera,
rudo fue el aprendizaje
para que nunca se fuera.*

*Hoy me siento hermano suyo
al contemplar la llanura,
cielo y tierra hay en mi alma
pero muy dentro, amargura...*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

El siguiente apero que incluiremos en este conjunto son las «suelas». Como se les conoce coloquialmente por usarse en pares, constituyen otro sistema ingenioso con el que cuenta el llanero para someter por las patas a los caballos cerreros en proceso de amansado o trocha, evitando así el riesgo de resultar pateado o manoteado por él en el momento de inmovilizarlo para colocarle la silla y demás aperos. Se trata de un par de correas elaboradas tradicionalmente con cuero de ganado —hoy día se emplea también nailon pero, por el elevado costo que ha pasado a tener, se ha regresado al empleo del cuero—, que llevan a su vez otras correas abrazaderas en cada extremo, las cuales pueden ser aseguradas o abrochadas mediante un botón anudado, llamadas según Reneldo Ojeda «ahogador» o «anillo», por lo que se conocen también como «suelas de anillo» o «suelas de

16 Las sueltas también son empleadas para mantener a los caballos de trabajo en las proximidades de las fundaciones durante la noche, si no se cuenta con potreros cercados, para impedirles trasladarse grandes distancias, facilitando además su captura al día siguiente, ya que no pueden huir en carrera del enlazador.

botón». Las sueltas¹⁶ se colocan, o se amarran, dispuestas desde las patas delanteras hasta las traseras en forma paralela y se abrochan alrededor de la parte superior de los cascos. Con ellas se logra que el caballo no pueda realizar movimientos bruscos, se vea impedido para arrancar a la carrera o encabritarse a la hora de ponerle los aperos. Hay también sueltas improvisadas, fabricadas sobre el terreno —sin los anillos—, que se amarran directamente a las patas en forma corriente, como dicen los llaneros. En el caso de caballos mansos, por lo general basta colocarles una sola suelta en dos extremidades, la pata de adelante y su respectiva pata trasera.

Sobre esto nos aclaró Rafael Simón Pacheco: «Las sueltas se hacían de cuero. Se hacía el anillo, siempre las sueltas se engrasaban pa'que no los pelara tanto, se le echaba grasa de ganao, porque los renquea».

En compañía de Simón Solís en el hato El Cristero, estado Barinas, nos explicaba que lo que llaman el «campo de la suelta» se refiere a la correa de cuero sencilla que va desde uno de los anillos (el que va abrochado a las patas del caballo) hasta el otro:

«La suelta tiene una vara de campo, la vara son ochenta centímetros, la medida del puño [cuando el brazo está extendido] a la mitad del pecho, es lo normal del campo de la suelta. El anillo de suelta ahí te da la largura, esta va de la pata de atrás pa'la pata de a'lante. (...) Si tú quieres que la bestia no te camine mucho, tú le pones el par de sueltas cruzadas. Si la bestia es mansa como las bestias del hato, se la pones sencilla, de un solo lao».

El tapaojos

Pajarote y María Nieves dejaron libre la bestia, abriéndose rápidamente a uno y otro lado. Retembló el suelo bajo el corcovear furioso, una sola pieza, jinete y caballo, se levantó una polvareda y aún no se había desvanecido cuando ya el alazán iba lejos, bebiéndose los aires de la sabana sin fin.

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Aparte de las sueltas, el «tapaojos» constituye una herramienta indispensable en el proceso de doma y amansado de los caballos, pues le permite al llanero mantener calmado al animal mientras se le colocan la silla y demás aperos, e incluso a la hora de montarse, ya que, por tener los ojos cubiertos, se reduce considerablemente su nivel de estrés. Se fabrica con suela o trozos de cuero de ganado y puede ser sencilla, desde una simple correa ancha a manera de venda, o más ornamentada, enchapada en plata u otros metales.

La forma menos rústica para fabricarla es con dos pliegos ovalados de cuero lo suficientemente anchos para conseguir tapar cada ojo de manera independiente. Los pliegos están unidos entre sí por medio de una argolla situada en el centro, a la que están remachados. Los fabricados en talarterías especializadas tienen enchapados adornos metálicos y llevan un tercer pliego que cuelga de la argolla en forma de gota u óvalo sobre la ternilla del animal con fines decorativos. El tapaojos se coloca sobre los ojos y se asegura a la cabeza del caballo por detrás de las orejas y alrededor



del cuello utilizando un mecate conocido como «fiador», fabricado con pelo o cerdas de caballo y a veces decorado con unas motas colgantes elaboradas también con pelo. En algunos casos se ha visto que durante la doma no solo se utiliza para tapar los ojos al animal, sino que también se le introducen las orejas del caballo por debajo del fiador para que tampoco pueda escuchar lo que está haciendo el trochador mientras lo ensilla. Según testimonio de Ramón Bartolo Núñez:

«Lo tapas, tapáo, le zumbas arriba el sudadero nomás, más nada, el guardabastos a'lante y después le zumbas la silla, zumbá, pa'que el caballo sienta que le estás poniendo la silla y de ahí lo sacas pa'fuerita, lo destapas otra vez, lo sacas maneáo pa'donde lo vas a montá que no jaiga peligro, ahí lo tapáis, le quitaste la suelta y te le montas»

En *Las sabanas de Barinas por un oficial inglés*, cuyo autor se desconoce pero que se ha atribuido a un capitán inglés de apellido Vowell, llegado al país con la Legión Británica para pelear del lado patriota al mando del coronel Donald McDonald, se narra un evento de doma y la forma como se las ingeniaba el llanero para dominar a los animales difíciles empleando arneses o jaeces (como los llama) de confección local (p. 62):

Ocurrió otra circunstancia que me granjeó del todo la buena voluntad de mi tío y que de modo evidente sirvió para contrarrestar todas las malas impresiones que tenía de mis compatriotas, por lo menos en mi caso. Sus caballerizos estaban domando un fino potro andaluz, de su propia cría, pero de bríos tan extraordinarios que frustraba todos los esfuerzos de aquéllos; ya había maltratado ferozmente a uno o dos domadores, y el jefe de los mozos, que sin duda tenía algún interés personal en que el caballo fuese vendido, declaró que sus mañas eran incorregibles. En vista de esto, don Sebastián había ordenado venderlo por cualquier precio a un contratista para la remonta de la caballería, cuando pedí permiso con el objeto de probar mi destreza como domador; mi tío dio su consentimiento en el acto, pues ponía mucha confianza en mi actividad por las pruebas de mi hazaña de llanero que había presenciado ya en el circo. En vez de

¹⁷ En francés *picadero*. emplear los complicados jaeces que se utilizan en el *manége*¹⁷ europeo, hice un tapaojo y un cabestro, tales como se usan en Venezuela y pronto logré hacer perfectamente dócil el caballo.

El pegador

Puesto el tapaojos y el bozal, y abrochadas las sueltas y la manea, dejáronlo enderezarse sobre sus remos y enseguida Venancio procedió a ponerle el simple apero que usa el amansador. El mostrenco se debatía encabritándose, y cuando comprendió que era inútil defenderse, se quedó quieto, tetanizado por la cólera y bañado en sudor, bajo la injuria del apero que nunca habían sufrido sus lomos (...) y saltó sobre la bestia indómita, que se arrasó casi contra el suelo al sentirlo sobre sus lomos. (...) ¡Denme Llano!

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Para dejar al caballo amarrado o «pegado» al botalón o a un palo para amarrar bestias, ya con las sueltas, el tapaojos y el bozal colocados, se acostumbra utilizar unas correas de cuero llamadas «pegadores» para reforzar el amarre del animal. El objetivo es que, al halar, este se sienta sometido pero evitando que se ahorque y desista de pelear. El pegador va amarrado al cuello del caballo por medio de un nudo de bestia o nudo de caballicero del que ya hablamos, que impide que el caballo se estrangule al intentar zafarse. El pegador se mantiene cerca de la cabeza del animal sostenido por el bozal y va desde el cuello hasta el agarre en el palo, pasando por dentro del bozal y por debajo de la cabeza. Como pudimos ver, cuando el caballo ha sido derribado y se le mantiene dominado por la cabeza, se aprovecha para cambiar el «cabo de sogas» con el que se enlazó por este implemento con el fin de que se pueda amarrar de una vez a un poste en las inmediaciones del corral y queda así amarrado con ese nudo fijo que no se corra cuando hale o se resista. En algunos casos, mientras se encuentra amarrado, el llanero «manosea» al caballo, le pasa la mano por encima para que se vaya tranquilizando y acostumbrando a las personas. Ramón Bartolo Núñez explica:



«El primer día lo sobabas, lo tocabas, lo manoseabas y ellos se iban amansando poco a poco. Al siguiente día se le ponía comida. Ellos se iban adaptando de los dos días pa'lante, tenías que ponéle la mano por el lado izquierdo, por donde pones la silla». Y Rafael Simón Pacheco complementa: «El primer día casi no bebían ni agua, del día pa'lante sí había que bañálos bien baños, dale agua y, cero dale palo, cuando mucho lo que hacía uno una vaina que llaman maute, unos encorraos, cuando mucho por la paleta o así medio cepillaíto, pa'no pegále por la narga». En otros casos se les pasaba una correa a manera de «cepillao» por las paletas y el caballo intentaba manotear o patear a la persona, al verse impedido de hacerlo por tener el par sueltas colocadas. Cuando se amarra por primera vez del palo o botalón a un potro cerrero con el pegador en el pescuezo, según Simón Solís, se hacía lo siguiente:

«Tú vas y le vas tocando el pico, le vas arzando la mano arriba pa'cia los ojos, y las orejas, le pasas la mano por las orejas, pa'que sepa que lo están manoseando, pa'que sepa que es la mano e'gente. Le tallas el lomo, tú tienes que manoseálo, hasta que llegue a agarrále la cola; cuando le llegues a la cola entonces empiezas a tallále las nalgas. Lo manoseas por los dos laos, por las costillas. Domando caballo como estoy domando yo ahorita, de condición, caballo de condición, porque son caballos de llegále como usté quiera, de corréle, de usté caéle en la silla y ellos no van a hace nada, no es que ellos van a salí corcoveando, ellos se van a acostumbrá a eso y agarrále las patas, levantále las patas, todo eso se le enseña a los caballos»



La falseta

Como hemos visto, todas estas reliquias que continúan empleándose dentro de la cultura ecuestre llanera poseen unas características particulares y son de una simpleza absoluta. Entre ellas, por su belleza, se destaca la «falseta» o «cabestro de pelos» o cerdas. En los hatos llaneros se cree que la «falseta de pelos» —una suerte de mecate de construcción primitiva empleado como rienda o cabestro y elaborado con el pelo recopilado de las crines o colas de las bestias que se recortan coincidiendo con los trabajos de salida de aguas—, es la más apropiada para trabajar los caballos. Ramón Bartolo Núñez dice:

«Antes no había bromas de cuero pa'amarrá caballo, sino pura falseta, los cueros los llevaba en la pata que era la suelta (...) Se amansaba con falseta, no con mecate, el mecate para amansá caballo no sirve, sirve la falseta, esa es la propia para jalar un caballo, para arrendá un caballo, porque el mecate le pega mucho en las manos a uno, el caballo no reconoce el mecate, la falseta sí. Usted le amarra el cuello al caballo con la falseta, asegún esté, si está duro se lo aprietas un poquito, y si el caballo reconoce que está blandito, entonces le tienes que poner el cuello más ancho»

Estas falsetas, muy ligadas a la cultura del llanero junto con otros implementos autóctonos como la soga de cuero, han llegado a convertirse en auténticos símbolos de la llanería. La falseta se usa para halar a un caballo en medio de la doma que se destinará posteriormente para amarrarlo en los ratos

de descanso. Estas piezas —que los llaneros se continúan autosupliendo por aprovechar los materiales que tienen a su alcance y no olvidar las técnicas ancestrales de confección— siguen constituyendo unas verdaderas reliquias vivientes. Aperar al caballo de la cabeza empleando la falseta al estilo tradicional llanero constituye todo un arte que por fortuna no se ha perdido. Se trata de una técnica que denota sus orígenes primitivos, dado que es un sistema en el que no se le coloca una pieza ya armada y lista para usar sino que es necesario armarla y dejarla adecuadamente dispuesta sobre la cabeza. En combinación con el bozal, una «falsa rienda» armada con una «falseta de ocho brazadas» incorpora distintos nudos y amarres que dan como resultado unas riendas utilizadas para dominar al caballo y un sobrante a modo de cabestro que se usa para conducirlo a pie y luego sirve para amarrarlo.

Las falsetas llegaron a ser tan apreciadas por los llaneros que para poder fabricarlas llegaban a robar los pelos de las crines y colas a los caballos de los viajeros durante la noche, tal como describe Ramón Páez en su obra (p. 92):

El Rastro tiene fama por la belleza y frescura de la tez de sus mujeres, no obstante su clima tan ardiente, y por la extraña inclinación de los hombres a robar las crines y colas de los caballos que pasan por allí. Esto lo realizan bajo los mismos ojos de los propietarios, con el fin de hacer cabestros para sus propios caballos.

En la zona de Las Galeras de El Baúl, estado Cojedes, por recomendación de Ramón Bartolo Núñez, visitamos a un par de llaneros especialistas en la fabricación de estas falsetas: Oscar Ramón Tovar, nacido y criado en San Juan de Payara y al que apodan «El Morocho», hijo de José Doroteo Torrealba, llanero del hato Merecure en el Cajón del Arauca apureño; y Candelario Ramón Giménez, oriundo de aquella región cojedeña, quienes todavía fabrican falsetas por encargo. Ambos accedieron a explicarnos en detalle todos los procesos asociados a la fabricación de esta reliquia y confeccionaron ante a nuestros ojos una falseta que les había encargado Francisco Ramírez, el administrador de un hato vecino a la población del Barbasco. El proceso de fabricación de la falseta comienza con la obtención de las cerdas. Cortarle la crin y los pelos de la cola a las bestias en el Llano es lo que se conoce con el nombre de «estusar» y es una actividad estacional que se practica en los hatos como costumbre. En el hato Merecure, Apure, por ejemplo, luego de que las vaquerías terminaban a mediados de febrero y se recogían los hatajos y madrinas de bestias para realizarles los trabajos semianuales, se llevaba a cabo la estusada. Para ello se enlazaba cada animal en el corral, se derribaba con la ayuda de un botalón, en un proceso muy similar al que ya describimos y que antecede a la trocha. Una vez derribado y sometido por la cabeza el caballo, se procedía a cortarle con un cuchillo o peinilla afilada las crines y una gran parte de los pelos de la cola. Simón Solís, quien es también un experto en la elaboración de falsetas, nos explicó que en La Victoria Garciera estos trabajos de estusada se llevaban a cabo en dos jornadas al año para verificar que los caballos no tuviesen chicuaco o la cola enmarañada:

«Por ejemplo, en diciembre se estusaba toda la bestia, cola y crin. En la punta de la cola se le dejaba un poco de cerda, una escoba. En el invierno, en entradas de agua, hacia mayo, se le



hacía otro repase, se estusaba la crin toda pero no la cola, y si tenía chicuaco se le quitaba con la punta del cuchillo, así, escarmenao como llaman»

Según Simón Solís esto no perjudica a los caballos ya que al cabo de unos pocos meses le vuelven a crecer las crines y no es un procedimiento que genere maltrato. Por otro lado indicaba que la razón para estusar en salidas de aguas es para dar oportunidad de que le vuelvan a crecer las crines y las colas para la temporada siguiente:

«Ese caballo, después que le cortes las crines en diciembre, lo estusas y le vienen saliendo otra vez las crines en mayo. Es decir, en diciembre, pa'decíle salías de agua, lo estusan, ya viene teniendo la cola larga otra vez en mayo, y le viene creciendo bastante porque ya viene la plaga, así que tiene que tené su cola larga entonces pa'espantá la plaga»

Se estima que se requieren entre dos y tres kilos de cerda para confeccionar una falseta que tenga entre

¹⁸ Medida utilizada por los llaneros para medir sogas, mecates y falsetas, entre otros implementos. Equivale a la longitud de los brazos extendidos. La brazada española mide un metro con sesenta y siete centímetros, mientras que la inglesa es de un metro con ochenta y dos centímetros.

ocho y diez brazadas¹⁸ de longitud. Esta cantidad de cerdas se pueden obtener con dos o tres bestias de crines o colas tupidas. Hay animales, mencionados en el libro *El llanero* (p. 84), que tienen escasas cerdas en la cola y se les conoce como «colines» o «ponchos cerderos». Para fabricar las falsetas se pueden utilizar indistintamente los pelos de la cola o de la crin, pero no pueden mezclarse. Según nos explicaban los diestros entrevistados, los pelos de crin son más suaves y flexibles que los de la cola, que resultan más tiesos,



largos y duros, de manera que si se fabrica una falseta con ambos tipos de pelo, esta va a salir gruesa por un lado y delgada por otro, o quizás flexible y suave de un lado y un poco más tiesa y dura del otro.

Una vez culminada la jornada de la estusada, y luego de recolectar la cantidad suficiente de cerdas para producir varias falsetas, se procede al «escarmenado», que consiste en la preparación, clasificación y selección de las cerdas para obtener varios «bojotes». La escarmenada es una actividad realizada durante los ratos de descanso, cuando los llaneros no están trabajando en la sabana, en la que participa un grupo importante de los obreros del hato. El escarmenado, que puede tomar hasta dos semanas, consiste en agarrar con una mano cada mechón de crin o cola cortado y deshacerlo con los dedos de la otra mano halando en forma independiente los pelos para que se liberen del mechón y queden sueltos, dejándolos caer simultáneamente sobre un saco dispuesto en el suelo. El material que se obtiene —una pila o montón de cerdas sueltas— se enrolla como una alfombra logrando un «bojote» que se introducirá en el saco. Según los llaneros, los manojos o mechones de cerda recién cortada no permiten «echar la falseta» por estar las hebras enredadas unas con otras. Ramón Bartolo Núñez dice al respecto: «La falseta de cerda, primero para hacéla hay que estusá una cantidad de pelo de bestia, de crin y de rabo, y escarmenála, escarmenaíta, hebra por hebra hasta que hace una pila, calculando por lo menos tres kilos, cuatro kilos de cerda».

Luego que ha sido escarmenada toda la cerda y armados varios bojotes, los peones se organizan por parejas, cada uno con un rol: «echador» o de «torcedor», como corresponda, para echar las falsetas

19 La tarabita es una tabla de madera con forma de gota a la cual se le practica una perforación en la parte más delgada, en la parte superior, que es donde se coloca un palo atravesado a manera de guía libre sobre la cual la tarabita pueda girar en círculos por efecto del contrapeso con un simple movimiento circular de la mano. En su parte superior, que es más delgada, tiene una cabecita donde se le practica una muesca para que se puedan amarrar a ella las cerdas iniciales que salen del bojote.

entre todos con la ayuda de la «tarabita».¹⁹ Esto permite que las cerdas o pelos de caballo que se vayan liberando o echando desde el bojote introducido en el saco se vayan entrelazando y entorchando sin enredarse. El llanero considera que este trabajo no se puede hacer en forma efectiva sin el empleo de la tarabita, instrumento que genera el efecto de torsión adecuado en las cerdas hasta formar los hilos principales de la falseta y que estos alcancen el punto de tensión apropiado para el entorchado. Como veremos más adelante, en la fabricación de cada falseta intervienen dos de estas tarabitas.

Las tarabitas pueden ser fabricadas con maderas de cedro, caro caro o samán macho, entre otras, y deben tener el peso adecuado para facilitar el movimiento que permita entorchar los hilos con precisión. La madera más recomendada es el cedro, por ser li-

viana y más maleable para trabajar y lijar, además de ser fácil de obtener. Para elaborar la tarabita se selecciona una tabla y se dibuja sobre ella la forma de la herramienta con un trozo de carbón a manera de formaleta, sobre la cual comienza a tallarse con un cuchillo o una peinilla. Luego se le talla la cabecita con la muesca donde se amarra la cerda, haciéndole finalmente un hueco en la parte superior de la tabla por debajo de la cabecita donde se introducirá el palo de torcer, que se labra con un cuchillo empleando algún palo delgado que debe encajar dentro del hueco de la tarabita para que esta pueda girar sobre él libremente. Ese palito tiene una parada que se talla en su parte superior a modo de tope o «sombrero» con el fin de que la tarabita no se salga. La madera que se utiliza para hacer la tarabita, según nos explicaron los llaneros, debe ser cortada en luna creciente o en menguante, pues existe la creencia de que hacerlo en ese momento la protege del coco (coleóptero) y no se «pica».

El proceso de entorchado se desarrolla de la siguiente manera: de un lado se sienta el echador con el saco que contiene el bojote enrollado de cerda escarmenada entre las piemas. El torcedor extrae las primeras cerdas del saco, cuidando de que no se separen del resto del bojote, las amarra de la muesca en la parte superior de la tarabita y comienza a darle vueltas mientras va retrocediendo lentamente o caminado hacia atrás en la medida en que va torciendo. Mientras tanto el echador va liberando cerdas desde el bojote, algo que requiere de experiencia y práctica, ya que debe ir calculando la cantidad justa de material con los dedos para que el hilo obtenido quede uniforme. Las cerdas, por efecto de la tarabita, se van entorchando solas pero hay que evitar el exceso de torsión, ya que el hilo corre el peligro de enroscarse sobre sí mismo. Para darle la torsión adecuada, el torcedor, cuando se lo indique el echador, detiene las vueltas de la tarabita y se apoya en ella para que al halar suavemente o tirar del hilo, se apriete y quede correctamente estirado; en este punto debe tener cuidado de no halar muy duro porque el hilo se puede romper. El torcedor también puede detenerse cuando se lo indica el echador, si por alguna razón se separan las cerdas que se van liberando. Si así fuera, debe «empatarlas» o volverlas a unir al bojote para continuar «echando» con el objetivo final de producir dos guías o hilos principales de cerda entorchada. Como veremos más adelante, si se desea que la falseta tenga entre siete y diez brazadas —siendo ocho el tamaño estándar—, los hilos principales deberán tener una longitud entre sesenta y ochenta metros de largo. Ramón Bartolo Núñez nos cuenta:



«Pones la cerda en un saco y se lo pone en sus piernas el echador y saca la hebrita aquí, le da una vueltica en el palo y el otro va echando y el otro torciendo. Te vas alejando, vas torciendo y el otro echando, sacando el hilito, un hilo muy finito, pero que vaya parejito, que no vaya disparejo porque te sale la farseta fea, te sale la farseta en parte barrigona en parte más dergá. Tienes que ir echándola finita y torciendo y torciendo. Más o menos cuando tengas un hilo largo, entonces dejas ese hilo prensao y te regresas a echa el otro. De aquí a allá te salen dos farsetas. Echaste el otro hilo, tienes un hilo aquí y vas echando el otro; echaste ese hilo, ya tienes dos hilos, no vas a echa más»

Una vez producido el primer hilo, el echador lo separa del bojote y tomando la punta libre de la hebra sin soltarla para que no se deshaga, la amarra de algún punto fijo —una cerca, la rama de un árbol o un poste del corral— y el torcedor se asegura de dejarla templada y suspendida en el aire, asegurando la tarabita en el otro extremo para que no se suelte, y se procede a repetir todo el proceso para fabricar el segundo hilo. Una vez obtenidos los dos hilos completos, se entorchan entre sí para que se unan, para lo cual se emplean dos tarabitas que los tuercen entre sí bien apretados. Con esta finalidad se amarran las puntas libres de los hilos a cada una de las muescas de la otra tarabita, donde ya están atadas las respectivas puntas de cada hilo. Esta vez el echador se incorpora con una de las tarabitas frente al torcedor en el otro extremo y comienzan simultáneamente a darles vueltas torciendo los dos hilos juntos hasta que se aprietan lo suficiente las dos guías o la unión de los dos hilos principales.



Una vez que ambos hilos están bien unidos entre sí y se obtiene la guía principal —que debe estar compacta, apretada y con la tensión adecuada—, apoyándose en un poste, por ejemplo, se dobla este por la mitad y se vuelve a pasar alrededor del poste para lograr que este hilo principal largo produzca cuatro nuevas guías —la guía principal dividida en cuatro guías—. Una vez obtenidas estas cuatro guías, se practican amarres en cada extremo con un pequeño trozo de rejo o cuerda que las asegure. Posteriormente entre esas cuatro guías se atraviesan unos palitos picados que se insertan en forma de cruz y se pasan a todo lo largo entre las cuatro guías para separarlas y garantizar que giren parejas en forma sincronizada. Para terminar de armar la falseta, con la

ayuda de la tarabita se tuercen las cuatro guías contra el poste; el extremo que quedó atado a la tarabita se pica con un cuchillo, cuya punta se remata con lo que llama Simón Solís el «nudo'e falseta», mientras en el otro extremo se practica el amarre llamado «rabo de cachicamo», «huevo de cachicamo» o «pija de cachicamo».²⁰ Ramón Bartolo Núñez afirma: «Uno prensa y le junta las cuatro cabuyas, entonces le echan lo que llaman el rabo'e cachicamo, que es como una cruz. En la punta donde están los palos picaron y le echaron un nudo en la punta, el botón. Si la pueden enmotá la enmotan con una aguja».

Esta técnica es la más práctica, rápida y, de alguna manera, más utilizada en los hatos para asegurar la falseta en sus extremos, aunque cuando la pieza va a ser destinada para la venta o se va a entregar como obsequio a los dueños del hato, a veces se rematan

20 Al otro extremo de la falseta, que no requiere de nudo por tratarse del extremo que tiene los dos dobleces que se le practicaron al hilo principal contra el tubo, se le asegura con un sistema muy curioso que tiene por objeto que ese extremo de los dobleces no se pele o se deshaga provocando que la falseta se desarme. Este nudo es el que se conoce como «rabo de cachicamo», «huevo de cachicamo» o «pija de cachicamo», que tiene aspecto de cruz en la punta de la falseta, similar al órgano reproductor macho de ese animal.

con unas motas de pelo del mismo tono de la falseta en las puntas. La mota rematada con pelo de caballo se asegura con un tejido en cuero, con el mismo pelo del caballo o con aguja y pabilo o cuerda de nailon de diferentes colores. En todo caso la mota se «empiña», como dicen los llaneros, para que no se ruede y asegurarla. Oscar Ramón «Morocho» Tovar nos indicaba además que al menos en Apure se consideraba poco conveniente el uso de las falsetas provistas de motas en invierno, porque al mojarse representaban un peso adicional para un caballo y más bien se acostumbraba a cargarlas libres, con un nudo en un extremo y el rabo de cachicamo en el otro.

En el mismo proceso de fabricación de las falsetas está el llamado «fiador del tapaojo», una versión miniatura de la falseta que es utilizado, como vimos, para amarrar el tapaojos a la cabeza del caballo. Se elabora de la misma manera que la falseta, pero sus hilos principales son bastante más delgados porque llevan menos cerda con el propósito de que puedan salir varios fiadores.

En el hato Merecure, luego de finalizada la jornada estacional y una vez que estaban fabricadas las falsetas, cada integrante de la tripulación de llaneros agarraba para sí dos falsetas para armar sus falsas riendas, cabrestear y amarrar su caballo. Las que habían quedado más bonitas las agarraba el caporal, que en ese entonces se llamaba Elías Rondón, quien por lo general se las guardaba a los dueños del hato como obsequio. En la confección de las falsetas se busca combinar cerdas de distintos tonos para elaborar las guías obteniendo diseños de gran belleza, aunque también pueden ser de un solo color. Sobre las falsetas de pelos, citando nuevamente al capitán Vowell (p. 94), y haciendo referencia a un reparto de potrillos en plena campaña en el Llano, se contaba que:

Páez y sus oficiales favoritos, únicos a quienes permitía intervenir en la faena, caminaban despacio en torno de la manada, escogiendo los mejores caballos, que después de enlazados, entregaban a algunos de los jinetes listos allí para recibirlos y a quienes cualquiera de sus compañeros ayudaba a conducir el animal con el objeto de amansarlo. Los caballos cerriles, que parecían tener un miedo instintivo al lazo, se agrupaban en vano bajando la cabeza para librarse de la soga, pues los llaneros lanzábanla de modo tan certero que nunca dejaba de coger el animal a que iba dirigida, aun corriendo a toda velocidad. Ya enlazado un número suficiente de bestias para domarlas, Páez y los demás elegidos por él, principiaron a enlazar y a derribar potros para cortarles las cerdas de crines y colas, con el fin de tejer cabestros.

La falseta adquiere una notable importancia en el proceso de la trocha, que es cuando esta se emplea para armar la falsa rienda que se arma de la siguiente manera: la falseta se amarra directamente al cuello del caballo mediante el nudo de bestia, en forma doble, tal como nos explicaba Ramón Bartolo Núñez, siendo este método el que le brinda mayor seguridad para no deshacerse o desatarse durante trocha. Luego de hacer este amarre, se toma el resto de la falseta libre colgante y se introduce por dentro de este sistema de amarre pegado al cuello del caballo formando dos riendas que se aseguran en su base mediante un nudo que se realiza empleando el resto de la falseta colgante. Las dos riendas quedan así aseguradas sin que exista la posibilidad de que se desaten en medio de los corcoveos, carreras o brincos. Según Simón Solís, esta combinación de dos riendas juntas o falsa rienda doble le da al conjunto un mayor grosor que le permite al jinete sujetarlas mejor en medio de la jineteada. Estas riendas dobles se pasan luego por la parte inferior de

la cabeza del caballo y por dentro del bozal, y finalmente por encima de su cabeza para que queden al alcance de las manos del jinete. La sección de falseta sobrante queda libre y colgando se utiliza para cabrestear al caballo o para estimularlo por el cuello con el rollo en medio de los corcoveos o carreras.

El joven José Antonio Páez en *La Calzada. Escuela de centauros* (p. 36), durante su dura iniciación en el hato La Calzada en Barinas, recordaba su experiencia con la doma y el empleo de las piezas elaboradas con cerda de caballo:

Mucho, mucho sufrí con aquel trato; las manos se me rajaron a consecuencia de los grandes esfuerzos que hacía para sujetar los caballos por el cabestro de cerda que se usa para domarlos, amarrado al pescuezo de la bestia y asegurado al bozal en forma de rienda. Obligado a bregar con aquellos indómitos animales, en pelo o montado en una silla de cuero con correas de cuero sin adobar, mis muslos brotaban sangre. Hasta gusanos me salieron en las heridas, cosas no raras en aquellos desiertos y en aquella vida salvaje; semejantes engendros produce la multitud de moscas que abundan allí en la estación de lluvias.

Ya cuando el caballo está manso, se le puede armar o amarrar la llamada «falseta volá». Precisamente por la mansedumbre del caballo, no se hace necesario que se le siga amarrando la falseta del cuello sino que se combina con el bozal, es decir se pasa esta por el bozal y se asegura, pudiendo incluso armársele unas riendas sencillas para halarlo por el bozal mientras se está enseñando a trabajar con el freno. Representan diferentes formas de amarrar la falseta, ya no directamente al cuello del caballo sino en combinación con el bozal. Algunos de estos amarres, por cierto, lucen muy vistosos y recuerdan un poco a los adornos de los caballos árabes. Sobre esto nos exponía Ramón Bartolo Núñez:

«Falseta volá na'más, falseta volá, puramente en el bozal sin artocale el pescuezo con la falseta, porque ya está manso, ya él te voltea pa'lao y lao, ¿qué vas a hacé con ponéle tanto ristranco en el cogote? ¿para qué?, le pones su falseta volá, su freno y ya, ese es el caballo manso ¿entiendes?, ya pues manso de silla soguero que tienes que contá con él, caballo ya de madrina y todo, tú el potrón no, el potrón usté tienes que ponéle amarrao al pescuezo, porque tiene que acostumbrálo primero, él va dando y cuando a poco lo tienes igualito al caballo viejo, que en vez tú de amarrálo po'er pescuezo le pones su falseta volá, porque ya por lo menos llegó también a caballo cosario, quiero decir de falseta volá, ya no necesita amarrálo doble po'er pescuezo»

En la actualidad los bozales de las talabarterías especializadas en Apure, que los venden junto con el llamado «apero completo» (cabezada, tapaojos y bozal), ya vienen provistos de un sistema de argollas con unas correas que van ubicadas por debajo de la cabeza del caballo para combinarlo con la falseta, de manera que quede libre y no amarrada al cuello del caballo, a modo de «falseta volá».



La josa, entre otros implementos

Los dos amigos esa noche montaron las dos potrancas en pelo, amadrinadas con Sobre las Olas. Las potrancas hicieron lo que no había hecho el caballo: darle una caída a cada uno de los domadores. Pero como estos las habían puesto sobre un medanal flojo, no tenían por qué aporrearse ninguno de ellos ni quedarles rastro de la caída. A la semana, las empezaron a ensillar sueltas. Al mes, estaban ya mansas por completo.

Antonio Torrealba, Diario de un llanero

En una etapa intermedia dentro del repaso y antes del arrendado, dependiendo de cuán duro se encuentra el caballo para frenar y responder por el cuello, luego de trabajarlo con los bozales, si este continúa estando duro o si adquirió la costumbre de correr con la cabeza agachada, se le puede colocar la pieza a la cual se hizo mención anteriormente y que se denomina «josa», un bozal que trabaja mediante unas palancas largas que van a cada lado de la boca del animal. La josa genera una presión sobre la cara del animal que lo obliga a frenar cuando se emplea la rienda. Si el caballo tiene la costumbre de avanzar con la cabeza abajo, se le coloca la josa para obligarlo a que la levante.

Se fabrica a partir de las palancas o patas de un freno a las que se les ha quitado la parte del bocado o con dos largos pedazos de metal trabajados. Según Reneldo Ojeda:

«La josa era para los caballos que tenían más de seis o siete días montándolos para enseñarles a frenar, a pararse si seguían estando duros. El freno se coloca luego de que el caballo aprende

a trabajar en el bozal. Si no aprende rápido con el bozal y está muy duro de frente, para que aprenda a pararse de frente se le coloca una josa. En dos semanas ya uno sale tranquilo. Pa' arrendalo lleva tiempo»

Y de acuerdo a Simón Solís: «La josa se le ponía ar caballo que corría con la cabeza agachada, pa'que el arse la cabeza pa'correr, eso se llama caballo agachao. Pa'ese tipo de caballo, un caballo que no quería levantá la cabeza, le zampaban una josa, desde luego, a los tres días estaba ese caballo corriendo con la cabeza en el aire». Para Rafael Simón Pacheco, «la josa se le ponía a los que nos salían duro y por adelante, y si no, se usaba una broma que llamaban un coriano. Se le ponía pa'que no lo pelara mucho, se le ponía un bozal como de cuero 'e ganao».

Sobre este bozal que Rafael Pacheco denomina «coriano» nos habló también Simón Solís, quien lo conoce como «el coriano ahogador», y era otro tipo de bozal especialmente diseñado para que cuando uno halara al caballo, este se ajustara en la cara del caballo que era demasiado duro y que no obedecía por el bozal:

«Era un bozal que se hace de la media del caballo, de la misma falseta, de ahí mismo sale el bozal, sale la cabezada, sale todo, y la rienda. Uno se lo ponía al caballo y que a veces era tan arrecho que se mariqueaba el caballo, que tenías que quitaselo en plena la sabana, porque el caballo no quería ni corré, le tenía mucho miedo. Ese era un bozar corredizo, al jalála tú, se ajustaba todo, y a lo que le aflojabas la rienda, él aflojaba todo, él apretaba si jalabas, y se aflojaba si soltabas»

A pesar de que hoy en día el uso de la josa durante el repase ha sido constatado a lo largo y ancho del Llano e incluso por uno de los autores, en algunas zonas del estado Lara, Ramón Bartolo Núñez nos argumentó que en el Apure antiguo no la vio utilizar:

«La josa en el Llano apureño no se usaba, en Apure no llegamos en ningún momento a usarla, tampoco la conocíanos, pa'trabajá un caballo por la cabeza era puro bozal y la fuerza de uno,

ahí no habían cosas de reata²¹ o josa, ese era puro bozal y a puro pulso para arrendá un caballo, y la falseta doble en el pescuezo del caballo»

Una vez que el caballo responde por el bozal, se arma el barbiquejo o barbisquejo, con el cual se le inserta por primera vez algo en la boca, que lleva un pedazo de cuero o de correa para que se vaya acostumbrando al freno. Según Ramón Bartolo Núñez se emplea así:

«El caballo potrón, lleva tiempo pa'metéle freno, porque primero hay que metéle barbisquejo, una correa de látigo. Si se le mete freno maraquea mucho la cabeza. Ligáo con falseta a los lados. Ese caballo iba dando el tiempo de metéle su barbisquejo, ese era pa'no fregále la boca al caballo ni tampoco los colmillos, el caballo maraquea la cabeza y entonces no agarra rienda. Cuando ese caballo responda por la cabeza con el barbisquejo, que voltea así "pata morocha" a dos riendas, ahí si le puedes poner freno porque ya sabe voltear por lao y lao»

21 Término que procede de «reatar», un verbo que refiere a atar con fuerza o atar nuevamente algo. El sustantivo reata, por lo tanto, se emplea como sinónimo de cuerda, faja, cincha y otros elementos que se utilizan en la sujeción de diferentes cosas. La reata es la que usan el chalán y los amansadores para los caballos de paso fino colombianos.





EL GANADO CRIOLLO

Como ya explicamos, la base económica que se estableció en el Llano venezolano se apoyó fundamentalmente en la cría del ganado, en particular el vacuno. Las reses proveyeron no solo el sustento y la base económica de los territorios donde fue introducido el proceso fundacional, sino que además definieron el sistema de vida que tendrían sus pobladores y aportaron una parte importante de los materiales que se comenzaron a emplear para resolver el quehacer diario. Por lo anterior y para entender mejor los temas que tocará tratar más adelante, resulta relevante que describamos a ese ganado criollo y cuáles fueron las características que legaron la fama que mantiene todavía hoy día.

Cuando se inició en firme el proceso de conquista y colonización de América a mediados el siglo xv, los españoles procedieron de la misma manera como lo habían venido haciendo en otros sitios, por lo que no se cambió el esquema y mucho menos se pensó qué tipo específico de ganado debía ser escogido para las nuevas colonias. Todos los animales introducidos fueron similares en su origen y tipo, por ello no hubo diferenciación o selección al momento de decidir qué se llevaba para un sitio o para otro, por lo que la adaptación de todos estos animales a los territorios coloniales ubicados dentro de la franja intertropical del Nuevo Mundo fue absolutamente degenerativa. Fue el resultado de un proceso biológico y fisiológico formidable donde, a costa de perder muchas de las cualidades fenotípicas que estos grupos poblacionales tenían, se acabó adquiriendo una rusticidad y una reciedumbre que determinaron su capacidad para sobrevivir en las difíciles condiciones que les tocó enfrentar.

Durante más de cinco siglos se desarrolló en nuestro territorio una ganadería marcadamente extensiva, y no fue sino hasta principios del siglo xx, durante el gobierno del general Juan Vicente Gómez, cuando se dio inicio al proceso de mejoramiento que habría de reemplazar a aquel vacuno que había conseguido adaptarse a nuestras duras condiciones por otro completamente distinto. Ese ganado criollo, como se le denominó, es el que sale mencionado en todas las coplas sobre ese Llano salvaje y repleto de aventuras, que se ha ido junto con algunas de las costumbres de ese Llano viejo dentro del cual llegó a florecer. Hoy quedan unas pocas cabezas desperdigadas de ese tipo racial bovino por algunas regiones del país sin que se tenga ninguna certeza de que se correspondan con sus legendarios antecesores. Se presume que en la isla de Margarita quedan todavía unos pocos descendientes de las reses que llegaron junto con los primeros colonos desde La Española a partir de la segunda mitad del siglo xv.

Los españoles que penetraron en la segunda mitad del siglo xvi desde los primeros asentamientos que se establecieron en la provincia de Nueva Andalucía (Cumaná) a las regiones que hoy forman parte de los estados Monagas, Anzoátegui y Guárico, y los que vinieron desde El Tocuyo, deben haberse quedado muy impresionados por lo vasto de las tierras con que se encontraron y las ventajas que ofrecían los pastizales para el establecimiento de una ganadería vacuna. Esto coincidió con la fundación en 1585 de San Sebastián de los Reyes, emplazamiento satélite que fungió a partir de entonces como el enclave más importante de ese territorio, ya que desde ahí se inició la lenta pero firme penetración de las tierras planas que quedaban del otro lado del río Apure, donde se forjaron nuestros primeros llaneros.

La presencia de ganado cimarrón tanto vacuno como yegüerizo (caballos), antecedió el poblamiento hispánico, primero por los animales que se perdieron en las primeras puntas llevadas por los conquistadores y después por los que huían de los primeros hatos emplazados en las cabeceras del Llano, en las zonas de influencia de Cumaná y San Sebastián de los Reyes. La fundación de estos hatos ganaderos fue fundamental porque permitió la formación y el establecimiento del ganado que se aclimató y adaptó al libre pastoreo en esas difíciles condiciones, origen de nuestro ganado criollo. Los primeros rebaños se multiplicaron con gran rapidez, aprovechando los pastos naturales de las sabanas, y se organizaron diferentes tipos de ganadería extensiva, apoyada en los movimientos de trashumancia hacia y desde las tierras inundables provistas de mejores pastos en la época de sequía. Es precisamente en este momento cuando se comienza a construir esa familiaridad del llanero, hoy tan característica, con el caballo y el toro.

La lenta penetración que se inició en la búsqueda de cimarroneras entre los años 1750-1760 fue ejecutada de manera muy organizada y sistemática. Estas incursiones serían las que permitirían más tarde pasar a la otra banda del río Apure, es decir, a la orilla derecha. Estos criadores, ya en compañía de llaneros a caballo formados por ellos, penetraron con sus rebaños, mayordomos y sus bestias, ocupando las mejores tierras. Entendamos que, para ese entonces, la tenencia de la tierra garantizaba el arrebataje del ganado (derecho a coger cimarrones) y de esa manera



consiguieron ser fundados sitios de hatos en diferentes lugares a donde luego llegaron las familias de estos colonos para aposentarse en las fundaciones principales.

Acerca del origen del vocablo cimarrón nos hace una referencia el muy ilustre cronista de Indias florentino Galeotto Cey, quien visitó nuestro territorio a mediados del siglo XVI durante su paso por la isla de La Española, según describe Jose Rafael Lovera en *Relación de viajes a las Indias de Galeotto Cey 1539-1553* (p. 28): «se encuentran pocos caballos buenos y se han formado muchas manadas salvajes, que las llaman cimarronas, porque los indios a cualquier cosa fugitiva le dicen cimarrón y los cristianos han tomado este vocablo, como muchos otros». Desde el punto de vista de Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 75), el término cimarrón se aplicaba durante la colonia a los negros e indios alzados; o sea a aquellos que huían de sus amos. Al fugarse, negros e indios, por el legítimo e indeclinable derecho de vivir en libertad, se escondían en lugares alejados, difícilmente accesibles y establecían sus rancherías: los cumbes. A los animales considerados domésticos o domesticables que huían de las propiedades y por consiguiente del dominio de los hombres, se les aplicó el calificativo de ganado cimarrón. Los grupos de reses o caballos cimarrones formaban las cimarroneras.

Esta particular manera como fue colonizado el Llano fue estudiada por la profesora Adelina Rodríguez Mirabal en *La formación del latifundio ganadero en los llanos de Apure* (p. 16), quien dice:



Desde un primer momento, tanto el aspecto de legalidad como la tácita «Ley del Llano» estaban al servicio del Conquistador-criador, quien, ejerciendo supuestos derechos de conquista como capitán poblador o simplemente como fundador de hatos en una tierra virgen, *more poe cudum*, con la espada se apoya en la cruz, y en compleja metamorfosis imprime al Llano el carácter de «coto de caza», y al indio el de fuerza de trabajo susceptible a las operaciones comerciales.

En las regiones llaneras se instauró entonces un nuevo modelo social organizativo basado en el pastoreo y fundado en el dominio que se ejercía sobre el ganado cimarrón y sobre un peculiar esquema de tenencia de la tierra. Como podemos ver, y como ocurrió con todos estos aventureros, los llaneros se formaron inicialmente como cazadores de ganado cimarrón, adaptándose muy bien a esos nuevos ecosistemas, lo que los llevó, tras un prolongado proceso de modernización, a lo que son hoy en día.

Acerca de la participación de la mano de obra negra de origen africano en los hatos, la profesora Rodríguez Mirabal (ob. cit., p. 285) afirmaba que:

Muy pocos esclavos se localizaron en el Llano, dos elementos fundamentales impedían cristalizar cualquier intento de desarrollo de la esclavitud en sentido absoluto en las comarcas llaneras. En primer término, las características del medio físico y de la actividad pecuaria representaban un notable riesgo por medio del cual se podía mermar o destruir un bien, una mercancía como lo era un esclavo, en este caso, una mercancía sumamente costosa que no podía ser arriesgada a los peligros de las fieras, pantanos, etc.; el segundo elemento, y es fundamental, viene dado por la presencia del caballo, difícilmente podía sujetarse a un esclavo a caballo, el sentido de libertad que le ofrecía el medio representaba un riesgo de consideración que no permitía el traslado de grandes cantidades de esclavos a los hatos, por otra parte está el hecho fundamental de la especialización requerida para la faena pecuaria.

La actividad ganadera actuó como el eje impulsor a través del cual se delimitó el espacio en el Llano venezolano. En torno a los primeros hatos y los rebaños que allí se constituyeron, se establecieron villas y pueblos, y fue gracias a la dinámica de estos centros poblados, a la distribución y circulación de los productos ganaderos, como se conformó una red de intercambio fluvial y terrestre. Al delimitar desde su punto de base el flujo comercial hacia los mercados, los hatos pasaron a jugar un rol importante en la formación económica y social de esa Venezuela colonial.

Hay que recalcar que la cultura ganadera actual del sur de la península ibérica tuvo numerosas influencias sobre la cultura llanera en Venezuela, desde el manejo y faenamiento de las reses hasta la terminología que se emplea para describir a algunos personajes, actividades y herramientas. Esto es comentado en el libro *El llanero* (p. 44):

Los jinetes andaluces introdujeron en tierras llaneras las costumbres, los sistemas de organizar vacadas, someterlas, domarlas; pero ya por necesidades de la propia naturaleza tropical. Enteramente distinta a las de Europa, ya por viveza de temperamento y malicia de ingenio, el llanero abandonó los sistemas de sus progenitores, y lucha hoy con toda clase de animales bravíos, poniendo en actividad sus no comunes habilidades, haciendo arte propio con su astucia y su prodigiosa destreza (...).

Ya vimos que la llegada de los conquistadores y misioneros españoles al Llano determinó también la llegada de los rebaños de vacuno a estos territorios. El control del ganado cimarrón en el Llano por parte del poder colonial y los propietarios debió constituir un desafío, ya que tuvieron que poner en práctica diferentes estrategias de apropiación, sobre todo cuando en las primeras décadas del siglo XVII se incrementó la exportación de cueros hasta alcanzar el primer lugar la Provincia de Venezuela.

De nuevo basados en Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 75) precisamos que la división entre el ganado sometido a las normas precisas que regía la cría en los hatos y el que campeaba por su propia cuenta a todo lo ancho y largo de los llanos apureños —el ganado cimarrón— es lo que señala la profunda diferencia entre la riqueza controlada y la riqueza potencial que se ha de dominar para poseerla. Así mismo Horacio Cabrera Sifontes, en *La Rubiera* (p. 61), dice sobre la Ley del Llano que requería de un dueño poseer por lo menos cuatro leguas de sabana y cien vacas paridas para poder tener derecho a coger cimarrones, establecía que animal destetado y orejano pertenece al dueño de la sabana donde se encuentre, siempre que llene los requisitos establecidos. Y con la vieja práctica llanera se hacía más atractiva esa sabana para los ganados ajenos, porque donde no se atropella al ganado este se aquerencia, se amansa y deja de tenerle miedo al hombre.

La tarea de capturar cimarrones —también conocido como ganado matrero, orejano, cachilapo o cachalero— no era poca empresa. Para ello se requería la participación de varios hombres a caballo diestros con la soga que debían incluso velarlos de noche porque era el único momento en que estos animales que se comportaban como rebaños de animales salvajes, salían para la sabana a pastar o a las lagunas a beber agua, lo que los llaneros conocían como rochelas²² de ganado cimarrón o rebaños de ganado alzado o en estado silvestre (cachilaperas). Ese ganado «arrochelado», con frecuencia

²² Esta curiosa palabra «rochela» surgió del nombre del puerto de La Rochelle, capital del distrito francés de la Charente Marítimo, que fue en un momento de su historia un lugar de pillaje y piratería. En Venezuela la palabra tiene varias connotaciones, pero todas implican desorden y en muchos casos ilegalidad o al menos estar fuera de las normas sociales. El término arrochelado se emplea en el Llano venezolano para referirse al ganado habituado a estar en la rochela.

era el que se reunía en lugares cercanos a alguna zona boscosa para internarse allí apenas presintiera el peligro. Manuel Pinto C. en *Un censo ganadero de 1971* (p. 18) explica: «Por regla general una rochela era, ni más ni menos, un refugio, un sitio en el que se recogía, así fuera en minúsculas porciones, la gran familia de los orejanos (...) era el resumen de un masivo gesto de liberación, un estado de franca rebeldía ante la mordedura quemante de los hierros y la docilidad insulsa del corral».

La profesora Adelina Rodríguez Mirabal explica cómo ocurrió esto de una forma muy clara en su trabajo *La formación del latifundio ganadero en los llanos de Apure* (p. 25):

Bajo el amparo jurídico de las Composiciones, Remates, Compra-Venta y Reales Confirmaciones, se legalizan las antiguas ocupaciones y en consecuencia se establecen las bases para la implementación de determinados patrones de ocupación particular de tierras y ganados, en un medio geográfico caracterizado por: la amplitud y la vastedad. (...) el régimen de tenencia que se impone reviste las características de latifundio, en torno al cual se desarrolla una particular apropiación del semoviente —ganado— que constituye la base social de la riqueza y en este sentido, la tenencia de la tierra asegura el arrebañamiento del ganado.

El ganado criollo era considerado por los llaneros que vivieron la transición hacia los animales de origen indostano que se incorporaron en el siglo xx, como un tipo animal nervioso, «mañoso», de naturaleza impredecible, propenso a alzarse y «por demás bravo». Como dijimos, a diferencia de hoy en día, para trabajar estos animales en las vaquerías se necesitaban mayor cantidad de jinetes y se buscaba contar con individuos diestros en el manejo de sus monturas, lo más temerarios y ágiles. A este hecho se ha atribuido el desarrollo del carácter recio y arriesgado del antiguo llanero, ya que durante los trabajos con este ganado estaba constantemente expuesto a serios peligros. Reneldo Ojeda nos lo dejó bien claro: «Era importante tener buenos madrineros en los trabajos, porque ese ganado era muy bravo, era un ganao que le zumbaba a los caballos, el que se descuidaba le daban un carajazo y se lo llevaban por delante o le herían gravemente el caballo». Con mucho pesar nos dijo Rafael Simón Pacheco: «Ahora los ganados son demasiado mansos».

Don Eduardo López de Ceballos, quien fuera ganadero en la región del municipio Arismendi de Barinas y de Chirgua entre Yaracuy y Carabobo, y quien vivió la transición entre el ganado criollo antiguo y el actual cebuino, describió su percepción sobre la docilidad de este fenotipo que llegó al país en *Por las sabanas de Barinas* (p. 84): «Trabajado bien, el cebú llega a ser más dócil y más fácil que el otro ganado. En la India se trabaja a pie. Lo mismo sucede en gran parte de África».

Hoy, la mezcla de razas de nuestros rebaños seguramente continúa conservando algunos vestigios de aquellas reses fundadoras, sin embargo, definitivamente ya no se trata del mismo animal. La mansedumbre que se alcanzó con la introducción de las prácticas ganaderas modernas y la incorporación de las nuevas razas bovinas (sobre todo cebuinas), produjeron un tipo animal que no solo es distinto en apariencia sino además opuesto en carácter y reciedumbre a las reses con las que se enfrentaron nuestros llaneros, consideradas tan bravas que la depredación por felinos pasaba a veces a segundo plano. A propósito de esto nos contó con no poca nostalgia el veterano Rafael Simón Pacheco: «Ese toro, cuando era toro criollo, olvídense que un tigre se lo iba a comé».

Simón Solís recordaba:

«El ganao criollo era un ganao como de casta, Camarita. Los toros eran bravísimos. Por ejemplo, el ganao de La Victoria, victoriero, era muy bravo, ahí los toros perseguían los caballos como pa'matálos. Habían toros criollos bravos, toros criollos tan bravos, que te miraban y se plantaban, y si te le acercabas, te perseguía er' caballo, te embestia, como pa'matá el caballo, si el caballo no era bueno te lo corneaba seguro, si el caballo no era movío por las patas, era dijunto, te lo corneaba el toro. Ese era ganao que lo trabajaban en veces cada dos años, era ganao casi cimarrón, era un ganao sarvaje. Había que enlázalo mucho, echále mucho rejo»

Representaba incluso un desafío criar esta raza en los rebaños del ható junto con otras, como describiera Eduardo López de Ceballos en su libro (p. 107), que era la situación que se daba cuando en un rebaño había toros de la raza cebú y de raza criolla: «Cuando se meten toros cebú en rebaños criollos, es muy importante sacar todos los toros criollos. Son más valientes y agresivos que el cebú y no los dejan trabajar». Son precisamente esas reses criollas las que sabemos han conseguido sobrevivir en algunos rincones del Llano, que mantienen esos singulares genes *Bos taurus* adaptados, las que constituyen una auténtica reliquia viviente.

Este ganado criollo, por la mezcla de grupos poblacionales que llegaron de España y participaron en su conformación, desarrollaron una impresionante diversidad de coloraciones de pelaje que heredaron sus denominaciones hispánicas y desarrollaron otras locales, lo que contribuyó a engalanar el cancionero y el poemario llanero, pasando a estar presentes en numerosas obras literarias, coplas y canciones. El llanero, al hablar de una res en particular, con excepción quizás de las vacas de ordeño, se refiere a esta por su color: «la vaca lebruna, el toro barroso, el novillo araguato». Algunos de estos nombres son mencionados en la obra *El llanero* (pp. 85 y 86), así como otras características por las que el llanero identificaba al ganado:

Los Colores Son:

Barroso: Blanco algo obscuro, como el café con leche.

Sardo: Matizado de dos colores, cualesquiera que ellos sean, y se dice sardo azul, sardo rojizo, sardo negro.

Ecerado: Color aceituno ó bronceado.

Lebruno: Amarillo Claro.

Araguato: Color amarillo muy encendido, casi rojizo.

Orúo: Cobrizo.

Borcelano: Muy blanco, con los cuernos rosados y los ojos azules.

Negro: Negro Natural

De otras señales hace el llanero las siguientes: Cacho broco (los cuernos con las puntas hacia adentro cónicamente); cacho de diablo (cuando la res los tiene hacia arriba, muy pasados y agudos); cacho gacho (cuando los tiene caídos, de curva, sobre las orejas); cacho de peineta (cuando los tiene largos, retorcidos y horizontales).

La res negra o amarilla que lleva el vientre blanco es bragada.

Captura de ganado cimarrón, cachilapo, orejano, cachalero o matrero durante el proceso de fundación de los hatos

*Sobre la tierra sin caño
ni palma que le suspire,
el uno en potro catire,
el otro en viejo castaño,
—el saludo y el rebaño
vuelos sed de mil senderos—*

*Por los aciagos esteros
donde la ilusión embauca,
trochando el Cajón del Arauca
se toparon los vaqueros.*

*Cruzan la tierra silente
que el catire echó a la Historia
la vez que enlazó a la Gloria
y la rabiato a su gente.*

*Van en dos y dos doliente
sobre los marchitos tallos;
los corazones, vasallos
de las lejuras sin treguas,
los ojos, pozos de leguas,
muertos de sol los caballos.*

Alberto Arvelo Torrealba, *Glosas al cancionero*

La operación de capturar estos rebaños de ganado en estado salvaje, en faenas de «soga y cola de caballo», llegó a constituir una de las actividades más emblemáticas de los hatos. Esta faena hizo legendaria a la figura del llanero, inmortalizada en obras literarias donde se alude a la reciedumbre de este vaquero tropical consagrándolo como un diestro del caballo y el lazo. Alberto Arvelo Torrealba, en su legendario contrapunteo «Florentino y el diablo», *Obra poética* (p. 256), lo canta:

*Piqué con la medianoche cimarroneras en fuga,
le eché sogas a un orejano y enlacé la media luna.
Después cruzando sediento, sobre la arena desnuda,
vide la tierra estrellada, con lirios de primera lluvia.
Y como si todo fuera, por caprichos de fortuna,
le abrí mi lazo al amor, solo enlacé la amargura.*

Las cachilaperas se formaban en los hatos que habían sufrido un progresivo abandono por parte de sus propietarios, donde por la falta de manejo no se organizaban los trabajos de Llano ni los rodeos, ni se montaban las queseras para el amansamiento de la vacada, trayendo como consecuencia el alzamiento de la mayoría de las reses. Con uno de estos hatos se encontró a mediados de la década de los ochenta Vicente Carrillo-Batalla, tal como refiere en su obra *Sabanas de soledad, relatos y estampas del llano venezolano* (p. 252): «Quizás el último reducto de ganado criollo ibérico en Venezuela queda en las sabanas de Menoreño (...) los rebaños de Menoreño vivieron los tiempos del abandono y llegaron después a formarse esas grandes rochelas de ganado cimarrón que hacían imposible el manejo racional de la finca».



Otros llaneros se referían a estos grupos de ganado alzado como la «mañosera», y le asignaban un nombre del lugar (toponímico). A este respecto nos contaba Simón Solís sobre un renombrado rebaño o mañosera que prosperaba en libertad en una mata del hato El Cedral y nos explicaba una vieja costumbre también descrita por Reneldo Ojeda: cuando se acercaban las venideras fiestas patronales de los pueblos llaneros, se realizaba la captura puntual de algunos animales cimarrones para suplir las mangas de coleo y además para que tuviesen ese componente adicional de bravura y ofrecer un mejor espectáculo:

«Cuando yo llegué a El Cedral todavía quedaba la mañosera de la Mata de las Cupatas, que salían a bebé agua a la Laguna La Barretera. Ese le echábanos sogá, lo que cayera en la sogá. No sé si ese ganao se acabaría, cuando yo me vine todavía quedaba. Ese era ganao criollo, se agarraba bastante eso lo chiflao, lo agarraba Porfirio “Pompo” Martínez, cuando iban a hacer las fiestas de Mantecal, pa’ que hubiera ganao bravo en la manga. Yo iba con los llaneros a enlazá lo que cayera en la sogá. Enlazamos unos novillos grandes ahí, varios novillos yo enlacé ahí. Ese ganao era mañoso, mañoso»

La actividad de capturar a estos animales por medio de lazo y caballo llegó a ser conocida entre los llaneros como «cachilapear», y así se expone en *Doña Bárbara* (pp. 81, 82):

Cachilapear, es decir, cazar a lazo el ganado no herrado que se encuentra dentro de los términos del hato, es la pasión favorita del llanero apureño. Como en aquellas sabanas sin límites las fincas no están cercadas, los rebaños vagan libremente, y la propiedad sobre la hacienda es una adquisición que cada dueño



de hato viene a hacer, o en las vaquerías que se efectúan de concierto entre los vecinos y en las cuales aquel recoge y marca con su hierro cuanto becerro desmadrado y orejano caiga en los rodeos, o fuera de ellas, en todo momento, por derecho natural de brazo armado del lazo. Esta forma primitiva de adquirir —única que puede prevalecer dentro de las condiciones del medio y que las mismas leyes sancionan, con la sola limitación de la extensión de tierras y número de cabezas que para el efecto se deben poseer— tiene, sin embargo, algo del abigeato originario, y de aquí que no sea solamente un trabajo, sino un deporte predilecto del hombre de la llanura abierta, donde la fuerza es todavía derecho.

Ahora bien, ¿acaso todos estos nombres como cachilapear, familiares para muchos de nosotros, eran originalmente españoles? Marco Aurelio Vila, en su *libro Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 78), nos ofrece una explicación acerca del origen del vocablo: «Puede ser que cachilapeo provenga del verbo cachar, agarrar; y no de cacho, cuerno (...) Cachilapear, es decir, cazar a lazo el ganado no herrado que se encuentra dentro de los términos del hato, es la pasión del llanero apureño».

La existencia de esas «rochelas» de ganado cimarrón o cimarroneras en una mata o zona determinada de un hato le asignaba a este un valor particular, y esto jugó un papel fundamental en la fundación de muchos hatos llaneros. Se puede decir que a la hora de desarrollar una operación ganadera, las tierras eran altamente valoradas por los llaneros y adquirirían cierta importancia dependiendo de la cantidad de ganado cimarrón que esta contuviera. En ese entonces, en algunas regiones del Llano no era necesaria la compra de un gran número animales para fundar un hato, pues la abundancia de ganado cimarrón era tal que un ganadero podía iniciar con un lote pequeño de animales y al cabo de un corto tiempo multiplicaba su hacienda simplemente capturando cimarrones. El ganado cimarrón que se

encontrase, o que se radicase en una mata, montaña o chaparral dentro de los linderos de un hato en particular, le pertenecía a este hato aun cuando no lo podía contabilizar ni podía demostrar su propiedad mediante un hierro. Al ganado de rodeo o manso, acostumbrado a ser recogido durante dos temporadas, aunque no había cercas y se mezclaba con el del vecino, el hierro imponía la propiedad respectiva y no cabían discusiones sobre él. Al respecto Horacio Cabrera Sifontes en *La Rubiera* (p. 105):

«Con el ganado cimarrón no se metía nadie. El hecho de ser cimarrón lo hacía indiscutiblemente del hato. Los dueños del hato, para tener derechos a ganado salvajes en sus propios terrenos, tenían que calificar de acuerdo a la Ley de Llano. No podían coger cimarrones en la sabana de otro. La vaquería se limitaba al ganado de rodeo supuestamente huido de otras partes y estos debían ostentar los hierros de sus dueños, única credencial aceptable»

Ya en tiempos más recientes, en la compra y venta de los hatos no se permitía incluir a los cimarrones dentro de la negociación, ya que su valor era imposible de estimar porque se encontraban prácticamente en estado salvaje. Sobre esto relata Vicente Carrillo-Batalla en *Sabanas de soledad, relatos y estampas del llano venezolano* (pp. 261 y 262):

En El Cedral, al parecer, abundaba el ganado cimarrón y según nos decía una vez don Gustavo de los Reyes, esas reses no entraron en la negociación de compra-venta del hato. Difícil es contemplarlas en cualquier negociación, pues no solo su número es incierto sino también la posibilidad de recogerlas de forma tal que la operación termine siendo rentable.

Haciendo referencia a esta anécdota, nos contaba Simón Solís: «Esas reses no entraban en la negociación, ¿cómo lo contaban? ¡eso era regalao! vendían a puerta cerrá. Te pedían tanto con lo que se contaba, por lo que llegara a los corrales, si había ganao mañoso, ese no lo contaban, lo contaban casi como que estuviera muerto. En Menoreño también había mucho ganao mañoso».

Ramón Bartolo Núñez, quien tuvo oportunidad de participar en estas cachilaperas, decía:

«La cachilapera, donde había ganao mañoso de verdad, que no se paraba rodeo, usté salía, si el ganao es bellaco, usté salía por lo menos a las cinco'e la tarde con tu tripulación con tus sogas pegás en l'anca de cada quien, vamos a poné en veces que eran diez hombres o quince hombres, lo más diez hombres, quince hombres bien remontáo con sus sogas pegás en l'anca, eso se llamaba con rumbo a la cachilapera, a donde está la cachilapera, agarrá lo que hubiera ahí, fuera becerro o fuera vaca o fuera toro, de noche, corre de noche oscuro»

Antiguos llaneros que trabajaron hace ya varias décadas en el hato El Frío, entre ellos Manuel Álvarez, hermano de Cecilio Álvarez, cuentan que cuando alguno de estos le pedía al caporal o al administrador del hato carne para consumo personal, siendo este encargado en su momento Delvio Martínez, este respondía que mientras fuera carne de cachilapo no había problema, pero que no podía regalarles una res del plantel. Estos hombres por lo tanto se dedicaban a buscar reses cachilapas en una mañosera o rochela de Mata'e Palma, entre las fundaciones de la Apontera y la Porfía del hato El Frío. El nombre que en este hato se le daba al ganado alzado era el de «bestia cachilapa».

En algunos de estos hatos, los llaneros se dedicaban por un tiempo a estudiar los hábitos al ganado cimarrón, por ejemplo, ubicar las lagunas que frecuentaban para beber, especialmente en la época de verano o sequía. Mientras los llaneros no intentan capturarlos a caballo, estos salen a pastar y beber agua a cualquier hora incluso de día; en cambio, luego de repetidos intentos de captura, sus hábitos se vuelven casi exclusivamente nocturnos, confinándose durante el día en los montes para

23 La expresión *cachal*, se emplea en castellano para referirse al lugar que está despoblado y escondido. En el Llano venezolano se acostumbraba a llamar *cachalero* al ganado salvaje criado sin contacto alguno con el hombre.

resguardarse del lazo del llanero. Los ganados cachaleros,²³ cuentan los llaneros viejos, se trabajaban con preferencia de noche, y si era con luna, tanto mejor. Nos comentaba Ramón Bartolo Núñez:

«Si ese ganao te abajaba a las cinco en punto y tú lo corrías de día y te miraba, ese ganao de ahí pa'lante se iba bellaqueando. Después en vez tu vélo a las cinco de la tarde, venía a las tres [de la tarde], venía a las dos o salía de noche, él mismo te cambiaba la hora a tí, entonces tú ibas a velá ese ganao, y resulta de que cuando tú habías llegao allá, ya ese ganao había tomao agua, porque estaba muy bellaco, tenías tú que pensá en qué hora salía».

Los llaneros de la época recuerdan con cierta melancolía cuando el toro de raza criolla «pitaba» para desafiar a un potencial contendor por su rebaño o madrina y este sonido podía ser escuchado a distancia o cuando salía un rebaño de reses de la espesura del monte por la noche a beber agua, lo hacían siguiendo al toro padrote, líder de la manada, al que seguían por su mugido permanente y entrecortado a manera de guía. Cuando el mugido del toro se detenía, se producía en el rebaño un silencio absoluto en señal de alerta. El toro guía, generalmente muy arisco y resabiado, resoplaba fuerte y dirigía las orejas y venteaba en todas direcciones buscando sonidos extraños u olores de peligro. Si no percibía ningún peligro, reiniciaba su paso junto con el mugido. Un toro, por ejemplo, pitaba para marcar su territorio o su dominio sobre un rebaño y otros le contestaban desde lo lejos desafiantes, algo que los llaneros de la antigüedad conocían como el «cabildeo». Esto ha desaparecido debido a los cruces con otras razas que carecen de esa cualidad. A propósito de esto comentaba Simón Solís: «Cuando uno cachilapeaba, el toro pitaba dentro del monte y uno sabía que el ganao venía moviéndose pa'fuera, pa'comé pa'fuera, pa'la sabana».

Ramón Bartolo y Simón Solís nos dan una idea de lo que se sentía ser llanero a caballo en medio de la soledad de la noche relatando, entre otras cosas, que los caballos de aquellos tiempos eran tan buenos que, aun cuando el ganado se había «bellaqueado» y no emitía ningún tipo de sonido al salir del monte, los caballos sentían la llegada de los animales en las inmediaciones y se ponían sumamente inquietos, lo que ayudaba a los llaneros a calcular cuándo era oportuno emprender el lance sobre las reses. Ramón Bartolo Núñez aclara:

«La bestia escucha mucho, y tú también, si tú eres un hombre bien llanero de verdad, que sea de los llaneros buenos de antes que estaban acostumbraos a esa faena de cachilapeá de noche. Muchas veces cuando el ganao está bellaco es muy sutil, si está muy bellaco es muy sutil, pa'eso es la bestia. En Apure venían los toros pitando, no sabían quién los iba a asaltá en

la laguna bebiendo agua. Hacen ruido pero cuando no están demasiao bellacos. Cuando por primera vez le han chocado unas dos o tres veces y el ganao se alza en una montaña, ya no hace ruido, hay que escuchálo muy bien y ese viene sutilmente a bebé agua»

Por su parte, Simón Solís, refiriéndose a estos caballos conocidos como «chifleros» o caballos para la cimarronera, especializados en detectar en la oscuridad a las reses a su llegada y en medio del lance para capturarlas, decía:

«El ganao cuando se ponía bellaco, que uno lo corría mucho, ese bajaba callaíto, entonces uno se daba cuenta por los caballos chifleros, el caballo se daba cuenta cuando el ganao venía. Ahí se ponían ellos inquietos, decían a jalá la rienda, escarbaban, esos se ponían como un verraco a escarbá. Se arrechaban, se calentaban, los caballos los sentían desde lejos, ¡dígame! yo digo que el caballo tiene oído hasta por los cascos, el caballo siente muy lejos, tú sabes que hasta el venao oye por los cascos. Las primeras noches los ganaos decían a pitá, pero ya cuando er ganao se bellaqueaba orvídese, esos callaítos llegaban y, sobre todo, bajaban cuando las aguas empezaban a reducirse en las lagunas. No todo el caballo es chiflero, eran caballos especiales pa' enlazá de noche, caballos veteranos, el toro cuando va corriendo va bufeando, resolla duro, va resollando, entonces el caballo le clavaba el oído a ese bufío y sabía dónde iba la cabeza' el toro y se te cuadraba, era muy difícil pelá un lazo, el que no lo enlazara, el caballo te ayudaba mucho pa' cuadráte bien, pa' que pudieras tramoleá el lazo y estuvieras preparáo, no fallara, que no fuera a caé el lazo en el suelo»

Para capturarlos, se organizaba un grupo de jinetes según la cantidad de animales que quisiesen enlazarse en cada jornada. A veces se volcaban en forma sincronizada sobre el sitio donde suponían o calculaban que estaban las reses. En otro procedimiento que requería de mayor planificación y estrategia, el caporal designaba a las personas que provocarían la estampida del ganado en una dirección específica, de modo que los animales en carrera pasaran por donde estaban colocados otros llaneros a caballo armados con los lazos. El llanero que pudiera ponerle una soga al animal justo antes de que este regresara al monte o se escapara era el que obtenía el mayor reconocimiento. Ramón Bartolo Núñez comenta:

«Sin linterna, con la luna. Tú te ibas por lo menos calculando que saliera la luna, donde estaba el ganao, cuando el ganao venía pitando que el ganao venía saliendo, tú estabas preparao con tu gente, él salía en calzeticas, en calzetas limpias, tú estabas escondío, atrás de unas matas pa' que no te viera el ganao, y cuando llegaba a lo limpio, más o menos que él venía pa' alguna laguna a bebé agua, ahí es cuando el caporal alertaba a su gente: ¡Viene saliendo el ganao! ¡Eso sí! cuando salgamos, vamos a salí todos parejos, que no se quede nadie atrás, vamos a enlazá lo que jallemos ahí, sea becerro, sea vaca o sea toro, que nadie se quede sin ganao, por parejo! Le salíanos al ganao, cuando quiera agarraba un bicho por aquí otro por aquí, todo el mundo quedaba amarráo con su res, nadie quedaba sin carne, eran gente buenos, caballos buenos»

Dentro de su extenso anecdotario Simón Solís nos contó sus vivencias cachilapeando o «chiflando» en la zona del hato Suripá en Barinas, en ese entonces propiedad del recordado Chui Gabaldón:

«Cuando se andaba chifleando, agarrando ganao orejano de noche, el caporal era otro coño'e madre, esos viejos sabían más que el carajo, esos sabían. Uno iba a cachilapeá con linterna, el caporal ya sabía por dónde iba a corré el ganao, entonces te decía que estuviera uno en parada pa'recibí el ganao allá, pa'agarráale la carrera al ganao. El caporal calculaba cuando uno ya estaba en parada, le prendía la linterna y ya uno tenía que está allá, cuando él prendía la linterna tenía uno que arrancá de una vez a enlazar. El caporal dejaba a la gente en paradas, aquí se van a quedá tantos, parejas de cuatro o seis o ocho, en otra carrera por donde podía corré el ganao se quedaba otro lote'e gente. Entonces el caporal iba a pasar por cerca de donde estaba el ganao y pa'que le pegara el viento de él, entonces cuando el ganao corriera ya tenía, al pegáale el viento de gente, ese iba a corré de una vez pa'l monte y ya la gente los estaba esperando, con el lazo en la mano y la linterna lista pa'prendéla, cuando uno veía el tropel de ganao que venía cerca de uno ahí se prendían las linternas y cada pareja se iban con un toro o con una vaca. Tú sabes que el toro grande y la vaca gorda corren adelante, el que no fuera veterano no enlazaba toro grande, pero uno no, uno enlazaba el más grande que viera. ¡El ganao grande corre adelante en la cabeza del ganao! Ahí tú te prensabas, ahí enlazaban los más avispaos. Eso era en el hato Suripá de Chui Gabaldón en la montaña de La Sultana, en Caño Dergaíto, Raicita y el estero'e Los Güires. Esos eran toros criollos, bravísimos, ese ganao era muy bravo, ese era cachilapo»

Por la noche, los llaneros y los caballos están usualmente muy ansiosos de trabajar, mientras que el ganado, que ha bebido en abundancia, corre menos. Gracias a la claridad que ofrece la luna, la visión se adapta perfectamente y es el momento en el que son más fácilmente identificables los toros del resto de la manada por su corpulencia o «capotera» y cornamenta o «encachadura», como se les llama.

El ganado cimarrón y, en particular los toros, no siempre podían ser enlazados en las formas convencionales. Si se trataba de animales jóvenes o de escaso tamaño se podían enlazar de «atrás pa'lante», es decir, el jinete iba corriendo a caballo directamente detrás de la res que va en carrera, arrojando el lazo por encima de esta y apuntándole a la cabeza. Esto, según los más veteranos, representaba un enorme riesgo en el caso de los animales maduros, en especial de los toros. El toro cachilapo al parecer, por cansancio o quizás por su reconocida bravura, realizaba una maniobra que podía poner en peligro la vida del caballo e incluso la del jinete, ya que cuando se está corriendo tras él para enlazarlo, este se podía voltear y cornear al caballo. Por ello muchos llaneros recomendaban correr casi en paralelo al toro o, como se dice, «pareao», para enlazarlo, tratando de guardar suficiente distancia para reaccionar en caso de producirse una embestida. Sobre estas cachilaperas contaba Simón Solís:



«Casi to'el tiempo el toro hay que enlázalo casi apareáo, enlázalo de atrás pa'lante es muy peligroso, porque se voltea el toro y te va a matá el caballo, entonces tú tratas de apareátele, abiertico afuera, más o menos a dos o tres metros y lo enlazas apareao. Si el toro te choca, el caballo tiene mucho chance de defendése. Rápido un toro vorteaba, y cuando vorteaba quedaba er caballo ensartao, el mismo caballo se mataba ahí con el cacho d'esos coños de madres, por eso no todo el mundo enlazaba toro, todo llanero no era enlazador de toro»

El poeta y ganadero Horacio Cabrera Sifontes, que fuera propietario del hato La Vergareña en el estado Bolívar, en su obra *La Rubiera* (p. 90) menciona esta peligrosa maniobra de los toros al embestir al caballo en plena persecución:

Eran animales cimarrones que habían crecido acostumbrados al atropello de los caballos, que siempre los alcanzaban. El toro viejo cuando le fallan las fuerzas, sabiendo que lo van a alcanzar, se alista para defenderse. Si se le corre desde atrás, como normalmente se hace, el cachalero se voltea y mata al caballo, porque el ángulo de encuentro es ventajoso para el toro y el sacrificio del caballo se hace inevitable

Luego de que la res tiene un lazo efectivo o «que lleva el lazo puesto», el jinete coloca al caballo en una posición adecuada para soportar el templón de la sogá arrebiatada o atada a la cola del caballo. La res puede llegar a ser muy pesada y por ir corriendo a gran velocidad, si el caballo se queda parado a esperar el templón en la cola, puede resultar herido o «malogrado», por lo que el jinete pone al caballo a «amadriñar la res», a correr «viento afuera», se va abriendo o apartando con el caballo

mientras va corriendo junto con la res, en un intento de que el animal enlazado vaya perdiendo velocidad apenas comienza a sentir la sogá puesta, vaya frenando. Esto garantiza que en el momento de templar la sogá, la res no lleve tanta velocidad que pueda causarle daño al caballo, que tiene

24 La arrebiatada es una práctica común en el Llano y consiste en hacer firme el extremo de la sogá de enlazar en la cola del caballo, para poder detener a la res recién enlazada.

25 El término «descagalerear» se refiere a cuando ya se consume la sogá arrojada o el tiro de la sogá, y sale la reserva llamada por los llaneros el «rollo de sogá».

la sogá arrebiatada²⁴ o amarrada directamente de su cola. Simón Solís comentaba:

«El toro se lleva el lazo puesto, uno enlazó y siguió amadrinando, va poniéndole el caballo abierto hacia afuera, corriendo pa'lante pero abriéndose con el caballo, ahí va descagalereá la sogá,²⁵ el toro te va a templá pero te va a templá en suave porque va perdiendo velocidad. Él va violento porque tú te le vas encima de él y después él corre pa'lante con la sogá puesta, pero la sogá lo va frenando, lo va aguantando, mucho lo que le quita el movimiento de la fuerza»

Esta maniobra se puede realizar cuando la res se enlaza en campo abierto, es decir alejada de la vegetación alta pero, si se enlaza en la costa del monte, hay que voltear enseguida el caballo colocándole el anca en la dirección que va la res. En estos casos particulares, el templón no afecta al caballo, ya que apenas consigue internarse en el monte, la res reduce la velocidad de carrera por sentirse a salvo. Esto nos lo explicaba Simón Solís:

«En cambio si tú enlazas el toro en la costa del monte, entrando al monte lo enlazaste, volteas enseguida al caballo, el toro no te va a temploneá tan duro porque al entrá al monte el toro descansa del atropello que lleva y se siente libre y afloja la velocidad. Esa era la bellaquería del llanero, la veteranía»

Para someter a las reses una vez que han sido capturadas, el llanero se vale de unas técnicas tradicionales de nudos y amarres que le permiten alcanzar el éxito del lance, mitigando además sus peligros. Esto lo logra empleando lo que se conoce como los «maneadores», «pegadores» o «barreadores», que son unos «cabito'e sogá» o unas sogas cortas de cuero entorchado —que incluso poseen un lazo en un extremo que permite utilizarlas para enlazar en determinadas situaciones— que siempre lleva colgadas en la parte posterior de la silla. Con estas piezas el llanero «barrea», «manea», deja «maniatada» o amarra a la res por las cuatro patas, sometiéndola en forma definitiva e impidiendo así que se levante dando chance, en el caso de los llaneros más diestros, a que se suba al caballo para ir tras otra res o mientras elige dónde «pegarla» o amarrarla.

En las cimarroneras el caporal organizaba a los peones por parejas, para que uno enlazara la res mientras el otro lo asistía a «barrearla» o «manearla» y luego «pegarla» tal como explicaba Simón Solís: «El toro se enlaza, se amarra, de noche con la linterna. Cae el toro y el compañero va y te lo manea, y ahí se lleva pa'la pata de un palo y se pega. La pareja, el compañero era pa'ayúdalo a uno a barrearlo o, si tú por ejemplo, por mala suerte, pelabas ese lazo, el otro lo enlazaba».

Para poder emplear estas maneas, la res primero debe haber caído o, en caso contrario, se debe derribar utilizando unas técnicas que explicaremos a continuación. La res recién enlazada se puede



derribar desde el caballo, si esta no cae producto del templón de la sogá, al ser inesperadamente halada hacia atrás en plena fuga. Se puede tirar de la res empleando al caballo, impulsándolo hacia adelante para irlo estrechando, en un intento de que caiga por la asfixia o por los templones de la sogá. Simón Solís recordaba con emoción:

«El toro muchas veces tú lo enlazas y se pone a jalá pa'trás, entonces tú los vas a estrechá con el caballo, con la cola del caballo pa'lante, hasta que él se ahorca. En lo que cayó tú corres rápidamente con el cabo'e sogá en la mano y la manta, y le manéas las dos patas de atrás con el nudo'e puerco, y entonces vas y reculas el caballo un poquito, no todo, que el caballo lo afloje pa'que el toro no se te muera ahorcao. Entonces tú vas y lo maneas».

A propósito de esto nos contó Rafael Simón Pacheco:

«Luego que estaba enlazao, cuando la sogá era buena, eso no necesitaba ni maneálo, decía jalá pa'trás y cuando caía muerto, ahorcao aquí, uno, avispao, rápidamente le daba vuelta, uno solo cogía un toro, pelaba por el maneador rápidamente y le maneaba aunque sea tres patas, y cuando venía aquí así, ya estaba maneao»

En otros casos frecuentes durante el rodeo o el arreo de animales mansos, se puede derribar o tumbar una res de otra forma más temeraria: cuando la res no cae rápidamente, se hace necesario que el llanero que la enlazó, o su compañero, se desmonte y, con la ayuda de la cobija o incluso de un



sombrero, la toree para distraerla hasta tomarla por el rabo y derribarla de un tirón. Representa una situación muy peligrosa, sobre todo cuando consideramos que todo ocurre en terreno abierto donde generalmente no existe protección ni cobertura y se está lidiando con un animal agresivo, por lo que el llanero siempre se vale de la cobija o manta a la hora de descender del caballo y aproximarse a la res para torearla y tener cómo defenderse en caso de embestida o reventado de la soga. Simón Solís nos lo describió de esta manera:

«Tú enlazas el toro ¿verdá? Te sale el toro y lo enlazas. En lo que la soga templó, tú vas a esperá a que llegue el compañero tuyo. Si la res no caía ahorcá, el compañero se iba abiertico afuera hasta que le llegaba al toro y le metía unos mantazos y, en lo que pasaba, le agarraba el rabo, le daba un templonazo, le daba una coleá y caía, le amarraba las patas de atrás rapidito y las de a'lante, lo guayuqueaba y lo aguantaba mucho. Si andas solo, pues te toca cogélo solo. Te bajaste del caballo dejándolo prensao y te bajaste con el maneador en la mano y la manta, tienes que llevátela por si el toro revienta la soga, pa'toréalo. Ahí llegas, y cuando llegas al toro, te le vas abierto afuera así. Si el toro te embiste le das unos mantazos ahí y lo jalas po'er rabo y ese toro se va a caé porque ese va aguaíto, ese no va aguantá mucha vaina»

Ocurre también que el llanero enlaza la res a toda prisa y se da cuenta de que no tiene la asistencia del compañero para que le ayude a tumbarla y luego «barrearla» o «manearla», muchas veces por estar este ocupado con otra res que logró enlazar. En estos casos el procedimiento que se debe

aplicar es conocido por los llaneros como la «manea de hombre solo»: cuando la sogá ya está templada luego de la enlazada y la res sigue parada o se resiste a caer, el caballo, generalmente entrenado para ello, al sentir sobre el rabo la sogá templada, se queda inmóvil y se afinca hacia adelante para que la res quede «prensada» o «jalá pa'trás»; la res temple la sogá resistiéndose y el caballo no se mueve para que esta quede sometida o «privada» por el lazo. El jinete debe entonces bajarse de su montura y tumbarla él mismo a pie, como dicen ellos, irse «abiértico» o por un lado, hasta donde está la res enlazada, tal como nos explica Ramón Bartolo Núñez: «Si el caballo es manso tú tienes que dejálo allá prensao, el caballo no se va a vení pa'cia ti».

Simón Solís nos decía que esta «manea de hombre solo» se conoce también como «nudo de puerco» o «nudo de marrano» y simplemente se utiliza para unirle mediante un amarre rápido las patas traseras a la res y que al jalarla por la cola esta pierda el equilibrio y caiga fácilmente. Así el toro no logra defenderse con las patas de atrás en caso de que intente levantarse o lanzar coces, por lo que no se recomienda desatar el amarre hasta que la res esté dominada por las patas delanteras:

«Le echas el nudo de puerco, le das otra vuelta adicional ahí y jaló p'atrás pa'juntáale las dos patas, al está las dos patas ajuntadas, le echas el doble nudo, ¡ras! ¡ras!, lo jalas po'er rabo y ese cae. Pa soltá esa manea, como le echaste ahí una gasa falsa, que al jala ahí eso queda libre. Esa es la manea guarañera, el nudo de cuatrero, el que usa el cuatrero rapidito (...) el toro se defiende mucho por las patas de atrás, es peligroso, ahí es donde tiene toda la fuerza»

Ramón Bartolo Núñez a propósito de esto explicó:

«Muchas veces se viene de espalda, tú llegas y lo maneas, pero si el bicho queda prensao parao, tú agarras el maneador que lo llevas en la silla, un cabo más corto, le tiras ese cabo'e sogá por las patas de atrás, lo maneas y lo tumbas, no más lo maneas, lo jalas y lo tumbaste. Entonces, después que lo tumbas ahí lo vas a barrear cadeneáo, lo vas amarrá por las otras patas. Es decí, si en ese tiempo no anda nadie contigo que te la ayude a barreá, tienes que barreála rápido, eso se llama manea de hombre solo. Por eso te dicen una manea de hombre solo, porque es rápido maneála, como estás solo, metéle el mecate así y le agarraste el rabo y la tumbaste»

El nombre «barrear», según Simón Solís, deriva de los amarres que se le aplican a la res en las patas para someterla o manearla, que llevan precisamente el nombre de «barras». En algunos casos, una vez que la res ha caído, se hace necesario «guayuquearla»,²⁶ lo cual le impide volver a incorporarse, mientras llega el compañero para ofrecer asistencia en la manea. Por otro lado, entre las prácticas que se continúan empleando para amarrar la res por las patas, está la colocación del amarre de estas en forma de cadena que se llama la «cadeneta»²⁷ o amarre «cadeneao». Ramón Bartolo Núñez nos decía: «Tú haces esa cadena, porque así tú no vas a peligrá. Tú te montas en tu caballo, la jalas y la res queda libre. Pero si estás en el suelo y no eres bueno con la cobija o pa'defendéte, si es un toro o una vaca, te puede matá».

26 Guayuquear: pasar el rabo por entre las dos patas traseras de las reses apoyando las rodillas sobre la espalda del animal a modo de contrapeso, impidiendo así que se pueda levantar.

27 Cadeneta: técnica para someter a una res por las cuatro patas con un cabo de sogá, mediante un sistema interconectado de nudos con forma de cadena que pueden zafarse fácilmente a distancia pero que la res no puede deshacer. El cabo de sogá se puede halar desde el caballo y si la res, luego de liberada, intenta embestir, ya el llanero se encuentra sobre su caballo listo para alejarse sin exposición.

A propósito de esto Simón Solís nos explicaba:

«Cadeneao, cagalereao, desde el caballo lo largas. Después que enlazabas el toro, el toro templaba hasta que caía, él caía ahorcao, el compañero te lo maneaba y te llamaba pa' que fueras hasta allá pa'buscá dónde pegálo. El nudo pa'amarrále las patas era cadeneao, cagalereo se llamaba, que era pa'soltálo fácil. Se le amarraban las cuatro patas»

Todo este sistema queda anudado «en falso» y la res impedida sin poderse incorporar, pero puede ser liberada simplemente halando por el extremo libre del cabo de soga ya desde la seguridad del caballo. Este sistema de nudos falsos se logra de la siguiente manera: en primer lugar se toman las dos patas delanteras de la res y se les «echa la barra», «barra de adelante», de manera que el amarre de las patas quede «cagalereao», «falso», «cadeneao» o «cadeneta»; a partir de ahí se saca con el mismo cabo una gasa hacia atrás con la que se enlazan las patas traseras. Al halar el cabo de soga con la ayuda de esta gasa, quedan firmemente unidas las patas traseras con las delanteras. Sobre las patas traseras también se aplica lo que se llama la «barra de atrás», con lo que la res queda dominada en el suelo. Ramón Bartolo Núñez nos explica con sus palabras el procedimiento:

«Tú vas a llegá rápido con tu barreador, a maneá la res y tumbála. Después, como esa res está casi privá, entonces te da tiempo de maneála y de zumbále la cadena, ahí tú le maneas la cadena a'lante y la cadena de atrás y ya está lista. Primero le agarras las patas de a'lante rápido juntas y le metes la cadena a'lante, después haces una gasa larga, le metes esa gasa pa'trás, remangas las patas de atrás y las juntas con las de a'lante. La jalas duro y la juntas con esa gasa, queda barreá y es la misma cadena. Agarraste aquí y la jalaste pa'lante y ya está barreá, ya está maneá, no tiene opción pa'nada»

Y Simón Solís lo hace de esta manera:

«Después que el toro cayó, tú rápidamente con el lao ande va el lazo del cabo'e soga le echas la barra a'lante, en las dos manos de a'lante. Le echas la barra doble y haces dos vuelticas cagalereadas, lo cagalereas, que te queden corticas pa' que el bicho quede enchivao. Entonces ahí vas a sacá una gasa de a'lante que va a salí, que la pasas por encima de las patas de atrás y una guía sencilla la vas a pasá por debajo de las patas y esa guía se mete en la gasa esa que va por encima doblada. Entonces tú lo vas ajustando todo, porque la gasa que lleva po'encima te va sirviendo de güinche. Tú lo vas ajustando y vas jalando la punta'el rejo y le juntas las patas de atrás con las de a'lante, pero ahí le das la medida pa'hacéle las dos barras. Esa gasa la utilizas para poder metéle una vuelta pa'agarrá las patas de atrás y ajustálas, y lo enchivas. Entonces la misma barra que hiciste a'lante, se la echas atrás, cagalereá, todo eso va puro cagalereao. Te queda la maneá sola. Si te queda libre pa'jalála, pa'cuando lo vas a soltá le sacas la vueltica del casco y jalas la punta desde arriba del caballo y queda suelto, te queda libre el toro de las patas»



Para que no se deshaga la cadena o no se suelte, se introduce el extremo de la manea por una de las vueltas de la cadena trancándola, tal como nos decía Rafael Simón Pacheco: «La res está en el suelo y uno lo cadeneó. El hombre está en el suelo, el que tiene la res guayuqueá, uno mismo desde el caballo, se le mete la punta del maneador pa'que no se le pele la cadena».

Muchas veces, dependiendo de la situación, los llaneros no unen apretadamente las patas delanteras con las traseras sino que van tejiendo una cadena con este principio de la gasa atravesada por una guía sencilla, para darle cierta holgura o «campo» entre las patas traseras y delanteras o, como dice Simón Solís, «le metes tres vueltas a la cagalera y ahí le coges la gasa». El resultado luce como una serie de eslabones de una cadena tejida con el cabo de sogas entre las patas de adelante y de atrás, algo que en nuestras salidas logramos observar en faenas en la sabana. Del último eslabón se saca la gasa final que va a arropar las patas de atrás con el maneador o barreador.

El objetivo general de inmovilizar a la res mediante la «barreada» es, entre otras cosas, planificar la «pegada» de la res a un árbol o palo, para lo cual se emplean técnicas de amarre que no permiten que se estrangule durante la noche. Para ello entra en juego una correa de cuero crudo o un rejo resistente que lleva por nombre «pegador» (asociado al mismo principio que en el caso de la trocha de los caballos, donde se emplea un «pegador» para amarrar al caballo cerrero de un poste, aunque en el caso de las reses cachilapas se emplee uno más largo). Existe un consenso entre algunos llaneros —como aquellos que trabajaron en Merecure y Juan Mateo, siendo en este caso Ramón Bartolo Núñez y Oscar Ramón «Morocho» Tovar— sobre el hecho de que los «maneadores» o «barreadores» que llevaba el llanero pegados en la silla para faenar las reses

28 Todo ese sistema de nudos falsos, gasas y cadenas interconectados para dominar a la res y poder liberarla luego a distancia, se puede hacer con el mismo maneador, barreador o pegador por la longitud que tiene. Según Oscar Ramón «Morocho» Tovar, es un cabo de sogas corto de cuero torcido de entre diez a doce brazadas de largo. Algunos llaneros, para poder liberarla con mayor rapidez, lo amarraban directamente a la cola del caballo (al arrobiato) y tiraban de él con la misma fuerza del caballo para soltar la cadena y dejar libre la res.

enlazadas y el «pegador»²⁸ eran un mismo tipo de pieza, tal como demuestra esta descripción de Ramón Bartolo Núñez: «Se llama barreador, pegador, pero es cuero de ganao. El día que yo conocí eso, se llamaba un rejo pegador de cuero. Cada quien cargaba su pegador. Tú cargabas cuatro pegadores y tu sogas».

Simón Solís opina sin embargo —y es un juicio compartido por los hermanos Jorge, Iván y Crisanto «Varión» Castillo de Guanarito—, que más bien se trata de piezas diferentes: el pegador es un rejo o correa fuerte para pegar al toro capturado a la pata de un árbol y el maneador o barreador es un cabito de sogas corto de cuero entorchado lo suficientemente largo como para someter la res recién capturada por las patas y practicarle la «cadeneta» o el «cadeneao». A este respecto resulta interesante recordar

la entrevista realizada por Luis Agosti en *Jaguares, llanos y baqueanos* (p. 215) a unos «cachilaperos» en la década de los sesenta, durante una cacería en la que participó en el Llano:

- Y ¿como cuántas reses cogéis en una noche que se dé bien?
- Pues como cinco en una noche.
- ¿Y en la temporada?
- Como trescientas...

Pedro Pereira me aclara:

—Ellos llevan una sogá de enlazar, que es la que llevan «pegada» a la cola del caballo, lo que ellos llaman «arrebiatar», y luego llevan un «rejo»...

—No, ¡varios! (aclara el llanero).

—¿Varios «rejos»?

—«Zi», tres «pegadores»...

—Con ellos «manean» las patas de atrás y lo dejan amarrado al «palo»; la sogá la liberan y van a agarrar a otro.

Siguiendo con la descripción de esta original práctica de captura y sometimiento de las reses cachilapas, pasaremos a hablar del «yemero». Una vez capturada y maniatada la res, si el llanero se daba cuenta de que estaba lejos de un palo o árbol al cual atarla, se le colocaba lo que se conoce como un yemero, un amarre particular que va sobre los dos cachos y que la toma por la quijada, con el fin de dominar mejor al animal mientras se conduce hasta la pata del árbol sin que se estrangule o se resista. El nombre de esta técnica de amarre proviene de una deformación del lenguaje de un antiguo término castellano que describe la técnica para reducir o diezmar a las reses amarrándolas por la cabeza llamado «diezmero», tal como está definido en el libro *Los llaneros* (p. 222.): «Forma de amarrar la cabeza (generalmente de un bovino) con varios nudos especiales, que permiten sujetar fuertemente el animal a la sogá, sin ahorcarlo». Este yemero, todavía empleado en algunos hatos, le ofrece al llanero la posibilidad de ir arrimando a las reses sin que se resistan hasta algún palo donde dejarlas aseguradas. A propósito de esto, recordaba Ramón Bartolo Núñez:

«Con el yemero se pone sujetico, cuando tú lo vas a jalá a cola'e caballo, está ese ganao suavecito que ese no jala pa'ninguna parte, ese lo puedes jalá a pie. El yemero es cuando el animal tenía cacho, si no tenía cacho no se podía usar. El yemero se le da una vuelta aquí en el cacho y la otra aquí en el cacho y por la boca y entonces queda amarrao a pata'e palo. El yemero le da la vuelta a los dos cachos»

Simón Solís confirmaba que el yemero puede ser empleado únicamente en reses que tengan cachos, porque de no tenerlos, hay que amarrarlas directamente por el pescuezo o «por todo el palo», empleando nudos fijos. Además indicaba que si tiene cachos se puede «pegar» con un amarre en la base de los cachos o «por los cachos», pero que no incluya la quijada ni «el pico» de manera que el animal no se lastime:

«Tú enlazabas el toro y uno vistiaba a vé dónde estaba un palo pa'pegálo. Bueno, uno lo iba peleando allí con la sogá, hasta que llegaba cerca del palo y ahí ibas a tumbálo pa'trabajálo. Pero si el toro lo enlazabas y estaba lejos del palo, ahí sí tenías que ponéle el yemero y lleválo hasta la pata del palo a cola'e caballo, allá lo tumbabas y ahí lo pegabas. Ponías la sogá doble pa'que fueras confiao de que la sogá no se iba a reventá, se jalaba con la sogá pero doblá la sogá, pa'dale la vuelta al palo y ahí lo volvías a cogé y ahí quedaba pegado. Entonces, se le ponía el pegador y quedaba listo. Si el bicho era suizo, borrego que llamaban, que no tenía cacho, quedaban amarraos por to'el palo, por to'el pescuezo. El yemero es como bozaleao.

El yemero le abraza el pico y los dos cachos, eso le agarra el pico y se lo aprieta, eso va apretao, sobre todo la parte de abajo, la quijá. Con el yemero jala menos, no jala, el bicho se acobarda, el bicho va cobarde. Él, cuando se paraba, ya iba yesmerao porque ahí se le ponía la sogá doble y se jalaba hasta la pata'el palo ande se iba a pegá»

Volviendo a los tiempos del Llano viejo, al dejar asegurados los cachilapos, que se encontraban ya a lo largo de una ceja de monte pegados a las patas de unos palos, a la mañana siguiente y de vuelta en el ható, los llaneros buscaban a los bueyes más fuertes y corpulentos y los arreaban hasta el sitio. Los cachilapos luego se le pegaban «enyugados» respectivamente cada uno a un buey madrinero o buey «yuguero», entrenado o acostumbrado por su mayor corpulencia a dominarlo y llevárselo hasta el ható sin que los llaneros tuvieran que arrearlos. Lo primero que se hacía para pegar cada cachilapo a su respectivo buey era que se tumbaban en el suelo, se sometían nuevamente por las patas o se maneaban y se «bozaleaban», amarrando cada animal cachilapo a la «cuellera» o «collera»

29 Amarrando cada uno directamente por ambos cuellos con un rejo de cuero o el mismo pegador.

de cada buey o simplemente se llevaban «apersogaos».²⁹ Nos aclaró Juan Andrés Mibelli que en una oportunidad vio usar un implemento conocido como el «saca vueltas» o «cáncamo», utilizado para que cuando la res realizara movimientos violentos para escaparse, el saca vueltas evitaba que el mecate que lo unía al buey se enredara, lo que se denominaba «apersogar collereao». Recordaba Simón Solís:

«Cuando había que sacálo con buey, que era ganao jodío, se pegaba a la cuellera del buey, que es un collar de rejo que le va arrojando el cuello, dos vueltas de rejo, esa es la cuellera. El cachilapo iba amarrao cortico, muchas veces se lo pegaban de la pata del cacho del buey, pa' que no le tirara cacho ese toro al buey. Ese iba arrecho ahí, le iba a echa coñazo»

Y Ramón Bartolo Núñez:

«Si tú cargabas los bueyes yugueros, cargabas cinco bueyes, esos cinco bueyes, ibas a pegá a cada uno un solo toro al buey y ese buey te llevaba ese toro pa'l corral tranquilo. Ese se amarraba apersogao, con un persogo. Y el buey lo va llevando, llevando, llevando hasta que lo lleva pa'l corral»

Una vez amarrado cada cachilapo a su respectivo buey, se le liberaban o se le «largaban» las patas de la manea que los dominaba y al pararse o incorporarse, estos intentaban salir huyendo o resistirse para no dejarse guiar por el buey, el cual, dado su entrenamiento, terminaba siempre dominándolos simplemente dando vueltas. Esto nos lo contaba Ramón Bartolo Núñez: «Antes habían bueyes tan buenos, que usté lo largaba y ese buey llegaba pa'el ható solo con ese toro, lo llevaba al corral, le daba vuelta y vuelta y vuelta y vuelta pa'dominálo y pa'llá lo llevaba». Estos bueyes no se podían llevar hasta el ható de otra manera, ni siquiera empleando el nariceo, tal como nos comentaba Reneldo Ojeda y nos lo narró Simón Solís:

«No se puede naricéa, ahí se te puede chingá. Cuando se iba a sacá un toro del monte con un buey de esos, habían unos bueyes preparaos pa'sacá toro del monte. Ese toro se llegaba, se tumbaba y se bozaleaba, y se le pegaba de la cuellera al buey, y el buey entonces era el que lo iba a sacá. El buey lo trabajaba, dándole vuelta, dándole vuelta hasta que lo dominaba, y arrancaba con el pa'fuera, pa'l hato»

Recordaba Rafael Simón Pacheco que en el hato Paraima:

«Cuando veíamos eso lo que hacíamos era salíle con la sogá y ¡venga! Y pata'e palo. Una res cachilapa se amarraba en la pata de un palo, mañosa, llegaba uno amarraba al buey, lo recostaba'e la res y lo yemereaba y se le pegaba a ese bicho y lo soltaba uno de la pata de ese palo y si era toro novillo eso partía a millón pa'esa montaña»

Simón Solís nos contó, con mucho pesar, que la mayoría de los expertos cachilapeando de aquella gloriosa época que vivió el Llano han desaparecido y que hoy en día quedan solo unos pocos que puntualmente capturan algunas reses que se hayan alzado en una montaña, tal como pudimos comprobar en algunas de nuestras salidas. Las faenas nocturnas que tienen lugar en la actualidad y que se realizan a caballo para capturar ganado a lazo son actividades más relacionadas con el abigeato o el robo de ganado lo cual, sin duda, ha contribuido a que se acaben las cachilaperas: «Ya esa gente chiflera se habrán muerto todos, ya chifleros no quedan, quedarán cuatreros, que es otro tipo'e gente».

Por fortuna, tuvimos oportunidad de conocer en el fundo Monte Ralo, en las cercanías de Guanarito, estado Portuguesa, a los hermanos Jorge, Iván y Crisanto *Varión* Castillo, quienes todavía son contratados para capturar cachilapos de noche en diversos predios entre el sur de Portuguesa y el municipio Arismendi de Barinas, aunque nos comentan que ya no se trata de esos animales de raza criolla que había antes, sino animales muy acebuados, o cuando mucho, reses mestizas.

El término matrero se ha empleado para llamar al ganado cimarrón pero también al toro mañoso y que trata de embestir. Sobre el particular y citando nuevamente a Horacio Cabrera Sifontes, eran: «toros veteranos que se habían escapado varias veces, que habían matado caballos y que maliciosamente reservaban energías para sorprender al llanero en el momento de pasarle por delante; por lo cual, llaneros también muy veteranos y no todas las veces muy bien montados, les daban un pase de prueba, si el terreno lo permitía. Hubo toros que dieron origen a leyendas, y se decía que representaban “espíritus malos”». La fama de estos ganados recorría el Llano, y en alguna parte se improvisó la copla del hombre de aventura que solicita el peligro:

Me vine del alto Apure
Para meterme a rubiero
Porque le escuché la fama
A los toros cachaleros





La magia del rodeo

*No quiero alambre importuno
en mi mundo desolado.
Si se me riega el ganado
yo veré si lo reúno.
Cuando esta tierra anda en uno,
legua y legua son de paso.
Más allá del lagunazo
Sigue el infinito abierto:
llorando tanto desierto
canta el patico yaguaso.*

Alberto Arvelo Torrealba, *Glosas de Cancionero*

Cuando hacemos referencia al rodeo, lo hacemos de la tarea que realizaban los llaneros para forzar al ganado de una zona de un hato que estaba desperdigado por la llanura a concentrarse en un sitio que había sido previamente establecido para poder trabajarlo. Recordemos que hasta mediados del siglo xx todavía no habían sido introducidas en nuestras regiones rurales las cercas, por lo que el ganado pastaba libremente y se encontraba prácticamente en estado silvestre. Por ello, la única forma de poder trabajar los animales en un hato, poder extraer a las reses orejanas o que no poseyeran hierro para poder ejercer el derecho de propiedad sobre ellos y diferenciarlos de los animales del vecino que se encontraban mezclados o revueltos con estos, extraer a los toros para capar, extraer a los que iban a ser vendidos o enviados a matadero, o los que iban a ser destinados al cuidado de alguna fundación o de alguna quesera, entre otros trabajos, era en varias jornadas a lo largo de dos temporadas. Esto se hacía recogiendo los arreados o en pique, forzándolos a que se reunieran en un solo punto dentro del hato conocido como el «paradero» para allí realizar el aparte de los animales que se necesitaban para cumplir con los propósitos que describimos y luego, en forma organizada, trasladarlos hasta los corrales. Las vaquerías o trabajos de Llano se han efectuado siempre en forma periódica, y coinciden con la entrada o la salida de aguas, costumbre que se mantiene en todo el Llano por ser las mejores fechas para trabajar por no haber exceso de agua en el terreno, pero si suficiente como para que las jornadas no resulten tan duras para hombres y animales.

Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 169) explica el rodeo:

Es la costumbre en todos los grandes hatos reunir de tiempo en tiempo los ganados en ciertos sitios, con el propósito de separar los que deban herrarse y marcarse y también con el de facilitar a los dueños vecinos, el aparte entre los rebaños, muchos extraviados animales de su pertenencia, los que por la abierta naturaleza de las sabanas, se hace imposible mantener dentro de los límites de sus propios pasos. Esta operación no se puede verificar sin un gran número de hábiles y experimentados jinetes, quienes en un día dado, rodean una gran área de terreno, y empujan hacia un centro todo el ganado que se encuentre dentro del espacio señalado. Se forma así un dilatado círculo o anillo, que encierra una horda inmensa de animales salvajes que se mantienen en jaque por las bien concertadas evoluciones de los vaqueros, hasta que se llega al lugar convenido de la cita, donde después de dejar que se refresque el ganado, se preparan los diferentes hierros. De ahí el nombre de rodeo, de rodear. Se deseaba en esta ocasión no solamente apartar todos los becerros que se necesitaban herrar, sino también reunir una gran manada de novillos para abastecer nuestros vastos potreros de San Pablo de Paya con ganado de venta.



Según Jose Antonio de Armas Chitty en *Vocabulario del hato* (p. 173), un rodeo se corresponde con una: «Reunión colectiva de reses que realizan varios dueños de hatos, en plena sabana para apartar cada uno la parte que le corresponde en la cosecha anual de becerros. Casi siempre se lleva cabo a la entrada de aguas, comienzos de invierno, en mayo o junio. En el rodeo cada propietario hierra y señala los becerros que le corresponden».

Ramón Bartolo Núñez afirma que la razón por la que estos trabajos se realizaban —y se continúan realizando— particularmente a entradas de agua tenía que ver con el estado en el que se encuentran las reses que se trabajarán. Según este llanero, en entradas de agua, el ganado en la sabana, luego de tantos meses de terrible sequía y escasez de forraje, se encuentra sumamente débil al final de la estación y por lo tanto, no es recomendable trabajarlo. Por ello es que el caporal, en preparación para la temporada de los trabajos de Llano, se dedica a observar cómo progresa el estado de los animales que con las primeras lluvias se comienzan a recuperar para así determinar el momento para poder trabajarlos.

«El trabajo de antes de Llano empezaba dos veces el año, no importaba que lloviera ya un poco adelantao, pero lo único que sí había es que si el ganao estaba flaco, en malas condiciones, veraneao, si el ganao estaba veraneao, tú no podías trabájalo ahorita, porque el ganao mientras no tuviera fuerza pa'lleválo pa'l corral, no podías movélo porque mucho es el ganao que se esmayaba y quedaba en el camino. El ganao cuando esta veraneao, es mucho el ganao que

se esmaya porque viene la paja seca y lo agita, entonces ese ganao se esmaya pa'pará el rodeo, lo tumbas todo en el rodeo, corriendo, apartando es mucha la vaca vieja que se cae porque no aguanta. El caporal le participaba al dueño cuándo iba a trabajá el ganao, si estaba muy flaco, hay que dejálo que se recupere, le avisaba cuando el ganao daba el punto pa'trabájalo»

Esto lo confirmó Simón Solís:

«Los trabajos de Llano se comienzan desde el quince o el veinte de abril, cuando llueve. Cuando el agua se retrasa mucho, se comienza en mayo, que es que viene lloviendo otra vez, se puede comenzar el tres de mayo cinco de mayo. Se hacen en entradas de agua porque el terreno está blandito, humedeció, retoñan los pastos y en cualquiera parte hay un poquito de agua, se hacen pozos de agua, entonces el ganao alivia más, porque bebe agua»

En la época de salidas de agua en cambio, el que se puedan realizar los trabajos de Llano en una fecha determinada dependerá de cuánta agua quede en la sabana, si los llaneros podrán recorrer en un momento dado o no la sabana a caballo para realizar los «piques» de las reses hacia los «paraderos» para conformar los rodeos y posteriormente llevar los animales a los corrales, algo que se hace imposible si el agua continúa estando muy alta, tal como afirman Rafael Hoogesteijn y Richard Savage en el libro *El corazón de los Llanos* (p. 158) sobre el hato El Frío.

Eduardo López de Ceballos en *Por las sabanas de Barinas* (p. 80) expone otras razones para la selección de las temporadas para trabajar al ganado:

En el bajo Llano es casi imposible llevar el ganado a los corrales en lo más crudo de las lluvias; hay demasiada agua y demasiado barro. En el verano tampoco se puede: los rebaños están regados; y muchos en los montes; y en la mayor parte del campo es imposible trabajar por razón del terrón endurecido; el ganado sufre mucho; y hombres y caballos salen a cada instante estropeados. Con frecuencia hay muertos.

En algunos casos durante la temporada de trabajos de Llano o vaquerías, si un rodeo o jornada a realizarse en un hato en particular, dada esta ausencia de cercas divisorias, involucraba a los ganados de dos, tres o hasta más hatos vecinos, el hato en cuestión se preparaba para recibir y acoger a las tripulaciones de llaneros de los otros hatos. Generalmente el hato que estaría al frente de esta jornada, le notificaba al hato o los hatos vecinos para fijar las fechas y se dedicaba además a habilitar los caneyes para recibir a estas tripulaciones vecinas, los potreros para sus bestias, además de abastecer las despensas y organizar los comedores para poder alimentarles. Este esquema de rotarse por los hatos vecinos durante los trabajos, divertía a los llaneros, quienes año tras año tenían gran expectativa, ya que se transformaba en un evento de carácter social para compartir con los peones de otros fundos, por el intercambio y las conversaciones que tenían lugar en las noches en los caneyes una vez concluida la jornada del día, donde unos frente a los otros podían presumir sobre las notables hazañas, valentía y demostraciones de valor y arrojo que pudiesen haber tenido lugar en medio de aquellos parajes. Posterior a la aparición de las cercas, esta situación continuaba ocurriendo aunque en menor escala dado que no todos los hatos trabajan sus ganados en las mismas fechas,

por lo que los peones de un hato en particular podían prestar un apoyo remunerado al hato vecino para «echarse una mano». Esta esperada cita entre las diferentes tripulaciones de los hatos de una zona para trabajar los ganados durante una o varias jornadas, era lo que se conocía como la «reunión de los vaqueros». Julio César Sánchez Olivo en *Crónicas de Apure* (p. 183) expone: «El día antes de comenzar las vaquerías se llevaba a cabo lo que se llamaba “La reunión”, la reunión de vaqueros de los hatos colindantes. Era simpática la reunión para empezar al día siguiente: alegría por todas partes: chistes y conversaciones recordando las vaquerías anteriores».

Simón Solís recordaba aquel antiguo esquema que vivió muy joven en el hato La Victoria Garciera en el estado Apure donde, en la temporada de los trabajos, dependiendo de qué ganado se iba a trabajar, los hatos que colindaban en ese sitio enviaban a sus tripulaciones de peones sabaneros a instalarse en una de las propiedades donde se trabajaría el ganado:

«Entre la Victoria Garciera y Campo Alegre [un hato fuentero] no existía cerca, no había cerca de lindero. Cuando eso, ahí lo iba delindando el Caño Buría en una parte. El lindero podía sé un botalón enterrao, un cañito, la laguna tal, el monte tal, un punto. Cuando iban a comenzá las vaquerías, avisaban a la gente, mandaban a avisá al otro hato que tal día se iban a comenzá los trabajos de Llano. Esos llaneros de ese hato se iban maletaos y con sus caballos de silla, cada llanero se llevaba tres o cuatro caballos, dependía de lo que ibas a durá trabajando. Esa era la remonta, eran los caballos de uno los que eran de silla de uno, que eran de tu silla. Esa gente se iban maletaos, se llevaban su maletica. Había un caney grande donde colgaba to'ese poco'e jodíos. La carne la tenía el hato, las cocinas tenían las cocineras pa'sancochá el pan [yuca, bollitos o topocho sancochados que en el idioma de los llaneros es lo que se conoce como el pan], sancochá algún arroz. Todo lo demás se comía carne asá, se comía un hervío a veces que hacían, todos comían. Igual si los de este hato iban pa'ese otro hato, igual comían, igual si salía una res bien gorda de esa vaquería, el jefe de la vaquería mandaba a matála. Una costumbre del Llano. Por ejemplo si iban a trabajá pa'los linderos de Buría, venían los llaneros de Campo Alegre y se aguantaban en la Victoria mientras estuvieran trabajando los ganaos de esa zona. En cambio si el trabajo era con otro hato vecino, venían de ese otro hato, iban de hato en hato. Esa era la época cuando no esistía el alambre»

El arranque del rodeo era emocionante y requería de mucha organización para poder, al fin del día, asegurar resultados positivos y minimizar la ocurrencia de accidentes. Alfredo Armas Alfonzo en *Hierra* (p. 59), describe bastante bien cómo empezaba todo:

El día del rodeo se avisa con la antelación debida y en esa fecha cada quien asume tal deber, conforme lo manda un responsable elegido dentro del grupo de ganaderos, que es quien fija las tareas, estratégicamente, y así «caerle muy de mañana al ganado para moverlo antes de empezar a regarse. Salen los llaneros bien montados, porque estos son momentos para lucir sus mejores arreos y sus más diestras cabalgaduras; los obligados a dormir en las sabanas se van desde el mediodía anterior para acomodarse y atender sus bestias, que coman y duerman bien, pues el trabajo del día siguiente será rudo en cantidad y calidad. El pique se comienza desde muy temprano; al oír el grito de los picadores, el ganado ya ducho, conocedor

y baqueano, emprende marcha primero en carrera, retozando como contento y anheloso del suceso previsto, brincando, empujándose y amagándose con los cuernos y las patas, tal como una bandada de colegiales en asueto retozando por la campiña; más luego se apacigua y sigue el trote. Casi nunca toman las puntas de reses otro camino que el acostumbrado, no obstante cuando alguna se desvía es encaminada por los picadores, quienes continúan gritando y levantando todos los ganados de los alrededores, ya sabedores o conocedores del punto de reunión, el paradero, por practicarse la misma operación de tiempos remotos. Como de todos los rincones se ha levantado el pique, mientras va acercándose más, se ve cómo van convergiendo de todos los lugares a un mismo centro, engrosándose las puntas en medio de los bramidos y la confusión hasta llegar al paradero, momento por cierto este de un golpe de vista eminentemente sugestivo y avasallador, «admirable».

El rodeo comenzaba muy temprano en la madrugada, con la partida de la tripulación de llaneros. Para lograr reunir o agrupar en un solo sitio las reses que se encontraban dispersas pastando se debía llevar a cabo una actividad preliminar que suponía «picar», empujar o mover hacia afuera de sus querencias y con dirección al sitio deseado a todos estos animales con la ayuda de los vaqueros del hato o de los hatos involucrados, para lo cual los caporales organizaban sus peones por equipos o en grupos y los enviaban a distintos lugares para traer empujados y arreados de regreso a los animales hasta el sitio previsto. Cuando se trataba de reses difíciles de capturar que huían a la vista de los jinetes, la compleja tarea de agruparlos o capturarlos se conocía como «el ojeo»; así lo explica Rafael Simón Pacheco:

«El ojeo es cuando uno para los rodeos, ahí va uno a ojeá, a repelálos y si tiene quinientas reses, llevas cuatrocientas al corral. Salíamos a la cinco de la mañana con la arepa, un murrial, un papelón, queso y casabe, ahí nos olvidábanos de comida hasta que llegábamos a las ocho, nueve de la noche»

Para ilustrar lo duro de estas faenas que involucraban animales difíciles o ariscos, emplearemos la emocionante descripción que Ramón Páez escribió en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 262) acerca de uno de los tantos rodeos en el que tuvo ocasión de participar:

El área escogida para el rodeo, abrazaba cuando menos unas quince millas a la redonda. Los vaqueros en grupos de seis u ocho, desde la tarde anterior fueron a ocupar varios puntos de la sabana, llevando instrucciones para dirigirse al romper el día hacia el nombrado centro. Los del Estado Mayor, salimos simultáneamente de la casa, arreando ante nosotros sin ninguna distinción cuantos animales nos salían al paso. El ganado, al ser tan inesperadamente arrojado de sus dominios, trataba naturalmente de atacar a sus perseguidores. Pronto, sin embargo, se encontraba con los otros en opuestas direcciones, se devolvía con loca desesperación, y trataba en vano de romper la extendida fila de jinetes que constantemente galopaban contra la arremolinada masa con gritos y pinchazos de sus aceradas garrochas.

Luego de trabajar durante varias temporadas al ganado, acostumbrándolo a llegar al mismo «paradero», sin mucho esfuerzo se moviliza hasta el sitio donde temporada a temporada se reúne. Cuando el ganado no está acostumbrado a llegar al sitio, bien por tratarse de un ganado mañoso, escasamente trabajado o por ser primera vez que se trabaja con ese paradero, la jornada —que mencionamos se conoce como «ojeo»— se hace mucho más exigente y es preciso emplear a los bueyes para que el ganado acepte reunirse. Para explicar mejor esto nos apoyaremos en lo que escribió Julio Sánchez Olivo en sus *Crónicas de Apure* (p. 183):



Los rebaños no domesticados se dividían en dos clases: «de rodeo» y «de ojeo». El ganado de «rodeo» era aquel que aun cuando no era manso, de vacas de ordeño, obedecía al manejo a caballo y al acercársele los vaqueros se dirigía a un lugar en donde se concentraba tranquilamente, sin barajustes y atendía a la conducción de los jinetes: se dejaba arrear. El ganado de «ojeo» era el que al ver los vaqueros comenzaba a correr, huía del hombre y los vaqueros tenían que correr velozmente a detenerlos, procurando que buscara hacia donde se encontraban los madrineros; pero ocurría regularmente que cuando se comenzaba el arreo del lote de ganado, la mayor parte de estos animales se barajustaba y se presentaba lo que llaman los llaneros un «reventillo», o sea, que casi todas las reses partían —o reventaban como disparadas— huyendo apenas se intentaba la movilización del ganado: solo quedaban unas pocas reses en la madrina, más las otras que se amarraban con los lazos de la sogá.

Estos bueyes que menciona Sánchez Olivo, tal y como veremos más adelante, eran los empleados para las faenas con ganado arisco, escasamente trabajado y difícil de reunir en el paradero, conocidos como los «bueyes madrineros», una auténtica herramienta para el momento de trabajar el ganado en medio de las jornadas en temporada de vaquerías.

Durante estas espectaculares incursiones, y con el concurso de muchos jinetes, las sabanas eran «peinadas» en la búsqueda de «manchas» de ganado en la lejanía, o se revisaban las enmarañadas «cejas de monte» donde se escondían los animales más resabiados. Las reses que conseguían reunirse se arrebañaban en pequeños grupos o madrinas, posteriormente «arreadas» o «picadas» hasta el paradero o hasta el corral principal del hato, normalmente fabricado con resistentes empalizadas hechas con troncos muy gruesos enterrados uno al lado del otro llamadas «majadas de palo a pique»,

donde eran encerradas. Esto se continúa haciendo hoy día en parajes menos apartados, con rebaños más pequeños y mucho más mansos.

Fernando Calzadilla Valdés en *Por los Llanos de Apure* (p. 17), describiendo el momento en que los llaneros llegan al paradero con el ganado que han conseguido picar desde la sabana, escribe:

Una vez allí, hay un momento de reposo para dar tiempo a enfriarse el ganado, dicen los llaneros, y se reconocen entre sí los padrotes de los distintos rebaños. En tanto los hombres reposan también un poco de la fatiga del pique, algunos cambian de bestia, mueven la silla, aprietan la cincha y rabiatan la soga de la cola del caballo por si fuere necesario.

En el paradero se reunían los diferentes patronos o propietarios de los hatos de esa zona y sus caporales. De esta manera cada propietario aseguraba, con la anuencia de testigos, que la distribución se hiciera de una manera equitativa y sobre una base legítima de propiedad. Recordemos que en aquel Llano viejo se mantenía una propiedad indivisa ya que, aparte de los papeles de venta o la memoria de las personas, las referencias eran sitios físicos como una mata, un caño, algún palmar, y esa era la ley que consagraba la palabra de los hombres cuando sustituía al verdadero título. Este paradero se seleccionaba de acuerdo a la equidistancia entre los hatos, el acceso al agua para las bestias y los vaqueros, la altura y planitud de la geografía. Era escogido en un lugar amplio, desprovisto de árboles o chaparrales, como un banco de sabana o una zona prominente o en sitios boscosos, por lo general en una calceta o un claro, una pequeña extensión de tierra plana sin vegetación o un lugar donde el ganado ya estaba acostumbrado a reunirse naturalmente o que ya había sido usado en rodeos de años anteriores. López de Ceballos en *Por las sabanas de Barinas* (p. 83) da una descripción del sitio ideal para parar un rodeo: «El rodeo debe pararse en un banco y en lo claro; y luego al mover el ganado, es preferible hacer largos recorridos antes que pasar entre dos matas o cerca de un monte».

Y Fernando Calzadilla (p. 14) explicaba qué era un paradero de ganado:

En sitio determinado de la sabana donde concurren circunstancias apropiadas se para el rodeo, y este sitio se llama paradero. Generalmente cada hato tiene paraderos fijos y días fijos también para dar rodeo; se dice dar rodeo porque los propietarios colindantes interesados, piden al dueño del hato la fijación del día de reunión y el rompe de los trabajos, correspondiendo casi en las mismas fechas de cada temporada, con las variantes naturalmente emanadas de inconvenientes que se presenten, lo cual siempre se advierte a los interesados. Para esta operación del rodeo se preparan, combinan y distribuyen los llaneros en puntos estratégicos como si se tratara de librar una batalla.

En la actualidad la elección del paradero recae sobre el caporal de cada hato, que es quien preside la tripulación dependiendo de la zona del hato en la que se recogerán las reses. Hasta no hace mucho tiempo, una vez que había sido parado el rodeo por medio de una tarea preliminar de selección, los llaneros más veteranos podían identificar desde lejos y con la precisión que solo daba la práctica, el ganado que pertenecía al hato. Esto se hacía reconociendo el hierro de cría, los cortes o las señales que se acostumbraba a practicar en las orejas de cada animal y que eran de un estilo específico para cada hato. Adicionalmente se dice que poseían una asombrosa habilidad

para identificar qué becerro había parido qué vaca, lo cual facilitaba el apartado del ganado. En el caso de los animales que no presentasen ninguna señal distintiva, se repartía entre los dueños involucrados.

Luego de que se lograba conformar el rodeo, donde había caído desde vacas con sus becerros, toros, incluso animales orejanos o sin la marca del dueño, se realizaban las jornadas de aparte en el mismo paradero con la ayuda de unos llaneros que contenían al rebaño por todos los costados —de ahí se supone que nace el nombre de rodeo—, mientras otros se internaban entre las reses para apartar los animales que se necesitaban para trabajar cada ható y los que debían repartirse entre sus dueños. Esta faena de aparte tenía lugar en la sabana, donde dentro del rodeo se apartaba la madrina o aquellos animales que se llevarían arreados con ayuda de los bueyes a la majada o a los corrales. Hoy en día, todo este trabajo de los rebaños continúa realizándose de la misma manera, solo que apoyándose en instalaciones más cómodas y procesos mucho más modernos. Calzadilla Valdés (p. 18) explica:

Lo del aparte es un momento interesante y divertido, una fiesta en plena sabana y a pleno sol o agua: es cuando verdaderamente muestran todos su destreza y la de sus cabalgaduras, pues cuando un zambo aparta un toro o un novillo y quiere lucirse, le arrima su mocho, le agarra la cola y lo derriba antes de incorporarse a la madrina; por lo tanto, cuando se quiere hacer el elogio de un peón como coleador, se le califica como tumbador de madrina a madrina, operación difícil por ser corta la distancia entre el rodeo y la madrina de aparte, extendiendo el elogio a las caballerías, porque aunque el peón se considere de adelante en la maniobra, nada podría hacer si el caballo no le corresponde arrimándose, aplicándosele el calificativo de vaqueros a los caballos prácticos en estos ejercicios.

Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 177) complementa:

La impavidez con la cual los llaneros penetraban en aquel laberinto de salvajes y jadeantes brutos, avanzaban pegados a la muralla de erizados cuernos que les cerraban el paso, y empujaban atrevidamente a las enfurecidas bestias como si fueran una manada de ovejas, era verdaderamente digna de admiración.

Ya en el corral, se llevaban a cabo otros procesos, entre otras cosas: se contaban las vacas paridas y sus becerros para determinar cuánto había producido el ható a lo largo de la temporada; se «desmontrencaba»,³⁰ se seleccionaban los machos jóvenes que habían alcanzado el peso para ser beneficiados; se herraba y se señalaba a los becerros y animales orejanos que habían caído en ese rodeo; se capaban los toros para convertirlos en novillos; los toros «padrotes» se apartaban para pasarlos a los potreros de descanso; se seleccionaban las novillas que se habrían de incorporar al rebaño de cría como nuevos vientres para ser entorados y, finalmente, se apartaban las vacas que debían ser descartadas del rebaño para ser vendidas a terceros o ser beneficiadas.

En operaciones ganaderas menos organizadas y rústicas, o cuando se trataba de un trabajo puntual con un número muy pequeño de becerros o toros, se trabajaba el ganado directamente en la sabana abierta o bien en corrales improvisados o «falsos». Representaba una faena primitiva o suerte de ojeo que buscaba empujar las reses del monte hacia zonas más abiertas para poder enlazarlas o para conducir las en dirección a algún sitio preestablecido donde se les pudiese dar captura con

30 Procedimiento para separar todos los becerros de sus madres para faenarlos.



ayuda de bueyes o en estos corrales falsos. Lo que ocurría en esos casos es que había unos animales que se tornaban ariscos, muchos de ellos estaban orejanos y no se dejaban trabajar en el rodeo. Los llaneros debían salir en persecución de estos grupos, capturarlos para herrarlos y señalarlos en el sitio. Se capaba a los toros que se conseguían capturar, se curaba los animales enfermos, se montaba un fogón en plena sabana y se herraban o marcaban los animales orejanos. Se hace difícil concebir el grado de destreza y reciedumbre que han debido tener estos llaneros para trabajar las reses de esta manera en plena sabana, pues todo animal debía ser enlazado y derribado en el sitio, maneado para luego proceder a su faenamamiento.

Con referencia a esto nos decía Ramón Bartolo Núñez:

«Se herraba en la sabana y se marcaba cuando había ganao cerrero, ganao mañoso que ibas a agarrá a sogá, o cuando es un ganao poquito que sea difícil pa'llévalo pa'los corrales, tú podrías herrálo en la sabana, agarrálo a sogá, pero donde tú pares mil reses, ¿tú vas a herrá doscientos becerros, trescientos becerros en la sabana? Ahí se te mueren los caballos atarrillaos, cansaos»

En *Doña Bárbara* (p. 121) quedó representada la extraordinaria estampa del momento cumbre de toda la faena, que es cuando se logran reunir los animales en el rodeo y donde además se menciona la situación conocida en el Llano antiguo como «cabildeo»:

eran muchas las reses bravas y estaban inquietas, correteando por las orillas de la madrina o abriéndose paso entre ellas con furiosas arremetidas, venteando la sabana libre, ganosas de barajustarse, sin darles tregua a los sujetadores. Un clamoreo ensordecedor llenaba el ámbito de la llanura; Los mugidos de las vacas que llamaban a sus becerros extraviados, y los balidos lastimeros de ellos, buscándolas por entre la barahúnda; los bramidos de los padrotes que habían perdido el gobierno de sus rebaños, y el cabildeo con que estos les contestaban; el entrechocar de los cuernos, los crujidos de los recios costillares, la gritería de los vaqueros enronquecidos (...) Ya parecía que el ganado empezaba a darse. Comenzaban a reconocerse los padrotes de los distintos rebaños, y a medida que éstos se iban congregando en torno a aquellos, se arremansaban los torbellinos de bravura y disminuía el cabildeo, dejando oír el canto apaciguador de los sostenedores.

En el Llano viejo se conocía como «cabildeo»³¹ al bramido que emiten los toros padrotes cuando se encuentran inesperadamente en el rodeo, como si en cabildo se estuviesen contestando unos a otros en actitud desafiante o como si unos intentasen meterse en madrinas de los otros, de aquí el proverbio (*Doña Bárbara*, pág. 245 y 251): «Novillo pasado no entra a cabildo». Y Francisco Lazo Martí en sus *Poesías*:

Ya no viene bramando cual solía,
al declinar el día,
por uno y otro rumbo la vacada;
ni plantado en mitad del paradero
escarba y muge fiero
el toro padre de cerviz cuajada.
Ya no turba el reposo de los hatos
madrugador lucero;
ni despiertan el eco adormecido
el amante reclamo del bramido
a la par de la copla del vaquero

31 Lllaman así en el alto Llano a una especie de rodeo espontáneo que ejecuta el ganado de una circunscripción, provocándose al principio los machos unos a otros con mugidos y escarbando la tierra, combatiendo después los más jóvenes o más fuertes, mientras los viejos se mantienen alejados del torneo.

Nada mejor para poder describir la emoción de esos momentos que la narrativa de Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 176):

El mugir de miles de animales junto con los lamentos y los ensordecedores gritos de los hombres que galopaban por la sabana sacudiendo sus cobijas y haciendo vibrar sus garrochas, se combinaban para dar a la escena la apariencia de un endemoniado melodrama mejor que un concurso pastoril de hombres y ganados. Cuando se hubo a la larga calmado la confusión, cuatro de los jinetes más hábiles penetraron entre aquella masa viviente, que mientras avanzaba, se arremolineaba a los lados como las olas del mar, y dieron comienzo a la difícil tarea de apartar los animales destinados al herraje y los pertenecientes a los vecinos, lo que dio lugar a una serie de evoluciones que solo hombres muy ejercitados en semejantes faenas son capaces de llevar a cabo con éxito. Es costumbre en todos los hatos dar un tajo o dos en las orejas del animal al tiempo de herrarlo, con el propósito de reconocerlo con facilidad desde lejos; precaución esta de mucho servicio en ocasiones como la que estamos describiendo, en la que es imposible ver el hierro cuando el ganado está apiñado en manadas.

Estos rodeos se mantuvieron como práctica hasta bien entrada la década de los setenta del siglo pasado, cuando la indetenible introducción de las cercas perimetrales en los predios agropecuarios se consolidó y el tipo de vacuno, que se había mantenido inalterado por siglos, comenzó a ser sustituido paulatinamente por el cebú.



Los bueyes madrineros y el «canto o tonada de cabrestero»

*Luego, allá lejos por donde iba, negra en la contraluz del
crepúsculo, la silueta del jinete en pos del rebaño, un cantar de notas largas,
tendido en la muda inmensidad.*

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

32 El cabrestero es el encargado de dirigir las operaciones con los bueyes durante las vaquerías y quien se coloca por delante de los bueyes durante el arreo. Además tiene la misión de acostumar a los bueyes a regresar solos a los corrales del hato desde donde se encuentran, pues los arrea hacia la sabana y luego los regresa para la casa, operación que repite varias veces hasta que estos adquieren el hábito, que es cuando pasan a ser considerados formalmente bueyes madrineros.

A quien conduce el rebaño de ganado se le llama «cabrestero»,³² vocablo que procede probablemente de una deformación de la palabra cabestrero la cual, a su vez, se deriva del cabestro, el trozo de ramal o cordel que se ata a la cabeza o el cuello del caballo o la res para conducirlo hasta otro sitio. De acuerdo con lo que dice el Diccionario de la Lengua Española, el cabestro «es el buey viejo que va delante de los toros y vacas con un cencerro, guiándolos: y por la semejanza se le dio el nombre». La expresión cabrestear, empleada con exclusividad en el Llano de Venezuela y Colombia, coincide con ese acto de guiar a una res o a una punta de ganado.

El buey madrinero —equivocadamente conocido por algunos llaneros como buey cabrestero— es el nombre que se le asigna en el Llano al toro castrado que ha sido entrenado para facilitar la captura, conducción y asistencia en la dirección y encierro del ganado, que es de manejo difícil. Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 177) hace mención al uso que ya se hacía de estos bueyes:

Encontramos en este caso, como sucede siempre, de gran servicio los madrineros para conducir una gran masa de ganado a través de las sabanas. Bastaba una docena de estos bueyes para encaminar una gran punta parándose y avanzando a una señal del ojeador, mientras los llaneros vigilaban estrechamente los flancos y la retaguardia, para evitar que se escaparan y arrear el ganado, especialmente las manadas de becerros extraviados (algunos de pocas horas de nacidos), los que como una procesión de niños perdidos bramaban sin cesar llamando a sus madres, perdida la última esperanza de encontrarlas.

Los bueyes de los hatos son muy apreciados por los llaneros porque saben hasta qué punto les facilitan el trabajo y por eso les proporcionan cuidados especiales. Simón Solís recordaba esos tiempos, conmovido por el peso de los años:

«El buey madrinero eso es una cosa sagrada. En ese hato los quiere to'el mundo, hasta el chofotero los quiere ¿usted sabe el valor que tiene un animal de esos, la utilidad, el servicio que presta? Viendo bien, ese bicho hace más que el llanero. Los bueyes tenían demasiada inteligencia. ¡Eso había que ver! ¡La inteligencia que tenía un animal de esos!, esos bichos sabían. El buey es un obrero más de la tripulación, unos peones, un lote de obreros que tienen ahí, lo único es que no les pagan. ¿Quién les paga?, lo único se les daba es salecita»

En algunos hatos todavía se acostumbra disponer de un número determinado de bueyes para trabajar el ganado. En los rodeos de ganado manso o «rodeos caseros», si se observaba que había animales de gran tamaño y docilidad, o alguno que había envejecido sin haber sido percibido, se apartaba para pasarlo luego al cuidado y entrenamiento de la figura del «bueyero».³³ Sobre esto Simón Solís nos explica:

«Se iban apartando animales, animales que usted viera que iban a serví, animales grandes y que usted viera que no eran mañosos, que eran dóciles, animales de buen carácter. Entonces se iban apartando con los bueyes viejos pa'enseñálos, iban pa'l bueyero, el que los preparaba pa'madrinero. El que usted miraba que tenía buena talla pa'madrinero, porque el ganao más grande de un hato era el madrinero, un ganaón»

33 Encargado de entrenar a los bueyes nuevos e inexpertos junto con los bueyes más veteranos para adiestrarlos e incorporarlos y dirigirlos en los trabajos.

Los bueyes se mantienen generalmente en las inmediaciones de los centros de operaciones de los hatos para que se acostumbren a la gente, se tornen más dóciles y puedan tenerse a la mano para emprender alguna jornada de trabajo. Se emplea como buey al animal que es castrado o capado, es decir el toro que después de castrado se convierte en novillo, aunque también se utilizan ya mencionados animales viejos que van quedando en los rebaños del hato llamados torunos, sometidos luego a un proceso de adiestramiento. Sobre esto dice Simón Solís: «Pa'buey madrinero tiene que sé novillo, ... pa'que no hembra, porque si es toro se va quedá por'ái con la vaca que este maluqueá o se te mete pa'l rodeo y no sirve pa'trabajá».

Nos narraba Ramón Bartolo Núñez de otro caso en el que en algunos hatos que estaban fundándose y no disponían de suficientes bueyes viejos para asistir en el entrenamiento de los nuevos, se tenía que recurrir a los más jóvenes:

«Los bueyes madrineros por primera vez para que lleguen a ese punto de ser madrinero se clasifican por lo menos diez mautes o veinte bichos y los vas a cargar todo el tiempo, cada vez que vayas a trabajar pa'la sabana, los vas a cargar con la tripulación, como arreá un ganao. Esos bueyes usté aparta por lo menos veinte mautes y antes de metéselo al ganao, primero los vas a trajiná, cargálos solos, sin lleválos pa'l ganao, con la tripulación, dáles vueltas por ahí, caminálos pa' cá, metélos al corral. Primero los apartabas por lo menos veinte becerros, veinte novillos pequeños y los cargabas por donde quiera en los primeros días. Tienes que entrenálos, cargálos a caballo por donde quieras con cuatro hombres o cinco hombres llevándolos pa'llá llevándolos pa' cá, métalos al corral pa' que ellos regresen, noviiiiilloooo, acostubrándolos, los novillos salían pa'trás, pero sin metéselos al ganao. Cuando esos bueyes ya iban pa'l ganao ya estaban entenaos. Estos eran bueyes pa'l arreo, bueyes de arreá ganao, bueyes de guía, bueyes madrineros»

En cambio, si se dispone de bueyes viejos para asistir a la hora de entrenar a los jóvenes, una vez que se conseguía que estos bueyes jóvenes dieran el punto de dejarse arrear, se empezaban a trabajar solos en un intento de que aprendieran a realizar la maniobra de regresar solos al ható al sacarlos para la sabana. Sobre el entrenamiento que daba el bueyero a los futuros bueyes del ható nos comentaba Simón Solís:

«El bueyero es el jefe de enseñá a esos bichos. Él tiene sus obreros aparte, cuatro obreros. Él va a trabajá esos animales con los bueyes viejos un tiempito, dos o tres meses, hasta que ellos dan punto de apartálos de los bueyes y ahí dice a caminálos. Ahí los aparta de los bueyes y se dice a paseálos pa'la sabana, se los lleva, se los trae y entonces ellos van aprendiendo. Cuando ellos van aprendiendo ahí a regresá, que es entonces cuando ellos están que ya van y regresan solos, ellos vuelven otra vez a dentrá con los bueyes madrineros y entonces con los rodeos mansos, van y paran los rodeo, pa'enseñálos pa' que ellos corran pa'l corral a'lante der ganao. Cuando esos ya están veteranos los van sacando pa'l trabajo pa'pará ganao. (...) El bueyero era llanero. A veces el ganao no corría pa'nde los bueyes, entonces él tenía que salí con esos bueyes a ponéselos a'lante hasta que ellos miraran el ganao, pa'donde iban a corré, ahí era la inteligencia del buey, cuando él se barajustaba adelante pa'loqueá al ganao, pa'ponélo loco, pa'dominálo, pa'corréle en la cabeza, pa' que el ganao corría detrás de ellos, por eso era que el buey bueno sabía pa'donde iba a corré pa'dale la vuelta y pará el rodeo. Y los llaneros iban atrás del ganao»

En la actualidad, tal como hemos visto en diferentes operaciones ganaderas en cuyas vaquerías aún emplean bueyes, la figura del bueyero ha ido siendo sustituida por un sistema en el que todos los obreros colaboran, según los mande el caporal, en el entrenamiento, manejo, empleo y cuidado de los bueyes. Una de las faenas donde los bueyes madrineros adquirirían mayor importancia era ayudando a «parar un rodeo», dado que facilitaban que el ganado picado desde la sabana aceptase reunirse en el paradero por la presencia de estos bueyes allí, a donde fueron llevados

previamente por el bueyero o, en su defecto, por los llaneros. Reneldo Ojeda, refiriéndose a la osada empresa de parar un ganado, decía con su característica elocuencia: «Antes unos llaneros paraban un rodeo de ganado criollo, hoy en día hasta un carajo pitando una corneta de un carro para un rodeo».

Luego, durante el arreo de las reses desde el paradero hasta los corrales del hato, el bueyero podía asumir el rol de cabrestero tomando la posición delantera —por delante de los bueyes para guiarlos—, pues era quien conocía y trabajaba constantemente con su tropa de bueyes y estos le reconocían. En hatos donde la figura del bueyero no existía, el cabrestero, o la persona encargada de dirigir todos los trabajos con los bueyes durante alguna jornada, era seleccionado entre la tripulación de llaneros por el caporal. Recordaba Ramón Bartolo Núñez:

«Esos bueyes cuando están acostumbrados, te decía el caporal ¡Vamos a llevános los bueyes hoy pa'l ganao, vamos a parar el rodeo tal! Antes se llevaban los bueyes de madrugá. A menos que no esté alzáo, si no es un ganao de rodeo, no se le puede meté los bueyes así porque es un ganao que tú lo vas a parar todo, tú llevas tus bueyes por delante, con la tripulación que son veinticinco hombres, era ganao de rodeo, era ganao manso. Cuando los bueyes se atropellan es cuando hay ganao alzáo en los montes y se le meten los bueyes de chiripazo»

La descripción anterior pone en evidencia que los bueyes no eran tan efectivos a la hora de cachilapear, pues el ganado cachilapo «no agarraba buey», es decir, estaban tan alzados que se comportaban como los animales salvajes, salían huyendo en estampida apenas percibían a los humanos, de manera que el llanero tuvo que transformarse en maestro del lazo y la cimarronera para someter a este ganado.

Simón Solís comparte su conocimiento sobre este tema:

«El ganao cachilapo no se paraba con buey, ese ganao lo paraba la soga. Ese no agarra buey, el ganao cachilapo no te agarra buey, ¡no joda! Los bueyes le pueden pasá pa'fuera, po'er medio, por a'lante y esos van ¡pa'l monte! esos no van a doblá como dobla ese otro ganao que se va pa'trás de los bueyes, el ganao de rodeo»

Cuando se trataba de animales acostumbrados a llegar al paradero simplemente picándolos en esa dirección, al ver los bueyes se reunían sin mayor esfuerzo de los jinetes. En cambio, cuando se trataba de animales mañosos o escasamente trabajados como el «ganado de ojeo» que describía Sánchez Olivo, salían huyendo a la vista de los jinetes. En estos casos los llaneros debían intentar que las reses levantadas en el monte huyeran en la dirección donde se encontraban los bueyes, los cuales se encargaban de hacer el resto del trabajo. En la medida en que las reses iban llegando picadas por los llaneros, los bueyes les salían al encuentro interceptándolas a toda velocidad para engañarlas y obligarlas a detenerse, tal como nos cuenta Simón Solís:

«Decía el caporal, ¡vamos a buscá el rodeo tal! Entonces se llevaban la madrina de bueyes. Tú ibas con la gente, ¡vamos a pará el ganao de Mata e´Totumo, de las Totumitas!, y se iba el caporal con sus llaneros, la tripulación de hombres y los bueyes. Cuando ya llegaban a una parte de distancia, entonces ya el caporal sabía, ¡llévense los bueyes y los paran en tal parte a esperar al ganao! Cuando uno calculaba que ya los bueyes estaban allá, entonces empezaban los llaneros a mové ese ganao, que ese ganao se iba a barajustá pa´donde estaban los bueyes, el ganao iba a corré pa´llá. Esos bueyes cuando miraban ese ganao que iba corriendo le salían ellos de travesía, el ganado iba por aquí, ellos le salían de martillo allá, le salían como decir, a cortáde adelante. De una vez esos bueyes se ajilaban a´lante de ese ganao y corre y corre y le iban dando una vuelta, pa´que el ganao fuera dando la vuelta pa´tras, como el ganao iba corriendo no se daba de cuenta que los bueyes los estaban bellaqueando. Y le daban la vuelta y volvían otra vez, cuando le daban la vuelta aquí, ahí se paraba el rodeo. Pa´que el ganao corriera pa´llá, el ganado llegaba borracho y ahí lo paraban. Los bueyes casi no se mezclaban con el ganao, ellos iban corriendo a´lante el ganao. Los bueyes llevaban el ganao hasta ande se paraba el rodeo, ahí llegaban los llaneros a pará el ganao y ahí se prendía el sogueo»

Al tener parado un rodeo de animales resguardado por los lados con varios jinetes, si se va a realizar una operación de arreo, se le meten los bueyes por delante para poder arrancar. A la hora de arrancar, el cabrestero avanza llamando a los bueyes y le sigue detrás de su caballo el «primer madrinero» o el madrinero más veterano delante del resto de los bueyes, que pueden ser hasta doce. Al momento de arrear, se colocan estos bueyes avanzando delante del ganado, guiados por el cabrestero; los que resguardan el rodeo o la madrina se apartan un poco y los animales parados siguen automáticamente a los bueyes. Sobre esto nos contó Reneldo Ojeda: «Uno llega y trabaja y aparta el puño de ganado que vas a apartar, le das piquete pa´llá, le das pa´cá y cuando lo tienes bien trabajao, arrancas con tus madrineros a´lante y ellos te siguen».

Por otro lado Rafael Simón Pacheco aclaraba:

«Los madrineros iban al culo del caballo y ahí no reventaba un buey pa´lante. El cabrestero iba a´lante, se ponía a´lante, el contrapuntero a la derecha, el otro contrapuntero aquí, el trascontrapuntero aquí, el que iba adelante lo único que decía es ¡madrineero!, podían está echaos, esos se paraban y al parás y arrancá a caminá el ganao los seguía»

Generalmente los bueyes son conducidos con silbidos y comandos o mediante cantos cadenciosos en forma de tonada que al parecer sirven para calmar a los animales durante el arreo y evitan que se dispersen. Esto es lo que ha llegado a popularizarse en las canciones y poemas como «cantos del cabrestero». Los cantos y silbidos de arreo constituyen una hermosísima tradición que se relaciona con la forma como los llaneros, haciendo uso de los bueyes «madrineros» o cabestros, guían a los rebaños cuando se movilizan de un sitio de pasturas a otro o cuando se trasladan hasta el área

de los corrales en los trabajos de Llano. Desde el punto de vista musical, los cantos de arreo se caracterizan por largas notas ejecutadas a *capella*, en la mayoría de los casos, de acentos melancólicos y tristes. Con ellas se alternan silbidos largos y profundos que parecieran tranquilizar a las reses. Rafael Simón Pacheco aclara: «El cabrestero, cuando cantaba, todo el mundo cantaba, no se usaba casi mandador».

Ramón Bartolo Núñez nos comentaba que en alguna oportunidad tuvo que desempeñar la función de cabrestero en los arreos del hato Juan Mateo donde se formó como llanero. Recientemente, acompañando una jornada en la sabana, tuvimos el privilegio de verle en medio de los trabajos en el hato donde labora en el estado Cojedes, mientras se colocaba frente a nuestros ojos como cabrestero por delante de un arreo de ganado que se estaba conduciendo a una fundación y entonaba una de esas legendarias tonadas para que los animales le siguieran con tranquilidad:

¡Ajilá mi ganaíto por la huella 'el cabresterooooo!
¡ponéle amor al camino y olvide su comederoooo!
¡que te llevan pa' Caracas pa cámbiate por dinerooooo!
¡pa' pagale ar caporal y también a los obreroooooos!

Haciendo referencia a estos cantos, recordamos los comentarios que le hiciera ese gran conocedor del Llano que era José Giacopini Zárraga a Vicente Carrillo-Batalla en *Sabanas de soledad, relatos y estampas del llano venezolano* (p. 335) sobre su estructura y orígenes:

Los copleros terminan las estrofas en vocales graves: a, e, o. De terminar en i o en u, espantarían al ganado. Es el conocido canto del «cabrestero» y el del «ordeñador», que da tanto colorido a la vida de nuestro Llano. Y ambos cantos son de origen distinto –añade José–. El canto del «cabrestero» lo aprende el llanero de los vaqueros andaluces –los primeros fundadores de hatos ganaderos en nuestros llanos–, quienes arreaban los ganados a lo largo de las grandes dehesas andaluzas. La copla del «cabrestero» busca que los animales vayan tranquilos en el arreo.

La utilidad que puedan tener estos cantos para tranquilizar reses y mantener unido al rebaño es algo ciertamente difícil de demostrar. Lo que sí podemos asegurar es que es una auténtica reliquia cultural que todavía se emplea, acompañando a manera de alivio a los llaneros en esas largas travesías para conducir al ganado. Fernando Calzadilla Valdés (p. 22) lo dejó registrado así:

Rompe la marcha el cabrestero, a quien siguen de inmediato los madrineros y luego el gran grupo de la madrina, muy bien cogida, resguardada con peones punteros, traspunteros y arreadores de la culata los más, dándole largo desahogo, porque no es prudente estrechar o apretar en la arreada a ganados recién cogidos. Irumpe entonces de todas las bocas la canta o el silbido, porque se hace esencial cantar o silbar los ganados en marcha; parece como si se estableciera de inmediato una especie de sugestión sobre las reses para ductilizarlas. Es una tonada melancólica, con un dejo de tristeza singular y monótona, así mismo los versos quejumbrosos y reflexivos. Indudablemente el ganado se apacigua con el canto, y se deja llevar más obediente y sumiso, como si fuera dominado por singular delectación que le distrae sus naturales ímpetus de rebeldía. Cuando se arrean ganados altaneros, chocadores y ariscos, se apela a ese recurso y es seguro cambia el aspecto del trabajo; en la velada por la noche cuando el ganado está inquieto y hay temor de barajuste en el corral de ordeño de la vacada, en el paso del río, son oportunidades de apelar al canto como ayuda eficaz.

La garrocha

*Bufido de reses bravas. Canto apaciguador de los cabresteros.
Garrocha de ocho aretes repiqueteando alegre en el silencio de la faena,
para guiar con paso cansino a los viejos madrineros.*

José León Tapia, *La música de las Charnelas*

Para arrear los bueyes y entrenarlos, el cabrestero se ayudaba con una herramienta conocida como la «garrocha», una vara larga con una punta metálica no filosa que tiene dispuestas a los lados unas argollas sueltas que al ser sacudidas producen un sonido característico de maraqueo. Difícil de encontrar ya en el Llano, la garrocha se emplea para azuzar a los bueyes puyándoles los costados; al cabo de un tiempo apenas se suena a su lado se produce una reacción en el animal. Confirmando lo anterior, nos apoyaremos en lo que escribió Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 171) sobre este implemento:

Este instrumento, segundo en importancia después del lazo cuando está en manos de un jinete, se fabrica de la liviana y resistente madera de la palma Alvarico, aguzando simplemente un extremo, o fijándole una punta de hierro rodeada por aros sueltos del mismo metal, que cuando se sacuden cerca de las orejas de los animales, los espanta con el ruido que producen. El asta de la garrocha tiene sus diez pies de largo, y aunque no más gruesa que un bastón ordinario, es capaz de resistir sin quebrarse una gran presión.

El garrochero penetra acercándose a los madrineros y les maraquea la garrocha gritándoles: ¡fuera novillo! Inmediatamente, como si estuvieran pendientes de esa voz de mando, salen los novillos madrineros al trote a pararse y reunirse a cierta distancia del rodeo en el lugar acostumbrado, donde ya están plantados esperándolos los peones tenedores de la madrina para formarse en base. Sobre este utensilio nos contó Rafael Simón Pacheco que los bueyes estaban entrenados para que cuando entraran al corral con todo el ganado que venían dirigiendo desde la sabana, se salieran solos. Cuando ocurría esto, los llaneros sabían que tenían que apartarse de la puerta para evitar ser atropellados. Cuando algún buey se rehusaba a salir, era garrochado:

«La garrocha esa es una varita y en la punta de la vara se le pone como una maraquita, entonces uno metía los veinte bueyes en quinientas, ochocientas reses allá, uno se paraba en la puerta, ¡madrineeeero! Levantaban la cabeza y apártese de la puerta porque se lo llevan por delante. El que se quedaba resabiao, le sonaban la maraquita. Porque eso tiene la punta puyúa, se la zampaba po'er codillo y se ponían esos novillos ¡nojoda! que cuando sentían esa maraca, ¡pa'fuera!»

Simón Solís recordaba que en el proceso de fundación, cada ható debía autosuplirse de sus bueyes para trabajar el ganado; en esa faena entraba en juego la garrocha como implemento de entrenamiento del nuevo equipo de bueyes:

«Tú vas a hacé el ható, te llevas el rebaño de ganao, lo hacían con seiscientas o mil novillas, los toros padrotes y se llevaban los toros que de una vez iban a sé los bueyes, pegando ese ganao haciendo el ható y la madrina de buey. Los veinticinco bueyes de una vez los ibas así



enseñando. Esos había que trabajálos, enseñálos, hasta que ellos le obedecían a la garrocha de argollas. La garrocha tenía tres argollas en cada pata. Los bueyes había que garrochéalos hasta que aprendieran. Esos aprendían igualito que un peón de Llano. Tú los ibas llevando con el mismo rodeo que estabas pegando y los ibas enseñando cómo iban a aprendé ellos a trabajá los ganaos, por ejemplo, le movías el ganao aquí y se los llevaban los bueyeros po'allá»

Cuando en el Llano había ganado de la raza criolla era frecuente que, durante los trabajos con estos animales, embistieran a los llaneros sobre sus caballos, para lo cual resultaba muy útil la garrocha, pues con ella se conseguía que la res desistiera de la embestida. Esto aparece referido en la obra de Ramón Páez *Escenas rústicas en Sur América* (p. 171):

Con maravillosa destreza los vaqueros esquivaban las repetidas embestidas que les hacían los toros, aun cuando parecía imposible que escaparan de ser cogidos entre los cuernos de las bestias. La garrocha desempeñaba en esto de rechazar el ataque un papel muy importante. Como arma ofensiva, este delgado tallo de palmera alcanzó merecida celebridad en el país, por el hecho de haber servido de improvisadas lanzas a los valientes patriotas que primero se opusieron en las llanuras al yugo tiránico de España.

El buey de silla

*Buey que cruzas las sabanas
con silente humillación
te hicieron bestia de carga
sin la menor compasión.*

*Hombres, mujeres y niños
acarreas por los esteros;
liberado de estas cargas
de la punta, el madrinero.*

*Llevas la mirada gacha
fuerte y triste de un anciano
y tu bramido un lamento
en la libertad del Llano*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

En el Llano siempre se han utilizado, y se siguen utilizando todavía en algunos lugares remotos, los bueyes de silla para recorrer la sabana en tiempo de invierno o de inundación, ya que el llanero asegura que el buey se desplaza mejor que el caballo sobre la sabana inundada. Simón Solís describía la afición del llanero por el buey durante la estación de invierno:

«El buey es una gran bestia de invierno. Cuando la vaina es atollosa, el buey se defiende mejor que el caballo, tiene mucha más potencia, más juerza, pa'rejendé los patucales, rejendiendo barro. Y lo mismo tú llegas a un caño con un buey y te zumbas con él montao y ese te va a sacá pa'l otro lao, pa'l otro lao te bota, porque ese nada más que el caballo, nada mucho más»

El método para arrendar a un buey es bastante similar al del caballo, únicamente que el primero no lleva ningún tipo de freno ni bocado sino se trabaja por la nariz mediante una argolla metálica, una correa de cuero o una «punta de mecate». Se le echan los primeros sillazos, se le va obligando a aceptar al jinete sobre el lomo y luego de unos días se va dejando montar tranquilamente. Todo el apero de la cabeza consiste en un lacito cerrado debajo de ambos cachos. El tiro de ese lazo o el mecate colgante es el que baja de los cachos por su frente, se introduce por la argolla y luego se pasa hacia atrás poniendo esta guía única al alcance del jinete. Simón Solís, haciendo referencia al proceso de doma o de amansado de un buey de jamuga explica:

«La argolla del buey se tallaba, era tejía, una cabuya, la naricera que llamaban, y se tejía de concha de manirote, de guásimo o de penca'e cocuiza, que era la mejor. Cuando se iban a amansá, entonces se nariceaba, se le abría con la punta del cuchillo el hueco de la nariz, se le ponía esa cabuya y se le amarraba de los cachos a la naricera esa pa'que el buey no se mañoseara. La naricera se le dejaba por un tiempo. Después ese hueco le quedaba abierto, no se le cerraba más. Ahí sí se les quitaba la naricera y se dejaba libre. Y después que tenía esa argolla, que se domaba, se les quitaba. Ese se amansaba pa'podé echále un bozalito. Entonces tú, cuando lo ibas a montar, le agarrabas la nariz. Era pa'tenéselo ahí, pa'que el hueco no se le

cerrara y domálo de la cabeza, ese es el bozal del buey, la naricera. Cuando el buey estaba manso, la argolla se le amarraba de cualquiera cosa: de una correa de cuero, un piacito de mecate, una cosa ahí. Cuando es manso tú lo amarras y le pides la nariz y él va a levanta er pico pa' que tú le echas el bozal y le metas la naricera por la nariz»

Y Rafael Simón Pacheco contaba:

«Esos se amansaban casi igual que un caballo. Eso es casi igualito como amansá un caballo, pero ese lleva nariceao, eso es con una argolla que se le mete por la nariz, como la falsa rienda de un caballo»

Una vez montado, el buey se dirige mediante un lazo sencillo que, como vimos, se coloca sobre la base de ambos cachos y que se atraviesa por la argolla como si se tratara de una rienda con una sola guía, como nos explicaba Simón Solís:

«Tú lo amarras de los cachos, eso es sencillo, el rejo de los cachos es sencillo, na' más un lazo ahí, bajas el tiro pa' bajo, lo pasas por la naricera y cuando te montas lo subes pa' la mano tuya y esa es la rienda. Sobre todo lo amarraban de lazo. Es una sola guía que tú le das pa' un lao y él va a camina pa' llá, porque es la educación que tú le das por la cabeza. Pa' donde tú le pongas esa rienda ese va ir, es como decí el volante, pa' nde tú le cruces el volante pa' hí se va. Después, cuando te bajas, él te va a cabresteá, tú te bajas con el rejo en la mano y él te sigue, y ahí mismo lo amarras, ande quiera»

Para montar al buey se puede utilizar una silla de caballos, tal como hemos visto usarse en la zona de La Estacada, estado Apure, o en el hato El Milagro, estado Cojedes. Pero el implemento tradicional para montar el buey es la silla armada por los llaneros conocida en tiempos anteriores como la «jamuga», de donde proviene el nombre de buey de silla, buey de jamuga o buey jamugero, una silla embojotada fabricada localmente por los llaneros más o menos con el mismo procedimiento y materiales que la enjalma de burros, es decir, con bajeros de topocho y una coraza o cubierta de cuero crudo de ganado, con unas amarraderas para asegurarla al lomo del animal y un «muñeco» o cojín alargado adelante para ayudar al jinete a sostenerse sobre ella. Simón Solís aclaraba que hoy en día, en lugares como La Estacada, aún se consiguen estos bueyes de montar con silla de caballo:

«Al buey de silla, mejor dicho de jamuga, buey jamugero, era muy raro que uno le pusiera una silla. Primero no tiene el lomo pa' silla, porque es distinto el lomo del caballo; el fuste puede pegálo, le puede pelá el lomo, él tiene otra manera de caminar. La jamuga se podía armá con un poco de bajero de topocho y el carapacho de cuero con su amarradero. Le ponían una sobrevaina y cuando iban a amansá le ponían el muñeco, una maletera, porque ahí es donde iban a trancá las piernas, las rodillas, y los jarretes se trancaban en la punta del suadero abajo. El buey se jineteaba a pierna pelá. Eso de poné estribo a la jamuga son los llaneros de ahora, el llanero antiguo amansaba a la pierna, a pura pierna, eso no es con estribo ni nada»



El ojeo, los piques y el rodeo

Se empezó la vaquería, los llaneros habían traído sus remontas de ancas relucientes y bríos contenidos. Buenas sogas. Provisiones. Cada grupo traía autorización escrita y un caporal responsable.

Horacio Cabrera Sifontes, *La Rubiera*

La mayoría de los trabajos que se realizan en las fincas ganaderas, emplean prácticas que en sus orígenes fueron bastante recias, poco cómodas y menos seguras. Al no contar con cercas ni corrales para manejar las reses, los llaneros se veían forzados a trabajar en condiciones muy difíciles y precarias en plena sabana. Por otro lado, al no poder separar el ganado propio del ajeno ni delimitar las propiedades con una cerca, era muy frecuente que ocurriera abigeato y usurpación de extensiones de tierra por parte de vecinos colindantes, algo que aparece mencionado en la novela *Doña Bárbara* según Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 82):

Las propiedades no estaban cercadas y ello daba lugar a constantes abusos entre los cuales la usurpación de sabanas ajenas, ya que el ganado se dispersara fuera de las propiedades. La instalación de cercas se imponía; unas cercas de postes e hileras de alambre de púas; cuatro o cinco hileras; o como dice el llanero, hilos.

Durante mucho tiempo en el Llano las operaciones de cría extensiva de ganado se han desarrollado bajo esquemas esencialmente rudimentarios. El núcleo central en todas estas operaciones ha sido el hato, desde donde se supervisa el quehacer diario de cada una de sus fundaciones, que se

encargan de cuidar los animales que se tienen en las cercanías de las casas o la madrina y del resguardo de los linderos. Dos veces al año se realizaba el trabajo de reunir en varias jornadas a estos grandes rebaños que deambulaban dentro de las propiedades de la zona, con la única distinción de la marca del hierro del dueño y las señales que se practicaban en las orejas. Tras el surgimiento de las cercas y los corrales, estas operaciones continuaron realizándose en los hatos de grandes extensiones, particularmente en las sabanas de los estados del centro occidente, donde siguieron siendo indispensables para los apartes de los animales que debían ser arreados hasta los corrales o incorporados a los rebaños bajo el cuidado de las fundaciones y queseras del hato. Hoy en día, las extensiones se han reducido y las operaciones se han simplificado mucho, pero no por ello han dejado de conservar el encanto de antaño ni su personalidad.

Las vaquerías o los trabajos de Llano hoy día constituyen en sí mismas la evolución que siguió al antiguo rodeo y el ojeo. Muchas de las expresiones y faenas asociadas a esta actividad continúan usándose hoy día con mucho orgullo y no menos nostalgia. La vaquería era, tal y como lo afirma Marco Vila (pp. 78, 147 y 148):

Una faena de suma importancia (...). Para el llanero, la vaquería era la operación de recogida, en la sabana, de las cabezas de ganado; y la separación de las vacas de sus becerros. Era como realizar una cosecha separando los diversos frutos. A la separación de vacas y becerros seguía la hierra de los becerros, o sea el marcarlos con un hierro al rojo vivo con la señal del hato: el justificativo de propiedad. (...) El llanero no acepta la cerca. Quiere su sabana abierta como se la ha dado Dios, y la quiere precisamente, para eso: para cachilapear cuanto bicho le caiga en el lazo. Si se le quita ese gusto se muere de tristeza.

La forma en que se desarrollaban los trabajos de Llano, con sus faenas de rodeo, ojeo, piques, arreo y posteriormente los trabajos en los corrales, se mantuvo inalterada así incluso hasta después de la aparición de las cercas. Los rodeos que se hacían en cada hato requerían contar con la destreza de tripulaciones de hombres a caballo para poder recoger, empujar y arrear todos los animales hasta el paradero y luego hasta los corrales. En algunos casos era necesario un gran esfuerzo ya que la mayoría de estos animales, al no tener contacto con las personas durante largos períodos, se volvían muy ariscos. También podía hacer falta cachilapeo, que suponía la captura puntual o ubicación de aquellos animales que estaban alzados en el monte, animales orejanos e incluso los herrados y que no se dejaban arrear hasta el paradero. Inclusive en algunos hatos grandes los llaneros no hacían los rodeos sino que recorrían todos los días la sabana para capturar las reses orejanas que se les atravesaran. En esas salidas levantaban o expulsaban a caballo al ganado hacia afuera de los «chiribitales», que es como llaman a las zonas de vegetación tupida, para capturar —mediante el lazo, corrales falsos o con ayuda de bueyes, etc.— a los animales orejanos, señalarles las orejas y herrarlos, indistintamente de que fueran de ese hato o viniesen del hato de algún vecino.

El historiador apureño José Manuel Sánchez Osto es crítico del rodeo como mecanismo para trabajar el ganado de un hato, considerando mejor el sistema antes descrito que se conoce como el ojeo, ya que con él se conseguía capturar animales puntuales que se requería identificar como propios. *En los llanos de Apure* (pp. 31-32) nos da su opinión sobre este particular:

El ojeo no es otra cosa que una carrera vertiginosa dispuesta con las debidas precauciones, para dar alcance a una cantidad de ganados que, a escape –disperso o en masa– huye a la vista de los jinetes llaneros. Es cierto que existen algunos fundos de cuantioso número de cabezas en que se trabajan los ganados de distinta manera, pero esta forma, la más adelantada o más práctica que tenemos hasta hoy entre nosotros, es una labor un poco semejante a la anterior en sus preparativos, con los inconvenientes subsiguientes de una excesiva molestia de los animales, la confusión de edades y sexos en cantidad desproporcional para la comunidad de las operaciones de división o apartes, por las muchas horas consecutivas de carreras, para agrupar animales de distintos dueños; y, después, la marcha del conjunto excedente en libertad –soltar el rodeo– en que quedan desamparados multitud de becerros demasiado pequeños para ser reconocidos por sus respectivas madres en aquel movimiento que emprende el cuantioso número de ganado mayor, huyendo con desesperante ahínco casi siempre de aquel horroroso ajeteo, aguijoneado por una atmósfera caldeada por un sol abrazador.

Este sistema que se comenzaba a implementar en los hatos y que criticara Sánchez Osto, suponía que el rebaño o hacienda del hato se dividía en diferentes rodeos, pues el ganado que se encontraba mezclado y regado por la sabana comenzaba a reunirse a veces de forma natural o bien luego de trabajarlo durante varias temporadas —o posteriormente cuando se comenzaron a dividir las fincas con cercas—, en diferentes rebaños o rodeos permitiéndole a los llaneros reunirlos para extraer las reses que se necesitaban. El lugar del hato o el paradero que se empleaba para reunirlos era generalmente de nuevo utilizado en las subsiguientes operaciones de rodeo o cuando se necesitaba recoger a los animales de esa zona de manera puntual.

En los rodeos, al grupo de animales que se encontraban en una zona en particular se les daba el nombre del sitio donde acostumbraba a reunirse. En la actualidad esa costumbre se sigue manteniendo y los distintos rebaños de ganado o rodeos, así como los potreros, continúan siendo identificados por los nombres de los árboles que existen o incluso los eventos ocurridos en esos sitios: el potrero de Mata'e Muerto, el rodeo de Samán Mocho, Laguna de los Patos, Mata del Ahorcado, etcétera.

Para ilustrar cómo se desarrollaba un rodeo nos apoyaremos en el relato de Ramón Bartolo Núñez:

«Habían varios rodeos, por ejemplo, el rodeo del Espinero, el rodeo de Los Galápagos, el rodeo de Portachuelo, el rodeo de Caño Amarillo, el rodeo de Cañafistolito, donde no había ganao dividido, los ganados andaban todos juntos por rodeo. El caporal primero empezaba por los rodeos más lejos, el primer lance [el primer día], tú ibas a apartá el rodeo más lejos, empezabas por lo más lejos y tenías que salí a la una de la madrugada, usted se iba de madrugada con los bueyes, te ajilabas de madrugada con tus bueyes. La tripulación atrás arreando los bueyes; el caporal y el cabrestero iba a'lante y muchos de los llaneros. Esos bueyes, cuando estaban acostumbraos, ya estaban adaptaos»

Apenas llegaban al sitio donde se iba a reunir el rodeo, el caporal le ordenaba a su tripulación que desmontara, apretara cinchas, arrebiatara sus sogas y les daba instrucciones para que se organizaran por grupos y comenzaran la faena picando al ganado desde la sabana hasta el paradero, dejando a una persona que el mismo caporal tenía encargada de esperar en el sitio con los bueyes. Luego de



varias temporadas trabajando con el mismo paradero, el ganado se acostumbraba sin mayores esfuerzos por parte de los llaneros a congregarse en el sitio. Una vez reunidos los animales y conformado el rodeo con los llaneros conteniendo a caballo las reses, el caporal daba órdenes para iniciar la faena de aparte, en este caso de becerros orejanos con sus madres para ser herrados y señalados de orejas.

«Todo el ganao estaba acostumbrado que venía aquí y se paraba. Cuando reunías las cinco mil reses que eran veinticinco hombres, entonces el caporal lo llamaba a uno: ¡'chachos vengan acá! ¡pónganse unos por allá, otro por aquí, otro por allá!, ¡los bueyes póngalos allá! Llegaba el caporal y le decía a uno o dos: ¡saquen los bueyes y los ponen pa'llá lejos y póngase uno allá con los bueyes! Entonces, cuando iba a comenzar el aparte, el caporal de los obreros decía: ¡Vénganse pa' cá dos parejas a apartar, dos llaneros a apartar, becerro con vaca pa' herrá! Los bueyes eran pa'llevá la madrina pa'l corral. Se ponía la gente a apartá, ahí estaban los apartadores, apartando becerros con vaca, becerro orejano con su mamá pa'herrá. Vas apartando y vas mandando pa'los bueyes, pa'la madrina. El resto del rodeo quedaba ahí parao, nosotros íbanos a sacá de ahí todos los orejanos con su mamá»

Simón Solís por su parte describe sus propias vivencias en estas faenas:

«Cuando iban a apartá, que iban apartá la madrina, ahí ponían a los bueyes pa un lao pa'i tirando pa'llá lo que iban apartando, lo que se iban a llevá. Se metían dos [llaneros] a apartá el ganao, iban sacando el animal pa'nde estaba la madrina de aparte con los bueyes. Pero cuando



iban a buscá el rodeo completo pa'lleváselo pa'el hato, ahí sí los bueyes se quedaban apartaos descansando, descansaban un rato y después arrancaban en la cabeza del ganao. Esos carajos, los bueyes, siempre estaban amontonaos a un lao. Cuando el ganao se paró, se apartan y buscan al cabrestero, ahí descansan, se dejan descansá un tiempo pa'que ellos recuperen. Se paraba el rodeo, se trabajaba ahí duro, ahí se enlazaba, se nariceaba, se gaseaba, peleaba uno un buen rato»

Cada rodeo debía recogerse dos o más veces a lo largo de la temporada de vaquerías para, en diferentes jornadas, apartar los distintos grupos de animales que necesitaban ser llevados hasta los corrales, es decir, había una jornada de rodeo para sacar los toros para caparlos, otra para los becerros con sus madres, etc. Ramón Bartolo Núñez dice:

«Los toros pa'capá eran pa'ese otro día. Cada rodeo duraba dos apartes, porque primero se apartaba el orejano con su mamá y otro día se apartaban los toros pa'capá. Porque si estaba muy tarde, si es mucho el becerro orejano que tienes, si son mil reses, te pasas el día apartando esa vaina; otro día se vuelve a recogé el rodeo y se apartan los toros de capá. En ese tiempo se capaba mucho, puede ser doscientos toros que apartaras de las mil reses pa'lleválos del rodeo, pero sin becerro, ya ahí no iba becerro sino puro toro pa'capá. Se llevaban pa'l hato, se herraban y se les daba Llano, se herraban, se ensillaban los caballos y los parabas allá a'lante»



Simón Solís nos habló de las diferentes jornadas de aparte que se hacían una vez se encontraban reunidos los rodeos:

«Cuando iban apartá toro, ese era un trabajo aparte, uno decía vamos a cogé los toros. La herrá de becerro era un trabajo y la apartá del toro era otro trabajo. Este mes vamos a cogé toro; entonces paraban el trabajo de Llano y vamos a agarrá toro. No se podían trabajá el mismo día, eso sería en finca pequeña, esto era un hato, y cuando se iba agarrá toro eso era parejo. Capaban pa'hacé novillo. Al cebador le gusta cebá más el novillo que el toro. (...) La que tenía becerro chiquito se quedaba en la sabana, no podía llegá al corral porque se maltrataba, lo pisaba el ganao, lo jodía. A veces se llevaba uno el becerro de seis meses, becerro de hierra, de seis meses pa'lante. No importa el chiquito, ese quedaba y se herraba en el otro trabajo. Se quedaba lo que era becerro chiquito y vaca muy preñada»

En el rodeo a veces se formaban barajustes entre las reses y los llaneros que estaban colocados a los lados se lanzaban detrás de ellas para enlazarlas y devolverlas al rodeo. Los llaneros que contaban o resguardaban los lados del rodeo debían estar prestos con las sogas en mano y arrebiatadas, por si se producía la fuga de uno o más animales que «rompían» el rodeo, siendo necesario que otro llanero le resguardara el puesto al compañero que había tenido que «salirle» o perseguir a la res escapada.

Ramón Bartolo Núñez indicaba que al final de la jornada de aparte era cuando podían conducir a los animales hasta los corrales del hato. Lo que ocurría era que junto con la madrina se colocaba el cabrestero, quien comenzaba a llamar a los bueyes para que lo siguieran. El caporal les indicaba entonces a los llaneros que estaban resguardando el rodeo que ocupasen sus respectivos puestos para arrear la madrina tomando la previsión de dejar en la retaguardia a un puñado de hombres que mantuviera reunido al rodeo. En ese momento la tripulación pasaba a ocupar cada uno su puesto en el arreo y arrancaban en dirección al hato. Cuando ya la caravana se encontraba a una distancia prudencial, el caporal hacía señas con su sombrero a los que estaban aún resguardando el rodeo para que «dieran Llano» a las reses que quedaban:

«Luego de apartá, los bueyes ya estaban con las vacas, ya estaban en la madrina los bueyes, entonces algunos [de los bueyes] se quedaban en el centro del ganao [de la madrina], pero la mayoría iba atrás del cabrestero. Tába la madrina completa, que eran la una o a las dos de la tarde, junto con los bueyes y los veinticinco hombres que andaban ahí. Entonces el encargao decía ¡Está bueno, dejemos de aparta! Ustedes se quedan aquí con el rodeo y los otros nos vamos pa'la madrina. La madrina la alejaban lejos, con los bueyes y el resto de gente, y los que quedaban aquí eran tres nomás. Eso era mientras se alejaran, pa'que el ganao buscara pa'fuera. Cuando el encargao iba lejos pero el ganao iba siguiendo, hacía con el sombrero así pa'los laos, que era como decí ¡dale Llano! Estábanos tres en el ganao, entonces tenías que imos pa'llá corriendo. Entonces po'er camino los becerros iban reventando y se iban enlazando y el cabrestero pa'lante. Depende del tamaño del becerro, si el becerro era pequeñito no tenías que gaseálo, se bajaba cualquiera a pie y lo coleaba y quedaba en su madrina»

Durante nuestros viajes de investigación por los numerosos hatos que visitamos, Santa Inés de la Mesa en Guárico, Santa Luisa en Apure y en otros del estado Cojedes, pudimos confirmar que los rodeos hoy son más cómodos, rápidos, eficientes y organizados. Ya no se trabaja al ganado únicamente a lo largo de dos temporadas sino todos los meses o incluso, en algunos lugares, todas las semanas y algunas operaciones varias veces durante una misma semana. Esto se logra habilitando unos paraderos fijos en ciertas zonas estratégicas seleccionadas por lo general altas, céntricas y cercadas, donde se dispone de bebederos y comederos para ofrecer suplementos minerales y agua al ganado. Una vez que este se acostumbra a lo largo de varias jornadas a dejarse conducir hasta estos puntos, se puede reunir cada vez que se quiera sin mayores esfuerzos. En otros sitios vimos, por ejemplo, zonas pegadas a «empalizadas» o cercas que el ganado por costumbre utilizaba en forma natural como paradero para pasar la noche arrebañado, sitios en los que los llaneros aprovechan para llevar a cabo un determinado trabajo, como pudimos ver en el caso de una jornada de «señalado» de orejas y tatuado de becerros.

Los llaneros, y esto quedó confirmado, simplemente recorriendo a caballo las sabanas y zonas cercanas a estos paraderos, echando algún que otro grito o con el simple chasquido de un mandador, consiguen que el ganado se traslade casi en su totalidad hasta este lugar. Esto constituye una

evolución en las jornadas tradicionales de ojeo y rodeo. El propósito de realizar los rodeos una vez por semana es para que el caporal y los peones puedan «darle una vuelta» al rebaño a modo de facilitar la revisión del estado general de los animales, curar algún ejemplar herido, monitorear a los becerros que van naciendo y comprobar si falta alguno producto del abigeato o la depredación de un felino, etcétera. Acostumbrado a llegar de manera regular a estos paraderos, el ganado se reúne durante los trabajos de Llano, lo cual permite realizar en el mismo sitio los apartes de las reses que se necesitan o, como es usual hoy en día, llevarse absolutamente todo el rodeo a los corrales —a excepción de animales viejos, heridos o muy jóvenes—, donde las instalaciones modernas permiten clasificarlos.

El arreo

*Ahílate toro negro
por la huella'e tu «cabrestero»,
pon frente hacia Caracas
y olvida tu comedero
que mañana estarás muerto
en manos del carnicero
y esta noche por tu ausencia
llorarán todas las vacas
que vengan al paradero.
¡Ahílate toro viejo,
sigue por última vez
la huella'e tu «cabresteeeeero»!*

Germán Fleitas Beroes, *Tonada de arreo*

El arreo representa un espectáculo que imprime a las faenas llaneras un auténtico sentido de emoción. Después de haber sido ejecutadas las operaciones de ojeo o los piques para hacer salir a las reses de sus escondites con destino al paradero para conformar el rodeo y hecho ya el aparte, se procede a la movilización de las reses que se llevarán a los corrales, lo cual todavía se hace en algunos parajes del Llano con la ayuda de los bueyes madrineros. (También a lo largo del año se arrea el ganado para trasladarlo a mejores pasturas durante la sequía o para movilizarlo hacia áreas más altas en la época de inundaciones). El resto del rodeo queda en el sitio y es liberado nuevamente para que se enrumbe hacia sus querencias.

Para llevar a cabo esta operación los llaneros se colocan sobre sus caballos en diferentes posiciones estratégicas para garantizar que durante el traslado, esta formación no se rompa, se disperse o se detenga. Todo comienza cuando a un lado del rodeo, como hemos podido ver, se encuentra la madrina reunida con los bueyes lista para ser guiada hasta los corrales del ható. Bajo las órdenes del caporal, el cabrestero llama a los bueyes para emprender el retorno trayendo consigo a toda la madrina. Cuando esta operación se inicia, los llaneros se apartan de manera sincronizada para permitir que los animales puedan seguir a los bueyes y comienza el arreo, conducción o «empuje». Hoy en algunos hatos se llegan a ver arreos muy grandes, dado que ya son pocos los lugares donde aún se apartan en la sabana las reses que se necesitan, pues se lleva el rodeo completo a los corrales donde se clasifican. A medida que avanzan, van siendo resguardadas en los costados por una formación

de llaneros encabezados por los bueyes conducidos por el cabrestero. De acuerdo a Simón Solís, a diferencia de la madrina, una punta de ganado es simplemente aquel ganado que encontrándose en la sabana se congrega y avanza arrebañado en forma natural o espontánea hasta algún sitio:

«La madrina es lo que te llevas arreo del rodeo con los bueyes. Cuando vas arreando ya con los bueyes, vas arreando un lote, te vas a llevá la vaquería, ya esa es una madrina que vas a llevar. Una punta'e ganao puede sé un ganao que salió de un monte o está en la sabana y se estralada a otra parte, ahí va la punta'e ganao»

Es una operación que reviste un carácter militar, ya que requiere trabajo en equipo. En el camino deben cruzar caños y lagunas, atravesar zonas boscosas, en las cuales se pueden producir escapes o incluso pérdidas de algunas reses. También puede darse el caso de haber animales reacios a dejarse conducir o que se barajustan y deben ser controlados por los llaneros mediante lances de «soga y cola de caballo». En la medida que se avanza en un arreo, el panorama queda dominado por el sonido del mugir de las reses, los cantos del cabrestero, los gritos de los vaqueros, el chasquido de los mandadores, el alboroto de las aves que se levantan a su paso, el tropel de caballos y sus jinetes en persecución de alguna res fugada.

De acuerdo a lo que dice Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (p. 52)

La organización del trabajo para la movilización del ganado se denominaba arreo y, por lo menos hasta la década del cincuenta, cuando se generaliza el transporte automotor, era idéntica a cuando se conducía el ganado desde las sabanas de cría hacia los cebaderos o mataderos, solo que en estos casos, la distancia a recorrer era considerablemente mayor y, por lo tanto, también su duración. El arreo de ganado era una tarea difícil que requería de una técnica y una organización de trabajo muy precisa. La técnica en sí, aunque aparentemente sencilla, era dificultosa en su realización. Se trataba de hacer marchar el ganado evitando que se dispersara y, a ese fin, el personal que lo conducía se dividía entre quienes marchaban delante del rebaño señalando el rumbo e imponiendo el paso de marcha, quienes vigilaban los flancos evitando que se dispersara el ganado, y quienes desde atrás presionaban la manada para evitar que quedasen animales rezagados. El paso de marcha debía ser lento, a fin de no fatigar en exceso a los animales y permitirles que mientras se desplazaran pudieran alimentarse. Las jornadas de marcha se alternaban con períodos de descanso, a fin de permitir al rebaño abrevar y alimentarse, evitando la marcha durante las horas más cálidas y, por lo tanto, más agotadoras. Durante la noche, si se disponía de majadas o corrales, el ganado se encerraba en ellas y, en caso contrario, se mantenía pastoreando, lo cual hacía que la jornada de trabajo se prolongase durante las veinte y cuatro horas del día.

Para aclarar cómo se conforma la tripulación de un arreo nos apoyaremos nuevamente en las *Crónicas de Apure* (p. 196) de Julio Sánchez Olivo:

Una cosa es ser «puntero» y otra «cabrestero»; o cabestrero, como se dice castellanamente, pero para nosotros los llaneros es «cabrestero». El cabrestero va adelante del ganado, como un guía (...) y siempre cantando; y luego lo siguen los punteros, que son dos, uno a cada lado de la cabeza de la madrina de ganado; detrás de los punteros van los contrapunteros y siguen a estos el resto de vaqueros, que van rodeando el ganado, sin nombres, a excepción de los que van detrás del ganado, que se llaman los «culateros» porque van en la culata del ganado. Para cabrestero se selecciona a un hombre nadador y con mucho coraje, en un caballo también nadador, porque a él correspondía obligatoriamente lanzarse al agua la cabeza del ganado cuando había que atravesar un río.



Simón Solís, por su parte, comentaba que para poder realizar los apartes y conseguir arrear efectivamente al ganado que se deseaba retirar, no era posible hacerlo hasta tanto el caporal no consiguiera penetrar con su caballo y confirmara que estos no se dispersaban:

«En el rodeo, ahí reventaba el ganao. Ahí a veces se prendía el sogueo, porque hasta que el ganao no se aquietaba, tú no lo ibas a mové, hasta que el ganao no daba el punto de aparte, hasta que el caporal no se metiera dentro del rodeo, ahí se metía el caporal pa've si el ganao estaba quieto o no. Si el ganao decía a reventá otra vez, él salía de adentro el ganao, ahí decían los llaneros a enlazá pa'regresálo. Cuando el ganao ya obedecía, que el caporal se les metía adentro y el ganao no reventaba, entonces movías el ganao, se volvían a poné esos bueyes a'lante y el ganao se iba atrás de esos coño'e madres. Iban tantos pa'un lao y tantos pa'l otro [los llaneros]. Esos están cerquitica ahí y cuando vas a mové el ganao, se van detrás de los bueyes. El ganao se compartía de esta manera: la tripulación, iban los bueyes en la cabeza. Arranca el cabrestero con los bueyes atrás y ahí van los punteros, traspunteros y atrás los culateros, donde iba el caporal. En el arreo, a veces salía el ganao pa'lante, de patrás, casi nunca reventaba el becerro, reventaba el ganao grande, maute»

A los lados de esta formación prolongada de animales se encuentran los punteros, seguidos por los contrapunteros o traspunteros. Dependiendo del número de animales que se está arreando, estos son los encargados de resguardar el rebaño que avanza por los costados para impedir que alguna



res rompa el arreo o se desordene la marcha. En la parte de atrás vienen empujando o alentando a los animales los culateros. En esta «culata» se coloca el caporal y desde allí supervisa y emite órdenes para conducir el arreo en un momento dado o para la captura y reincorporación de algunas reses que se salga. Es frecuente, especialmente cuando se trabaja con ganado muy arisco como era el criollo, que se produzcan casos en los que los animales rompen del grupo en medio del avance. Es la tarea del puntero, contrapuntero, traspuntero o culatero, ubicado en el sitio respectivo, salir tras ella para interceptarla y retomarla al grupo. Si esto no ocurre, porque la res alcanza a tomar cierta distancia o se espanta a gran velocidad, se debe enlazar; si la misma res rompe en numerosas oportunidades, algunos caporales dan la instrucción de reincorporarla al arreo nariceada. Cuando se produce la salida de uno de estos punteros, es misión de los que quedan distribuirse de tal modo que puedan cubrir su sección en el arreo. Recordaba Ramón Bartolo Núñez que si un animal reventaba hacia adelante en pleno arreo y debía perseguirlo el puntero, uno de los traspunteros pasaba a ocupar momentáneamente su puesto mientras se recuperaba la res: «En caso que el puntero saliera, tenía el traspuntero que cubrí la cabeza del ganao rápido, ser puntero, porque si el gana'o se iba por usted salíse, lo culpaban a usted, el caporal lo culpaba a usted, el encargado le formaba a usted un lío porque usted es el responsable». Simón Solís completa:

«Si acaso allá adelante reventó una res, los que van adelante no les toca enlazá-la, los de adelante no enlazan, enlazan los culateros. Si le revienta una res contra el cabrestero, el puntero



puede enlazar esa res, le toca, pero el compañero tiene que tapale el puesto rápidamente, movése pa'llá porque si no el ganao va a seguí reventando»

Presenciar un arreo en el Llano, no importa lo grande que sea, constituye un auténtico privilegio para el observador ya que se trata de una escena muy emocionante. La gigantesca masa de cuernos que conforma el rebaño pareciese marchar con parsimonia como un solo cuerpo siguiendo el paso que marcan los bueyes cabresteros y en absoluta armonía con las tonadas y el mugir de los animales. En resumidas cuentas, una hermosa reliquia viviente.

La tirada del ganado

Una de las actividades más emblemáticas del Llano es el paso de ganado a nado o «tirada» del ganado en los ríos y caños en el marco de los trabajos. En lugares lejanos y remotos de los hatos es frecuente, especialmente en invierno, que en pleno arreo o en cualquier expedición a caballo, los llaneros se vean forzados a cruzar un cauce de agua como un caño, tirando al ganado y pasando ellos a nado junto a sus caballos. Todavía se puede ver esta hermosa faena, dado que son escasos los puentes, aun cuando ahora existen chalanas y balsas en ciertas zonas. En cambio a la hora de cruzar ríos grandes de profundo caudal —operación que si no se ejecuta correctamente puede representar la pérdida de animales—, se realiza de forma organizada en los llamados «pasos» o «pasaderos» preestablecidos, que ofrecen todos los servicios asociados a esta actividad y donde

incluso se utilizan todavía los «bueyes de agua» para calmar al ganado y guiarlo en pleno nado evitando que se disperse y se ahoguen reses. Sobre los bueyes «madrineros de agua», dice Cabrera Sifontes en *La Rubiera* (p. 224):

Son los guías y veteranos del río. Son animales grandes, de vistosas pintas, negras, blancas, coloradas y de todas partes se ven. El ganado los sigue. Están entrenados para atravesar el río en ambos sentidos. Juzgan instintivamente la fuerza de la corriente, y como saben a cuál paso deben salir al frente, caen al río nadando corriente arriba por la orilla, hasta atravesar en el centro del poderoso empuje del agua, que los ayuda a formar entonces una curva armoniosa que remata exactamente en la salida deseada. Los bueyes van adelante. El ganado se va estrechando, «ajilándose» por una manga de llaneros para evitar que lleguen amontonados al río. Los madrineros caen al agua como profesionales, el ganado los sigue y en todo momento está marcada la gran curva de animales a nado compensando la fuerza de la corriente.

Como vimos, en épocas anteriores y en algunas zonas remotas en la actualidad, las gandolas para transportar las reses —dadas las dificultades geográficas características del Llano, así como la mala vialidad— no logran llegar directamente a los hatos para cargar el ganado. Para estos casos se dispone de lugares que cuentan con acceso vehicular y se conocen como «embarcaderos de ganado» o sitios de embarque, a los que sí pueden acceder las gandolas o camiones para trasladar las reses a los mataderos situados en el centro del país. Para llegar hasta estos sitios, muchas veces con ríos y ca-

34 En compañía de Juan Andrés Mibelli comprobamos el uso que se continúa haciendo de estos bueyes en los arrees de ganado que salen de la población de Elorza para pasar los ríos de la zona. Se utilizan mayormente en invierno, cuando los ríos están crecidos, y cuando se manejan más de cien o doscientos animales, partiendo muchas veces el ganado en dos lotes o dos cruces.

ños de por medio, se podía contratar el servicio de bueyes³⁴ de agua entrenados y acostumbrados a cruzar agua con total tranquilidad mientras guían al ganado, impidiéndole dispersarse o ser arrastrado por la corriente, tal como nos decía Ramón Bartolo Núñez:

«Salíanos en la mañanita a mover el ganao pa'l otro lao (del río), pero ahí habían bueyes que los arquilaban de ahí. La gente ahí tenían bueyes, no de nosotros, que los arquilaban pa'zumbá er ganao pa'llá, buey de agua que llaman. Esos bueyes en la mañanita los zumbaban a'lante y atrás ese chorro de ganao y había una gente de nosotros ya puestos pa'l otro lao del río, los otros se quedaban empujando, los bueyes iban a'lante nadando y ese ganadero atrás y una canoa por aquí, y otra canoa por allá, atajando el ganao que se enderezara del agua, entonces ese ganao salía allá vez, sacudiéndose las orejas, nosotros los agarrábanos ahí»

Simón Solís nos habla sobre estos cruces de ganado con bueyes de agua:

«El Apure tenía por Palmarito bueyes de agua, por Guasidualito, y por Suripá, por el paso de Suripá. Esos bueyes se contrataban pa'que el ganao nadara detrás de ellos. Usté llegaba y paraba el ganao de la costa el río ¿verdá? Y pasaban los bueyes pa'este lao, par lao del ganao, y los bueyes solos se le metían al ganao y decían a caminá dentro el ganao. Cuando les gritaban ¡al agua buey!, esos bueyes arrancaban y le caían al río sin ná, pa'lante, y el ganao iba atrás, y los bueyes lo guiaban. Habían unos canoeros, siempre se ponían pa'l lao de abajo por si una res se desviaba del lote. Eso era bonito esa vaina, ver esos bueyes nadando. Allá en Suripá había un buey barroso, que se paraba en la mitá er río a bramá y seguía otra vez nadando pa'fuera, como llamando al ganao, llamándolo que lo siguiera, ese bicho era como la gente»



Una figura extinta antes protagonista en estos «pasos», tal como aparece en *La vida en los llanos de Venezuela* (pp. 321 y 322), es el «cabrestero de agua», una persona capacitada y con un caballo bien entrenado para atravesar ríos y caños mientras guiaba a los animales en pleno nado hasta la otra orilla:

Dos hombres completamente desnudos, y montados en dos fogosos caballos en pelo, encabezaban el movimiento metiéndose los primeros dentro del río entremezclados con el ganado, que era así animado a nadar (...). La tarea de estos intrépidos llaneros es verdaderamente pavorosa, y sin embargo, van al trabajo y cumplen su deber con voluntario entusiasmo y con una perfecta indiferencia por las cosas que los rodean. Lo mismo podría decirse de los nobles corceles que comparten con ellos los peligros del río, que desempeñan al mismo tiempo el papel de puentes flotantes para los hombres, y de señuelo para el ganado durante el paso. Su poder de resistencia en este caso es la cosa más sorprendente, porque no se les permite ni unos cortos momentos de reposo cuando tocan tierra, manteniéndolos en continuo movimiento durante todo el día.

En estos pasos, pasaderos de ganado o «tiraderos de ganado», muchas familias prestan este servicio desde hace generaciones: tienen sus canoas, curiaras, chalanas o balsas, además de corrales donde se confina el ganado de un día para otro mientras llega el momento de realizar el cruce, incluso pueden tener una madrina de bueyes de agua. El caporal es quien paga en esos pasos cuando se contrata este servicio. La maniobra es la siguiente: cuando el ganado llega arreado hasta la orilla del río se le colocan por delante los bueyes —pueden ser también vacas viejas veteranas, tal como observamos en un paso sobre el río Portuguesa en Camaguán—, que emprenden el nado

seguidos de cerca por los demás animales. Cuando existía el «cabrestero de agua», él arrancaba nadando por delante del ganado cantándole o llamándolo para que lo siguieran como nos lo contó Simón Solís:

«Si era un caño pequeño y no había paso, había que tiráse con el ganao. Había los caños grandes, tenían sus canoeros, sus vainas pa'pasá ganao. Los caños ahí el que le tocaba primero caéle al agua era el cabrestero y ahí iba er ganao atrás y ahí iba esa otra gente. El cabrestero no trabaja casi, ese iba por to'el camino tranquilo. Mi hermano era cabrestero, era cabrestero de agua, pero era muy embustero. ¡Ese si era cabrestero! decía que su caballo podía nadá hasta cinco kilómetros por el medio del río, eso era embuste, ni que fuera un búfalo, un caballo no nada tanto»

Además intervienen en la faena un par o más de canoas con el propósito de colocarse a los lados de la fila de ganado mientras cruza, para garantizar que no se desvíe del rumbo y no se forme un remolino de animales, algo que es frecuente cuando las reses se desorientan. Cuando esto ocurre, los canoeros apalean el agua para obligar a las reses a retomar el rumbo hacia la otra orilla. Si alguna res se extravía, la toman por la cabeza y la cola en paralelo a la embarcación y la llevan hasta el otro lado. Tal como nos contaba Solís:

«Y lo mismo decían del río Apure, cuando no había la chalana en Suripá, y por Las Mangas, por Palmarito era un tiradero de ganao. Ahí se usaban seis, ochos canoas, pa'ayudá a enderezá el ganao pa'que saliera por el paso, por to'el paso, entonces los bueyes sí salían completo. En las canoas iba el patrón y iban dos o tres jodíos por cada canoa, ayudando, cualquier bicho que se fuera agua abajo, que lo dominara el agua, uno le agarraba la cabeza y el otro le agarraba el rabo y lo remontaban pa'lo seco. Le hacían bulla con las palancas ajílan, sobre todo era pa'ayudá algún bicho que lo dominara el agua»

Para pasar a los jinetes y sus caballos muchas veces no se cuenta con apoyo de canoas o embarcación alguna, de manera que deben nadar al lado o sobre sus caballos en plena travesía, durante la cual se acostumbra colocarse la silla y los demás aperos en la cabeza e ir nadando con el caballo al lado guiándolo por medio de la falseta o cabestro. Simón Solís lo narra así: «Cuando se aborda a mano con el caballo, la falseta va en la mano y la silla en la cabeza y al lado va el caballo nadando. El llanero va nadando con su caballo apareao y su silla la lleva en la cabeza pa'que no se le moje». Ahora, en el caso de los «pasos» prestablecidos o si el caporal dispone que los espere una canoa en el sitio indicado, los caballos se pasan mediante una técnica conocida como «abordaje»: los llaneros, al llegar a la orilla, se apean de sus caballos, los desensillan y les quitan todos los aperos excepto el bozal y la falseta; embarcan las sillas y demás aperos en la canoa y embarcan ellos mismos, aún con la punta de la falseta en mano, y cabresteando a los caballos los halan para que se internen en el agua dirigiéndolos desde la canoa mientras van avanzando hasta la otra orilla, como nos indicaba Ramón Bartolo Núñez:



«Muchas veces adonde no había auxilios de canoa uno tenía que zumbáse en el lomo del caballo nadando y hay veces que uno dejaba el caballo solo y se iba pareao del caballo también nadando, usté tenía que salísele de arriba del caballo pa'no trastornálo. Donde había curiara, el llanero iba en la curiara con su caballo nadando alado y la silla embarcao en la curiara»

Antes de pasar el ganado cruzan unos peones con sus caballos hasta el otro lado para ir ensillándolos y prepararse para recibir y controlar a los animales mientras llega el resto de la peonada. Simón Solís nos contó su experiencia:

«En los pasos grandes en los ríos, el río Apure, el caño Guaritico por Burbereño había que pásalo, utilizá las canoas, había que abordá. Pa'l abordaje tú vas en la canoa y lo vas ayudando al caballo con la falseta, lo vas guiando, pa'que no lo bote la corriente pa'otro paso, pa'que salga por el paso por el que va a salir. Abordaba una gente adelante, un grupo pa'esperá el ganao que saliera y de este lado estaban los otros atrás, lo tiraban [al ganado]. Entonces después abordaban los caballos, quitarle la silla, poné la silla en la canoa, y poné al caballo a nadá, iba el caballo pero siempre lo ayuda la canoa. Porque todo el mundo no es tirador de ganao. Todo el mundo no era canoero, los canoeros de tirá ganao eran especiales como dicen. A veces se ahogaba un bicho, cuando se descuidaban»



La hierra, las señales de las orejas y la capada

La marca del ganado cuando se efectúa en los grandes establecimientos, constituye una verdadera fiesta para el aficionado pueblo del Llano; todos demuestran el mismo gran interés que cuando asisten a una gran corrida de toros, la antigua diversión de los descendientes de Pelayo, el Cid y otros héroes de igual celebridad. Por es la primera, la hierra, como este salvaje espectáculo es llamado, con todos sus incidentes y peligros, todo su ruido y faenas, es quizás la mayor fiesta de esta naturaleza que ha podido ser inventada para el entretenimiento y ejercicio de raza tan caballeresca. Es indudablemente una de las escenas más bravas que puede haber en las llanuras, y una de las que más placer me produjo por la variedad de incidentes que la acompañaron.

Ramón Páez, *Escenas rústicas en Sur América*

En el Llano, la propiedad del ganado es lo más importante y se demuestra en el hierro y en su consiguiente empadronamiento. La hierra ha representado siempre el sello indiscutible del individualismo y la propiedad en el campo y, de alguna manera, ha sido la práctica inseparable que ha acompañado a los hombres y mujeres que forjaron nuestros primeros hatos y el punto de partida para el desarrollo ganadero que evolucionó hacia lo que ha llegado a ser hoy día. Las miles de cabezas de ganado que a mediados del siglo xvii se afirmaba existían en el Llano, acabaron originando un enfrentamiento entre los individuos que vivían de una economía de subsistencia y los primeros dueños de hatos, comercializando, entre otras cosas, ganado a baja escala. Esto ocurre porque los segundos, apoyados en las reglamentaciones conocidas como las Ordenanzas de Llanos, consiguieron legitimar su rol

de amos y señores, pasando a ser la apropiación de los ganados y caballos el elemento clave de este orden. Manuel Pinto C. en *Un censo ganadero de 1971* (p. 23) afirma que «Cuando nuestros recién hechos criadores se entregan a los prosaicos e inofensivos quehaceres del nuevo oficio, lo hacen llevando en las manos dos instrumentos de beligerancia: hierro y fuego, como si su verdadero propósito fuera el de lanzarse a una de las arriesgadas correrías de su anterior ocupación, y no el de reducirse a practicar las sosegadas tareas de una pacífica empresa».

Durante la colonia, el hierro representaba el blasón de señorío, un símbolo de impoluta honradez, identificación de sangre y un mandato de tradición; hoy es un símbolo de prestigio para las ganaderías de recría y una de las formas para demostrar que se tiene propiedad sobre los semovientes. Es la actividad fundamental de los trabajos de Llano o vaquerías, planificada para la entrada y salida de aguas, y tiene el objetivo primario de evaluar los resultados de parición obtenidos, es decir, la cantidad de becerros que se alcanzó a producir en el año.

Desde sus inicios, las provisiones impuestas por la Gobernación de Venezuela como responsable de «los pueblos de España» para establecer lo que debían hacer los ganaderos para registrar sus ganados y evitar que se produjeran prácticas deshonestas fueron claras y contundentes, tal y como lo apreciamos en un viejo documento del Consejo Caraqueño que aparece en un acta de 1596, transcrita en *Hierra* (p. 75) de Alfredo de Armas Alfonzo, donde se lee:

Es solicitud de que se mande a los propietarios de «ganados mayor y menor» para que traigan y manifiesten ante el escribano del hierro y señal que hierren en los dichos ganados; y dellos y de las dichas señales dejen un tanto puesto en el libro del cabildo por mano del escribano dél, respeto de que en todo tiempo conste el hierro y la señal que cada uno haze y tiene, atento que ay algunas señales y hierros que sifran unos con otros y de ellos resulta[n] pleytos y diferencias; y los que así sifren los manden diferensiar guardando a cada uno la antigüedad del hierro y señal que tiene, porque de lo contrario resulta lo que é dicho, y con esta diligenssia se escussa; y si alguna persona nuevamente hicere hierro, se le mande, ante todas cosas, sea conferido con los demás que estubieren en el dicho libro de cabildo para que se haga con diferenssia dellos.

A diferencia de los trabajos de antaño, en este caso los rebaños ya no tienen ganado adulto orejano ni reses cimarronas, por lo que el trabajo es bastante más sencillo y de mucha menos exposición, sin embargo, eso no quiere decir que uno está a salvo de la agresión de alguna vaca brava a la que le preocupe lo que le están haciendo a su becerro. Gastón Carvallo en *El hato venezolano 1900-1980* (p. 46) describe una escena de hierra maravillosamente bien:

Al llegar el ganado a la unidad de producción, a la cual pertenecía, se separaba aquel que iba al mercado del resto de los machos, que eran dejados en libertad en las sabanas del hato, y de las vacas paridas y becerros, los cuales se llevaban a los corrales para proceder a la identificación de la cría (...). Para realizar la hierra y el señalamiento, se procedía a enlazar los becerros, a derribarlos e inmovilizarlos, lo cual se conseguía manteniendo la cabeza fija contra el suelo, pasándoles su propio rabo por las patas traseras, para impedir que se parasen. Una vez inmovilizados se les hacía la señal característica del hato en las orejas con un cuchillo y acto seguido se les estampaba el hierro. Identificado el becerro se le pasaba al corral vecino para que se reuniera con su madre. De acuerdo con el personal disponible y con el número de becerros y de hierros con los que se contaba, se podían faenar varios becerros en forma simultánea.

La marcación del ganado orejano, que se hace con un hierro al rojo vivo aplicado directamente sobre el cuero del animal, es realizada una vez que la res ha podido ser controlada y asegurada en el suelo. De esta práctica deriva el vocablo orejana, que equivale a «oreja sana», usada para la res que no ha sido señalada con un corte en la oreja. Cuando se trabajaba en la sabana, se tenía que llevar la cuenta de lo que se iba herrando. En el Llano, cuando no era posible identificar el hierro, bien por estar borrado, porque fuera alterado ilegalmente —lo que se conoce como «cachapeado»—, porque los animales se hallaban a distancia o reunidos apretados en el rodeo, se practica una marca mediante un corte o perforación a cuchillo característica en una de las orejas. Estas señales, que tienen una forma y ubicación distintas, son particulares de cada propietario y así son registradas en los catastros de hierros y señales; todavía continúa siendo una práctica frecuente en algunas regiones llaneras por lo útil que resulta. Entre las marcas empleadas están las siguientes: Oreja Natural, Agujero, Arpón, Boca de Cangrejo, Bocado, Bonete, La Cruz, Hachuela, Hoja de Higuera, Hoja de Parra, Horqueta, Levado, Martillo, Media Puerta, El Peine, Piquete, Punta de Lanza, Tarabita, Tronza o Tronce y Zardillo, que a pesar de no ser muy conocidas, son fácilmente reconocibles por su forma y se aplican en una oreja determinada de acuerdo al sexo, por ejemplo: la «Tarabita» en la oreja derecha era para identificar a los machos y el «Bocado» en la izquierda era para las hembras. Fernando Calzadilla en *Por los llanos de Apure* (p. 35) explicaba algo similar en el caso de la faena del herraje:

Una vez señalado el becerro, viene el herrador, plantándole el hierro por lo general en el izar del lado derecho si es macho, o en el anca del mismo lado si es hembra; eligiendo este lado porque en la coleada del animal cae más fácilmente por el lado contrario. Presentando este al hierro; otra razón de herrar de un solo lado es, para más tarde, cuando se trate de revisar a un ganado, el revisador lo haga colocándose del lado del hierro y haciéndolo desfilas en su presencia.

En *El llanero* (pp. 40 y 92) se explica que la operación de la marca o hierro se hace anualmente cuando se ponen en libertad las vacas del ordeño junto con sus crías, después de haber estado dando leche en la quesera durante seis meses, para no volverlas a apresar hasta el año siguiente, cuando vuelvan a parir. Entonces es cuando el ganado pequeño es herrado y señalado. Y haciendo referencia a los tiempos pasados: las reses no marcadas en las orejas por medio del hierro en el costillar o en el anca derecha se consideraban bestias realengas a las que cualquiera podía echarles el lazo y llevárselas a su casa. Esto lo denominaban los cabildos *res nulliums*, en el estilo erudito de las leyes, y orejanos, el vulgo de la lengua vernácula.

La falta de cercas en los hatos llaneros facilitaba el paso del ganado de una a otra propiedad. Si las cabezas llevaban los hierros, la marca de sus propietarios, eran devueltas, con las excepciones, como se expresa según Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 77), de quienes la honradez no les honraba. En el caso de que se tratara de cabezas no marcadas se consideraba que pasaban a ser propiedad de quien se hiciera con ellas y les impusiera su hierro. Esta operación de recogida de las cabezas sin dueño determinado que corrían o pacían en la sabana, recibía el nombre de cachilapeo.



Ya cuando se tiene la madrina dentro de los corrales arreada desde la sabana, se realiza el «desmontrecado» que ya mencionamos y que tiene por finalidad separar a los becerros de las vacas. Los becerros son separados de sus madres cuando se destetan, cuando se requiere pasar las vacas por la manga para poder trabajarlas evitando así atropellar a los becerros o cuando estos se hierran y se les practica el señalado de orejas. Eso lo vimos hacer en algunos hatos donde los llaneros a caballo enlazaban dentro de los corrales a los becerros para apartarlos.

Una vez establecida la propiedad de las reses por los hierros y las señales de las orejas registradas para cada hato, se procedía con el inventario y el herraje correspondiente de todas las crías destetadas para ser incorporadas al rebaño. La «capada» o castración a cuchillo de los toretes era una práctica común por la imposibilidad de separar, por ausencia de cercas, a estos animales del resto del rebaño de cría. Esto convertía a los machos jóvenes en novillos manejables y a los peligrosos toros adultos en mansos «torunos», como se les llama a los bueyes que han sido castrados tarde. Simultáneamente, junto con la capada, por lo general se practicaba el destoconado a las reses que representaban un peligro para el llanero y su montura.

Ramón Bartolo Núñez nos contaba cómo se desarrollaba la jornada de herrada una vez que los becerros, sus madres y algún otro «bicho orejano» que se hubiese podido capturar se encontraban dentro de los corrales del hato al día siguiente de que llegasen de la sabana con los arreos.



«En la sabana no se comía nada desde la mañana, el café na'más, ese tiempo no es como ahora que uno si no sale con la arepa se pone bravo. Ese otro día en el hato, en la mañanita, nos parábanos porque teníamos el ganao encerrao. En la mañana cuando tomamos café, vamos pa'l corral, los veinticinco hombres cada quien con su cabo'e sogá, dispuestos a herrá o a capá los toros. El hato usaba cincuenta barreadores. Cincuenta barreadores, cincuenta becerros barreaos, esa era la primera tanda. Los ponían así por fila, en hilera, y después de barrearlos es que los iban a herrá. Decía el encargao: ¿Hay cincuenta becerros barreaos? ¡Bueno vamos a herrá muchachos! Los hierros estaban en la costa de la palizá con leña y un viejo estaba ahí atendiéndole a los hierros: ¡Viejo, traiga el número tal! Después de herrá los becerros, otra jornada en los corrales, íbanos a capa los toros. Los enlazábamos con un cabo'e sogá corto, cada pareja con su toro. El oficio era por pareja: uno lo enlazaba y el otro lo coleaba, eso se llamaba a capela, que no había manga. Ese era por ejemplo, los toros estaban en el corral, uno en la puerta'e tranca, tumbando tranca. Le abrías la puerta'e tranca y pasaban uno por uno. Estaba cada coleador frente cada enlazador, cada coleador frente a su compañero. Cuando salía el animal, si yo lo amarraba y usté coleaba conmigo, usté brincaba pa'l lao mío, tumbamos el toro, le amarrábamos las patas, llegaba un viejo cuchillero, lo capaba y quedaba capón. Listo, venga otro. Si había cachito, destocónábamos. En la manga de gente, si tú pelabas un bicho aquí, el otro enlazador no lo pelaba, el bicho no se iba, era como una fila, el tumbador de tranca estaba ahí... Los toros se capaban con cuchillo»





En la obra de Ramón Páez *Escenas rústicas en Sur América* (p. 183) se narra con emoción y realismo cómo era ejecutada esa faena de la herra en una majada:

Entretanto los hombres preparaban sus lazos y se colocaban según su fuerza y habilidad, mientras los muchachos encendían un vivo fuego en un seguro rincón de la majada, donde calentaban al rojo los varios hierros que debían usarse (...) dos o tres hombres penetraron sin miedo al corral con gran peligro de sus vidas, o por lo menos de sus cuerpos, porque las madres siempre están dispuestas a defender sus crías; y procedieron a sacar fuera los recenales por medio del lazo, aunque sin que se resistiesen obstinadamente, en tanto que las vacas se oponían formidablemente hasta el punto de tener que rechazarlas a fuerza de garrocha por peones encaramados en las cercas. La lucha no duraba mucho: el becerro dominado por el lazo, y estimulado por la cruel torcedura de la cola, brincaba hacia adelante hasta el lugar de la herra. Al pasar la línea, uno o dos de los pilletes le agarraban el rabo y le daban de tirones y vueltas hasta tumbarlo; se le quitaba el lazo y el peón corría de nuevo al corral a buscar de otro. Cuando ya había asegurado un cierto número, un hombre daba la vuelta con el hierro, y en poco tiempo quedaba el lote marcado.

Los llaneros que vivieron esa época afirman que el hierro queda mucho mejor marcado si se trabaja con el animal inmovilizado sobre el suelo, ya que permite aplicarlo con más seguridad y firmeza que cuando es marcado dentro de la manga, donde el animal está parado y puede moverse. En cuanto al señalado de orejas que va siendo reemplazado por el tatuaje, tuvimos oportunidad de verlo practicar en el hato Masaguarito, en Las Galeras de El Baúl, estado Cojedes, donde unos llaneros resguardaban por los lados a unas vacas paridas en un paradero, mientras otros a caballo enlazaban a los becerros y los iban halando hasta una distancia prudencial fuera de ese rodeo de vacas y los colocaban maneados o amarrados por las patas en fila para señalarles con un cuchillo las orejas.



Faenas, técnicas, destrezas, implementos y personajes en las vaquerías

Y así, con la comezón del canto en los labios, llegaba a un hato aunque también con la soga a los tientos para arrimar al trabajo que allí se estuviere haciendo, y eran corridos y galerones hasta el hilo de la medianoche, los tiempos de vaquerías.

Rómulo Gallegos, *Cantaclaro*

Aquellos que no han tenido oportunidad de experimentar cómo es un trabajo de Llano o vaquería en un hato, deben ser conscientes de que quizás esa sea la operación de mayor relevancia de todo el año de trabajo. En ella se evalúa el resultado económico del período, que se mide sobre el número de becerros destetados, lo cual determina cómo se va a premiar el esfuerzo del equipo de llaneros. No es una labor convencional ni sencilla de llevar a cabo, a pesar de las comodidades que hoy día ofrecen las nuevas instalaciones y las prácticas modernas. La planificación debe ser minuciosa, las tripulaciones de llaneros se organizan de antemano y el caporal establece con precisión qué responsabilidad se le asignará a cada uno de ellos. Los llaneros de los hatos vecinos que vendrán a colaborar deben tener previsto el sitio donde llegarán a «colgar» sus chinchorros y la despensa de la cocina deberá estar debidamente aprovisionada para recibirlos. Los corrales deben ser reparados y acondicionados con suficiente antelación de manera que las puertas, bretes y demás instalaciones funcionen a la perfección. El transporte que se llevará las reses de descarte y los animales de cosecha deben estar cuadrados para no tener que encerrarlos nuevamente y los caballos deben estar en óptimas condiciones, así como todos los aperos de montura, particularmente las sogas, las cuales deben estar a punto. Cuando todo está listo es cuando se puede dar inicio a este emocionante proceso.



El arrebiate de la sog a la cola del caballo

Madrinas y puntas de ganado conducidas de un extremo a otro de la vasta región de sus andanzas, producíanle el placer de las jornadas lentas a través de la desierta inmensidad de la sabana, de los pacientes reposos de los sesteaderos, de las noches a la intemperie de las majadas, con coplas y contrapunteos de cuentos inverosímiles entre los peones que lo acompañaban.

Rómulo Gallegos, *Cantaclaro*

Una vez que un caballo ha sido amansado, repasado y ha comenzado a aprender cómo trabajar con

35 Dentro de la práctica del arrebiate, cuando el llanero consigue enlazar una res a toda carrera, es decir, un lazo efectivo, el mecanismo que emplea es, valiéndose de la fortaleza del caballo para detener o suspender la fuga de esa res, colocar a su caballo (previamente entrenado) en la posición correcta para soportar el templón que producirá el animal enlazado sobre la cola del caballo y evitar que sufra (se malogre), pierda el equilibrio y caiga. Todo esto depende de las circunstancias y del tamaño del animal enlazado.

ganado —que como dicen los llaneros: es un caballo «enseñao»— se le acostumbra a que, entre otras cosas, el jinete pueda tramolearle desde arriba una sog a y, más importante aún, que pueda llevar una sog a arrebiatada o atada a su cola, donde se le enseña además a recibir el templón³⁵ cuando se enlace un toro. Luego de varias temporadas en los trabajos de Llano, este caballo, que ya cuenta con un entrenamiento en todo lo referente al trabajo con reses mediante el empleo de la sog a arrebiatada, pasa a ser lo que se llama un caballo «cosario» que, como hemos dicho en secciones anteriores, es el que mejor responde al jinete cuando se emprenden lances con el ganado. Ramón Bartolo Núñez nos dice: «Un caballo cosario es el que, ya le metas freno y puedes contá con él en cuarquiera cachilapera, porque es un caballo que te va a respondé, porque ya está adaptao ar trabajo'e Llano».



Para ilustrar qué es el arrebiato nos apoyaremos en la explicación de Luis Agosti (p. 183):

Los vaqueros mexicanos y norteamericanos acostumbran, cuando enlazan a una res, hacer firme su extremo del lazo en el borrén de la silla; los venezolanos, no; estos tejen en la cola de su caballo lo que llaman una «crineja», y es a ella, a los mismos pelos de la cola de su caballo, a donde sujetan el lazo con un nudo; como resultado, cuando la res enlazada llega al extremo del lazo y este se tensa, el caballo recibe un tremendo tirón que nos parecería suficiente para arrancarle el espinazo de golpe, pero por lo visto no es así, sino que el jinete, en cuanto enlaza, vuelva el caballo, de modo que quede con la grupa hacia la res enlazada y así no ser derribado, pues el caballo, por la fuerza de la costumbre, ya se afianza y prepara para el tirón.

Este entrenamiento se inicia en los corrales enlazando mautes o animales más jóvenes, y en él se acondiciona al caballo para que instintivamente se prepare para el momento del templón. Esto se hace volteando el caballo para que quede en la dirección correcta y no se haga daño o resulte derribado el jinete. Rafael Simón Pacheco nos explicó cómo se tiene que colocar al caballo para evitar accidentes: «Cuando uno enlazó la res, el caballo nunca lo puede dejá uno atravesáo porque se lo tumba, si uno enlazó la res de travesía no puede quedá atravesáo, tiene que cuadrá el caballo de culo, que del templón se llevan algunos caballos a rastra».

El término «arrebiato» y el acto de «arrebiatar», tal como se conoce entre los llaneros venezolanos, representa una deformación de la palabra «rabi-atar» o «atar por el rabo». En *Doña Bárbara* (p. 256): «El verbo venezolano se usa con doble régimen, y no es exactamente lo que Academia entiende por “rabiatar” (atar por el rabo), sino reatar un animal a la cola de otro para obligarle a seguir su camino,



como se entiende en Honduras y Colombia». Existen diversas formas para arrebatar la soga a la cola del caballo; la más utilizada es cuando la soga se amarra directamente a la cola del caballo introduciendo el dedo índice en el centro de la cola para dividir entre dos mitades las crines a la altura de donde terminan las vértebras y entre esa división se introduce la punta de la soga para que mediante un par de nudos apretados quede firmemente asegurada. Otra fórmula es la que se conoce como «crinejar», que simplemente consiste en tejer la cola de los caballos en forma de crineja para amarrarle la soga con seguridad y cuyo principio se puede aplicar también en caballos que luego de trabajar tantos años con la soga arrebataada terminan «tucos» o «chucutos», al haber perdido muchas cerdas de la cola tras los repetidos templeones. En estos casos se emplea cualquier tipo de fibra vegetal local —como la llamada «palma cachorra», según nos comentara Juan Andrés Mibelli— para confeccionar sobre la cola desprovista de pelos una crineja que permitirá atar la soga. La otra técnica se conoce como «mano'e pílón» y se usa en casos de emergencia, cuando se requiere armar un nudo rápido para resolver una situación y disponer del arrebiate: se doblan las cerdas de la cola hacia arriba y utilizando ese doblez se practica el amarre con un nudo parecido al de colgar un chinchorro. Cuando el caballo tiene demasiado pelo en la cola se hace difícil realizar bien el arrebiate, por lo que se arrebata la soga solamente a una sección de la cola, dividiendo los pelos para dejar por fuera una sección y arrebatar la soga al resto. Hay veces que la cola presenta un nudo difícil de desenredar al que llaman «chicuaco», mencionado al hablar de los brujeadores; en esos casos se practica un amarre alrededor de este nudo usándolo como tope y queda la soga arrebataada.



Ramón Bartolo Núñez afirma que el largo de la sogá es la clave del arrebiato. Al tener la sogá la longitud adecuada —entre veinte y veinticinco brazadas, y en ello coinciden algunos llaneros como Oscar Ramón «Morocho» Tovar, quien aprendió a trabajar en Merecure, en el Cajón de Arauca, y Cecilio y Manuel Álvarez en El Frío, entre el Samán y Mantecal en Apure—, la fuerza que se genera sobre la cola del caballo es mucho menor de lo que se esperaría:

«Cuando ese bicho lo enlazaste, le diste vuelta rápido en tu caballo, cuando sientes el jalón allá, el bicho cae. La sogá es larga, hay gente que usa sogá corta, que más bien es peligroso para uno en el caballo y también para el caballo, del jalón se te puede caer el caballo y le puedes malográ el rabo. Si usas una sogá larga de veinticinco brazás, el caballo tiene más alivio. Eran sogas de veinticinco brazás, eso era lo recomendáo en el Llano. Ahora en el llano hay mucho caballo rencó, tantos mulos rencos, y es porque tienen la maña de que amarran un toro con una sogá corta, ese animalito cuando enlazaron al toro, el animal no tuvo tiempo de acomodáse, mucho caballo queda tuco o queda espaletao del golpe del jalón, o le envainan el lomo porque lleva mucha velocidad (...). Si el toro va bien violento, rápido y la sogá es larga, tienes tiempo de volteá tu caballo rápido. El caballo se acomodó pa'esperá el jalón, el toro cae allá y tú te vas atrás, te vas rápido, lo maneas y lo dejas maneao, y ahí lo llevas al palo y lo pegaste y listo, otra vez recogiste tu sogá y ya amarraste tu bicho»



Si la res enlazada es muy pesada o va a una gran velocidad, la maniobra de voltear al caballo simplemente parado no es la más recomendable, ya que el templón será bastante más fuerte y peligroso. En estos casos la técnica que se sigue empleando es la de «amadrinar la res», explicada ya en la sección sobre el cachilapeo en las cimarroneras. Por otro lado, si se trata de un animal más joven y menos pesado, con voltear al caballo se logra el resultado esperado, tal como nos lo explicó Simón Solís:

«Cuando el bicho va muy violento lo amadrinas un piacito, y se para, voltéas ar caballo y se aguanta. Eso era con un toro, con una vaca grande, un novillo gordo, una vaina grande, un bicho grande. Pero cuando el ganao es liviano no se amadrina, lo enlazas y le clavas el caballo, ese se va a vení de esparda, ¿pa'qué le vas a botá esa otra carrera a ese caballo?, ahí te paras y te clavas y ese va a caé»

Simón Solís, refiriéndose al empleo de la mula para estos menesteres, nos explicó que para los trabajos de Llano no es lo más indicado, ya que la mula es «difícil de entrená o acostumbra pa' trabajá el ganao con la soga arrebiatá de la cola» pues además de ser un animal muy nervioso, «su cola es más delgá que la del caballo y se hace difícil amarrá con seguridad el arrebiato». A manera de anécdota, nos contó Reneldo Ojeda acerca de una mula pequeña que había conseguido enseñar a trabajar con el arrebiato para soportar el templón de un toro grande: «Yo podía hasta coleá en ella. Cuando ella veía que el bicho estaba muy pesao y no se lo podía llevá en seco, metía mano y se ponía a corcoveá pa' que se cayera el bicho».

Juan Andrés Mibelli comentaba que en el hato El Milagro, estado Portuguesa, donde los llaneros utilizan mucho las bestias mulares en los trabajos, se emplea un sistema conocido como la «reata», el cual consiste en amarrar la sogá mediante un sistema de nudos a las argollas de la cincha, al no poder hacerlo en la cola.

Para algunos, esta técnica del arrebiato podría parecer salvaje e incluso inhumana, pero debemos entender que se trata de algo instaurado en el Llano hace muchísimos años más por seguridad que por cualquier otra cosa. En realidad, estamos ante una reliquia viviente genuina cuya práctica todavía seguimos encontrando inalterada y que continúa resolviendo con efectividad situaciones cotidianas en las actividades ganaderas.

La colocación de la sogá y la reserva o el «rollo'e sogá» en la silla

Un día Vicente se puso a engrasar la sogá con manteca de cachicamo, cuando lo vio le dijo: «Te embromaste». «¿Por qué?» —le dijo Vicente—. «Porque engrasaste la sogá con manteca de cachicamo y eso pudre enseguida las sogas, ahora vas a tener que amansar un látigo tieso y grueso y para ti es un trabajón, empezando porque tú no sabes picar una sogá que te quede pareja y tú no eres muy amable para que encuentres quien te la saque».

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Existe entre los llaneros que manejan la sogá arrebiatada o amarrada a la cola del caballo, la técnica de dividir la sogá en dos secciones o rollos interconectados, los cuales van amarrados directamente de la silla y separados por un ingenioso nudo falso o sistema de nudos.

En su quehacer diario, el llanero se traslada siempre con la sogá «pegada» a la parte posterior de la silla mediante una simple argolla o correa conocida como el «soguero», dividida en dos partes. Primero está el «rollo de sogá» o la «reserva» y por fuera de este se encuentra el denominado «tiro de la sogá». El llamado «tiro de la sogá» es la sección de sogá que, a la hora de efectuar la enlazada o arrojar el lazo en medio de la carrera, se lleva en una mano junto con las riendas, mientras que en la otra mano va el lazo abierto, lo que le permite al jinete arrojarlo o tremolarlo —o como dicen los llaneros «tramolearlo»— con seguridad y comodidad. En cambio el rollo de sogá entra en acción cuando la res, ya enlazada, ha corrido una distancia equivalente al largo de la sección de la sogá arrojada o el tiro de la sogá. Cuando la res se aleja consumiendo todo ese primer rollo, se libera el resto de la sogá —o rollo de sogá—, algo que se hace posible dado que todo ha sido amarrado en «falso» o «cagalereao». Para dividir la sogá en estos dos tramos se emplea un sistema de nudos que se ubica entre ambas partes, que se libera justamente cuando es halado por la res que se llevó la sogá en la cabeza o, como dicen los llaneros, se «descagalerea la sogá».

Esto, por una parte, no lo obliga a llevar sino una porción muy pequeña de sogá en la mano a la hora de enlazar, lo cual evita enredos y le proporciona suficiente tiempo para acomodar al caballo para anticipar el templón. Esta sogá es liberada por tramos y se encuentra fijada a la silla mediante un



ingenioso nudo falso que emplea un mecanismo similar al de la cadena. Cuando el llanero se libera del rollo que tenía en la mano, puede entonces voltear al caballo de modo que la cola o el anca queden en la dirección de la res que va a toda carrera y con un suave halón de la sogá por parte de la res, queda libre el resto de la sogá que, al darle más cuerda, reduce de esa manera el efecto del templón sobre el caballo.

Simón Solís nos explicó las partes de una sogá llanera, sus características y el modo de amarrarla o armarla sobre la silla para que en el momento preciso quede liberada su reserva o el «rollo'e sogá»:

«La sogá tiene tres partes: La punta de arrebiatá, el tiro que es lo que se lleva en la mano y el rollo'e sogá que va cagalereao en el anca del caballo con el nudo de la cagalera. Ese rollo de sogá va pegao de la silla con el soguero, una correa que va en el espaldar de la silla, o en una argolla, todo uno más usaba una correa. En la silla cargabas sogá de enlazá, cargas el cabo de sogá de maneá y cargas los pegadores. Tu ensillabas tu caballo, le pegabas la sogá a la silla, tenía el soguero, todo quedaba falso, que no se fuera a amarrá nada, todo era cagalereao, nudo farso».

Ramón Bartolo Núñez, comentándonos sobre el empleo del rollo de la sogá que queda liberado, nos explicó una técnica poco usual que se aplica cuando la res es violenta y no da oportunidad de amadrinarla:



«Usté enlazó la res y prepara el caballo. Si la sogá es larga, tú te puedes acomodá, se suelta el rollo'e sogá, lo que tú llevas en la mano es pa'enlazá er bicho y luego está el rollo'e sogá pegao a la silla con un nudo farso. El rollo'e la sogá ese se despega de l'anca er caballo y el toro lo extiende pa'llá. Ahí mismo que lo enlazaste se despega. Cuando tú ves que el jalón va a sé fuerte, te acomodas o te tiras del caballo y lo agarras alante y esperas que el toro agarre pa'llá»

Los diferentes usos de las sogas en las faenas vaqueras son sinónimo de creatividad y de ingenio. Las técnicas de enlazado pudieran mantener semejanzas con las de otros países de América que también heredaron tradiciones ganaderas, las cuales mantienen sus peculiaridades como resultado del proceso de adaptación que sufrieron de las prácticas originales europeas y por ello deben ser consideradas reliquias vivientes: por su originalidad y por la vigencia que han mantenido a través del tiempo.

La hechura de la sogá

*También te enseñaré a prensar cuero con sesenta y seis estacas,
que es lo que manda para estacar un cuero.*

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Muchos hemos oído el refrán que dice «Más peligroso que un toro cuando se parte la sogá». Si existe un implemento del cual depende la vida del llanero es precisamente la sogá y la resistencia que esta tenga, de ahí el dicho. Con ella se reduce y controla el ganado en la faena diaria con seguridad,



razón fundamental para que sea lo suficientemente flexible para enlazar y resistente para aguantar, sin reventarse, los tirones y templeones de todo lo que se enlace con ella. Emblema de la faena en el Llano venezolano, no existe mayor orgullo para un llanero consagrado que su maestría con el lazo; algo de lo que puede presumir al finalizar la jornada en el caney con los demás peones, y que se ha visto plasmado en nuestro folclore y la literatura llanera. Al llanero de verdad «no le cae un lazo al suelo», su lazo jamás toca el suelo luego de haber sido arrojado.

La destreza en el uso de la soga como herramienta constituye una parte importante de la cultura llanera que se aprende desde muy pequeño y se continúa empleando toda la vida. A pesar de ser muy cotidiano, su fabricación, el conjunto de modos y técnicas de uso, así como los diferentes lanzes para emprender una enlazada y sus resultados, entre otras cosas, son en sí mismos auténticas reliquias vivientes.

El llanero aprendió a utilizar todos los recursos que tenía a su alcance para producir sus herramientas de trabajo, conociendo la fabricación de las sogas que necesitaba para enlazar las reses en la sabana a partir del cuero. Definitivamente se ha preservado la sabiduría asociada a todas estas técnicas, entre ellas las que son producto de la observación, como por ejemplo determinar la tonalidad de cuero que resulta mejor para obtener una soga más resistente, tal como nos explicaba Simón Solís:



«La sogá antes era de cuero. La sogá de nailon salió úrtimamente cuando ya yo estaba grande. Uno buscaba el color de la res pa'picá el cuero y que la sogá saliera dura. El color barcino cachó claro era un color muy bueno pa'picá sogá, el color barroso amarillo era bueno también, el color encerao quemao, encerao pan quemao y el color sardo picure también era un color demasiado bueno pa'sogá, te aguantaban muchos jalones. ¡Era una sogá dura! (...). [y refiriéndose a la edad y el sexo de las reses que se utilizaban para fabricar una sogá] Podía sé de vaca, podía sé de novillo, toro casi no se mataba, se mataba más novillo y vaca, se usaba el centro. El cuero, cuando se pica estacao, se pica por dentro, y comienzas de la mitá del cuero, ahí le abres un hueco y ahí empiezas a sacá la correa, ahí si es verdá que te sale la sogá de puro centro, la sogá buena, te sale parejita, no te sale verija ni marca, te sale por to'el centro. Ahora no sale sogá dura, ahora no hay cuero duro»

Es muy curiosa la observación que sobre el particular hizo Ramón Páez en *La vida en los Llanos de Venezuela* (p. 149) acerca de la calidad de los cueros para fabricar las sogas, la cual tiene mucho que ver con la región donde eran criadas esas reses y el grado de exposición al sol que habían tenido: «Existe una marcada diferencia entre el cuero de las reses criadas en las regiones con sombra de los llanos y las que pastan en los desiertos de Apure. Aunque el de las primeras sea muy grueso, los lazos fabricados con las segundas, expuestas continuamente a los rayos solares, son infinitamente más fuertes».

La medida estándar de los llaneros para cualquier sogá, marota o chicote, cabo de sogá, cabo de látigo, maneador o barreador o pegador es la brazada. Simón Solís nos explica cómo se calcula:

«La brazada son los brazos abiertos, o puedes agarrá el tamaño tuyo, te da la brazada de la cabeza a los pies. Lo que te den los brazos. La sogá normal en el Llano es de veinticinco brazadas, pa' que el caballo no sienta el jalón del toro. Un cabo de sogá es de siete brazadas sirve pa' trabajar en el corral, te sirve pa' enlazar caballos, ese es el cabo'e sogá»

La obtención de una sogá a partir de un cuero de res es algo que requiere de cierta destreza con el cuchillo; Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 86) escribe:

De un cuero de res fijado a un botalón —grueso tronco de un árbol de madera dura hincado profundamente en el suelo —se iban cortando tiras prolongadas que se convertirían en las sogas con las cuales el vaquero enlazaría en la sabana reses y caballos. El trabajo requería a la vez, fuerza y habilidad no sucediera que con el cuchillo se diera un tajo que cortara la tira de cuero antes de lo conveniente.

Muchos de estos llaneros todavía saben perfectamente cómo picar sus sogas a partir de un cuero con un cuchillo afilado o una peinilla. La pieza de cuero se redondea en la medida que se va picando, intentando siempre conservar el ancho de la correa porque a la hora de entorcharla, no deben quedar secciones más delgadas o más gruesas que otras por ser esta la causa de que esta sogá se reviente.

El llanero, después de que se mataba una res en el ható para consumo, agarraba el cuero y procedía a fabricar su sogá a partir de dos métodos diferentes para cortar la correa principal y extraerla: con el cuero estacado sobre el suelo o guindado en una vara. Aparte de la forma de colocar el cuero, las otras diferencias entre ambos métodos tienen que ver con si el cuero es fresco o previamente salado, y el lugar desde donde se comienza a cortar de la correa. El objetivo general era cortarlo con un cuchillo, en un corte continuado y concéntrico para convertirlo en una larguísima correa y después entorcharla. Ramón Bartolo Núñez, a propósito de esto, nos explicaba: «La sogá'e cuero tienes que matar la res y poner el cuero en una vara o estacálo y sacas tu sogá con el cuchillo, redondita las veinticinco brazás».

En todas las faenas y trabajos hay ciertos procedimientos que pueden variar. Rafael Simón Pacheco describe el empleo de un cuero fresco en el proceso de estacado: «Antes lo que su usaba era sogá de ganao, se sacaba el cuero, se desgarraba todas las puntas y se dejaba to'el corazón bueno. Se clavaba en el suelo estacáo, prensaíto, se le pueden poner treinta o veintiocho estacas, pa' sacá la sogá tenía que estar todavía el cuero fresco».

En *El llanero* (p. 49) especifica:

La sogá o reja de enlazar es también una obra de arte. Mide diez y seis o diez y ocho brazas de largo. El llanero escoge la piel que le ha de servir para confeccionarla; ha de ser piel de res vieja, vaca o toro, pero de pelo cárdeno (amorado), que, según su experiencia, es la que ofrece mayor solidez y elasticidad. Desollada la res, extiende la piel y la prensa por medio de unas estacas; luego, con una afilada cuchilla saca un círculo del tamaño de una moneda grande en todo el centro de la piel, y de ahí en adelante va cortando de modo de sacar una correa de una pulgada de ancho. Cuando el corte llega a las extremidades de la piel,



ya tiene la cantidad de trozos apetecidos. Esa larga correa es retorcida cuidadosamente y tendida tensamente al sol hasta que se seque. Como después de esta operación la sogá queda en extremo tiesa y áspera, el llanero la suaviza untándola de grasa. Ata la punta a la cola del caballo y da a correr con ella, arrastrándola por los medanales durante dos o tres horas, y así la pone en las mejores condiciones de elasticidad.

Si la técnica para fabricar la sogá es «guindada», la piel fresca de la res —sin salarla sino recién matada— se coloca sobre una vara o tronco horizontalmente de manera que lo cubra con los pelos hacia abajo, tal como pudimos observar en el hato Santa Inés, estado Guárico. Se comienza a cortar desde afuera hacia el centro, eliminando lo que llamaban los llaneros «las garras de cuero», que son todas las partes de la piel que se corresponden con las extremidades sobrantes para que la pieza quede totalmente redondeada. Acerca de esto nos explicaba Simón Solís el proceso de fabricar la sogá:

«Se mata la res y si vas a sacá sogá, si vas a sacála fresca, montas el cuero en una vara con los pelos pa'bajo y la camada [camaza] pa'riba, entonces empiezas a redondeálo, a quitále las garras, a cortálo de las orillas pa'l centro, lo vas cortando hacia el centro, vas sacando la correa a una anchura precisa. Entonces las partes más dergao, que el cuero tiene una parte que el animal tiene una parte dispareja, picas la correa un poquito más ancha. Ahí tienes que irlo esgarrando, en la medida en que vas cortando la sogá, le vas quitando las garras, le metes el cuchillo pa'dentro y ahí te va a quedar sesgado, va a quedar una punta, le vuelves a quitar la garra y así lo vas redondeando. Entre lo vas picando, lo vas redondeando»



Si el cuero se comienza a trabajar por la vía de la «estacada», es con el objeto de que este se estire, para lo que se utilizan unas estacas puntiagudas con las que se va clavando metódicamente en el suelo para que quede totalmente prensado y luego comenzar a cortar la correa en sentido opuesto, es decir, desde el centro hacia afuera. Aunque varía notablemente a lo largo del Llano y constituye un tema muy debatido, en ciertos testimonios y en el folclore se ha escuchado que el número legal de estacas que deben emplearse es de cuarenta y tres. En esta técnica primero era necesario salar el cuero: luego de haber sido tallado y «espalmado», que significa eliminarle cualquier resto de carne, se cubre con una delgada capa de sal para preservarlo durante la estirada o templada con las estacas. Posteriormente, en todo el centro del cuero se le practica un pequeño hueco con el cuchillo desde el cual se comienza a cortar hacia afuera en forma circular, tal como vimos hacer en el fundo Monte Ralo, estado Portuguesa. Simón Solís nos explicaba esta técnica:

«En cambio, si el cuero es estacao, coges el cuero lo estiendes en el suelo con el pelo pa'bajo, ya tú tienes cuarenta y tres estacas cortadas y apuntadas, tienen su punta, y comienzas a estacálo. La primera estaca se la pones en el lado de la cabeza y la segunda se la vas a poné en el rabo, que lo vas a jalá pa'trás pa' que er se estire. Ahí comienzas a estacálo por las patas, clavas la primera pata, la tiemplas pa'llá y entonces te cambias pa'la mano de adelante cruzá y le haces la misma operación con las otras patas; ahí se cambia otra vez pa'l otro lao y ahí si comienza la estacada. Ese carajo va a quedá casi redondo, ahí él va estirando, tú lo vas

templando y él te va estirando, clavas dos estacas pa'un lao, entonces vas y cambias y le clavas dos estacas pa'l otro lao y así lo vas estacando hasta que le puso sus cuarenta y tres estacas. Después que lo estacaste, cogiste la sal y roséas por encima un poquito de sal, que no te vaya a quedá tan salao, y si quieres échale ceniza le echas, como sea, y lo dejas dos días. Cuando tú estacas, lo vas a salá pa'que el cuero se empareje, pa'eso lo estacas, pa'que el cuero quede parejo, pa'que no te quede una parte más gruesa. A los dos días lo vas a picá, le abres el hueco por to'el centro del cuero y ahí mismo le empiezas a sacá la correa alrededor, de adentro pa' fuera»

Ramón Bartolo Núñez por su parte relataba:

«Tú matabas la res y no le quitabas nada de garra. Lo estacabas en el suelo bien estacao, por las garras lo estacabas, hacías más o menos como cuarenta estacas. Entonces agarrabas el cuchillo y te ponías en el centro. Medías la largura, medías pa'quí y medias pa'llá, te ponías y medias to'er centro del cuero. Agarrabas tu cuchillo y les hacías un revetico así y ibas sacando tu sogá, la correa podía tener dos deos, lo menos dos deos. La sogá se tuerce con un palo. Usted saca una sogá larga y la pone allá, haces un huequito aquí y agarras un palo y la tuerces, la tuerces aquí primero, entonces amarras aquí y te vas allá a la otra punta, a torcer bien torcida»

La mejor sogá, según los llaneros que entrevistamos, era la que se sacaba estirada con estacas y salada, ya que la anchura del corte de la correa se podía lograr con precisión a lo largo de todo el cortado del cuero. Pero al final el resultado de ambos procedimientos es el mismo, obtener una correa de cuero de determinada anchura, a la cual se le practicará una perforación en cada punta por la que se introducirán dos estacas o palos. Luego, con la asistencia de otra persona, se procederá a torcer la correa en ambos extremos hacia un lado y en sentido inverso respectivamente para conseguir entorcharla y que quede redonda o con el estilo de un mecate torcido. Luego se clava la correa en el piso o se guinda a lo largo de una empalizada, donde se irá templando al mantenerla todo el tiempo tensa. En palabras de Simón Solís:

«Luego de torcé el cuero, lo extiendes clavándolo en el suelo con las mismas estacas que lo torciste, estirao por un día, dos días, a según el sol que quieras dale, asegurándose que quede bien templao. Al rato vas y lo tiemplas porque ella se va a estirá, ella va estirando entonces tienes que irla templando»

Y Rafael Simón Pacheco: «Uno en la punta de la sogá le abría un huequito y le metía un palo y en la otra punta otro. Aquí van a torce pa'un lao y aquí pa'otro lao y jalaban, ella se iba poniendo complejo torcidita».

Lo que procede una vez la sogá ya ha templado lo suficiente es conseguir eliminarle los pelos. Algunos simplemente la usan así, considerando que en medio de los trabajos de ganado todo el día y engrasándola constantemente, el pelo se le irá cayendo solo. Se piensa que si una sogá «se pega»

o se amarra a la silla y se emplea durante un día de trabajo en la sabana, en la tarde regresa «pelaíta» de tanto halar ganado, tal como nos decía Oscar Ramón Tovar el «Morocho». Sobre esto nos comentaba Ramón Bartolo Núñez: «Esa vaina la pelaba el ganao, se ponía limpiécita esa sogá, curtidita, se ponía negrita. Yo le ponía era grasa'e ganao, manteca del pollo, del pollo que lleva la res, una manteca que sale finita y se ponía esa sogá negrita».

El procedimiento más tradicional que sigue a la fabricación de la sogá pudimos atestiguarlo durante nuestra visita al fundo Monte Ralo, de la familia Castillo, en Guanarito, y consiste en tumbarle o eliminarle los pelos remanentes remojando la sogá para que se ablande luego de haber pasado un par de días estirada y expuesta al sol. Se rocía con arena y se pela mediante un curioso amarre alrededor de la base de un árbol con un cabo o pedazo de sogá de cuero ya trabajado o algún mecate corto. Este pedazo de sogá de cuero o «punta de mecate» se amarra a la pata del árbol o de un botalón con un sistema similar al «nudo de puerco». El objetivo es pasar la totalidad de la sogá a través de este nudo, lo suficientemente apretado como para que con una pasada la sogá se vaya pelando. Para ello se necesitaba la ayuda de varias personas que halaran la sogá con fuerza para pasarla toda por el nudo, mientras alguien la sostiene en el otro extremo en la pata del árbol. Este proceso requiere de cierta experiencia para evitar que la sogá se desentorche o se rompa. Sobre esto nos explicaba Simón Solís:

«Luego pa'pelá la sogá, tumbáale los pelos, que quede pelá, si la sogá era la del cuero salado hay que remojála por un rato pa'que se ablande y si es la del cuero fresco es lo mismo, hay que remojála pa'que ablande y revolcarla con arena. Luego se agarra otro cuero (un cabito de sogá torcida ya trabajado seco) que esté seco y trabajao ya, otro rejo, y le vas a amarrá la sogá por una punta, por la punta que tienes pa'pelála. Ahí lo vas amarrá con un nudo de puerco, ese nudo la va a pelá por una punta. Por la otra punta no va a quedá pelá, porque te bota el torcido. Esas dos puntas de ese cuero trabajao lo vas a amarrá de un palo, una cosa dura, y entonces comienzan a jalá la sogá, dos o tres o cinco personas van jalando la sogá por la punta que van pelando y uno atrás la va aguantando pa'que la bicha no vaya a botá el torcido en la otra punta. Ahí vas jalando hasta que peló to'esa vaina. Tú vas jalando tironeao y necesitas ayuda de cinco, seis llaneros los que iban a ayuda a jalá, lo mínimo cuatro, esa vaina iba a queda apretá pa'que botara el pelo»

El proceso descrito por Simón Solís lo pudimos presenciar en Monte Ralo, donde no se emplearon varias personas para templar la sogá y obligarla a pasar por el nudo, sino que se arrebiató a la cola de un caballo. En este caso se utilizó un nudo llamado «trago'e zamuro». Una vez pelada, la sogá se engrasa con sebo o «graso de ganao» y se amarra entre dos lugares fijos. En medio de los trabajos de la sabana a caballo, ya con la sogá arrebiatada, el llanero se asegura de llevarse consigo un poco de grasa que generalmente obtiene del corte conocido como pollo de res o «grasa de riñoná» y cada vez que enlaza una res y la libera, toma una cantidad de esa grasa para repasar la sogá a medida que la recoge y enrolla para pegarla de vuelta a la silla asegurándose así de que se mantenga



flexible. Con el tiempo, si está correctamente fabricada por medio del mismo trabajo, esta sogas se va ablandando. Simón Solís apunta:

«Después de pelála, le echas sebo y la vuelves a poné al sol, estirada, templada otra vez. Ahí sí va guindá en lo alto, ya no va po'er suelo, que puede ser de un poste de una empalizada al otro, por encima de la palizada, o de un poste del corral a otro. Cuando la sogas está muy tiesa hay que metéle un tortor, que es para que ablande, ese es un palo duro, tú le das una vuelta, ahí es donde va a quebrá él. Si la sogas esta recién hecha, está fresca, ya está lista pa'pegála y trabajá, enlazá con ella y listo, esa la va a trabajá er ganao. Cuando está la sogas nueva, tú cargabas una manteca de pollo [de res] en la cañonera de la silla y cada vez que enlazabas, en la misma recogida, tú la ibas tallando con esa manteca. Quedaba esa sogas que se te ponía suavítica esa vaina»

Otro procedimiento que nos explicó Rafael Simón Pacheco sobre un tratamiento posterior que podía dársele a la sogas es el de curarla con dividive:

«Después que estaba bien torcida es cuando ya uno la soltaba, uno buscaba enrollála, la dejaba extendida bien prensada, uno la arrastraba po'er suelo pa'quitále el pelo, se curtía con dividive. Se agarra el dividive y se mete en un tambor de agua y se deja quieto ahí, la pepa y eso se pone moraíto y uno mete la sogas y eso cuando sale teñiíto»

Es bastante común ver llaneros en las inmediaciones del hato, durante las horas de descanso, «tallando» o «trabajando» sus sogas contra un palo, tronco o tubo para ablandarlas o amansarlas. En el estado Apure, pudimos observar una curiosa herramienta fabricada por los llaneros, el llamado «tallador» de soga, una tabla de metro y medio de largo amarrada y colgada de un tubo del corral, con unos pequeños orificios a todo lo largo de uno de sus bordes. La soga se atraviesa por todos estos huecos y se hala enérgicamente obligándola a pasar por esta herramienta, algo que se repite varias veces mientras se va ablandando.

Muchos llaneros justifican el hecho de que no se siga empleando la soga de cuero en algunos sitios porque se consiguen mecates de nailon o de fibra vegetal en ferreterías y comercios agropecuarios, lo cual les ahorra todo el trabajo asociado a su fabricación y mantenimiento. Además porque según ellos, en la actualidad el ganado tiene el cuero más frágil por la cantidad de hierros y vacunas que se le colocan, lo que hace imposible fabricar una soga larga debido a que se requiere que todo el cuero esté intacto. Con tristeza, a lo largo de este trabajo de investigación, algunos de nuestros entrevistados nos han dicho que la gente de antes trabajaba duro para proveerse de sus pertrechos y herramientas llegando a convertirse en diestros artesanos. Pero pudimos constatar que en muchos hatos, donde aún se aprovecha el ganado para abastecer las despensas de los peones, se sigue empleando el cuero para fabricar los mandadores e incluso sogas, a pesar de no poseer la calidad de antaño.

El arte del enlazado y el coleo como último recurso

*Estando cerca de la madrina, se le incorpora de una vez [a la res]
soltándolo entre el grupo mediante una manea terminada en cadeneta
que permite soltarlo de lejos; pero es mejor llevarlo nariceado
para acobardarlo un poco y evitarse una nueva carrera.*

Fernando Calzadilla Valdés, *Por los Llanos de Apure*

Muchas descripciones de las distintas faenas asociadas a la cultura enlazadora y vaquera del llanero aparecen descritas acertadamente en la obra de Fernando Calzadilla Valdés (p. 23):

El primero en tirarle el lazo la prende por la cabeza procurando que le caiga la lazada entre un cacho y la quijada, considerado este como el mejor y más hábil lazo; asegurada así, otro llanero le tira un lazo más amplio abarcándole todo el lomo desde la cruz, rodándosele hasta los tobillos o jarretes de las patas traseras, bien abajo, pero cuidando que quede la gaza de la soga al nivel de las paletas arriba; este último enlazador raja en violenta carrera un poco desviado aunque conservando la misma dirección, de manera que al templar la soga, la res se encuentre obstaculizada, casi maniatada y caiga por tierra siendo arrastrada, situación aprovechada por el primer enlazador para venírsele rápidamente y desmontándose del caballo la asegura pasándole el rabo por entre las piernas y agarrándole fuertemente la verija, inutilizándole todo esfuerzo por pararse, mientras viene el compañero, quien la maniatará en firme.

Cada técnica o maniobra para enlazar en el Llano depende de las circunstancias en las que toque emplearla y todas tienen como objeto detener a la res fugada facilitando su reincorporación al rebaño en el rodeo o durante el arreo. El llanero venezolano ha adoptado a grandes rasgos tres maniobras



diferentes para enlazar con más facilidad a una res desde un caballo que se desplaza a toda carrera. La primera es conocida como enlazar «por travesía» y consiste en que, al ver que un animal parte corriendo del grupo de reses, dependiendo de dónde este posicionado el jinete respecto a la res, la intenta capturar con el caballo a toda carrera tratando de interceptarla diagonalmente, obligándola con ello a cambiar de dirección para arrojarle el lazo a la cabeza desde una posición más adecuada. Este lazo, nos indicaba Óscar Ramón «Morocho» Tovar, también se conocía como «chaflaneo». Simón Solís nos explicaba así la maniobra de enlazar por travesía:

«Si tú eras derecho, le cuadrabas el caballo pa'l lao derecho. A lo que le alcanzabas, le tumbabas un poquito la rienda al caballo pa'l lao izquierdo, pa'que el bicho volteara pa'l lao derecho y ahí tu le zumbabas el lazo. Esa es una forma de colocá el caballo. Al cambiá el caballo un poquito pa'la izquierda, él buscaba pa'la derecha completico enseguida y ahí le zumbabas el lazo»

El lazo normal a caballo en el Llano se corresponde con el que describimos como enlazar «por travesía», siguiendo lo que explicaba Horacio Cabrera Sifontes en su obra *La Rubiera* (p. 89):

Se ejecuta a plena carrera detrás de la res, por su lado derecho, forzando el caballo de acuerdo al terreno y las velocidades para pasar por un ángulo apropiado de acercamiento, en que se cruzan las trayectorias de bovino y caballo. Es el momento del lazo, que, para el efecto, con un hábil movimiento de la mano se mantiene abierto, a la vez que con el brazo se tremola o «tremolóa» en el aire para coger el impulso de lanzamiento. Una vez caído del lazo sobre la cabeza del bovino, la mano derecha de llanero vuelve al tiro



de sogá, cuyo último seno tiene sujeto junto con las riendas en la mano izquierda, y ajusta el lazo. A veces, si le sobra caballo, hasta lo «zapatea» o lo «remienda» si no ha calado bien en la cabeza de la res. De allí el llanero cambia de dirección para resistir el templón de la sogá amarrada a la cola de su caballo, después tiene que ingeniárselas para tumbar la res y «acomodarla» según lo que deba hacer con ella. Si se da el caso de tener que soltarla en la sabana, hace una cadeneta con la cual le junta las patas, arrebiata el «barreador» y al tirar de él, la res queda suelta de nuevo y el llanero sobre su caballo en capacidad de defenderse de la inevitable embestida y persecución que le hará la res enfurecida.

Otra maniobra es «enlazar por derecho» o de «atrás pa'lante», empleada cuando se requiere capturar a una res que intenta buscar refugio a gran velocidad en la espesura o que va muy rápido y tiene que ser enlazada desde atrás hacia adelante (esto ocurre cuando el terreno o la vegetación no permiten otra técnica). Para lograrlo, el jinete debe colocarse a determinada distancia por detrás de la res para arrojarle el lazo por encima del cuerpo directamente sobre la cabeza o los cachos. Acerca de la enlazada de «atrás pa'lante» o «por derecho», Simón Solís nos indica:

«Enlazá de atrás pa'lante es el lazo del cacha blanca, la persona cacha blanca, del que no es llanero, de los novatos, de los que no aprendieron. A ese se le dice cacha blanca. Ese, como no sabe corré la res, corre de atrás pa'lante, esos son los acaba caballos, esos lo que hacen es acabá un caballo rápido. Cuando usted mire a un pingo enlazando una res de atrás pa'lante, usted dígame, ese un cacha blanca. En lazo de atrás pa'lante to lo nomás te va a caé por los cachos, te va a quedá la res enlazá por los cachos, es el lazo más sucio, más pingo, es un lazo'e pingo»



Por otro lado Rafael Simón Pacheco dice que en los trabajos de Llano no era recomendable el lazo «por derecho» o «de atrás pa'lante»: «Una res revienta el ganao y si usted ve que no va a da, usted lo que salió fue rápidamente, cuando sale así nunca hay que agarrá el culo de atrás pa'lante, cuando es cachilapa sí».

El tercer tipo de enlace es el «pareao», que se consigue corriendo paralelo a la res y arrojándole la soga a cierta distancia, lo cual representa la forma más segura para enlazar a un animal grande, ya que permite al jinete tomar previsiones a la hora de una embestida y esquivarla. La forma de enlazar «pareao» o corriendo paralelo al lado de la res y arrojarle el lazo la describe Simón Solís también: «Otra forma de enlazá es enlazá pareao. Si eres derecho, tratas de poné el caballo del lao izquierdo y la res te va a quedá pa'l lao derecho, ahí le tiras el lazo y está listo. Ese es el lazo, ese lazo es de enlazá toro grande, ese es el lazo de llanero».

Ramón Bartolo Núñez cuenta que para echarle mano a las reses cachilapas en la cimarronera, la técnica era ir «pareao», es decir, corriendo a su lado por si se devolvía y arremetía, y luego, una vez en posición de lanzarle la soga «por derecho» o de «atrás pa'lante», cuando ya iba llegando al monte:

«En la cachilapera no había que enlazar por travesía, era por derecho porque el ganao iba pa'l monte derecho, usted tenía que seguir el ganao pareáo y zumbá le la soga de atrás pa'lante. Porque el ganao va pa'l monte ajilao ¡ningún bicho va a cruzá pa'ningún lao! ese ganao va

derechito es pa'l monte porque el monte es la protección de él, pa'que no lo enlacen, ese bicho no te va a busca pa'lo limpio ¡será bolsa! ¡pa'ise pa'lo limpio pa'que lo vayan a amarrá más rápido! ese te corre derecho por aquí buscando la salvación pa'que no lo enlacen, entonces tienes que tirarlo es detrás pa'lante, zumbáale el lazo»

Nos contaba Juan Andrés Mibelli que incluso algunos llaneros lograban admirables hazañas menos tradicionales, digamos que eran más circunstanciales, para enlazar una res, como el llamado «lazo cruzado», que ocurría cuando una res se cruzaba súbitamente por el lado contrario del caballo de donde estaba pegada la soga, habiendo enlazadores tan atrevidos que de todos modos la enlazaban; esto requería que se pasaran la soga por encima con rapidez para impedir que en el momento del halón final, enredados con la soga, los tumbara del caballo. Otro ejemplo de esto era «enlazar hacia atrás», lanzando el lazo hacia atrás de la montura cuando una res venía corriendo detrás del caballo o reventaba detrás de uno y con el lazo en mano no le daba tiempo de voltearse. Así nos lo confirmó Simón Solís: «Cuando el toro los perseguía le tiraban el lazo pa'trás, y el toro daba chance de enlazálo».

Existía otro lazo mencionado en la bibliografía conocido como «macheteado», el cual requería de destrezas muy particulares por parte del jinete, y que a pesar de no continuar siendo una reliquia viviente, no debemos dejar de mencionar. Cabrera Sifontes (p. 164) describe su empleo:

Había sido siempre sobresaliente en los menesteres del caballo y de la soga con el ganado cachalero. Recordaba su habilidad para el lazo en la pala del estribo al pasarle por delante al toro, su especialidad del lazo «macheteado», sesgándose sobre el caballo, apareándosele al toro por el lado izquierdo cuando el animal se negaba a buscar al caballo para la cornada, y prefería «despegarse» hacia el monte. Era cuestión de vista y veteranía, no todos lo hacían igual. Él era descollante en esa tarea. Apreciaba las distancias con un mayor sentido de las proporciones, y con exactitud las violentas variaciones y posiciones de una carrera de bestias. Tenía en cuenta, sin pensar expresamente en ello, la presión del viento para el lazo, el nivel del terreno o de los terronales, las palmas y barotes; y sobre todo distinguía cuándo se iba produciendo más toro que caballo, en un variante y brusco flujo de cambios y de instintiva competencia.

Simón Solís afirma que en los trabajos a él le gustaba faenar de culatero. En medio del arreo, por la parte de atrás (la culata), donde se encontraban los culateros junto con el caporal, era por donde Solís afirma reventaban o se fugaban más animales, ofreciendo múltiples oportunidades para lucirse como enlazador y divertirse:

«Yo nunca fui cabrestero. A mí me gustaba demasiado enlazá, yo era de los de la culata (los culateros), ahí reventaba más ganao. Ese coño'e madre, cuando reventaba no volteaba pa'trás, uno pa'no llega tan lejos lo enlazaba ¡nojó! A lo que lo alcanzaba el caballo le ponías el lazo. El que reventaba era porque era rebelde. No le gustaba cogé rodeo»

Ya en el momento en que el llanero calcula que tiene suficiente proximidad de la res —algo que ocurre a toda carrera—, con el lazo abierto en la mano derecha (si es diestro) y en la izquierda las riendas con el resto del tiro de la soga, lo tramolea dos o tres veces nada más y luego arroja el lazo



apuntando a la cabeza de la res. Adicionalmente existen otros tipos de lazos que se ejecutan en ese momento final. Por ejemplo, la «chispa a caballo» o el «lazo por debajo a caballo» o, el más común, el «lazo tramoleao» que nos explicaba Simón Solís:

«En la sabana a caballo está la chispa o está ese lazo tramoleao, vas tramoleando la sogá y le vas a tirá adelante si la quieres enlazá media cabeza pa'metéle el cacho de este lao. El lazo efectivo, sobre todo el llanero, te enlaza tramoleao, le das dos o tres vueltas a la sogá y pa'la cabeza»

Recordando estas situaciones, Rafael Simón Pacheco nos explicaba su técnica para acertar el lazo: «To'el tiempo el lazo tiene que zúmbaselo no a la cabeza o a los cachos, tiene que zúmbaselo si quiera un metro a'lante, porque al zumbá el lazo completico cae al lazo, porque si usted lo zumba a los cachos el lazo le cae en el cogote en el espinazo».

Y citando nuevamente a Cabrera Sifontes (p. 90), nos habla del lazo tradicional del llanero apureño y explica un estilo de enlazar en el hato La Cruz Rubiera:

El llanero de la sabana apureña tiene el prurito de no ponerle la mano a la sogá sino cuando ya está sobre el animal que va a enlazar, y de dar pocas vueltas al lazo antes de lanzarlo. Al novato que da muchas vueltas al lazo se le dice que «echa espuma bajo el brazo». Pero en la Rubiera el lazo es diferente. El lazo rubiero es un lazo pequeño, que el llanero a caballo, desde que inicia la carrera sobre los cimarrones, tremolea constantemente en espera de que el toro «dé punto» para enlazarlo. No se le corre al toro por el lado

derecho, sino al contrario, por el lado izquierdo, apareándosele a la res, haciendo angularmente adecuado el acercamiento, cuando el toro se ve alcanzado y busca comear al caballo, en ese movimiento pierde un tiempo que el llanero aprovecha para enlazarlo «por delante», o como dicen algunos «en pala de estribo», saliendo el toro enlazado por detrás del caballo. Toros hubo que se hicieron célebres por su velocidad y matrerismo.

Luego de acertar el lazo, puede caer de distintas maneras sobre la cabeza del animal y cada una es representativa de la maestría del llanero, ya que en la medida que se va haciendo más experto o veterano, adquiere la habilidad de enlazarlas con el mismo resultado. Uno de estos lazos, que requiere que la res esté de cornamenta o que tenga cacho, es quizás considerado la apoteosis del llanero enlazador de a caballo: el lazo «media cabeza» o «cacho y quijada», «media quijá» «cachimuela» o «cacho y muela». Quien consigue ejecutarlo acertadamente y ha perfeccionado su técnica para abordar a la res fugada logrando este resultado todas las veces, es considerado un grande entre los llaneros. Consiste en hacer que quede dentro del lazo un solo cacho de la res, con el resto atravesándole la cabeza, y que le tome por la quijada. Se afirma que es el lazo perfecto, ya que brinda la mayor seguridad tanto al llanero como a su montura porque la res queda completamente sometida.

Simón Solís, hombre modesto pero frente a nuestros ojos ratificado por don Humberto Concha en el ható El Cristero como un maestro del lazo, nos lo explicaba en detalle:

«El lazo media cabeza era un lazo de llanero, un lazo de fantocho, ese era el lazo de gente fantocho, de a caballo, gente enlazador, sogá brava que llamaban, y entonces to'el mundo quería enlazá ese lazo porque era un orgullo, era un lazo de orgullo, un lazo orgulloso. Media cabeza es que un cacho queda pa'fuera y otro metió pa'l lazo, queda un cacho suelto. La quijada queda dentro el lazo. Lo que pasa es que el media cabeza, que es cacho y quijada, le tienen varios nombres, realmente el nombre es media cabeza. Es el lazo más fantocho del enlazador, el que enlaza puro media cabeza es enlazador bastante, que no te va a enlazá por el pescuezo o por los cachos»

Así lo recuerda Ramón Bartolo Núñez: «El lazo más certero era media cabeza o por todo el palo también, un cacho pa'fuera y un cacho pa'dentro y la quijá. Muchas veces uno se acostumbraba de pegá puro lazo media cabeza, algunos llaneros que no pelaban un lazo media cabeza».

Entre los lazos que pueden resultar del lance está el llamado «por todo el palo», por todo el pescuezo de la res, en el que toda la cabeza y los cachos quedan dentro del lazo, y la llamada «media luna», mencionada en la obra poética de Arvelo *Florentino y el Diablo*, que se refiere al enlace de la res por los dos cachos. A Rafael Simón Pacheco lo oímos referirse a este lazo como «floreáo es puro cacho», que según Simón Solís es el lazo del llanero inexperto, el peor lazo. Reneldo Ojeda describía otro caso: «Si el animal iba en carrera muy rápido y a uno no le daba el tiempo de ajustálo, podías terminar enlazándolo por la mitad o por una pata».



Muchas veces si la sogá se reventaba al enlazar una res fugada, o si por alguna razón el llanero en un momento determinado se veía impedido de emplear la sogá o simplemente para derrochar destreza vaquera del Llano frente a los demás compañeros, el último recurso de los jinetes es la «coleada» en plena sabana.

Citando nuevamente al hijo del general Páez, Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 174), se describe esta acción:

Otro sistema para parar un toro en su fuga, estriba en una atrevida maniobra que se llama colear, que consiste (...) en tirar de la cola del animal para tumbarlo en lo más veloz de su carrera, pero que no es tan fácil de ejecutar por estar el toro en completa libertad de sus movimientos. El caballo, además, debe estar perfectamente adiestrado para la peligrosa faena, debe obedecer instantáneamente al menor requerimiento de la brida, porque si el toro se revuelve bruscamente contra su perseguidor, las probabilidades de que resulte herido el caballo son de diez contra uno.

Como se sabe, el coleo se realiza desde la cabalgadura y consiste en tirar de la cola de la res para tumbarla en el momento más veloz de su carrera, acción que no resulta tan sencilla porque se encuentra en completa libertad. El jinete debe galopar muy cerca de las ancas del toro y coger la cola con una mano, arrollándosela en la muñeca para que no se zafe. Cuando todo está listo, apurar al caballo hacia adelante hasta que las cabezas de los dos animales estén casi juntas y en ese momento pasar de largo la res galopando y tirando con todas las fuerzas el toro hacia sí. No debe soltarse hasta que ver que el animal comienza a perder el equilibrio y es entonces cuando fácilmente se

derriba. Algunos hombres son tan hábiles que pueden colear con ambas manos a la vez, lo que da un gran poder sobre el toro y permite al jinete tumbarlo con mayor rapidez.

Simón Solís explica el procedimiento para el derribo de la res a través del coleo en plena sabana en medio de las vaquerías:

«Si el caballo lo alcanzaba, se lo arrecostaba a la res, le agarraba la cola y pasaba pa'lante y coleaba la res. Ahí si había que coleá montao en la silla. Ahí ibas apurao fuera con un bicho mañoso o un bicho manso. Yo sabía el bicho que había que coleá, un bicho reventón se coleaba»

Algunos extranjeros que tuvieron ocasión de presenciar este tipo de prácticas, se sorprendían y las consideraban unas auténticas proezas. Sir Edward Sullivan, viajero británico de visita en nuestro país a mediados del siglo XIX, describió una de estas experiencias en *Rambles and Scrambles in North America and South America* (p. 381):

El coleador montado sobre un buen caballo que conoce su trabajo, galopa cerca del toro, cuando sujeta la cola la afirma por debajo de su rodilla, y el caballo sale disparado en ángulo, hala las patas del toro el cual cae al suelo con fuerza estrepitosa. Este arte de derribar los toros por la cola es toda una treta y los hombres livianos son generalmente los mejores coleadores. Dicen que, al igual que en las corridas de toros, hay una cierta fascinación en el peligro, y aunque muchos pierden sus vidas todos los años, es un deporte favorito entre los jinetes salvajes de las planicies; y la reputación de ser el mejor coleador del distrito, le asegura al feliz titular la admiración de sus compatriotas y las compañeras más lindas en los fandangos. Un coleador experto puede él solo, tumbar y herrar cincuenta cabezas de ganado salvaje en un día.

De cualquier forma, todas estas faenas y prácticas que han tenido lugar en el Llano desde tiempos inmemoriales, tienen como objetivo detener a las reses que rompen filas en fuga en medio de los trabajos o capturar cachilapos. La res que se ha fugado, no se pudo llevar de vuelta arreándola desde el caballo y tiene que ser capturada a lazo, se tumba o se derriba y luego se somete contra el suelo con las diversas técnicas que ya hemos explicado en la sección sobre la cimarronera, y simplemente arreándola de vuelta o mediante una herramienta que explicaremos en detalle más adelante llamada la «gasa», se reincorporan.

El nariceo

El nariceado o «nariciado», que ya mencionamos, es una antigua técnica ganadera para facilitar el manejo y la conducción de animales grandes y difíciles. Consiste en perforar con un cuchillo el tabique o el cartílago de la nariz de la res para atarla y controlarla mejor. Esta zona es tan sensible que al menor movimiento con el cabestro el animal responde sumisamente a cualquier orden. Es muy común su uso en sementales que por sus dimensiones y peso deben dirigirse con menos esfuerzo, más precisión y sin riesgos, tal y como se acostumbra hacer con los ejemplares de feria a los que se les coloca una argolla para su conducción. En el Llano venezolano ha sido un recurso con el que se cuenta para resolver situaciones extremas en plena sabana o dentro de un corral.



A grandes rasgos ese procedimiento se hace necesario cuando en forma reiterada una res se barajusta del rodeo o se separa del resto de la madrina en medio del arreo. Generalmente primero se emplea una gasa para retornarla al cuerpo de reses, pero si sigue saliéndose del rebaño o, incluso con la gasa puesta se rehúsa a ser incorporada, no queda más remedio que naricearla. La mayoría de los llaneros entrevistados nos dijeron que era raro cuando el caporal permitía que se nariceara una res. A este respecto nos comentaba Simón Solís:

«Ahí muy poco se nariceaba, era gaseo. Tú lo enlazabas y lo tumbabas allá, lo gaseabas y lo traías pa'l rodeo, ahí lo volvías a meté ahí. Si lo nariceabas ahí lo tenías que volvé a tumbá al regrésalo al rodeo. Si un bicho era muy reventón, entonces había que nariceá. Ahí sí mandaban a nariceálo pa'que se aquietara, pa'que no esté jodiendo. El caporal va a mandá ¡Naricée ese coño pa'que se aquiete!»

Ramón Bartolo Núñez:

«El traspuntero, pa'regresála la enlazaba, no permitían coleála. Si al encargado no le gustaba que la naricearan, la gaseaba, le metía la gasa. Si la res era resabiá, el caporal daba la orden pa'que la naricearan, mandaba allá a otro: Mire vaya allá, a barrearle la res a fulano, y si no quiere cabrestreá, la naricean, pero si no, no la nariceen, pónganle la gasa. Muchas veces el caporal se ostinaba demasiado de un bicho y decía: Naricée esa vaina pa'que se aquiete»

Es una pericia efectiva que debe ser ejecutada con rapidez y mucha destreza para evitar lesionar al animal. También se puede practicar el orificio con un chuzo de madera aguzado y picado sobre el terreno en lugar de la peinilla, tal como lo narra Rafael Simón Pacheco:

«La que era arrecha que reventaba a ca'ratico, hasta cuatro y cinco sogazos, uno si no le quería metía un cuchillo uno llega y cortaba un chuzo de cabrito, lo labraba pa'no dañále mucho la nariz y le hacía el hueco (...) pa' devolvélo al puño e'ganao había que pásalo por la nariz».

Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 174) describió con precisión cómo era practicado el nariceado de las reses durante un rodeo:

A pesar de la vigilancia y los esfuerzos constantes de los hombres para mantener los animales dentro del rodeo, varios otros toros lograron escaparse rompiendo a través de las filas. No había otro remedio para meterlos de nuevo que emplear el todopoderoso lazo, y dos hombres, uno de los cuales llevaba uno, fueron despachados tras cada fugitivo, el que después de enlazado, era tumbado de costado mediante la peligrosa suerte del rabo, en cuyo ejercicio son famosos los llaneros venezolanos. Hecho todo esto le perforaban con un cuchillo el espeso cartilago que divide sus narices, y le pasaban entonces una punta de sogá a través de la herida, mientras el otro extremo permanecía amarrado a la cola del caballo. El llanero, de nuevo a caballo, tiraba de la punta sujeta al toro y obligaba a la postrada bestia a levantarse instantáneamente, y desde ese momento caminaba a su destino sin más tropiezos, literalmente dominada la nariz.

La nariceada, como práctica en el Llano, continúa empleándose pero solo como último recurso para situaciones que requieren controlar a una res problemática.

El peón de toro solo

En estas faenas tan rudas, corriendo a caballo para enlazar en la oscuridad y a toda carrera los vacunos cachilapos a la luz de la luna, enlazándolos, tumbándolos, maneándolos y dejándolos «pegados» a un árbol o «barreados» en el suelo de noche y sin linternas, era como se formaban los verdaderos llaneros de antaño (llaneros de toro solo) y también se fogueaban en este exigente trabajo los fuertes caballos que eran utilizados.

Rafael Hoogesteijn y Richard Savage, *Hato El Frío. El corazón de los Llanos*

El llanero, sabanero o peón de sabana que se destaca sobre sus compañeros en las faenas con reses, trabajos de vaquerías y en la cachilapera por su destreza para capturar con el lazo un toro bravío y someterlo sin recibir asistencia es conocido como «peón de toro solo», «llanero de toro solo» o «peón completo», una figura de inmenso prestigio y reconocimiento entre los llaneros. Tal como lo recuerda Rafael Simón Pacheco: «Peón solo es que uno amarró un toro solo ahí, le dio vuelta en la pata'e un palo y se bajó uno solo a bregálo con el maneador»; o como lo describía Ramón Bartolo Núñez: «Muchas veces habían gente que no tenían ayuda y uno se bajaba, dejaba al caballo aquí prensao y se iba con su pegador, barreaba el bicho y lo pegaba a pata'e palo».

Llamados también «llaneros de avería», Según Simón Solís: «Ese es un hombre completo. Ese es pa'toro solo, pa'un caballo potrón, ese es pa'travesá un río a la hora que le toque. Es un llanero de



los mejores». El «peón de toro solo» tenía que estar en capacidad de enlazar a un toro cachilapo desde el caballo, tumbarlo estrechándolo con la soga o con la «manea de hombre solo», manearlo o barrearlo, cadenearlo y acomodarlo para luego someterlo bajo su dominio, «pegarlo» o amarrarlo a un árbol sin ayuda de nadie. También se considera diestro aquel que cuando se está trabajando con ganado de rodeo o durante el arreo, logra reincorporar una res fugada al rebaño, soltarla o, como se dice, «largarla» montado desde el caballo con una gasa para no correr peligro de una embestida, todo ello sin ayuda de ningún compañero, y si un toro lo embestía desmontado del caballo, lo torea con la manta, la cobija o incluso el sombrero.

Hoy día, a pesar de que el ganado ha perdido la bravura que caracterizaba al animal criollo, este tipo de hazañas continúan siendo una clara demostración de destreza y gallardía entre los llaneros. En el hato Santa Inés, estado Guárico, tuvimos la suerte de presenciar cómo un peón, Manuel Álvarez (hijo), enlazaba a una res brava en la sabana sin la ayuda de sus compañeros, con el único apoyo de la soga firmemente arrebiatada a la cola de su caballo, él solo guayuqueó al animal en el suelo y lo maniató al mejor estilo llanero. Luego, mediante la ayuda de una gasa, liberó a la res con seguridad desde su montura.

Se cuenta que en el Llano viejo existían algunos que incluso en una noche de cachilapera podían tener la audacia de capturar no solo una res sino dos o más, lo cual le ganaba fama entre las tripulaciones de llaneros. Esto se lograba dejando la primera res que se enlazara maniatada y cadeneada en el suelo, montándose rápidamente en el caballo, recogiendo la soga y partiendo en persecución de otra que se hubiera rezagado en la carrera hacia el monte. Ramón Bartolo Núñez nos ofreció una explicación que demuestra la destreza de los llaneros en estas faenas:

«La gente antes era muy rápida, nosotros dejábamos el caballo parao aquí y nos íbamos por la costa del toro, el toro estaba jalando allá, y llegábanos rápido, le maneábanos las patas, el toro caía, rápido lo maneábanos, lo cadeneábanos y había tiempo de recogé la soga que venía otro bicho»

Las cualidades que requiere un llanero para ser considerado un peón solo nos fueron explicadas también por Simón Solís:

«Un peón de toro solo, es el que está capacitao de agarrá ese toro, de la manera que sea, si el toro corre y carga un cabo'e soga, con ese cabo'e soga lo amarra, con ese cabo'e soga lo tumba, y lo barrea y lo agarra, y si el toro se planta bravo, se abaja del caballo con la manta en la mano y lo torea hasta que lo agarra. Lo coge, lo tumba, si va a llévaselo lo lleva o si lo va a pegá lo pega, o lo deja barreao ahí, como sea pero todo lo hace sin ayuda de nadie, ese es un hombre. Ese es un carajo completo, ese no es un cacha blanca»



El ordeño y su tonada

*La fría madrugada, olor de boñiga y cantar de ordeño
dentro del vasto silencio de la sabana, a medida que el aire se movía
y el alba empezó a rayar, se iba poblando de olores y rumores diversos:
aromas de los mastrantales enternecidos, por el relente perfume
de los paraguayanes floridos, áspero canto del carrao en el monte de las
orillas del caño, lejano clarín de un gallo, trino de los turpiales y de las paraulatas.*

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Recordaba con nostalgia Ramón Bartolo Núñez:

«Los padres de uno les cantaban mucho a las vacas antes y uno escuchaba a los padres y también lo ponían a uno, yo era becerrero, usted le canta a la vaca y la vaca se acostumbra y lo conoce a usted, y eso era verdá. Antes no había gente muda en el corral ordeñando vaca, eso daba gusto escuchá de madrugá ordeñando las vacas»

El ordeño es probablemente una de las faenas más hermosas que existen dentro del universo de tareas que se ejecutan diariamente en un hato llanero. Todo el trabajo, que se inicia con el amanse de las novillas que van a ser servidas por el toro y culmina con el alumbramiento de un becerro, permite la construcción de una interrelación muy íntima entre el ordeñador, el becerrero y las vacas. Esta singular actividad, junto con la fabricación del queso, le confiere a la vida diaria del hato una dinámica y un misticismo que la hace única.

La actividad arranca de madrugada con el llanero dirigiéndose al corral para iniciar la faena y aprovechar las frescas de la mañana para aliviar las labores que precederán al ordeño. El ordeñador dirige la faena cantando tonadas con las que va llamando a cada una de las vacas que va a ordeñar. Estos cantos o tonadas, que han pasado a formar parte de la poesía llanera, están constituidos por coplas de versos octosílabos que pueden centrarse en diversos temas, algunos románticos y amorosos, y otros pícaros y juguetones. En ellos se proyecta la improvisación de manera sencilla y llena de sentimiento. Como ya dijimos con anterioridad, el ordeñador desarrolla una relación afectiva muy especial con sus vacas, y esto tiene un efecto beneficioso para todo el proceso. La vaca que va a ser ordeñada, al oír la voz del ordeñador y escuchar su nombre en la tonada, al sentir el frío de la mañana, la presencia del becerrero, oler a su becerro en medio del cantar de gallos, siente un estímulo fisiológico que permite que se produzca en los alvéolos de su ubre toda la leche que bajará a los pezones en el momento del ordeño. Por otro lado cada becerro reconoce el nombre de su madre cuando el ordeñador lo repite en sus cantos, acercándose hasta la vaca cuando el becerrero le abre la puerta del chiquero, tal como nos contaba Ramón Bartolo Núñez: «En los becerros, si cada vaca tiene su nombre, tú llamas ¡Nube de Agua! Y el becerro viene pa' fuera, ya él sabe que la mamá se llama Nube de Agua, pueden está juntos, ya el becerro y la vaca saben que ese es el nombre de ella, entonces no sale otro sino ese».

Ramón Páez, en *Escenas rústicas en Sur América o La vida en el Llano de Venezuela* (p. 48), nos describe esta hermosa escena:

Todas ellas tienen un nombre de pura fantasía: Clavellina, Flor del Campo, Maravilla, y otros no menos eufónicos y poéticos. Las vacas mansas responden al ser llamadas, con entrecortados mugidos, y acuden instantáneamente, en tanto que los becerros amontonados en la vaquera, corren a lo largo de los corrales al oír el nombre de sus madres.

Las vacas pasan el día pastando en la sabana y al final de la tarde se arrean de vuelta para meterlas

36 Estos corrales de ordeño o vaqueras por lo general se construyen en forma cuadrada, con tablas, palos o tubos y cuentan con uno o dos botalones enterrados para poder amansar y ordeñar a las vacas nuevas que se están trabajando. Los corrales tienen en uno de sus lados una puerta por la que se da acceso al chiquero a los becerros, que es por la se les permite salir uno por uno a medida que se va ordeñando el resto de las vacas.

en un potrero próximo a las inmediaciones de la vaquera o los corrales de ordeño,³⁶ tal como nos explicaba Simón Solís:

«La vaca duerme empotrada, no duerme en la vaquera, las vaca se traen de tarde pa'un potrero al lao de la vaquera. Cuando se terminan de ordeñá, se echan pa'l potrero grande, donde van a caminá, donde van a pasá el día. Después en la tarde el becerrero las recoge pa'un potrero más cerca de la vaquera, ellas duermen en su potrero comiendo. En la madrugada a la hora que se para, va el becerrero y las recoge y la lleva pa'la vaquera, ande se van a ordeñá»

Los becerros, cuando están muy pequeños o recién nacidos, se mantienen en las inmediaciones del corral de ordeño o de la vaquera amarrados largo por el cuello con un rejo o cabito de sogá para que puedan caminar, o se meten en un corralito techado llamado el «chiquero becerrero» donde quedan «enchiquerados». En las tardes se juntan con sus madres o, en algunos casos como el de los sutes o becerros abandonados por sus madres, se les traen unas vacas nodrizas para que los amamenten.



Una vez que los becerros están más grandes, se sacan a un potrero donde estén apartados de las vacas y la tarea de pastorearlos recae sobre la figura del becerrero que, como vimos, es normalmente un niño que está aprendiendo tareas en su proceso de formación como peón de sabana.

Ramón Bartolo Núñez nos contaba sobre la base de sus experiencias, cuáles eran las funciones del becerrero:

«El becerrero lo que hacía era pastoreá los becerros. Si el ordeñador entregaba los becerros al becerrero, por lo menos echaba las vacas lejos, esas vacas no se ajuntaban con los becerros, lo que quedaba amarrao ahí en el hato en la casa era puro becerro chiquito, pequeñito, los becerros grandes iban pa'la sabana, unos iban apersogaos así como la yunta'e buey, unos pocos, porque eran becerros que eran mañosos, iban apersogaos unos con otros y los demás sueltos. Entonces en la tarde, a las cuatro de la tarde, tenías que mover esos becerros pa'l corral, pa'l chiquero. Encerrabas esos becerros ahí y en lo que llegaban al corral, tú los ibas a separar, a quitáles el persogo y ya venían las vacas; entonces te ponías a amamantá los becerros chiquitos, amamantálos. Después que esos becerros amamantaban, tú acomodabas tus becerros, los chiquitos pa'donde estaban. Ibas a amarrá la puerta del corral de los becerros bien amarrá, para que no se te escapara ni un becerro, porque las vacas quedaban por fuera, las vacas las ibas a encerrá en la mañana»

El objeto de todo esto es mantener a los becerros separados de las vacas para que estos no les agoten la leche o, como se dice coloquialmente, «no se mamen a esas vacas» tal como comentaba Ramón Bartolo Núñez: «Cuando terminabas de ordeñar y algún becerro se sale pa'fuera y se mama, o salen dos becerros y se maman, ya se mamaron, ya la vaca no tiene leche (...). En lo que termines de ordeñar los becerros van aparte y las vacas van aparte». Aun cuando los becerros ya están grandes y han estado durante el día pastando en el potrero, se les sigue amarrando a la pata de la vaca al momento de ordeñar para estimularla tal como veremos a continuación.

Tradicionalmente la jornada del ordeño se desarrolla a partir de lo que se conoce como «apoyo con becerro». Este estímulo comienza en el momento en que el ordeñador canta el nombre de la vaca y el becerrero se asoma dentro del chiquero para llamar al becerro. La llamada se realiza en forma repetida hasta que este reconoce el nombre de su madre y se aproxima hasta la puerta, el becerrero le abre para dejarlo entrar y va directamente hasta donde se encuentra la vaca esperándolo. Al becerro se le permite que mame un poco con la finalidad de estimular a la vaca por sentirlo pegado a la ubre de manera que esta apoye y comience a liberar la leche. Hasta que no apoya la vaca, la leche no comienza a bajar, por lo que el becerro, luego de intentar extraer la leche en todas las tetas de la vaca sin éxito, se detiene en uno de los pezones y comienza a mamar; esta es la señal inequívoca para el ordeñador de que la vaca comenzó a apoyar y es el momento en que, con mucho cuidado, el becerrero toma al becerro por la cabeza y lo retira trasladándolo hasta las patas delanteras de la vaca, donde lo amarra con un rejo por el cuello o lo «enreja» de forma que la vaca lo perciba pero sin que este consiga alcanzar la ubre.

Acerca de esto, Simón Solís nos explicaba:

«El ordeñador le pide al becerrero el becerro, entonces el becerrero lo llama por el nombre de la vaca. El becerrero le da puerta al becerro y ese se va pa'onde la vaca, porque la vaca está pendiente del becerro porque la están llamando a ella, entonces ella está pendiente de esa puerta, esta acostumbrá a eso. El becerro llegó y se pegó en las tetas, de una teta. Llegó ande la vaca y mama, y le sale muy poquitica lecha. La vaca tiene las tetas vacías, entonces el becerro va repasando las cuatro tetas. Ya cuando llegó a la cuarta teta, la vaca tiene las tetas llenas y la vaca apoya, porque ya ahí se le llenan. El becerrero cuando ve que ya la vaca apoyó, que el becerro se queda mamando en una teta, ahí le pasa el enrejador po'el cuello y lo lleva a la pata de a'lante, a la muñeca y ahí lo enreja. El ordeñador entonces ordeña tranquilo, se pone a ordeñar su vaca tranquilo, ordeñále sus tres tetas, le deja una sola teta al becerro. El ordeñador entonces lo larga, el ordeñador le suelta al becerro pa'dejálo mamar, le jala la punta del enrejador y el becerro queda libre mamando. Ya el becerrero tiene la otra vaca ya apoyando, la tiene enrejada, ya la tiene lista pa'que el ordeñador llegue a ordeñála. Ese es el apoyo natural, no es con inyección³⁷ ni nada sino el apoyo natural, con el becerro»

37 A las vacas lactantes se les inyecta oxitocina, una hormona natural fabricada por el hombre, que estimula la producción de prolactina en el lóbulo anterior de la hipófisis y genera la formación de leche en la glándula mamaria.

Y Ramón Bartolo Núñez, refiriéndose a la costumbre de dejarle una teta al becerro para que mame, cuenta:



«El becerro se lo amarras a'lante en la muñeca'e la vaca y le cantas. Si quieres dejále al becerro una teta, se la deja si usted quiere, pero si está grande no, si está grande le saca toda la leche porque ese becerro no tiene que hacé con leche, sino con paja en la sabana. Si está chiquito sí tienes que dejále su teta porque está pequeño, no puedes tú sacále toda la leche porque entonces ese becerrito se te pone flaquito»

La sola mansedumbre y reducción que se obtiene mediante el ordeño del ganado, sumado a los ingresos adicionales que representan las queseras para las fincas justifican todos los esfuerzos. El ordeño tradicional, por ser una antigua costumbre donde se entremezclan creencias, técnicas, conocimientos y arte, debe ser considerado una de nuestras más preciadas reliquias vivientes. Para que nos podamos hacer una idea de lo que normalmente se hacía y continúa haciéndose, leamos lo que narró Fernando Calzadilla Valdés (p. 56) en la década de 1930:

La tarea asignada a un buen ordeñador es de cuarenta a cincuenta vacas; el quesero ordeña unas veinticinco o treinta nada más, porque él tiene a su cargo la hechura del queso. Se dice de un buen ordeñador que es una buena muñeca. Al sentir las vacas el movimiento de la levantada de los ordeñadores, aquellas acostumbradas a ordeñarlas de primeras acuden bramando a la puerta del chiquero, haciendo sus respectivos becerros idénticos movimientos; advirtiéndole que cada ordeñador tiene una organización inalterable en el desempeño de su cometido y en la llamada de las vacas. Estas se acostumbran muy pronto a dicha organización, y cada una está pendiente de su lugar y de su hora; ni es necesario el movimiento de la gente cuando en veces se quedan dormidos; bastándoles a los animales el canto del gallo u otra señal cualquiera para comprender que ya ha llegado la hora y romper la bramazón. La llamada a cada vaca se hace canturreando una estrofa, cuarteto o sexteto:

Llamé a la puerta de Engracia
Y me respondió Teresa;
Al que no lleva la carga
Le parece que no pesa. Riqueza, Riqueza, Riqueza.
No puede ser buen patrón
Quien no ha sido marinero;
Ni será buen mayordomo
El que no ha sido becerrero. Tinajero, Tinajero, Tinajero.

Tiene la sangre liviana
Todo aquel que tiene rial,
Por la pata eres un loro
Por el pico un turupial. Turupial, Turupial, Turupial.

A mí me gusta ordeñar
A la vieja Majestuosa
Acérquese y venga acá
Para decirle una cosa;
Yo no desprecio una piña
Por comerme una lechosa. Majestuosa, majestuosa, majestuosa.

Muchos de estos procedimientos se siguen manteniendo sin alteración en la actualidad, algo que pudimos constatar en varios de los hatos que visitamos como Santa Inés de la Mesa. La diferencia es que en aquella época se ordeñaba en una camaza o totuma, algo que era frecuente ver en el Llano y que hoy en día es cada vez más raro. Tampoco el ordeñador trabajaba sentado como en la actualidad, sino que se apoyaba de la vaca, es decir se apoyaba inclinado con su cabeza contra el ijar de la vaca mientras la iba ordeñando. La leche caía en la camaza que se encontraba apoyada sobre un «burrito» o «tenedor», que no es más que un rústico trípode hecho con palitos. Ramón Bartolo Núñez comenta sobre esto: «Cuando llegaban las vacas ahí, te ponías a ordeñar, buscabas tu totuma, tu rejo, el tenedor ahí ponías la totuma, pa'aguantá la leche, le metía uno la cabeza a la vaca en la verija, cantándole a la vaca, la cabeza pegá de la vaca».

Durante nuestros viajes tuvimos la oportunidad de registrar en una grabación a Ramón Bartolo Núñez ordeñando en la forma tradicional: a mano, con totuma, en un corral del hato Corralito y cantándoles a las vacas una de estas tonadas o cantos de ordeño producto de su propia improvisación:

Oiga vieja Candeliiiiitaaaaaa, Candeliiiiitaaaaaa
para buen entendedor Candeliiiiitaaaaaa
con poca palabra basta Candeliiiiitaaaaaa
con mi cantar relancino
voy a dibujarte un mapa Candeliiiiitaaaaaa
voy a dibujarte un mapa

Yo soy un cuatribuleao
de los llanos del Arauca Candeliiiiitaaaaaa
de los llanos del Arauca
acostumbrado a pescar
cuando un charco se embarasca Candeliiiiitaaaaa
oiga vieja Candeliiiiitaaaaaa



Las queseras

Y en la tarde, la vuelta de los rebaños a los corrales. Vienen con los tendidos rayos del sol sobre la sabana y con el canto de los pastores. Traen las ubres repletas, en el tranquero de la corraleja donde se agolpan los becerros, hay tiernos belfos ansiosos. Remigio mira las ubres y calcula las arrobas de queso. Jesusito, sobre el tranquero, contempla la sabana y escucha las tonadas. Cantares de notas largas, música de tierras anchas y solas...

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

A pesar de que la función principal de las queseras en los hatos es hacer queso, la realidad es que constituyen un complemento importantísimo dentro de la faena llanera ya que, además de ser un aporte estacional para la hacienda, ayudan con el amanse del ganado y representan una verdadera institución formadora del carácter y el entrenamiento de los muchachos. Simón Solís recordaba cómo se fundaban las queseras en los tiempos de antaño, cuando un dueño de hato establecía una conveniente alianza con los pobladores que hacían vida en los linderos o inmediaciones de los hatos, incluso con los familiares de los llaneros de la tripulación del hato o los fundacioneros. Para controlar el ganado criollo se requería establecer de manera recurrente (estacional) queseras provisionales donde se pudieran amansar vacas para impedir que se alzaran o se arrochelaran en las cachilaperas. Era un hecho comprobado que el animal criado en la quesera, que estaba viendo personas frecuentemente y se arreaba todos los días hasta el corral desde el potrero donde pastoreaba, resultaba más dócil. Todos los procesos y faenas para el amansamiento de las vacas que van

a ser ordeñadas, las convierten en animales mansos y poco susceptibles de alzarse. Era una actividad en la que participaba el «jefe de las vacas» o el ordeñador principal con la asistencia de otras cuatro personas, entre ellos, niños ávidos de dar sus primeros pasos lidiando con ganado que gracias a las queseras aprendían a trabajar, le perdían el miedo, aprendían a montar caballo y a arrear en el pastoreo de los becerros y la recogida de las vacas:

«Los ordeños se hacían cuando se contrataba la gente, contrataban los amansadores de vacas. Era ganao criollo, criollo, un ganao criollo, pero un ganao que te daba leche. Se amansaba el que era bravo. Por ejemplo, había gente que te agarraba cien vacas ¿verdad? entonces se iban cuatro hombres a trabajar, iba el jefe de las vacas y uno de muchacho, pues se iba con ellos. Ese jefe los trabajaba todo el tiempo, era un muchacho, pa'que el muchacho fuera haciéndose hombre, enseñále cómo era peleá con el ganao, eso era el becerrero, uno se iba de becerrero a pastoreá. Esas no eran vaqueras como las de hoy, esas eran queseras. Eso era en corral y el barro a la rodilla, el barro a las paletas en invierno. Sobre todo ese ganado. A fines de abril se agarraban los ordeños y se iba uno, se apartaba por ejemplo a Matapalo, en la Victoria Garciera, había esa quesera de Matapalo. Ahí trabajaba yo con un viejo llamao Juan Borjas, ahí fue donde me inicié con la vaina del ordeño. Y en mi casa porque mi mamá sí tenía ganao pero ganao manso, de lidiálo las mujeres. Yo cuando me empecé ya a conocé el mundo, yo ya sabía qué era lo que se estaba haciendo»

Las queseras jugaron un papel fundamental dentro de la fundación de los hatos del Llano dado que le permitían al patrón dividir su rebaño de vacas en distintos lotes que distribuía o dejaba bajo el cuidado de las familias y vecinos que habitaban en las adyacencias. Con ello el patrón lograba, dada la inexistencia de cercas y potreros además de las limitaciones para el manejo de los rebaños, ejercer un control y una supervisión que le proporcionaba la posibilidad de mantener a las reses mansas sin que se alzaran o se arrochelarán en los montes. Estos vecinos o grupos familiares manejaban un lote asignado de ganado, encargándose de tenerlo cerca del fundo, pastorearlo, y por esta labor recibían a cambio la totalidad de la leche con la que fabricaban los quesos. Gallegos en *Doña Bárbara* (p. 81) ilustró esto cuando el personaje central, Santos Luzardo, se dispone a refundar Altamira y su caporal Antonio le sugiere:

Me parece que sería conveniente volver a fundar las queseras, que antes las hubo y daban muy buenos resultados. La quesera es conveniente no solo porque es una entrada de plata más, sino porque sirve para el amansamiento del ganado, que el de aquí es de más de bravo y es mucha la bestia que mata en el trabajo.

Para reforzar lo anterior citaremos lo que sobre el particular escribió en *Por los Llanos de Apure* (p. 88) Fernando Calzadilla Valdés:

Cuando se quiere organizar queseras en Apure, es de imprescindible necesidad casi siempre recurrir al amanse de novillas, tanto para proveerse de la materia prima, vacas, como para dejar sentada una base para el porvenir. En los hatos de Apure, sobre todo en el Alto Apure, escasean mucho las queseras cuando debieran constituir el primordial anhelo y cuidado de los propietarios. En la quesera no debiera tomarse

en cuenta el rendimiento inmediato de su producto, sino más bien considerarla y apreciarla como primer factor en la domesticación de los ganados para los manejos posteriores. El becerro, el maute, el toro que- seando se prestan más a la reducción y los distintos trabajos, a los que nunca fueron manoseados en la quesera, disminuyendo, por consiguiente, los riesgos siempre latentes al tratar con ganado cimarrón.

Sobre las queseras recordaba Ramón Bartolo Núñez que el dueño del hato no solo le dejaba asignadas unas vacas al que se iba a encargar de una quesera en particular, sino que además también le entregaba los medios para trabajar en ellas. Estos medios, como lo vimos en la sección que habla sobre la importancia del caballo en la cultura llanera, podían ser unas yeguas y un caballo padrote para tener las bestias necesarias del pastoreo y recogida de las vacas, así como trabajarlas y supervisarlas, aparte de que le permitían quedarse con la totalidad del queso que consiguieran producir. Otra cosa sumamente conveniente para el hato, en cuyos linderos o inmediaciones hubiese queseras o vaquerías, es que los obreros, cuando se acercaban las vaquerías o trabajos de Llano, podían ser contratados para que apoyaran al hato en estas jornadas integrándose a la tripulación de llaneros:

«Antes los dueños de ganao iban allá y te decían: ¡Mire fulano! ¿Usted quiere amansá unas vacas? Agarre las que usted quiera aquí, agarre cincuenta o cuarenta vacas y las amansa, amanse esas vacas y el queso es suyo. Y le daba veinte yeguas y un caballo padrote a cualquiera obrero de ahí, el dueño les daba las oportunidades. El dueño no ganaba nada sino que le amansaran el ganado y le cuidaran porái. Antes, en el hato, habían muchos vecinos que le amansaban el ganao al dueño y esa misma gente te iban a trabajá el hato, te cuidaban la sabana porái y iban pa' las vaquerías a trabajáte allá, claro que el dueño les iba a pagar, pero ese queso lo vendían ellos, pa' ellos, el dinero era pa' ellos»

Normalmente una quesera está conformada por un corral de ordeño con todas sus instalaciones, además de un caney techado bajo el cual se elabora el queso. Se trata siempre de ubicar las queseras muy cerca de los pastaderos y bebederos, en una parte elevada que no se pueda anegar y ofrezca mucha tranquilidad para no alterar a las vacas y comprometer el ordeño. La elaboración del queso constituye una faena netamente artesanal que ha sufrido muy pocos cambios en el tiempo. Algunos hatos, buscando alcanzar mejor calidad y eficiencia en los procesos, han incorporado equipos de alta tecnología que han desplazado la tradición afectando la relación que existía entre el hombre y sus vacas. No obstante lo anterior, y para fortuna de todos, todavía en muchos hatos llaneros se sigue produciendo queso empleando esa técnica ancestral.

En las queseras se trabajaba en forma estacional, al igual que en las vaquerías, dos temporadas al año. Según Simón Solís la primera comenzaba en abril y terminaba a mediados o finales de julio, mientras la segunda arrancaba en noviembre y terminaba a finales de febrero. Esto se hacía de esta manera por las condiciones climáticas imperantes en el Llano, ya que durante los meses en los que es más pesado el invierno se hace imposible ordeñar en los corrales de tierra porque se forma un gran barrial y los hombres y animales —en especial los becerros— sufren mucho. De manera

similar, cuando apretaba más fuerte el verano tampoco era recomendable ordeñar por la dureza de las condiciones y las temperaturas ya que las vacas, al tener menor calidad y cantidad de forraje disponible para alimentarse, producían menos leche:

«Los ordeños se agarraban pa'la época de entrá de aguas, a fines de abril, después se largaban en julio, mediaos de julio, y después se volvían agarrá en noviembre hasta fines de febrero. Se agarraban en dos temporadas al año. En invierno se largaban porque ponían los corrales muy barrialosos entonces había que largá la quesera. Se largaba porái en julio, se soltaba el ganao a fines de julio y se volvía a agarrá porái en noviembre ya cuando empezaba el verano, que empezaba a asomá el terrón, que ya se estaba secando. Eso era cuando ya era insoportable, sufría mucho el ordeñador pisando mucho barro, los becerros pa'dormir, sufrían las vacas y los becerros, sobre todo el becerro»

Dos de nuestros entrevistados, Simón Solís y Ramón Bartolo Núñez, criados en estas legendarias queseras, admiten haber dado sus primeros pasos en ellas antes de consagrarse como llaneros sabaneros. Uno de los recuerdos que conservan sobre la dinámica de vida en las queseras era que de niños se emocionaban con lo que llamaban la «postrera», que es un poquito de leche que el ordeñador apartaba o que les permitía apartar en una totuma o camaza y se tomaba a modo de postre, con cachapa o arepa después de la comida. Simón Solís nos explicaba:

«La postrera es una totuma que usted pone aquí llena de leche pa'tomar. Es una totumita que usted la enrollaba, la iba a meté en una cosa que llaman tenedor que eran tres ganchos de topocho, amarrao arriba y amarrao abajo, entonces quedaba guindá en cualquiera parte, ahí la guindaba y después de comé uno se tomaba la leche, puede sé con un piazo de topocho, un piazo'e yuca, un tungo de maíz pilao o pelao»

Ramón Bartolo Núñez, por su parte contaba que

«La postrera era un postre, nosotros muchachos, pichones, nos echaban con los becerros a atajálos a pie y traerlos par corral en la tarde a pie otra vez. Como habían becerros chiquitos amarraos, teníanos que esos becerros mamantálos en la tarde, ponélos a mamá y ahí sacálos otra vez pa'juera. Entonces en la mañana de madrugá nos parábanos a las cinco, a las tres, según la hora, según las vacas a ordeñá par queso (...) y para postrera, nos decíanos el viejo de uno: ¡Bueno muchachos, si quieren tomá leche, ahí están las vacas de ustedes, ordéñenlas!, como éranos dos, llegábanos cada uno y amarrábanos las vacas, enlazábanos, las enyugábanos en un botalón, acostubrábanos en una totumita, después de tomá leche crúa ahí, guardábanos pa'l mediodía, que era una postrera, con cachapa, con arepa, después de la comida el postre era ese. La postrera que se ponía en un tenedor de bajero de topocho se ponía y se guindaba. Eso formaba una nata por encima. Pa'coméla con arepa a mediodía»





El bote de samán o de cuero para cuajar la leche

*La leche de aquella vaca
mereció la postrera
formaba la nata gruesa
y no era para cualquiera*

*Por eso la Lucerito
se ordeñaba de primera
y el bando de «triponcitos»
esperaba la postrera.*

*Viajaba en su taparita
derechito hasta el fogón
se compartía en totumitas
con guarapo'e papelón*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

El bote de cuajar la leche era un recipiente que podía ser fabricado en madera o cuero. Los primeros eran de forma redonda y los segundos cuadrada o rectangular, y se empleaban, como su nombre indica, para cuajar la leche recién ordeñada en las queseras de los hatos llaneros. Los botes hechos de palo eran formidables piezas que se obtenían de los troncos de árboles escogidos por tener una madera muy dura y compacta como el samán (*Samanea saman*), la canafístola (*Cassia fistula*) y el masaguaro (*Stryphnodendron polystachyum*), maderas sin grandes poros que permitían una mejor curación y gran durabilidad. Estos botes o poncheras redondas de madera eran generalmente

colocados, según nos explicó Juan Andrés Mibelli, a modo de base sobre cuatro montículos fabricados con arcilla que lo sostenían y lo mantenían en posición, donde se vertía la leche producto de la jornada de ordeño de ese día para procesar la cuajada. En el hato El Socorro, estado Cojedes, se mantenía un ejemplar que había sido fabricado en una sola pieza de madera y que se talló de manera que esta tuviese su base incorporada para sostenerla. Otra interesante obra era la que se conocía como el «tabique», una impresionante pieza que se obtenía tallando una sección del tronco en forma rectangular que posteriormente servía para almacenar los bloques de queso. Estos tabiques eran colocados sobre unos paralelos u horquetas de troncos gruesos que pudieran soportarlos, ya que podían llegar a ser bastante pesados. Estas piezas de madera, muy asociadas a las queseras, tuvimos oportunidad de observarlas ya como recuerdos de otras épocas, pues fueron sustituidas por implementos y poncheras de plástico o acero inoxidable. Los tabiques tampoco escaparon a este destino y muchos de ellos llegaron a usarse como botes de sal mineral para el ganado colocados en el suelo de los paraderos. Los botes elaborados con cuero de ganado, mucho más livianos y prácticos, han sido sustituidos por las cubas de acero inoxidable y las poncheras plásticas.

En cuanto al ajuar del bote de cuero, es sencillísimo según Calzadilla Valdés en *Por los Llanos de Apure* (p. 49):

El bote en el cual se deposita la leche, se fabrica aparejando un cuero de vaca (quitándole las partes que corresponden a las patas y al pescuezo a objeto de darle forma cuadrangular); una vez encuadrado el cuero, se le hacen pequeños piquetes a todo su alrededor sin llegar al borde, con el objeto de pasarle cuatro bastoncitos que van a formar como un hilván de refuerzo por cada lado del cuadrilátero. En cuatro horquetas clavadas en el suelo con una altura de poco más de un metro, se apoyan los extremos de los bastoncitos de modo de quedar un poco recogidos formando como la boca de un saco, y allí se va depositando la leche ordeñada. El cuajero contiene el cuajo para cuajarla después de depositada en el bote; un tablón grande, especie de mesón y tres o cuatro tablas más angostas para prensar y cuadrar bien los quesos; camazas de ordeñar con sus tenedores y rejos.

Nos contó Ramón Bartolo Núñez:

«Esa gente tenían un bote de cuero compuesto en sus corrales, pero no había techo ni nada, se paraba uno en la madrugada a ordeñar esas vacas. El bote de cuero tú tienes que poner cuatro horquetas y pones ese cuero arriba de esas horquetas, la mitad de un cuero, es como una parigüela, igualito a una parigüela con sus palos y todo. Ibas ordeñando las vacas, ibas recogiendo la leche en totuma, la echabas en el bote zumbándola ahí. Por lo menos si eran veinte vacas, cuarenta vacas, ese cuero se llenaba hasta arriba y ahí terminabas con el ordeño y entonces por lo menos los becerros se mamaban»

En el Llano el queso se hace con leche cortada, para lo cual se emplea uno de los estómagos de la vaca (el cuajar) que tiene una enzima muy ácida que corta la leche de inmediato. El llanero toma un pedazo de cuajar y lo seca al sol. Una vez seco, el cuajo se combina con suero dentro de una tapara o camaza con un orificio pequeño en su punta, donde juntos reaccionan dando origen al cuajo que se emplea para cuajar la leche. Se puede dispensar desde esta camaza en la leche cruda recién

ordeñada en el bote, donde luego se espera pacientemente a que dé el «punto de quiebre» que es cuando se vuelve una masa espesa de cuajada. Hoy día se usan en su lugar unas pastillas especiales que reemplazan al cuajo, pero todavía quedan lugares en los que se continúan usando los métodos tradicionales y el sabor del queso es definitivamente superior. En relación al uso del cuajo y a la fabricación del queso, Ramón Bartolo Núñez nos contaba cómo se cuaja la leche utilizando este cuajo tradicional y como se le retira el suero y se quiebra la cuajada:

«Después que terminabas, que soltabas las vacas pa'la sabana, ibas a cuajá tú la leche. Se usa el cuajo del ganao, del estómago de la res pa'cuajála. Agarras una tapara, montas un agua a hervé y le echas esa agua hervida al cuajo donde está la tapara, un suero salao y ese cuajo se va a mantené ahí. Lo metes hoy y ya mañana puedes cuajá con ese cuajo. De ahí vas a agarrá una medida, asegún la leche que echas en el bote, agarras un poquito, llegas al bote donde está la leche, coges una camaza con agua, le echas así, le recoges la natilla de arriba por si tiene coquito alguna cosa, basurita, la recoges entonces con la mano, la hechas en la totuma y botaste eso, porque eso es como un desperdicio lo que tiene arriba y después que botaste eso en el bote empiezas a presioná la leche pa'bajo. Pero después que quiebres la leche, le pones la mano, hasta que se llene de suero donde tienes la mano y ahí buscas con una totuma y la metes ahí, en la leche se hace como un hoyo, esa totuma se llena de suero. Después que ese queso esté bien desueráo, lo llevas pa'l cincho»

Simón Solís, que montó y mantuvo durante décadas su propio ordeño tradicional con su familia en la finca llamada La Bendición, en los alrededores de la capital barinesa, continuó utilizando el cuajo natural explicándonos cómo se prepara y que una vez que la leche cuaja, se va presionando con la mano hacia abajo para que suba el suero dulce, el cual se le va retirando con una tapara y, una vez que queda la cuajada como una masa, se quiebra, se le coloca sal y se introduce en el cincho. Luego se produce el queso apretando uno contra el otro con unas tablas:

«Se agarra el cuajo, cuando se mata la res se coge el cuajo. Se abre, no se lava ni nada, se sala bien salao, se amontona y ese otro día tú lo pones y lo secas bien seco, y después que está seco se lo echas en suero de ganao dentro de una tapara. El cuajo está cerca del mondongo, está pegao con el librillo y una parte del mondongo. Pa' reponélo, se le va echando más suero, entonces después te aguanta. El cuajo tenía que ser seco, dos, cuatro días, cinco días, mientras más seco mejor, mientras más seco más te duraba. Tú le tirabas suero de ese cuajo a la leche, la batías bien batía con una paleta, la dejabas que cuajara. Cuando cuajaba, la quebrabas, después esperá que aboyara el suero, entonces le ibas sacando el suero con la totuma apretando la cuajada. Luego la sacas, la picas, antes se batía, le echabas la sal, como una masa, ahí se echaba en el cincho ese, esa la iban apretando tú con la cabuya»

Todavía quedan algunos botes de cuero funcionando en hatos llaneros que, por razones de comunicación y también practicidad, se siguen usando para cuajar la leche cotidianamente y se mantiene



viva la reliquia. Lamentablemente los botes y los tabiques hechos de palo han quedado en el olvido, algunos de ellos ya simples elementos decorativos en algunos elegantes jardines de Valencia y de Caracas, sin conocer el noble uso para el cual fueron fabricados, vestigios de lo que se hacía en el Llano Viejo.

El cincho

Entre las piezas empleadas tradicionalmente para elaborar el queso en las queseras de un hato está el cincho, nombre que se le da al molde con el que se extrae el suero a la cuajada del queso. Puede ser fabricado de distintos tamaños según los kilos de queso que se vayan a hacer, en madera con agujeros o de fibras de palma llanera (*Copernicia tectorum*), mapora o moriche, las cuales deben ir firmemente trenzadas. La modernidad desplazó muchos de los antiguos utensilios con los que se fabricaba el queso en el Llano y los reemplazó por embudos y prensas de acero inoxidable o poncheras de plástico, que ponen en peligro la tradicional pieza de cestería. Sin embargo, en algunos hatos llaneros, especialmente aquellos ubicados en la zona del río Capanaparo en Apure, tal como nos comentaba Jhonder Rojas, ganadero de la zona, se continúan fabricando y empleando cinchos de palma dado que en esta zona habitan desde hace siglos los indios yaruros o pumé, expertos en su tejido.

Fernando Calzadilla Valdés (p. 50) describe la fabricación de los cinchos, hace casi un siglo, con un material diferente a la palma:

38 Esparto es el nombre con el que se conoce en España a las fibras obtenidas de diversas plantas silvestres del grupo de las gramíneas, así como a las plantas mismas. Estas pleitas de esparto, a que hace referencia Calzadilla, es el nombre que reciben los cinchos usados para elaborar artesanalmente el queso en Málaga, Comunidad de Andalucía. Los cinchos o pleitas de esparto resultan ideales para eliminar el suero y además dejan en los laterales esas marcas tan características de los quesos de cincho, quedando demostrado de esta manera el origen ibérico de la reliquia. En línea: adaptado de <https://pindongas.com/producto/cinchos-de-esparto-para-hacer-quesos/>

Son unas mallas flexibles (pleita de esparto),³⁸ de tres varas de largo por un metro de ancho, tejidas de la corteza de una caña especial, en los cuales luego de reducidos como receptáculo, se vacía la cuajada rebosándose el suero por todas las rendijas hasta quedar bien compactada la masa, queso y otros adminículos de menor importancia. No dejan de interesar y despertar la curiosidad de cuantos se acercan por allá estos manejos de las queseras llaneras, debido precisamente a su simplicidad y primitivismo.

Luego de colocar el cuajo previamente mezclado con sal dentro del cincho, durante todo un día el quesero debe ir ajustándolo (apretándolo), tal como nos explicó Ramón Bartolo Núñez:

«Un cincho puede ser tejido de palma pero redondo. Tiene unas correas y después que echas el queso dentro, el queso lo vas apretar. El queso ya viene listo, salao y todo, tienes que echáله sal a la cuajá, con la mano la pones esmolidita, lo llevas pa'l cincho con una totuma, lo echas en el cincho. Después que lo echas, ahí lo vas a apretá con las tres correas, que quede ajustao, entonces ese queso queda botando el suero por el cincho. Si un queso es pequeño, si el queso de hoy lo hiciste y te queda pequeño, entonces con el otro, del otro día lo puedes empatá, el queso que está hecho en el cincho que hiciste hoy se lo echas al de mañana en el bote, pero esgreñáo, esboronáo. Lo echas en el cincho y te sale el queso más grande»

Simón Solís por su parte explicaba que al día siguiente, el quesero debe sacar del cincho el queso y colocarlo en una prensa de madera, que no es más que un par de tablas dispuestas en paralelo que son ajustadas en dos o tres puntos con mecates o cuerdas, lo que le da una forma cuadrada o rectangular al queso:



«El queso ese no era tan prensao, le dabas un amarre por fuera pa'ila templando, pa'ila apretando, ese queso se dejaba que se fuera apretando solo, porque ese era el queso, cuando tu ibas pa'una quesera tú sacabas ese queso cuando se terminaba de dos o tres meses, un queso envejecido, y ese queso tú llegabas y tú lo agarrabas con pimienta, con café y con bosta e'ganao y embojotabas, pa'que no le fuera a caé gusano. Esos iban montaos uno sobre otro, pa'que el mismo se apretara. Esos iban puestos sobre unas tablas, ese se endurece. Ahorita te sale prensao de una vez, el mismo día te sale sequito. Ese tú esperas según lo que duraras ordeñando, cuando terminara de largar el ordeño, que apretaba el agua mucho, largas el ordeño y sacas tu queso»

Algo que nos confirmaba Ramón Bartolo Núñez:

«Al día siguiente lo puedes poner en la prensa, es una prensa larga que vas poniendo los quesos, el que vas haciendo lo pones ahí, esa es una prensa de tabla, con dos tablas, y lo vas poniendo por hilera en las tablas. Y la tabla lleva unos látigos y lo vas a ajustando y va botando más agua hasta que quede sequito. Un queso pa'que se seque, ya a la semana lo puedes vender, o a los cuatro días, ya se ha seco»

El cincho se deja reposar sobre el «artesón de quegear» o tabla de la quesera hasta el día siguiente para que termine de botar por presión el suero restante. Esta tabla de quegear o artesón, posee

tallados en la madera a lo largo de sus bordes unos canales para que el suero que va drenando del cincho se conduzca hasta un extremo de la tabla con forma triangular, es decir, que posee tallada una punta que permite que el suero caiga por esta punta dentro de un recipiente y colectarlo para otros propósitos. Según Ramón Bartolo Núñez, en las queseras había dos tablas de estas conocidas como «artesón» para cumplir dos propósitos distintos: «Tú tienes que tené dos artesones. Un pequeño onde vas a hace el queso, donde lo vas a meté en el cincho el queso. Y el artesón grande es pa ir metiendo los quesos entre unas tablas con tres correas, una en el medio y dos en ca'punta, eso es pa ir apretando el queso con esas tablas».

Sobre este artesón de quehear nos comentaba Simón Solís:

«El artesón es ande va puesto el cincho o ande va puesta la prensa, ese artesón se le hace una broma plancheta, así pa'que quede afirmao sobre la tapa de la prensa y no resbale, y esa tabla'tá con algo de nivel hacia una punta, ande va a chorreá el suero salao y lo vas a recogé abajo en una vasija, antes lo recogían en camaza ahora lo recogé en un pote de aluminio. Esa es la tabla ande se trabaja el queso»

Proceso, técnicas e implementos para el amanse de las vacas

*Despertar de alcaravanes
luceros de madrugada
brisa penetrante a bosta
clamor de la becerrada*

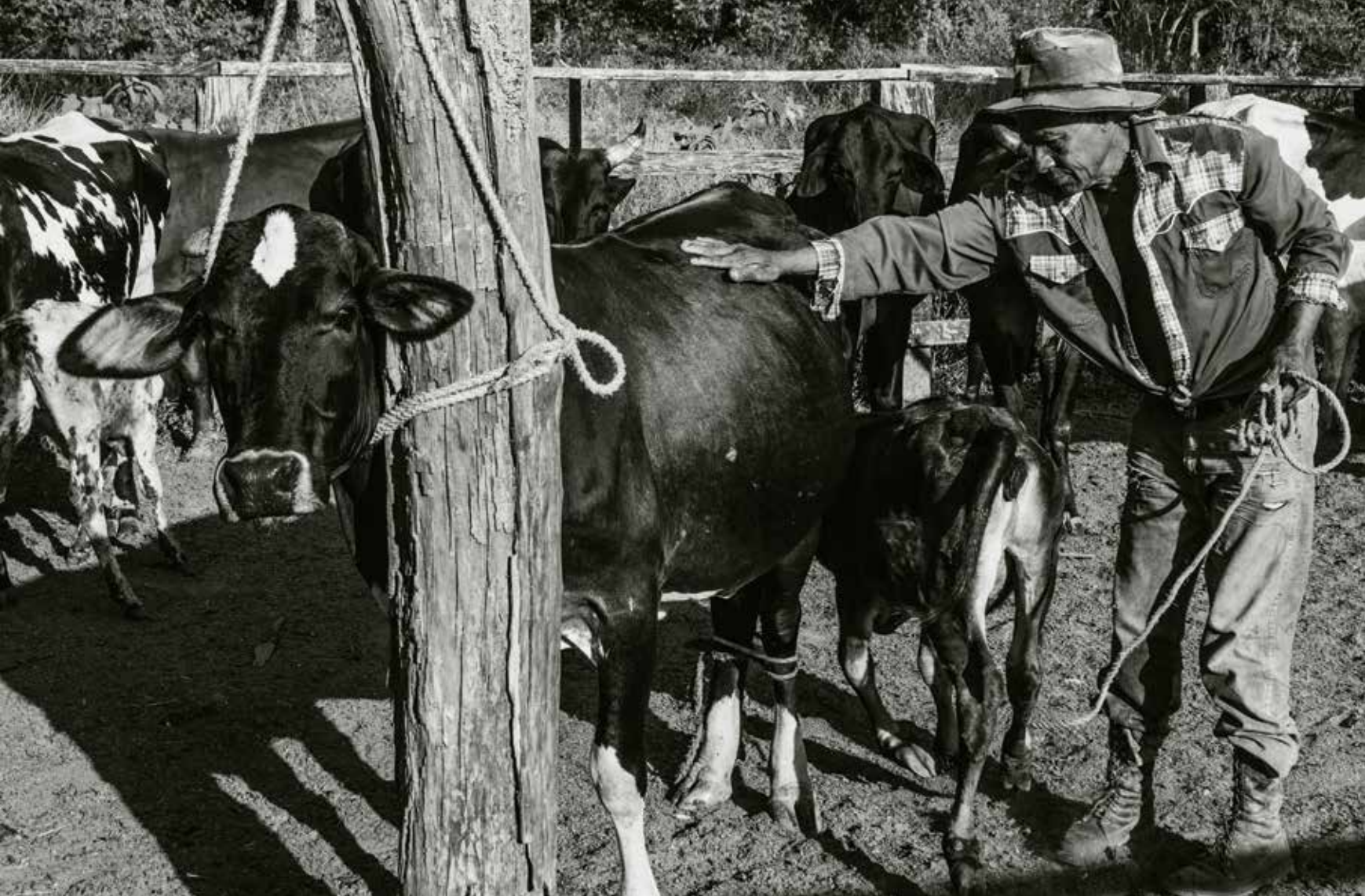
*Destemplada voz de ordeño
confúndense en la vacada
espumante leche tibia,
al bote ya la ordeñada*

*Al paso de la mañana
ya la leche está cuajada
a los cinchos con presteza
y de sal bien impregnada*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

Cualquiera que no conozca nuestro Llano y las faenas que en él tienen lugar pudiese pensar que las vacas son mansas por naturaleza y que responden dócilmente sin mayor esfuerzo. La realidad es que el amansado de las vacas es un proceso complejo, pues al comienzo poseen una naturaleza agresiva e impredecible y, no solo no se dejan poner la mano encima, sino que se defienden embistiendo ante la simple presencia de las personas. En el Llano se han venido poniendo en práctica una serie de métodos con diferentes implementos para ir domando a las vacas que se destinarán al ordeño. El amansado, un proceso indispensable para montar un ordeño, sigue requiriendo mucha constancia y paciencia.

Los primeros días la vaca se amarra o se «enyuga» de un botalón que posea una horqueta o una «Y» en su punta, pasando el mecate o la soga con la que se amarra por la horqueta o por el brazo,



procedimiento que sirve para dominar a la res ya que, una vez enyugada, se le pasa un trozo de cuero por diferentes partes del cuerpo de manera que bote el brío, según cuenta Ramón Bartolo Núñez:

«Una vaca maranta nadie la amansáo todavía, no se ha agarráo, cuando llega al corral es una vaca que nunca la has ordeñáo, vaca cerrera. Primero tienes que enyugála en botalón, después pasas pa'l sujeto, le amarras las patas, la ordeñás y ya esa vaca se va amansando por ahí, va dando el tono. Después que ella se amanse mansita, que ya no busca el rejo del becerro, ahí le puedes poner el rejo. En ese tiempo pa'amansá las vacas cortaba uno una garra de cuero, un piazo'e cuero, agarraba y hacía una gasa y enyugaba la vaca y con ese cuero sobaba a la vaca po'er el lomo pa'que se amansara, botara el brío. Una garra'e cuero pa'dale la vaca po'encima por el lomo, le daba a la vaca por aquí, le daban por el pecho, por el pollo, po'er lomo, y la vaca botaba el brío, le daban por la tapa'e la barriga y se iba amansando; cuando poco era una vaca mansa, cuando poco la tenías de sujeto»

Ese proceso de botarle el brío a una vaca nos lo explica también Simón Solís:

«La vaca maranta son esas bichas charpas, que nunca se quieren amansá. Uno usaba mucho el botalón, en los corrales había un botalón de horqueta, dos botalones había por corral, ese era pa'domá las vacas. Tú amarrabas esa vaca ahí y la guindabas la que era arrecha; entonces tú usabas un cuero'e venao y ¡cuero con esa coño'e madre!, cuereála, no darle palo sino a ponele ese cuero, a sonále ese cuero, ese cuero estaba seco y tieso, y eso era hasta que ella

botaba el brío. Era un cuero de venao que uno secaba pa'manoseála, pa'palmoteála, tú le dabas era con ese cuero y ella botaba el brío, entonces esa vaca se ponía que ya que de los seis días pa'lante daban leche. Había que amansála sin maña, nada de bellaquería, camarita»

Al cabo de un tiempo de completar esta operación entra en acción «el sujeto», una vara de madera resistente utilizada por los ordeñadores para sujetar a las vacas más agresivas. En uno de sus extremos tiene atada una especie de lazo que se ajusta a los cachos de la res, es decir, lleva un mecate o soga de cuero en la punta que se emplea para retener por el cuello o los cuernos —normalmente por un solo cuerno— a las vacas e impedir que se muevan o embistan mientras se ordeñan. Para proceder con el «sujeto», el becerrero lo toma por el extremo libre y con la soga que tiene en el lado opuesto enlaza al pescuezo de la vaca, pasándole la lazada por delante de uno de los cachos y dándole vuelta a la vara apretando tanto como sea necesario hasta someterla.

Ramón Bartolo Núñez dice al respecto:

«El sujeto es una vara con un látigo largo. Le pones el látigo largo que escuergue pa'bajo, entonces agarras la vaca, le metes esa vara, la sujetas y le metes el látigo por el cacho, por un solo cacho, el lado donde vas a enrejar el becerro y ahí le tuerces ese látigo. Tienes que dejar espacio por si la vaca te choca, le das con la punta de la vara y la vaca reconoce que la tienes ensujetá, entonces el otro le enreja el becerro y ahí te pones a ordeñala, y esa vaca va dando el piojo hasta que llegá de rejo, cuando te des de cuenta, ya a esa vaca no hay que ponele más sujeto sino enrejala porque ya se acostumbró»

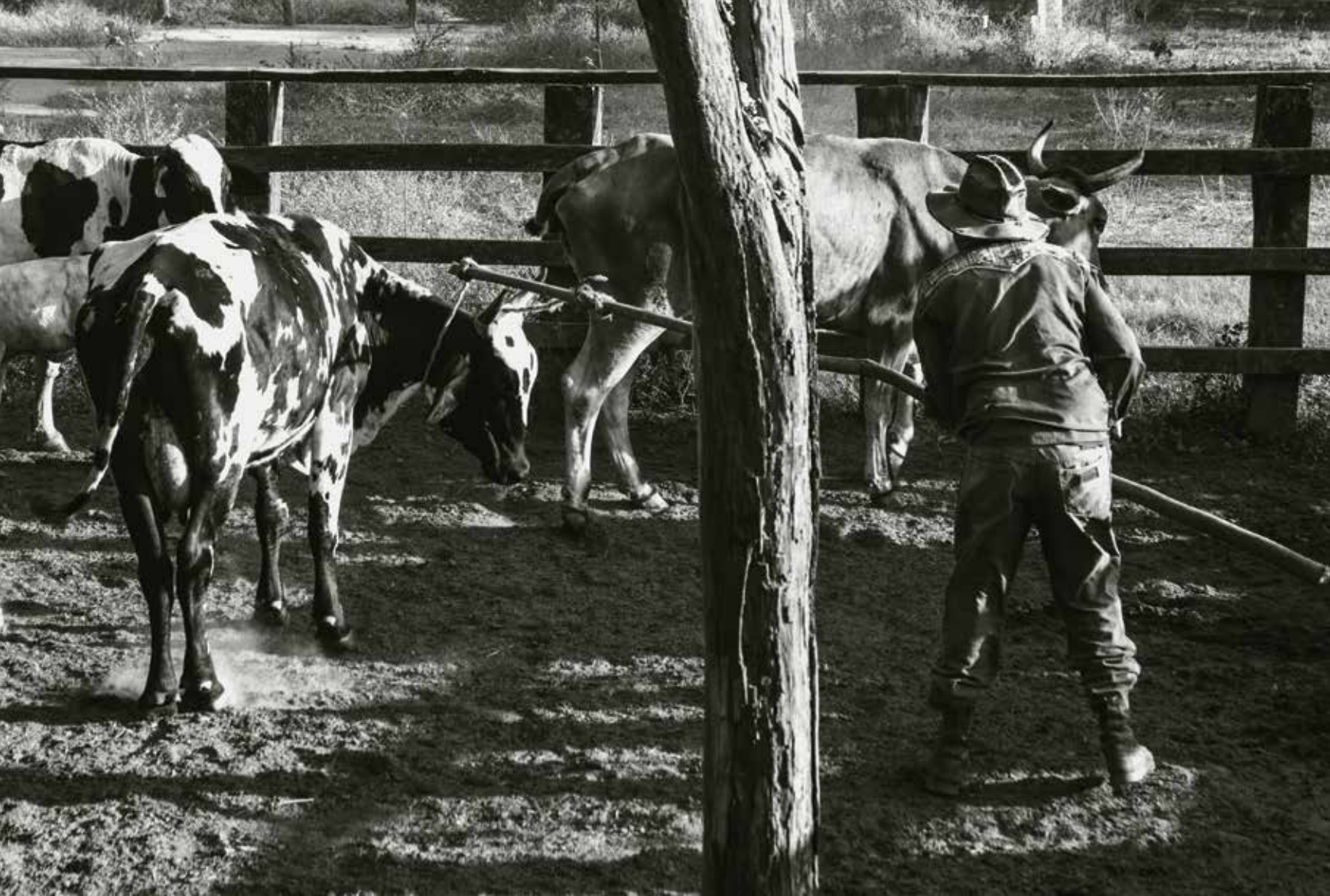
Por otra parte comentaba Simón Solís:

«El sujeto tiene ese largo porque la vaca paría peleá con uno. Esas dan chance, ese es pa'l momento en que tú tienes que tener el otro que te la tenga, mientras ordeñas, después tú mismo le puedes poné que ya se amansó, le pones el sujeto, y se lo pones en el suelo y la vaca se queda tranquilita y tú la ordeñas, eso llamaban de sujeto tendío estaba ya la vaca»

Como vimos en esta descripción, ya alcanzado el punto de mansedumbre, con enrollarle el sujeto de un cacho y colocarlo en el suelo —«sujeto tendío»—, ella se deja ordeñar sin mayores problemas. Este implemento fue descrito en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 48) por Ramón Páez:

Como las vacas son casi siempre medio salvajes, se las ordeña a la fuerza. Se hace esto pasando una soga por los cuernos del animal fijada a un largo palo, mientras el ordeñador deja mamar un poco al becerro y viene la leche, que de otro modo no se obtendría, para entonces amarrarlo a las patas de la vaca.

Durante el ordeño, las vacas nuevas de «yugo y sujeto», es decir, las que aún no están mansas, siempre se ordeñan de últimas. Luego de someter y tranquilizar a estas vacas nuevas, el ordeñador le mete la camaza, le canta y la acaricia por todas partes para que se amanse, para estimularla y conseguir que apoye en el ordeño. Las vacas nuevas no lo hacen fácilmente, «esconden la leche» como dicen los ordeñadores, hasta que se van acostumbrando y, en consecuencia, amansándose.



Nos comentaba Simón Solís acerca de los desafíos del amansador en el ordeño y las pruebas a las que se enfrentaba para que la vaca se amansara, se dejara ordeñar y «aflojara» la leche:

«Esa vaina cuando amansaba vacas era arrecho, tú te parabas de madrugada. Antes ordeñaba uno agachao, amansando tenías que ponéle la cabeza en el hijar, ahí se la metías duro, tú le agarrabas el ganso del lado izquierdo y con esta le empujabas la pata, las vacas no se maneaban. Alguien iba a'lante con el sujeto, el sujeteador. Los primeros días la ordeñabas con una mano. Tú esa vaca ahí cogías la leche que te diera, la ibas echando en tu bote. Una vaca ya de los seis días pa'lante ya iba aflojando la leche. De ahí ella ya te daba el punto de ponéle el burrito, el tenedor, según como fuera la vaca cinco, seis, diez días. Tiraba la leche en el bote, cuando terminaba la cuajabas con cuajo'e ganao»



ARMAS, VESTIMENTA Y PERTRECHOS

Los arneses del llanero son sumamente sencillos y muy sólidos: todos son de piel cruda como la sogá. A la grupa dos pequeños lazos de rejo, que llama tientos, para atar el chinchorro o hamaca, que lleva embolsada en una alforja de lienzo. En esos tientos van también asegurados el rollo de sogá, un cuerno de toro que le sirve, de copa para tomar agua o aguardiente (...). En los tientos va también la guitarra y una bolsa de piel de becerro con el bastimento. (...) En la parte delantera de la silla van las cañoneras, o sea dos pequeñas y angostas alforjas donde guarda el llanero sus hilazas, cera, lezna, aguja y demás enseres de hacer guarnición; sobre estas alforjas va arrollada la cobija o poncho con que se protege de las lluvias o de las agresiones de los insectos cuando duerme a campo raso. En las cañoneras de la silla pone la novia macizos de rosas sabaneras, u hojas de plantas perfumadas para que él se acuerde de ella cuando ande por allá lejos.

Daniel Mendoza (heterónimo de Rafael Bolívar Coronado), *El llanero*

Las regiones tropicales, y muy especialmente las de las tierras llanas bajas, en particular en la región central de Venezuela que abarca el sur del estado Cojedes, el distrito Arismendi del estado Barinas, sur de Guárico y el Bajo Apure, se caracterizan por un clima intertropical lluvioso de sabana que origina recurrentes inundaciones durante el invierno llanero. En el Llano alto occidental, que se corresponde con las sabanas del Alto Apure, el piedemonte barinés y el occidente de Portuguesa, el clima es de páramo pluvial subandino, mientras en el resto del Llano predomina el clima de bosque con sus distintas variantes: seco tropical, húmedo tropical, muy húmedo tropical, así como húmedo montano y premontano. Esta altísima variedad de climas y condiciones, que pasan de ser muy calientes a frías, sugieren que la vestimenta del llanero no puede ser muy complicada.

Si nos colocásemos sobre la montura de un caballo y saliéramos como hacen los llaneros, por toda una jornada a la sabana, conociendo que no vamos a regresar a la fundación o al ható sino hasta muy entrada la tarde sin saber si nos va a caer encima un palo de agua o si vamos a estar bajo un sol inclemente durante todo el día, lo más probable es que tomáramos una serie de provisiones para enfrentar de la mejor manera esas condiciones. Eso es exactamente lo que hacen los llaneros: aparte del esencial sombrero, se llevan un «porsiacaso» o «pollero» —bolsa que contiene algunos víveres— para tener algo que comer, una cobija para cubrirse por si llueve o de la resolana y una ropa muy liviana que los proteja de los elementos pero que no les dé calor y se seque con rapidez.

Según Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 29) se puede decir con toda verdad que con la cobija, la hamaca y la silla con sus bolsillos llenos de provisiones, el errante habitador de las llanuras lleva consigo su casa. Cuentan así con la tienda, la cama y el saco de provisiones o alforjas



más apropiado para esas regiones, lo cual le brinda todas las comodidades. Por otro lado, el mismo Ramón Páez (p. 45) nos muestra que el traje del llanero de aquella época era bastante más completo y pintoresco que el actual:

El paltó, la corbata, el pantalón y los zapatos, fueron reemplazados por el simple traje de los llaneros, el que consta principalmente de una larga y amplia camisa de bizarros dibujos en colores, y de unos calzones abotonados a la rodilla. Los zapatos siempre estorban en los llanos, sujetos a fuertes lluvias, cubiertos de fango una gran parte del año: fuera de los inconvenientes que ofrecen para mantener bien los estribos en la persecución de los animales salvajes. Un par de polainas de cuero, o botines, sujetas fuertemente a la pierna por botones o clavos de buena plata labrada, sirven de protección contra las espinas y yerbas sabaneras (...). Otro objeto característico de la vestimenta del llanero, y muy estimado por ellos, es el pañuelo de tela rayada negligentemente amarrado a la cabeza. Su aparente uso es para protegerlos de la fuerte intensidad de sol, pero, el constante hábito de llevarlo, ha hecho de ese pañuelo un tocado indispensable para el llanero, como es la corbata para un hombre de ciudad.

Esa vestimenta de trabajo de antaño ha pasado a ser sustituida por cómodos pantalones de tela de algodón o por los conocidos como «tucos» o «chumbos», que llegan hasta cinco centímetros más abajo de la rodilla y son elaborados en resistente dril o incluso con tela de sacos de harina. Ramón Bartolo Núñez nos habla de la vestimenta del llanero en su época:

«Los tucos eran chumbos, en ese tiempo nadie usaba pantalón largo, todo el tiempo eran chumbos, ropa corta, ahí no había gente enzapatá, gente embotá como hay ahora, ese era to'el mundo a pata pelá y con unos chumbos. Esa era la gente que trabajaba antes a caballo



en puro chumbo, no trabajaban con esa vaina como trabajan ahora que andan con un poco'e botas que si hallan un caño es capaz de ahogarse porque se llena esa bota de agua»

Como podemos ver, al llanero no le gusta andar demasiado calzado en el trabajo, salvo que tenga que realizar labores de reparación de cercas o remendar portillos o empalizadas, para lo que le usa en todo caso botas de cuero que lo protegen más que las de caucho, las cuales dicen «les sancochan los pies», si bien prefieren andar descalzos o con las frescas alpargatas.

Las franelas o camisas que se usan hoy día suelen ser de algodón y siempre de manga larga, de manera que puedan ser exprimidas en un momento dado y vueltas a poner, y además para proteger los brazos del sol. En el pasado los llaneros usaban también una franela o camisa de algodón, blanca y con mangas de tres cuartos o, en su defecto, una especie de camisa de color claro y tela de algodón sin mangas conocida como «cotona». Esta vestimenta facilitaba enfrentar las rudas tareas de sabana por su frescura y porque ofrecía al peón mayor libertad de movimiento. Ramón Páez (p. 261) describía estas camisas: había algunos de los mejores enlazadores del país —como el valiente Pentapolín, escogido modelo del héroe de La Mancha—, que tenían desnudo el brazo derecho hasta el hombro para que no les molestara la ancha manga de la camisa llanera en el manejo del lazo.

En cuanto a los pañuelos de tela rayada que acostumbraban llevar amarrados a la cabeza, a veces solos o bajo el sombrero, y que han sido descritos en la literatura y aparecen ampliamente representados en grabados y pinturas de la época donde se muestran llaneros, estos quedaron en el pasado y hoy día prefieren el sombrero y los más jóvenes, gorras de béisbol.



La punta, la peinilla, el cuchillo, la sierra de destacoñar y sus cubiertas

Traía una peinilla terciada, envainada por él mismo en un pedazo de cuero sin curtir; la banda era lo mejor, porque era un cabito de sogá finísimo hecho de piel de venado. Un sombrero de cogollo de palma hecho por él mismo; un pañuelo de rojo y blanco, amarrado del cuello, completaba el atavío de tan grande personaje.

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

En los hatos donde todavía se «trabaja Llano», es obligatorio que cada uno de los llaneros cargue consigo todo el tiempo su «aparejo»: sogá, gasa, barreador o pegador, sierra y peinilla. Ya que hablamos de la peinilla y pasando a las antiguas armas del llanero, tradicionalmente blancas, destaca entre ellas la lanza, por la importancia que tuvo en la historia del país así como el papel que jugó en el origen de estas armas que se utilizan hoy en día en esas regiones. Luis Agosti, en *Jaguares, llanos y baqueanos* (p. 176), la describe de esta manera:

La lanza llanera, mezcla entre la lanza indígena y la lanza castellana, inicialmente fue empleada como arma de protección ante el inesperado evento del ataque de un toro o, en otros casos, para rematar a algún tigre. Se habla de la caza de «tigres» con lanza, forma clásica de los primitivos llaneros, tal vez aprendida de los indios.

Esta lanza cuenta sus orígenes a partir de una lanza de guerra y cacería que los pobladores prehispánicos de Venezuela fabricaban de palma macanilla (*Astrocaryum jauari*) o del cubarro (*Bactris major*) y cuya punta se tallaba hasta hacerla filosa e iba atada a otro pedazo de la misma planta empleando para ello fibras de distintos árboles. Posteriormente, con la llegada de los españoles y del acero, a usanza de las lanzas castellanas, se comenzaron a fabricar con puntas de hierro mucho más resistentes y filosas.

Luis Britto García en *El Llano* (p. 16) comenta que estas lanzas, incorporadas a las labores ganaderas por los llaneros tempranamente, tanto para defenderse de la embestida de algún toro como del ataque de un tigre, acabarían siendo muy temidas por los ejércitos realistas durante la Guerra de Independencia, la cual se volvió una guerra social cuando los llaneros pusieron en ella el empuje tremendo de sus lanzas.

A partir de los comentarios de Chui Gabaldón sobre la punta de estas lanzas llaneras que se comenzaron a fabricar en el llano, Luis Agosti afirma (p.183):

Era una obra de herreros el forjado de la lanza; esta tenía que ser acerada, con filos por los dos lados, «empalmados», como dice el llanero, con una punta muy penetrante; ellos tienen diferentes maneras de fabricarlas, y a veces hasta las he visto amarradas con unas fibras especiales que aquí en el Llano no se conocen, pero que en estos lugares que mencioné son muy fuertes; será una fibra de moriche, no sé, pero sí que son unas fibras muy fuertes, sumamente recias.

Según Argenis Méndez Echenique (p. 219), en su obra *Historia regional del estado Apure*, la punta de esta antigua arma se comenzó a emplear luego como cuchillo, puñal o peinilla, llevándose en la cintura, pudiendo emplearse alternativamente tanto como lanza —al agregarle un asta— o como cualquiera de los anteriores:

La lanza se componía de un hierro bien cortante, fijo al extremo de un asta de madera, pero recordemos que la penuria de medios obligó al empleo de toda clase de arbitrios (...). El hierro o moharra, generalmente se forjó en forma de hoja de olivo, aunque las lanzas llamadas de punta de diamante tuvieron cierta difusión. Un cubo hueco permitía el encastre o fijación del hierro en el asta. En algunos se añadía una pequeña barra transversal que servía para, mediante correas, hacer más firme la sujeción (...). Y que también fue corriente, aún en plena paz y pasadas las más grandes guerras, usar la lanza en el cinto, a manera de puñal, puñal que fácilmente se encababa en un bastón un poco más largo que los normales (...). Estas lanzas-puñal fueron conocidas con el nombre de «Santa Catalinas» (...). Su uso fue muy generalizado como arma defensiva y de cacería.

Antes de que apareciera la peinilla como herramienta de uso diario, se utilizaba la llamada «punta de lanza», un puñal largo que se llevaba encima para defenderse, de manera muy similar al sólido facón gaucho destinado anteriormente en los países del cono sur para la defensa personal. La punta de lanza tenía unos treinta centímetros de longitud, con una hoja en forma de lanza —de ahí su denominación— de unos veinte centímetros de largo y de diez centímetros de cacha (empuñadura), era muy afilada y sumamente peligrosa. Resulta curioso que hasta finales de la década de los años cincuenta, el llanero todavía utilizaba un arma personal conocida entre su medio como la «punta», incuestionable descendiente de aquellas puntas de lanza. Mencionadas en la literatura e incluso en novelas como *Doña Bárbara*, estas puntas han quedado grabadas en el recuerdo de los llaneros de la época. Según Ramón Bartolo Núñez: «La punta es una peinilla grande, el cuchillo es el que uno carga en la cintura», mientras Rafael Simón Pacheco recordaba: «Yo todo el tiempo cargaba un chuchillo mata guate y una punta Colt colombiana en el pico'e la silla. Uno se enredaba ni quiera Dios con una sogá y picaba uno. La punta andaba en su cubierta enchapá bien bonita, con una costura por los lados»



Con el fin de la era bélica, estas «punta de lanza», por haber dejado de tener sentido, fueron evolucionando hasta llegar a la peinilla larga de trabajo que se mantiene hasta nuestros días. Se trata de una herramienta más que de un arma, empleada para resolver situaciones de apremio durante la faena diaria con las reses en el campo o en el corral, o utilizada en la confección de otras herramientas llaneras como la soga, un rejo, una tapara, una totuma, un cacho para una gasa, etc. y constituye, junto con el sombrero y las alpargatas, parte fundamental del atuendo del llanero, quien la lleva con orgullo dentro de unas fundas o «cubiertas» elegantemente enchapadas y ornamentadas. Ramón Bartolo Núñez nos cuenta sobre esas fundas:

«Antes hacían los llaneros una cubierta de cuero'e ganao crudo ellos mismos, lo curaban con dividive, una semilla, un palo de dividive que echa las pepitas. Usted recoge el dividive cuando está maduro; cuando se madura es marroncito. Entonces recoges como tres kilos, cuatro kilos y lo echas en un balde con agua, en un tambor y entonces echas el látigo ahí y el látigo sale curtidito, marroncito y negro, ese es el curtimiento del látigo»

Por costumbre, los llaneros han utilizado cuero de las vacas sacrificadas en el hato donde trabajan para fabricar cada quien una cubierta y llevar allí su punta o su cuchillo. Generalmente el trozo de cuero que se destina para este fin era curado con dividive (*Caesalpineia coriaria*), lo cual le hacía adquirir una tonalidad oscura aunque sin botar los pelos. Estas rudimentarias fundas constan de una sección o un cuerpo principal que forraba la hoja del puñal o la punta, una franja reforzada con más



capas de cuero justo donde se introduce la hoja para que pueda soportar el peso de la cachá y una solapa para colocarla en la cintura. En la parte inferior se decoran con unos flecos del mismo cuero —característica representativa de las cubiertas llaneras— o bien con una mota de cerdas de caballo fijadas a la punta de la cubierta por medio de un tejido que puede ser realizado con el mismo cuero, nailon o pabalo. Con el tiempo, al popularizarse estas cubiertas propias de la cultura de los hatos, comenzaron a aparecer también a la venta en las talabarterías de los pueblos donde se fabricaban con diversos tipos de decoración, como el caso de las cubiertas prensadas, las de costura o bordadas y las enchapadas.³⁹ Resulta sorprendente cómo en la actualidad, por los altos precios que puede alcanzar una cubierta de estas en una talabartería especializada, los llaneros, tal como hemos visto, han retomado la práctica de fabricarse ellos mismos sus cubiertas con el cuero de las reses que se benefician en los hatos. Además de la punta de lanza, hemos incluido también su funda dentro de las reliquias vivientes, tanto por su belleza como por la importancia que reviste para el hombre del campo.

Gastón Carvallo (p. 22) habla sobre el sistema que existió en los hatos y nos dice que «Hasta los años sesenta el instrumental usado en las faenas que directamente beneficiaban al dueño del hato no eran propiedad exclusiva de este, ya que aquellos de uso más común, como el cuchillo y la montura, eran propiedad del trabajador, en tanto que los otros instrumentos los facilitaba en terrateniente».

³⁹ Las cubiertas prensadas para portar las peinillas, se elaboran aglutinando diversos diseños y símbolos sobre el cuero del cuerpo principal de la funda que forra la hoja. En el caso de las cubiertas de costuras o bordadas, presentan gran gama de diseños, cosidos o bordados sobre el cuero del cuchillo en hilos de nailon o pabalo de distintos colores, logrando coloridas propuestas con formas de plantas y flores haciéndolas verdaderas piezas artesanales. Muchas veces estos cuchillos pueden presentar una suerte de enchapados en distintos metales, incluyendo la plata.



Se puede decir que la peinilla es la herramienta por excelencia del llanero; la carga siempre encima y con ella corta, pica, trocea, talla, come y se defiende. Su empleo, como herramienta y arma a la vez, está muy difundido por todo el Llano venezolano y colombiano, por lo que era imprescindible incluirla dentro de este reliquiario. Acerca de estas peinillas, a lo largo de los años se ha popularizado en el Llano el conocido «cuchillo pela ganado» o «peinillas de tres y cuatro canales» —por las canales que llevan sobre el plano de la hoja que corresponde al detalle de las planchas del metal con que se fabrica en Colombia—, manufacturados en acero con una aleación al carbón para agarrar buen filo, aunque su hoja, debido precisamente a esta aleación, se oxida con facilidad. Estos cuchillos poseen una cacha recta sencilla de madera.

Otra herramienta que casi con obligatoriedad el llanero de antes cargaba amarrada a la silla, pero que lamentablemente ha venido entrando en desuso, es la «sierra de destoconar». Se trata de una sierra pequeña y corta que se lleva atada con su funda en la silla para emplearla cuando se requiere recortarle la punta de los cachos a un animal peligroso para desarmarlo. En los corrales es posible ver cómo se destocona una res que represente una amenaza para los otros animales en espacios pequeños.

En otros tiempos era más común la destoconada, pues fenotípicamente la raza de ganado predominante en nuestros llanos era de origen ibérico y tenía los cachos muy puntiagudos, a diferencia de las razas cebuínas actuales. Las frecuentes cornadas a los caballos, además de serios accidentes con reses bravas en el Llano, se narra en *Doña Bárbara* (p. 121):



La faena había sido recia, los caballos jadeaban bañados en sudor, cubiertos de espuma, ensangrentados los ijares, y muchos habían sido heridos por las cornadas de los toros (...). Ya estos se habían acomodado en sus puestos, formando un gran círculo en torno al rodeo, mientras aquellos vaqueros que traían los caballos heridos se encaminaban a una mata cercana para cambiarlos por sus remontas (...).

Simón Solís nos contaba sobre una ley impuesta por el ható o los caporales en las vaquerías, según la cual la res que se escapara del rodeo y era preciso enlazarla, había que aprovechar también para destoconarla:

«Para destoconar, en plena sabana usté amarraba un toro, el toro que se enlazaba se destoconaba por ley, si no lo habían destoconao, lo tumbabas agarrabas en la silla la sierra, ya no existe esa sierrita, esa se la di yo a un muchacho de Santa Bárbara. Esa vaina era como de acero, pa'córtale un cacho eso era rapidito. En plena sabana tumbabas la res, la maneabas o la barreabas, y le cortabas el cacho, se destoconaba»

Los llaneros, como lo iremos viendo a lo largo de estas páginas, fueron resolviendo sus necesidades cotidianas a través de la incorporación de elementos originales indígenas o adaptando las piezas que trajeron los españoles con materiales locales. Este conjunto de pertrechos de confección artesanal, por su practicidad, facilidad de elaboración y definitiva tradición, pasaron a constituir un curioso reliquiario de piezas que todavía son muy usadas. En este capítulo hablaremos acerca de algunas de ellas.



La cobija

*En los ranchos, en las noches lluviosas, la tripulación
y los pocos pasajeros que pudieran ir a la embarcación,
se defendían del agua con cobijas de pelo apropiadas
para ello y con pedazos de lona, que tendían
por encima del mosquitero de tela que los protegía de la plaga
(mosquitos) al dormir en sus chinchorros*

Julio César Sánchez Olivo, *Crónicas de Apure*

Hasta finales de la década de los cincuenta, nuestros llaneros cargaban siempre consigo una cobija gruesa y pesada, que denominaban «cobija de pelo», elaborada con lana natural legítima, que los mantenía secos y abrigados en caso de verse atrapados en medio de un chubasco o un aguacero a campo abierto. En palabras de Ramón Páez en *Escenas rústicas* (pp. 28 y 29):

La cobija es también un objeto de la más indispensable comodidad en las marchas, y no puede haber quien pueda pasarse de ella, principalmente durante la estación lluviosa. Es un trozo de tela de seis pies cuadrados, con un corte en el centro por donde pasa la cabeza. Sirve la cobija para proteger al hombre de los torrenciales aguaceros y fuertes rocíos de los trópicos, y extendida sobre el suelo, le sirve de cama cuando no haya donde colgar el chinchorro. Ofrécele además, protección contra los calcinantes rayos del sol, y la experiencia ha enseñado cómo una gruesa cobija de lana mantiene el cuerpo húmedo y fresco durante el día, y caliente por la noche. La cobija de Venezuela es doble, y la forman dos especies de telas superpuestas: una de color azul oscuro y otra de color rojo sangre exponiendo alternativamente los lados de la cobija a la luz, según el estado del tiempo, se modifica agradablemente la temperatura del cuerpo. Así, en los días húmedos y nublados, se voltea hacia afuera el lado azul que absorbe mayor calor,

sucediendo todo lo contrario cuando el lado rojo está al exterior. Fundándose en el mismo principio, la manta o cobertor de hilo blanco es de gran valor contra los soles ardientes rechazando mejor los rayos calóricos que la lana. Es la manta un artículo de ruinoso lujo a causa de los bordados con que se le suele decorar, pudiendo rivalizar en elegancia con la más fina túnica de una bella de Nueva York o de París. Llevada por apuesto caballero en un día de fuerte sol, ofrece a lo lejos la misma pintoresca apariencia, y no menos elegancia que el albornoz de los árabes.

Rafael Simón Pacheco recordaba que «Las cobijas de pelo, ¡a vaina pa' pesá cuando se mojaba!, uno se la ponía, mire eso no se le mojaba a uno si cargaba alpargata, porque esa llegaba casi abajo. Después dijo a salí la manta». Y Ramón Bartolo Núñez, quien conserva aún como un tesoro una cobija de las antiguas de pelo nos contaba que: «Todo el mundo usaba cobija'e pelo, porque antes no había vainas de caucho como hay ahora, esa cobija cuando se mojaba se ponía pesá, y la brisa no la levantaba, podía llover todo el día y uno no se mojaba porque no se pasaba pa' ningún lado. No se mojaba uno y uno vivía calentico, todo el tiempo sabroso, se la venían a quitá uno cuando llegaba al ható o cuando hacía sol».

Los nombres que se asignaban a los diferentes tipos de cobijas a comienzos del siglo xx, fueron descritos en el libro *Memorias de un araureño* (p. 106) de Jose María Soteldo Ramos, dueño de carretas de mulas en el Llano, donde narra que el general Francisco Batalla le obsequió una de estas cobijas de pelo en una ocasión en que lo contrató para que lo llevara desde Sabaneta hasta Guanare:

En esta ocasión me tocó traer a Amalia en una carroza especial en mis carretas de mula y acompañar a Don Paco [General Batalla], ayudándole a pasar en los ríos hasta que llegamos a Guanare, de donde tomaron un automóvil para continuar viaje a Caracas. Recuerdo que me regalo una cobija Paraguané, de una sola hoja, para usarla a caballo; era más liviana que la otra, llamada Victoria de dos hojas, una roja y otra azul.

La cobija que según Ramón Páez poseía dos hojas, una azul y una roja, era conocida como «Victoria» y «Paraguané» la de una sola hoja, más liviana para andar a caballo. La cobija de pelo se cree tiene su origen en la región de los Andes y en el Llano araucano de Colombia. Tiene una forma cuadrada, con una abertura en el centro para introducir la cabeza y dado su tamaño, permite cubrir totalmente los hombros y el cuerpo cuando se encuentra uno sentado en la silla de montar. Constituye parte del atuendo tradicional del llanero y la lleva amarrada o dispuesta sobre la parte delantera de la silla del caballo.

Anteriormente, cuando los llaneros montaban su campamento y se disponían a pernoctar en la sabana, colocaban sobre el chinchorro una cuerda, encima de la cual suspendían la cobija a manera de tienda de campaña para protegerse del viento. Según Ramón Páez (p. 30):

La hamaca y la cobija se llevan arrolladas a la grupa del caballo, y cuando acampa el viajero, después de haber colgado el chinchorro o la hamaca, tiende una cuerda entre sus extremos o cabuyeras, y sobre ellas coloca diagonalmente la cobija y ya puede desafiar tormenta, y hasta al viejo Boreas, durmiéndose mejor mientras más activen los vientos el balanceo.

Estas cobijas de pelo, muy probablemente por su elevado costo —según Asdrúbal Hernández U. podían alcanzar un precio de hasta cien dólares norteamericanos cada una—, acabaron desapareciendo y pasaron a convertirse en apreciados objetos de colección, aunque el llanero venezolano no abandonó la costumbre de usar esta clase de prenda, sustituyéndola por otra más económica, también elaborada en Colombia, pero de menor calidad de confección. En la actualidad la cobija más popular del Llano es la «manta cuadriculada» o «manta llanera», una suerte de ruana que posee unas tonalidades que van del azul marino hasta los azules más tenues y un patrón de diseño característico parecido al tartán o los cuadros.

Algunos llaneros han aceptado ahora llevar ponchos o cauchos de plástico para protegerse de la lluvia, pero no les sirven para guarecerse del frío que normalmente acompaña el retiro de las aguas, lo que ha ayudado a mantener viva ésta reliquia.

Los sombreros

Si existe una pieza que ha sido y sigue siendo un elemento indispensable para todo llanero, esa debe ser el sombrero. No solo se trata de un artículo para protegerse de las inclemencias del sol o la lluvia sino que se usa para saludar, galantear a una dama, espantar a un perro e incluso, en circunstancias de apremio, sacarse de encima a una res que embiste. Lanzado por los aires es reflejo de alegría y llevado en las manos es señal de respeto o de humildad. El llanero en general no prescinde de su sombrero, se lo quita para sentarse a comer, antes de entrar a un templo o cuando participa en una procesión, se da una siesta en un chinchorro o le toca ofrecer un saludo respetuoso.

Los llaneros no usan un solo tipo de sombrero sino múltiples, siendo el más popular el sombrero de cogollo, que es el preferido para la faena diaria por ser muy ligero, económico y fresco. Un buen sombrero es sinónimo de prestancia y elegancia, y en esta categoría entran los sombreros de fieltro como el llamado pelo'e guama, destinados para las ocasiones especiales.

La técnica de tejido de un sombrero de cogollo, bastante rústica, no difiere mucho de otras que podemos observar en tantas otras regiones tropicales. Para tejer un sombrero de cogollo se reúnen hojas tiernas del cogollo de la palma llanera (*Copernicia tectorum*) y se colocan al sol por unos días hasta que se sequen, momento en el que se les retira la nervadura y se desgajan en tiras de tres a cuatro milímetros que se pasan por hojas de seda de algodón para facilitar el proceso de trenzado y se tejen con ellas crinejas que se cruzan entre sí. El cosido comienza doblando una punta de la trenza y cosiéndola. Luego se unen todas las trenzas en forma de espiral hasta lograr la copa y después se va bajando para elaborar el ala. Nos contaba Ramón Bartolo Núñez: «En ese tiempo salían sombreros buenos y eran baratos, cada quien usaba sombrero. Si se usaba sombrero'e cogollo y pa' que duraran más, uno los pintaba con pintura, pa' que no se pasara el agua. Unos los pintabas de rojo, podía ser de verde, de azul, de negro».



El renombrado sombrero pelo'e guama, costoso ya que es considerado de lujo, no deja de ser una auténtica curiosidad. Su nombre proviene de la semejanza del género con el cual se hace y el aspecto similar al del fruto del guamo (*Inga spuria*), aterciopelado y suave, pesado y muy duradero, que generalmente se usa como parte del atuendo que acompaña al tradicional liqui liqui y puede ser de diversos colores. Inicialmente se confeccionaba con la piel de perro de agua o nutria gigante del Orinoco (*Pteronura brasiliensis*), razón por la cual esta especie llegó a ser muy perseguida por la cacería furtiva, poniéndola casi en peligro de extinción. Estos sombreros, que originalmente eran importados de Checoslovaquia, eran fabricados con fieltro de pelo de conejo y venían en tonalidades claras con arena, pasando por el color marrón más parecido a la guama, hasta el negro, y cuyo borde externo estaba protegido por una cinta. En la obra *El llanero* (p. 75) se menciona esta clase de sombrero así como los pañuelos que acompañaban la indumentaria:

Vamos a describir un llanero lujosamente vestido. Ante todo, lleva a la cabeza un pañuelo de seda fina de abigarrados tonos, ya en flores o arabescos, anudado a la nuca de modo que dos largas puntas le caen sobre la espalda. Encima del pañuelo el alado sombrero de fieltro, que llaman en el Guárico y en el Apure de pelo de guama.

En el estado Apure es común observar a muchos pobladores utilizar sombreros que son elaborados con diferentes fibras naturales autóctonas de la zona habiéndose popularizado en años recientes los sombreros de ala ancha fabricados por los indígenas de la Macanilla con la palma local.



Las cotizas y alpargatas

El calzado que usan los llaneros en estas agrestes regiones es de una sencillez y una practicidad absoluta. Recordemos que en la mayoría de los casos el hombre monta descalzo y el empleo de calzado muy cerrado y caluroso no resulta práctico para la vida cotidiana y mucho menos para las labores de campo. Debemos incluir entre este tipo de calzado, que por su tradición y uso histórico ya son unas auténticas reliquias vivientes, la cotiza y la alpargata.

La cotiza es un zapato rústico, tradicional de algunas regiones de nuestro Llano que viene provista de tres correas o tiras de cuero sujetas a la suela para atar al talón. Es fabricada con el cuero delgado de los cachetes y las herraduras —parte baja de la pierna— del novillo y para confeccionarlas se pica el cuero del mismo tamaño del pie de la persona dibujando la silueta u horma directamente sobre la pieza. Después de cortado el cuero, se procede a colocarle las tiras de piel que sostendrán el pie y se termina la pieza. Son de uso frecuente tanto en el hogar como en las salidas de paseo. La obsesión del llanero por los adornos enchapados se hace evidente, ya que no solo los emplean en sus cabezadas para las bestias, en sus cubiertas para cuchillos y en las alforjas, cañoneras y respaldares de sus sillas de montar, sino que también se consiguen en las cotizas que incluso tienen diseños con enchapados sobre cuero.

La alpargata, quizás el calzado de mayor tradición y más amplio uso en todas las regiones rurales del país, es en forma de sandalia, con una capellada tejida con hilo de algodón negro y suela de

cuero, caucho o cocuiza, con un orificio en la parte delantera, a manera de ventilación, por donde se asoman los dedos. Al respecto recuerda Ramón Bartolo Núñez:

«Habían unos que usaban cotizas, pero era la mayoría de los viejos que andaban a pie, los viejos que les gustaban las cotizas de cuero'e ganao. Las cotizas eran de cuero y con ellas cotizas se metía uno por cualquier espinero y no lo ahincaba ni una espina, porque eso era cuero duro, usted tenía que echále graso por debajo pa'que no se entiesaran. La alpargata es tejía, de cuero de ganao también pero la suela era con cuero de ganao grueso y la capela era de pabilo o de nailon. Después de ese pabilo las comenzaron a hace de nailon»

La parte de arriba de las alpargatas que se llama capela o capellada es tejida en un telar en forma de triángulo, en el que se determinará su talla. Se puede decorar con letras o figuras y diseños de colores y otros adornos de acuerdo a la experiencia y pericia del tejedor. Sobre el telar triangular realizado en madera se urde el hilo o cabuya entrecruzando las fibras de un lado a otro de manera que quede un hilo al lado del otro con una separación de uno o dos milímetros. Luego, con una aguja y con otro hilo se le hace pasar una vez por encima y la siguiente por debajo entre los urdidos, hasta completar el tejido. Para tejer alpargatas se puede utilizar diferentes materiales como hilos de nailon, pabilo, guaral planchado, entre otros. Cuando la suela es de cuero hay que martillarla para que quede prensada, cortarla con un molde dependiendo de la talla y con unos cortes para unirla con la capela. Cuando la suela es de caucho el procedimiento es el mismo pero no requiere ser martillada. En el verano es común ver a los llaneros utilizar alpargatas de cuero y pabilo, mientras que durante el invierno las usan de nailon y caucho.

Las alpargatas más apreciadas por los llaneros desde hace muchos años son conocidas como las «guachareñas», cuyas suelas son fabricadas con el caucho de una motocicleta, sumamente resistentes ya que duran varios años de uso continuado. El material de la capela es un mecate de nailon resistente a la tierra, al barro y al agua. Dado que la alpargata era el calzado del llanero por excelencia, incluso había quienes las usaban a caballo y se colocaban las espuelas sobre ellas, tal como nos dice Reneldo Ojeda: «Antes casi todo el mundo andaba con espuelas, a veces sobre la alpargata o a veces sobre el pie pelao o la bota» y Rafael Simón Pacheco: «Antes no se veían gente engorrao, o en chancleta en un corral».

Si nos remitimos a lo que dicen los diccionarios acerca de la definición de pertrechos, son los instrumentos y utensilios necesarios para realizar una actividad determinada, en especial armas, municiones, máquinas, etc., que forman el equipo de un ejército. Refiriéndonos a los pertrechos que lleva encima un llanero, vemos una deformación en la definición original, pues se corresponde con una serie de instrumentos y utensilios domésticos, de trabajo y supervivencia, usados tradicionalmente en el Llano e indispensables para resolver situaciones cotidianas. Para muchos resultarán bastante familiares por coincidir con otros elementos criollos que siguen siendo usados en otras partes del país como es el caso del calzado, sin embargo, cuando incluimos en ellos los que se relacionan con la montura, nos adentramos en un mundo menos conocido y bastante más rico desde el punto de vista cultural.



Reliquiario de montura

*Y adentrarme hasta los lugares de donde procedían los peones llegados
al pueblo conduciendo los ganados, en sus cabalgaduras toscamente aperadas,
la cobija delantera en el pico de la silla; la capotera con el chinchorro,
y el porsiacaso con la frugal ración de comida.*

Fernando Calzadilla Valdés, *Por los Llanos de Apure*

Si el caballo representa el bien máspreciado de un llanero, los pertrechos que requiere para montarlo no pueden significar menos. Por la belleza que caracteriza a todas estas creaciones de talabartería de uso cotidiano y la historia asociada a cada una de ellas, no podíamos dejar de incluirlas en esta recopilación.

De acuerdo a la Asociación Latinoamericana de Turismo y Cultura Ecuéstre, cuando llegaron los españoles a América trajeron los mismos atalajes⁴⁰ que se usaban en Andalucía y Extremadura en el siglo xvi. Y así como los caballos andaluces, el estilo de montar y el manejo del caballo tuvieron gran influencia del norte de África, lo mismo que las sillas de entonces, que se denominaban de «jineta», de donde precisamente proviene la palabra jinete y jineta. Pero, además, en las zonas de Europa y España liberadas de la influencia árabe, durante ese tiempo predominaba la escuela de la brida y la silla conocida como estradiota o de brida, de estructura grande y pesada, con largos estribos, arzón delantero alto y asiento mullido, propia de los caballeros medievales, traídas también a América, aunque se usara con más frecuencia la jineta, en la que el jinete usaba estribos cortos y llevaba las piernas hacia atrás, casi de rodillas, en lo alto de la silla.

40 Atalaje o atelaje (del francés *attelage*) es el conjunto de arreos o guarniciones que se ponen en el animal de tiro para que arrastre con comodidad los carruajes. Puede ser de «collerón» o de «pechera», según sea la zona del animal sobre la que se ejerce la tracción.

Los pertrechos de montura también fueron el resultado de un prolongado proceso de adaptación y creación que se apoyó en esa rica herencia española. El hombre de la llanura, consciente de la importancia del caballo para reducir las distancias y dominar las condiciones a que se enfrentaría, propició un rápido proceso de adaptación donde el pragmatismo indígena sumado al profundo conocimiento de su entorno, dio nacimiento a una hermosa cultura ecuestre que ha continuado vigente y sin mayores cambios hasta nuestros días. Revisando la literatura observamos que una buena parte de la confección de sillas y pertrechos de montura que se mantiene en el Llano continúan guardando una gran semejanza con las que se emplean hoy día en España, sobre todo en Andalucía.

La silla de pico

En el Llano, desde que se emplea el caballo como medio de transporte, en la lucha o el trabajo, la silla de montar ha representado el asiento desde donde el llanero preside sus menesteres, dominios y oficios, ejecuta sus faenas y donde pasa la mayor parte del tiempo durante el día, volviéndose muy apegado a ella, pues cada llanero tiene la suya y difícilmente la presta. En la doma representa el implemento que le permite sostenerse sobre el caballo cuando realiza violentos corcoveos para deshacerse del jinete al sentirlo por primera vez sobre su lomo, reacción instintiva de su naturaleza salvaje.

Hasta finales del siglo xx en algunas regiones del Llano seguían utilizándose las antiguas sillas de pingo representadas por dos variantes: la llamada silla «chocontana»⁴¹ y la «vaquera». En tiempos pasados se empleaban para amansar potros cerreros, siendo muy peligrosas porque en medio de los corcovos el alto pingo ubicado en la parte frontal representaba un peligro para el jinete. Se distinguen entre sí por la amplitud y forma del respaldo donde va sentado el jinete. Incuestionable heredera de la jineta, la silla vaquera tiene un respaldo mucho más alto y estrecho, mientras que la chocontana es más amplia y tiene una forma más redondeada. La vaquera además se caracterizaba por poseer un pingo particularmente alto en la parte delantera y un respaldo de casi la misma altura en la parte posterior. Sobre el fuste poseía una cubierta o coraza de cuero de la que colgaban unos bolsillos alargados en la parte delantera conocidos como «cañoneras» y en la parte trasera, unas alforjas o bolsos a los lados de la silla, además de la «capotera», que podía ir amarrada detrás del respaldo. Las dos siguieron utilizándose en el Llano, especialmente en la zona del alto Apure, por su cercanía con Colombia (donde se siguen fabricando y utilizando), tal como se observa en la descripción de Vicente Carrillo-Batalla en *Sabanas de soledad, relatos y estampas* (p. 183):

Desde el primer momento caí en cuenta que Menoreño era una ventana abierta a la historia de la ganadería apureña. No solo el *pool* genético compuesto enteramente por ganado criollo, evocación de las vacadas andaluzas que trajeron los españoles a la otra banda del Apure, sino la forma de trabajarlo, el diseño y disposición de las casas principales y fundaciones, las sillas vaqueras y chocontanas y demás aperos para las bestias de remonta, incluidos los frenos auténticamente «mantecaleños», la forma de trabajar los ganados a soga y cola de caballo. Aquello fue de veras un privilegio para nosotros, ávidos de conocer y palpar, aunque fuere el detritus de los viejos hatos ganaderos de Apure.

Estas cañoneras —que tal como su nombre indica eran para portar armas cortas— nos recuerdan a los tiempos de las gestas bélicas que tuvieron lugar a lo largo de la mayor parte del siglo xix, la época del cuatrismo y los asaltantes de camino, cuando un mayordomo o un caporal, luego de vender un lote de ganado, debía emprender a caballo el retorno hasta el hato en el que prestaba sus servicios con un saco de morocotas amarradas a la silla viéndose obligado a andar armado todo el tiempo. Esa característica de poseer tal cantidad de bolsillos, alforjas, compartimientos, contenedores de enseres y artículos personales, delata además la necesidad que tenía el jinete de entonces de disponer en su silla de todo para dormir, descansar, asearse, vestirse, pernoctar en la sabana, saciar su hambre y su sed en las largas faenas. La implementación de los «campo-volantes» para controlar el abigeato en los rebaños y el cese de la era bélica y caudillista durante el gobierno del general Juan Vicente Gómez, hizo que los llaneros dejaran de portar armas de fuego sobre la silla, a lo que se unió el cambio que introdujo el manejo moderno de las operaciones ganaderas, lo que trajo como consecuencia una reducción considerable del tiempo que los llaneros pasaban sobre su montura y de los utensilios que necesitaban llevar consigo.

La silla vaquera es una pieza muy apreciada en Venezuela, sobre todo por los llaneros viejos y gente de a caballo por ser considerada fina y estilizada. No viene totalmente armada sino que consta de



seis partes que se arman y se desarman cuando es necesario: 1. el fuste de madera forrado por una membrana delgada de cuero y el pico alto también forrado en cuero; 2. el «arricés», un trozo de cuero con un sistema de correas y argollas a los lados que va calzado perfectamente sobre el fuste; 3. de estas argollas se colgaban la cincha y 4. las arciones, hechas con una correa delgada de la cual penden los estribos de pala; 5. la coraza, que es toda la cubierta de cuero de la silla con la que se recubre el asiento y que incluso cuelga por los lados del fuste y entra como un guante de cuero en el respaldo del fuste de madera; 6. el pellón, un cobertor que se le colocaba encima para protegerla del agua, la tierra, el polvo y el sol, además de brindar mayor comodidad. Este pellón era en tiempos antiguos tejido con pelo de caballo o podía ser la piel entera de un carnero o una garra de cuero. Posteriormente comenzaron a fabricarse con hilos de diversos colores, bordados o como el tapiz, dando lugar a coloridos diseños e incluso en algunos casos hasta dibujos con formas flores y de animales.

Dada esta posibilidad de desarmarla nos comentaba Simón Solís que, para preservar las partes más valiosas de la silla durante el proceso de trocha o doma, sabiendo que a veces los caballos caen o se tiran al suelo con la silla puesta, algunos llaneros le quitaban estas partes, dejando únicamente el fuste con el arricés para taparlo luego todo con su manta o cobija.

Estas sillas se decoraban profusamente con unos trabajos de marroquinería o enchapado metálico, otras con diseños bordados sobre el cuero de diversos motivos. Ramón Páez (p. 28), en un viaje que realizó al Llano venezolano en 1846, las describía así:

La silla del llanero está adaptada admirablemente para resistir las rudas faenas del país, rindiendo los mejores servicios al viajador llanero en sus largas peregrinaciones. Estas sillas, las vaqueras, aludiendo a la profesión de los jinetes, revelan su alegre origen árabe: la misma profusión de los adornos de plata, los dibujos en Marroquín, el alto pico delantero y el así mismo elevado espaldar. Un confortable pellón de una piel entera de carnero, o de crines de caballos, cubre la silla y cae a los lados en pliegues graciosos. Lleva la silla bolsas de cuero donde se guardan las cosas esenciales al viajero en las largas jornadas, como papelón, arepas y aguardiente, licor celebrado tanto por su uso como por su abuso.

En algunas regiones del país, sobre todo en el Llano que compartimos con Colombia, se siguen empleando este tipo de sillas de pico donde es frecuente tropezarse con una que otra, lo que le confiere a la reliquia el carácter viviente, razón por la cual decidimos incorporarla en este trabajo.

La capotera

El tiempo adecuado para recibir el pago del ganado es de mayo a junio, en entrada de aguas, cuando se rompen los trabajos, por la mayor facilidad y las más favorables condiciones para mover y viajar los ganados. Mas es conseja generalizada entre los llaneros apureños que los guariqueños, al oír los primeros truenos y caerles las primeras lloviznas, arreglan sus capoteras, se toman fogosos, nerviosos y empiezan a mirar para su tierra y a ventearla. Y tienen sobrada razón; de ninguna manera es porque sean malos peones, cobardes o pusilánimes, nada de eso ni mucho menos; es el medio apureño transformado rápidamente para la época, y sobre todo sorprendente y brusco el cambio de escenario lo que los impresiona.

Fernando Calzadilla Valdés, *Por los llanos de Apure*

Amarrado en la parte trasera de la silla o por medio de los tientos, un bolso alargado a manera de maleta quedaba colgando a ambos lados: la «capotera», donde el llanero podía guardar sus objetos personales. Podían ser de diferentes modelos y, citando algunos ejemplos: las que se abrían longitudinalmente poseían un largo pliego provisto de unos broches o botones para cerrarlas y eran fabricadas en cuero de res u otros animales y las elaboradas mediante tejidos de punto muy coloridos y se abrían o cerraban en sus extremos con un sistema de cuerdas que al halarlas estrechaban sus aberturas hasta que quedaban cerradas. Sobre ellas, Rafael Simón Pacheco nos dice: «La capotera es para meter uno la maleta, la ropa, el chinchorro, las alpargatas, un bizcocho, amarrado con tres correas atrás en el pico'e la silla. Antes uno iba de una fundación pa'otra, olvídense que me llevan la maleta en el carro, uno se llevaba su maleta en l'anca».

Y Ramón Bartolo Núñez nos contaba que

«La capotera, si había una fundación y nosotros íbamos a trabaja pa'llá, en los caballos cada quien llevaba su ropa y su chinchorro, ahí cabía todo, era pa'pegálas en la anca de los caballos con los tientos y se cerraban con unos broches asegaos pa'que el agua no pasara. Además ibas arropao con la cobija. Ahí metías el jabón, metías tus chumbos, ahí cabía todo, en la anca del caballo. Habían gente que tenían capoteras hechas de saco. (...) Todo el mundo llevaba su sogá, su capotera, su pegador, su gasa, su cobija, pero si alguno quería lleva una tontería, algún peacito'e queso, lo llevaban en un pollero»



Las sillas de montar

Un día se presentó por aquí, buscando trabajo, uno de por los lados del Cunaviche. Se ofrecía como cimarronero, nada menos, y venía muy mal montado; el matalón no podía con su alma y el apero era una tereca. Me lo quedé mirando y le dije: «Bueno amigo, bestia le ofrezco: uno de esos mostrencos que andan alzados por la sabana. Póngale un veladero al que más le guste y luego lo amansa para su silla; pero de aperarlo se encarga usted». «Yo tengo apero —me contestó el hombre, poniéndole la mano encima a su tereca—. Me falta el arricés, el guarda bastos se me perdió, el fuste me lo robaron y la coraza no sé qué se me hizo; pero me queda el sufridor». Así me contestó el hombre, que es nada menos que Pajarote. Lo que le quedaba era el sufridor, y él decía que tenía apero. Con que aplique el cuento. El sufridor, es decir: la voluntad de pasar trabajos. De ahí le viene al llanero su fuerza.

Rómulo Gallegos, Doña Bárbara

Posterior a las sillas de pico se popularizaron en todo el Llano unas sillas de fuste sencillo sin altos picos ni respaldares, que llaneros como Ramón Bartolo Núñez nos comentaban llamaban «galápaga», «tereque» o «fuste americano», provenientes de una histórica silla diseñada por el general George Brintom McClellan, oficial de la caballería estadounidense de mediados del siglo XIX, llegadas al país como desechos militares. Esta silla «McClellan» se consideró muy apropiada para la faena de la doma y la trocha de bestias cerreras, y por su peso, ideal para largas faenas ganaderas. Hoy existen varios modelos inspirados en ella como la «villacurana», forrada y con todos sus accesorios en cuero, muy popular en la escena del coleo. Hay otras más económicas que se compran en cantidades grandes para los hatos, fabricadas en plástico y conocidas despectivamente, dado su color blanco, como «concha'e queso»,



con arcones y correas fabricadas con nailon que las hacen aún más livianas y resistentes al severo clima llanero, aunque no necesariamente más cómodas. Algunas como la «tereca» o «tereque» venezolano y «afrikan» de Sudáfrica, conservan cierta semejanza con esta histórica silla de origen militar.

En muchos casos, debido a que están expuestas a sufrir duros golpes y hasta se rompen durante estas faenas de amansado de bestias, en un intento por preservar las sillas de mayor calidad que representan un implemento costoso, escaso e indispensable en el hato llanero, se emplean variedades rústicas de fabricación artesanal con fustes sencillos tallados por los mismos llaneros en madera y provistos de arcones e implementos de cuero crudo que usualmente la acompañan. En *Doña Bárbara* (p. 167, 255) se habla de una silla rústica como «tereca», descrita por Julio César Sánchez Olivo como «silla vieja de montar, hecha pobrementemente y en su totalidad por el mismo llanero. Él mismo

42 Trebejos, de acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española, equivale a utensilios o instrumentos.

se procura y fabrica los trebejos». ⁴²

El llanero se logra mantener sobre la silla y soporta los violentos movimientos del caballo haciendo uso de las arcones con sus respectivos estribos, que son dos correas colocadas a cada lado de la silla de donde cuelgan los estribos para introducir el pie, fijadas o aseguradas ambas directamente al fuste de la silla o por medio de unas argollas metálicas y que pueden ser elaboradas por los talabarteros de los pueblos: unas correas anchas provistas de costuras o fabricadas en forma sencilla en lo que llaman «cuero cromo» y colocadas en forma doble para que queden aseguradas de la silla y con una hebilla para ajustar su longitud, aunque las más rudimentarias son las



que fabrica cada llanero con cuero crudo de res y que van simplemente amarradas. A este respecto nos comenta Ramón Bartolo Núñez: «las arciones podían ser de cuero crúo, uno mataba una res y sacaba sus arciones de un cuero crúo. La gente antes tallaban ese cuero y hacían sus arciones, cada quien tenía las suyas, tenían la cincha, la sobrecincha y las arciones que eran puro de cuero crúo».

La silla llanera además posee unos trozos de rejo de cuero que hemos mencionado conocidos como los «tientos», que normalmente se encuentran atados a las argollas de la silla o amarrados directamente a esta, que sirven para atar a la silla herramientas e implementos como el cabestro, la gasa, los maneadores o barreadores, la capotera, el cacho de beber o cualquier cosa que se necesite en la jornada de trabajo en la sabana. El trozo de mecate o de rejo que cuelga de la silla de donde se «pega» la soga se conoce, tal y como ya vimos, como el «soguero». Estos tientos fueron descritos así en *El llanero* (p. 51):

Los arneses del llanero son sumamente sencillos y muy sólidos: todos son de piel cruda como la soga. A la grupa van dos pequeños lazos de rejo, que llama tientos, para atar el chinchorro o hamaca, que lleva embolsada en una alforja de lienzo. En esos tientos van también asegurados el rollo de soga, un cuerno de toro que le sirve de copa para tomar agua o aguardiente.

En algunas zonas como Las Galeras de El Baúl y de El Pao o en vertientes del piedemonte del alto Llano apureño y de Barinas, se usa la «gurupera», una suerte de correa delgada amarrada en la parte posterior de la silla que se pasa por debajo del rabo del animal para que la silla se mantenga fija.

Como hemos venido viendo, la bestia de silla continúa representando el medio de transporte esencial para las regiones llaneras y por ello la silla de montar o la montura ostenta una importancia particular, ya que constituye en sí misma, por su historia, variantes y tradiciones, una auténtica reliquia.

Los estribos de pala

*El pie tenso en el estribo
quién sogueará al orejano,
la vista fija en los cuernos
¿cuál será el más veterano?*

*Tres caballos al galope
dispersos en la mañana
tres lazos a un solo tiempo
grito salvaje y sabana*

*Al filo de la destreza
las competencias del macho,
bellaquería y sorna ingenua
amor del hombre muchacho*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

En el Llano de Apure y Barinas, donde el llanero se acostumbró a andar totalmente descalzo, ya que sus sabanas arenosas y desprovistas de piedras y plantas rastreras espinosas se lo permitían, practican la doma y montan utilizando los estribos de pala, aquellos en los que el pie descalzo se sostiene del borde del estribo abrazándolo con el dedo gordo del pie o *hallux*. Al ser estribos característicamente estrechos en la parte donde va introducido el pie, esto impide que puedan ser utilizados con cierto tipo de calzado y hace que el llanero los use descalzo, para lo cual se pudiese decir están especialmente diseñados. Considerado por muchos el sistema más seguro, al estar ligeramente agarrado de los estribos, el jinete puede liberarse con rapidez sin correr el riesgo de quedar colgado al engancharse una bota u otro calzado en medio de bruscos movimientos. Se han desarrollado otros estribos cerrados o forrados con un trozo de suela de cuero en la parte delantera, lo que hace imposible el traspaso del estribo con el pie y mitiga este peligro, pero esta clase de piezas no son apreciadas por los llaneros, quienes las consideran diseñadas para los niños, para jinetes inexpertos o «patiquines», como se refieren a ellos los llaneros de forma despectiva. Ramón Bartolo Núñez lo explicaba así:

«Anteriormente todo el mundo usaba estribo de pala y descalzo, ahí no cargaba nadie alpargata ni bota ni nada, no había espina ni nada, eso era una sábana limpia. El Llano de Apure es muy limpio, podías andá todo el tiempo descalzo, sabanas puro de arenilla y bancos limpiecitos que uno se puede abajá a agarrá cualquier toro que no te va a pasa nada en el pie porque es una paja bajitica»

Estos estribos son elaborados en metales como el bronce, aluminio, hierro y platino y, como se ha indicado en páginas anteriores, se emplean en los aperos de montura de los caballos para que los



jinetes puedan apoyar los pies y sujetarse a la silla. Los estribos penden de unos mecates, sogas o correas de cuero denominadas «arciones» que cuelgan directamente de la silla. Su característica más reconocida es que en la parte inferior a la barra metálica donde se apoya el pie poseen uno o dos —dependiendo del modelo— triángulos del mismo metal que apuntan hacia abajo y terminan en una punta redondeada o con forma circular. Sobre el triángulo, algunos de ellos tienen como decoración unas estrellas o la figura de la cabeza de un caballo. Los antiguos estribos de pala, en cambio, eran de una madera pesada y resistente, y las puntas de abajo eran para estimular al caballo. Ramón Páez (pp. 28 y 29) los describió:

Los estribos, tallados ordinariamente en un bloque de madera, ofrecen la particularidad de ser tan largos y macizos como en ninguna otra parte del mundo, y aunque llamados africanos, en nada se parecen a los árabes (...). Lo mismo que entre los árabes, los jinetes nunca meten enteramente el pie en los estribos, y solo se sostienen con el dedo gordo para liberarse pronto de ellos en caso de una caída. Este continuado hábito de cabalgar, arquea las piernas y los pies de modo característico, y les acredita fama de buenos hombres de a caballo. Las esculturas de los estribos revelan elevado gusto, consistiendo su belleza principal, en los colgantes triangulares de las bases con los que estimulan los caballos.

La costumbre del estribo «a pata pelada» se hizo tan arraigada en el Llano que si un peón buscaba trabajo y se calzaba, no era visto como un buen llanero. Más tarde estos estribos fueron sustituidos por los fabricados en plástico y diferentes metales, con suficiente amplitud para poderlos utilizar calzados.

El freno mantecaleño

Allá va, esguazando los esteros del Guárico, con el agua a la coraza de la silla, levantando el bullicioso revuelto de las bandadas de patos y garzas, adormecido por el chapoteo interminable de la bestia en las bombas de fango.

Allá cabalga hacia el Alto Apure a través de la verde inmensidad de los bancos. Salió con la sombra por delante, larga sobre el camino, le pasó encima y ya la lleva a la espalda, larga sobre el camino. Pero él siempre está en el centro del Llano, círculo de espejismos donde se funde la sabana caldeada por el sol antes de convertirse en cielo. Allá atraviesa los palmares profundos, los verdes morichales, cuyas claras aguas duplican el alba de oro y el crepúsculo de púrpura. Allá cruza las mesas de las desolaciones, páramos de hierbas raquíticas que el sol retuesta y consume...

Un grito melancólico, de encaminador de ganados imaginarios, se le convierte en copla y la copla vuelve al grito, y este se tiende y se extingue en el ancho silencio, y así va distrayendo su soledad bajo la obsesión del panorama, siempre igual y siempre interesante.

Rómulo Gallegos, *Cantaclaro*

Los frenos constituyen también unas piezas muy particulares en las que se puede apreciar el ingenio de quienes las fabrican y la confiabilidad que llegan a tener para quienes los usan, hasta conver-

43 Se conoce como freno, bocado o embocadura, al elemento de metal que se coloca dentro de la boca de un animal para poder conducirlo.

tirse algunos de ellos en objetos legendarios como nuestro freno⁴³ «mantecaleño».

El término común empleado en España es «bocado» y el genérico «embocadura», aunque en el Nuevo Mundo se adoptó «freno». Junto con la alta silla árabe, los jinetes españoles, a su llegada a los territorios americanos, usaban el «freno moro» y una sola

rienda. Los que hoy se emplean poseen dos partes diferentes: las llamadas «patas de freno», que van a los lados de la boca del caballo y es de donde se enganchan las riendas, y el ya mencionado «bocado», que va introducido dentro de la boca. Su tamaño es variable, de acuerdo al caballo, con un peso aproximado de cien gramos y está elaborado en metal forjado a mano. Se reconoce como una obra artesanal única y de calidad, además de ser parte indispensable en las faenas del Llano.

El freno mantecaleño, según nos habló don Humberto Concha cuando lo visitamos en su hato El Cristero en Barinas, fue invención de un personaje muy creativo de la población de Mantecal, Guzmán González, quien los firmaba colocándole sus iniciales «G» en cada pata. La elaboración de estos frenos en la actualidad está a cargo de la familia Villafañe en el mismo Mantecal, que heredó la tradición y el negocio. Según nos explicaba don Humberto, los frenos se fabrican empleando como metal el eje de los motores fuera de borda y las ballestas de las camionetas rústicas, hasta el punto de que llegaron a salir en diferentes modelos: con la pata larga, la pata corta y el freno «mulero», es decir, con el bocado fijo. Decidimos incluirlo en esta recopilación por la fama que conservan y el respeto que se ha ganado en todo el Llano venezolano, además de la seguridad que brinda a los jinetes. Simón Solís recordaba:

«El mismo Guzmán González hacía sus frenos y vendía esas cabezadas con su freno. Él fue el que inventó el freno mantecaleño. Por eso el freno seguía saliendo. Los Villafañe quedaron haciendo con la formaleza ese freno, pero el inventor era Guzmán González, hasta donde yo sé, y por eso los frenos en cada pata tenían la G, la doble G que llamaban».

Y Ramón Bartolo Núñez:



«El freno ese mantecaleño tiene la ventaja que es mejor pa' metéselo a la boca a un caballo, porque no le rompe casi la boca al caballo, porque es un freno liso y un freno resistente, que se lo puede meté a cualquier caballo así sea duro el caballo, pero es un freno que no le aporrea mucho la boca, no se la corta, un freno que está bien hecho, especial pa' caballo (...). El freno mantecaleño lo hacían de eje de motor y nunca se ponía negro, esos eran los mejores frenos»

El «apero completo» enchapado

Cuando el reloj campanario que Antonio José había comprado, por su bella combinación, estaba dando los tres cuartos para las cuatro, púsose el cojito a ponerle sus aperos especiales a su caballo Azabache; después de ponerle sus lujosos aperos de plata y un pequeño freno con largas bridas, le puso un falso de algodón, sobre el cual le puso una gualdrapa de guardabasto, primorosamente bordado en seda, con brillantes lentejuelas doradas, canutillo y mostacilla, después venía la Galápaga de la señora. Después de haberlo ensillado, lo amarró y fue a decirle a la señora que el caballo estaba preparado.

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

En el Llano, como ya vimos, los primeros implementos o aperos que deben ser colocados sobre la cabeza de cualquier caballo de silla deben ser el bozal, el tapaojos y la cabezada con sus riendas. Luego de que el caballo fue sometido a la trocha y el repase, no obstante lo manso que pueda ser, se continúa aperando de la misma forma tradicional. Simón Solís nos explicaba el porqué de esa costumbre en la que siempre le pone el tapaojos a su caballo como cumpliendo un estricto protocolo ancestral:



«Esa es la costumbre del llanero eso es como decí la seguridad de uno, porque cualquiera cosa tu tapas tu caballo y lo dejas ahí, no se te va a í pa'ninguna parte porque está tapao, o se te barajusta y no lo puedes pará y lo tapas y se para. Esa es una seguridad que uno tenía, todo caballo se le ponía su freno, su falsa rienda, y lleva tapaojo».

Por el uso generalizado que se le fue dando a este modo de aperar se llegó a instaurar esta práctica en todo el Llano y se comenzó a conocer este conjunto de elementos como el «apero completo», de lo cual derivó que comenzara a venderse todo junto en cualquier talabartería especializada o comercio agropecuario. Este apero completo consta, respetando el orden en que se le deben ir colocando al caballo de: un tapaojos con su fiador, un bozal y la cabezada con su respectivo freno, barbada y riendas —según Ramón Bartolo Núñez «la barbada es de cuero, porque ninguna barbá puede ser de alambrá porque entonces le envaina la quijá al caballo, se la pela, por lo que tiene que ser de cuero—».

44 Las jáquimas y los bozales modernos incorporados a este equipo o apero completo poseen una suerte de argollas y correas en la parte inferior por donde se atraviesa la falseta para armar la falsa rienda o disponerla a modo de «falseta volá». Los hemos visto incluso a la venta en algunas talabarterías como la de Rafael Croque en San Fernando.

Los orígenes de este apero son muy humildes y surgen de la necesidad de resolver en el hato, para lo cual el llanero tomaba el cuero de alguna res beneficiada y fabricaba sus aperos de cabeza: la cabezada mediante la cual le colocaba al caballo el freno metálico; una barbada también de rejo; las riendas con cuero crudo tejido; su tapaojos; el fiador de falseta o mecate de crin de caballo y el bozal a partir de una correa de cuero crudo torcida que era sostenido sobre la cara del caballo por un simple cordel y que luego evolucionaría hacia una suerte de jáquima⁴⁴ más elaborada e incluso un tipo de bozal moderno.



Con el pasar de los años, los llaneros comenzaron a incorporar a estas piezas una serie de elementos decorativos que enriquecieron su apariencia aportándoles elegancia y vistosidad. Por ejemplo al tapaojos se le incluyeron pliegos ovalados de cuero independientes que iban colocados sobre cada ojo del caballo unidos entre sí por una argolla en el centro a la que se remachaban estos pliegos; incluso había quienes le incorporaban un tercer pliego ovalado que cuelga libremente sobre la terrilla del caballo conocido entre los llaneros del Apure como el «lapi-lapi», algo que nos confirmarían los hermanos Castillo de Guanarito. Con la cabezada ocurrió algo semejante: se dividió en dos la correa que va sobre la frente del caballo o frontal con una argolla en el medio y se le incorporó el mismo pliego adicional que cuelga sobre la frente del caballo. Pronto esta sencilla argolla central sufrió otra innovación: incorporó tres argollas soldadas entre sí en el centro con la apariencia de un trébol. A propósito de ello nos comentaba Simón Solís:

«El tapaojo primero era enterizo y después salió ese tapaojo de dos ojos. Ese tapaojo se juntan los dos pedazos de suela que van a tapá los ojos, eso se cortan de una cuarta y dos deos de largo, cada peazo'e suela. Habían unas argollas que venían pegás con tres argollas, en cada argolla se metía un pedazo del cuero y se remachaba. Entonces donde se iba a meté el fiador también se hacía remachao. Entonces la otra argolla que quedaba esocupada ahí era ande se le guindaba el lapi-lapi, eso lo cortaba uno del tamaño que quisiera. Uno lo ponía remachao ahí también por la parte de arriba»

Como hemos explicado, las riendas pueden ser hechas con cuero de ganado crudo o curado y tejido. En algunos casos se enganchan de las palancas o patas del freno con las «chamelas», unas cadenas que salen desde donde termina la rienda hasta las palancas o patas del freno, que además de ser decorativas, protegían las riendas de cuero de mojarse y con el tiempo dañarse cuando el caballo agachaba la cabeza para beber agua.

Todas estas piezas eran ampliamente utilizadas y de ellas los caporales guardan muchos recuerdos: «La cabezada siempre la cargaba yo enchapá, me las traían de Apure», recordaba Rafael Simón Pacheco; y Ramón Bartolo Núñez nos dijo: «Las chamelas eran unas cadenitas de hierro que llegaban hasta la rienda (...). La rienda tejida de cuero'e ganao crudo y después lo curtían, primero labraban la correa y cualquiera lo tejía y ahí lo metían en el dividive lo curtían y se ponía negrita y le echaban graso'e ganao».

Nuevamente la afición del llanero por los metales enchapados sobre el cuero se hace evidente en los elementos decorativos, algunos incluso labrados por ellos mismos, que incorporan en sus aperos. En épocas recientes, con la ayuda de limas, procesaba las monedas o «medios» de plata que se encontraban en circulación en el momento y les daban diferentes formas: de estrellas, flores, diamantes, medias lunas, que luego de golpearlas contra una superficie para hacer cada chapa cóncava, por medio de un hueco en su centro se fijaban, enchapaban o remachaban al frontal de la cabezada del freno, al bozal o a la jáquima y al tapaojos, convirtiendo los aperos en verdaderas



piezas artísticas y únicas. Después, inspirándose en esta tradición llanera de los hatos, comenzaron a aparecer los aperos enchapados en las talabarterías, donde empleaban chapas de fábrica hechas con láminas de metales menos costosos, permitiendo que las cabezadas se pudiesen vender más económicas. Durante nuestros viajes tuvimos oportunidad de ver algunas cabezadas bellamente ornamentadas que son cuidadas con mucho celo y usadas con orgullo en ocasiones especiales. Según nos cuenta Simón Solís:

«La cabezada mantecaleña venía toda enchapá y llevaba lapi-lapi. Esa venía con una jáquima hecha, que ese era el bozal. Esa no'to los demás venía con chapa, la cabeza'e freno venía con chapa y el tapaojos también. Ese es el mantecaleño, eso lo hizo ese viejo llamao Guzmán González, ese el viejo que inventó esa vaina»



El sudadero

*¡Ancha tierra, buena para el esfuerzo y para la hazaña!
El anillo de espejismos que circunda a la sabana se ha puesto a girar sobre el eje del vértigo. El viento silba en los oídos, el pajonal abre y se cierra enseguida, el juncal chaparrea y corta las carnes; pero el cuerpo no siente golpes ni heridas. A veces no hay tierra bajo las patas del caballo; pero bombas y saltanejas son peligros de muerte sobre los cuales se pasa volando. El galope es un redoblante que llena el ámbito de la llanura. ¡Ancha tierra para correr días enteros! ¡Siempre habrá más llano por delante! Al fin comienza a ceder la bravura de la bestia. Ya está cogiendo un trote más y más sosegado. Ya camina a medio casco y resopla, sacudiendo la cabeza, bañada en sudor, cubierta de espuma, dominada pero todavía arrogante. Ta se acerca a las casas, entre la pareja de madrinadores, y relincha engreída porque, si ya no es libre, a lo menos trae un hombre encima.*

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Entre los aperos de montar, hay algunos que son de gran importancia y que pueden marcar la diferencia a la hora de mejorar el rendimiento sobre una cabalgadura. Uno de ellos es el sudadero. La función principal de estas esterillas ha sido siempre reducir la fricción de la montura sobre el caballo y repartir el peso de la silla sobre su dorso, absorbiendo el sudor y protegiendo su piel y el equipo. Pero los sudaderos no solo sirven para proteger al animal durante la actividad; también aportan comodidad y seguridad para el jinete. Si no se emplean sudaderos adecuados, se pueden producir heridas en la cruz del caballo e incluso erupciones. También puede peligrar el jinete si el sudadero resbala y se desliza, llegando incluso a caer al suelo.

Entre el lomo del caballo y el fuste de la silla se deben colocar, siguiendo la forma tradicional llanera y en este orden específico según indica Julio César Sánchez Olivo: primero los falsos que son de coleta, luego el sudadero, generalmente una esterilla, y finalmente el guardabastos de suela. El «guardabastos» es el nombre antiguo que se le asignaba en la llanura a una suela amplia de cuero que recubre todos los implementos que van pegados directamente del lomo del caballo. Como indica Sánchez Olivo en la sección de notas explicativas que incluye la versión de *Doña Bárbara* publicada por Biblioteca Ayacucho (p. 255), se trata de una «cubierta de suela que se coloca sobre el caballo, debajo de la silla (...). Este termina, a cada lado, en una punta larga que sobresale de la coraza y termina en una mota hecha de cordován».

Por lo general los sudaderos son tejidos con fibras locales como junco, platanillo, bora, topocho o caporuno y son confeccionados en «telares» rudimentarios. Además del sudadero, al caballo se le debía colocar un saco conocido como «fardo», que representaban los mencionados «falsos» para proteger el sudadero. «Los sudaderos antes eran de junco, teníamos que aforrálo en cualquier cosa plástica porque con el agua se nos podría», tal como los describió Rafael Simón Pacheco. El nombre que según Simón Solís se le daba a las ramas secas del topocho que se podían emplear para fabricar estos guardabastos era conocido como el «vástago de topocho»:

«La hoja seca le dicen bajero que sirve pa'hacé el enjalme de burro y cuando ya está seca, al vástago le dicen gancho, las hojas. Ese guardabasto era platanico que se daba en los esteros, los raudales, esa es una matica que parece la hoja del topocho pero dergá, y no echa racimo sino una semilla. Ese lo usaba uno mucho pa'ensillá ese es buenísimo»

En el estado Portuguesa en cambio los hermanos Jorge, Iván y Crisanto «Varión» Castillo nos indicaban que se le conoce como «barejo». En el estado Cojedes, específicamente en Las Galeras de El Baúl, en un fundo llamado El Rosario, pudimos observar a Ramón Bartolo Núñez fabricar un sudadero. El telar lo creó con unos palos que cortó en el monte a los que adaptó un sistema de cuerdas para amarrar posteriormente las fibras vegetales. El «birote», «bajero» o «barejo» de topocho es la materia prima para elaborar el sudadero. Sobre el marco del telar se iban colocando las ramas secas de topocho y, una a una, se iban amarrando con el sistema de cordel o mecatillo dispuesto en el telar. Al final se confeccionó un formidable sudadero que procedieron a colocar a un caballo para irlo amansando y que la pieza fuera amoldándose a la forma del lomo. Ramón Bartolo Núñez previamente nos había ofrecido una explicación sobre el procedimiento que estábamos por presenciar:

«Un suadero que hacían antes, de caporuno, había que hacer un telar, el suadero de caporuno se hacía de platanico, o de topocho, se ponía un telarcito como pa'tejé chinchorro. En resumen de cuenta eran cuatro cabuyas, una por encima y una por debajo, entonces tú ibas entrallando el caporuno en la cabuya y lo ibas amarrando. Medías las cuartas que usa un suadero, más o menos como cinco cuartas de largura pa'trás, de ancho como dos cuartas de ancho. El caballo no puede quedá tampoco arropándose pa'bajo y tampoco tan largote, lo que cubra la silla.



Eso era antes el suadero, esa era una broma criolla, de caporuno o de topocho. Había un saco que salía antes que le decían el fardo, un fardo también le ponían también antes. Antes salía un saco, que le decían saco jenequén, que ese era el falso que le ponían abajo al suadero»

La enjalma de burro

*Los muchachos regresaron de la corraleja y montado cada uno en su burro en pelo;
Galindo les facilitó dos jamugas, con ellas enjalmaron los burros;
cuando terminaron, los llevaron a cenar.*

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Cuando se hace referencia al caballo en el Llano, no se puede dejar de hacer mención a otra especie equina que tuvo, y continúa teniendo, una relevancia en esas regiones. El burro, así como ocurre en muchos otros países, es la bestia de carga por excelencia y representa la solución para muchos quehaceres de los hatos donde el caballo no lo puede suplantar. Por herencia española, en Venezuela se adoptó el sistema de transporte que empleaba una estructura con forma de silla sobre la cual se coloca la carga que se desea transportar denominada «enjalma», usada en el Llano desde el siglo XVIII. La enjalma original medía unos cincuenta centímetros de ancho por setenta de largo, con un espesor de tres centímetros. Usualmente era tejida también con el bajero o barejo del topocho y bejuco sabanero o con la concha de marinita e iba dispuesta en el lomo de los bueyes, caballos, mulas y burras para una mayor comodidad en el transporte diario.



Para su fabricación, las tiras secas de bajeros, despegadas del tallo de la planta de topocho (*Musa spp.*), se remojan en agua durante uno o dos días para que se suavicen y puedan manipularse con mayor facilidad al momento de tejerlas y amarrarlas. Estas cintas son cosidas con una aguja especial para aperos con un guaral; la forma de coserlo se llama «carapacho». Posteriormente se le coloca por encima un cuero de ganado crudo al que se le hacen unos agujeros por los que se introduce un rejo que se amarra a la cincha y se ajusta a la barriga del burro. Finalmente la jamuga va amarrada al rabo justo por la mitad para que la armadura no se corra de lado con un trozo de rejo ancho revestido en tela vieja que se llama la «gurupera» a la que ya hicimos referencia. En los alrededores de la ciudad de Barinas tuvimos oportunidad de presenciar todo el proceso.

De acuerdo al Diccionario de la Lengua Española, la jamuga se define como: «una silla de tijera, con patas curvas y correones para apoyar espalda y brazos, que se coloca sobre el aparejo de las caballerías para montar cómodamente a mujeriegas» y también como «silla muy pequeña que lleva a caballería de varas». Su origen es morisco, por lo que es un vocablo muy conocido en la Comunidad Autónoma de Andalucía en España. Aparentemente, en la corte nazarí se usaba una especie de silla de doble tijera o plegable, que en los inventarios castellanos del siglo xv se denomina «silla de caderas». El término «jamuga» podría ser una perduración del dialecto que provino del Al-Ándalus y nos llegó durante la colonia. Este tipo de silla es muy funcional y útil en la faena diaria, sobre todo en el conuco, para evitar cargas al hombro y por ello la incluimos en este reliquiario viviente.



Reliquias elaboradas con cacho de toro

*El cacho de beber tira,
en agua lo oye caer;
cuando lo va levantando
se le salpican los pies,
pero del cuerno vacío
ni gota pudo beber.*

*Vuelve a tirarlo y salpica
el agua clara otra vez:
ávido sorbo susurran
los belfos del palafrén;
dulce rosario destila
del empapado cordel;
más solo arena los ojos
en el turbio fondo ve.*

Alberto Arvelo Torrealba, *Florentino y el Diablo. El reto*

Entre los aperos de la silla va también asegurado por medio de los tientos un cacho o cuerno de toro que le sirve de copa para tomar el agua. Este cuerno se conoce como «cacho de beber» y consiste en el cuerno o cacho del ganado que, adecuadamente preparado, en el Llano venezolano se usa para beber sin necesidad de bajarse del caballo. Para emplearlo montado en la bestia, se arroja al agua y se recoge con un guaral o cabuya larga que lleva atada a las perforaciones que se le practican por los extremos. Es muy usado por los llaneros en el proceso de arreo, ya que se arroja desde el caballo y no se descuida la ruta del ganado ni la faena. Sobre ello comentaba Rafael Simón Pacheco:



«Cuando uno jallaba un cacho en la sabana, lo agarraba, lo pulía bien pulío, lo lijaba y arriba en la boca le hacía un huequito y le ponía una cabuya, si era posible de nailon. Uno lo cargaba en la silla amarrao tranquilo, llegaba a una quebrada y arriba del caballo mismo uno lo zumbaba»

Y Ramón Bartolo Núñez, por su parte decía que

«El cacho de beber, uno agarraba un cacho grande, le recortaba la puntica y lo limpiaba por dentro, lo sancochaba con agua y lo dejaba limpiquito y lo usaba pa'bebe agua con una cabuyita. Pa'bebe en un caño con sus dos huequitos y su gasita y la cabuyita pa'rriba lo zumbabas y subías el cacho y lo sacabas lleno de agua y bebías agua y otra vez enrollabas la cabuya y lo amarrabas de la silla»

Este cuerno, como se explica en *El llanero* (p. 51), es un cuerno de toro que sirve para tomar agua o aguardiente, y va decorado con artificios ejecutados por el llanero en horas de siesta o de descanso, valiéndose de cincel o buril, la punta del cuchillo de cintura o la lanza. Estos primores consisten en arabesco imitando palmeras, flores o retratos de seres queridos. En los tientos va también y una bolsa de piel de becerro con el bastimento.

El «cacho de pitar» era muy utilizado por los pobladores de las riberas de los ríos para convocar al canoero a la hora de pasar de una orilla a otra o para llamar al ganado. Para su elaboración se

selecciona un cacho grande de ganado, al cual se le abre un orificio por la punta por donde se sopla. El sonido que se consigue emitir puede ser escuchado a largas distancias.

En medio de la faena del rodeo o el arreo, donde se llevan las reses desde la sabana hasta los corrales, hemos visto que muchas reses «revientan» o se separan del resto huyendo, por lo que los llaneros deben ir tras ellas, capturarlas y reincorporarlas. Hace siglos que en estos casos entra en juego una ingeniosa herramienta que le permite al llanero reincorporar la res que ha capturado sin perder tiempo y sin tener que derribarla nuevamente para someterla y poder quitarle la soga del cuello. Esta antigua herramienta es conocida por los llaneros como la gasa. En palabras de Simón Solís:

«En el rodeo, reventaba un bicho, había que tumbálo pa'gaseálo. Si había quien te lo tuviera, no había que perdé tiempo ahí, lo gaseabas, le metías la gasa y jalabas pa'lante, entonces el otro lo dejaba que se parara. Ese compañero pa'tenélo lo guayuqueaba mientras le ponías la gasa. Si no había compañero, había que maneálo, tenías que cadeneálo. Pa'largálo, lo cogías, lo maneabas cadeneao, metías la gasa, templabas el caballo pa'lante pa'que la gasa ajustara, te volvías a regresá del caballo, agarrabas la punta'e soga, te montabas en el caballo y salías corriendo pa'largálo rápido, pa'no tené chance de que el bicho se te enredadara»

Ramón Bartolo Núñez cuenta a su vez sobre el mismo asunto:

«Cuando la largues, tú te quedaste arriba juera del peligro en el caballo. Esa va par ganao, pero si está muy lejos pa'buscá pa'allá, no va a obedecé. Ahí si tiene que llevátela pa'l ganao a cola'e caballo, arrebiatá, con cadena o sin cadena o con gasa, pa'tumbala ahí en el rodeo. Si no obedece tienes que enlazála»

Constituye otra reliquia viviente fabricada por los llaneros con materiales accesibles de su entorno como el cacho de ganado y las correas de cuero crudo. Se trata de un trozo de cuero, de un poco más de dos cuartas de largo, con forma de correa —aunque también puede ser un trozo de cuero entorchado—, con unos mecanismos elaborados con cacho de ganado en ambos extremos. Hoy en día también se fabrican con mecate corriente, y las argollas y los mecanismos de metal. En uno de los extremos de la correa posee una sección de cacho cortado a manera de argolla —o una simple argolla metálica— y en el otro una porción de la punta del cacho labrada o aplanada, con la punta del cacho cortada y dos orificios: por uno de ellos pasará la soga, mientras que en el otro quedará fijado el cacho a la gasa.

La gasa está conformada por tres elementos o partes: el «campo de la gasa», que es la correa de cuero que permite abrazar toda esta herramienta alrededor del cuello de la res; la «botadora», que es una rueda de cacho o metal con forma de argolla o anillo elaborada con un corte diametral en el cacho —en su parte hueca— para separar un anillo perfecto cilíndrico; y la «cogedora», que es la punta de un cacho con dos huecos: el de la punta para amarrar este pedazo de cacho al campo



de la gasa y el de la base queda libre para pasar por él la sogá. La cogedora se puede fabricar con cualquier sección del cacho, siempre que tenga un par de orificios con cierta distancia entre ellos atravesándolo hasta el otro lado, aunque por lo general se elabora con la parte de la punta «destocada». El procedimiento de uso es el siguiente: una vez capturada la res y sometida contra el suelo, se le coloca la gasa con el campo o correa abrazándole el pescuezo; primero se le pasa la sogá por el hueco de la cogedora, y luego por la botadora o la argolla en el otro extremo de la gasa. Seguidamente se toma la punta de la sogá y se amarra al arrebiate, es decir a la cola del caballo, se monta y temple la sogá que, al estar atravesada por la gasa y amarrada nuevamente de la cola del caballo, está doble. Luego de que ya se hala la res por medio de este sistema hasta donde se encuentra el resto del ganado, desde el caballo el llanero desamarra la punta de la sogá del arrebiate y hace un nudo a la punta soltándola para permitir que el animal avance hacia las demás reses. La punta de la sogá con el nudo va a recorrer primero el suelo y luego pasa por la argolla sin dificultad debido a su diámetro y luego, dado el menor diámetro del hueco de la botadora, queda atrapada la gasa en la punta de la sogá, de manera que el llanero puede recuperarla simplemente enrollándola.



La cultura del cuero y del caballo

Rasgos espartanos se perfilan en esta «cultura del cuero y del caballo». El llanero adolescente se inicia en la faena pecuaria que marca la división sexual del trabajo; la dureza de la jornada exige absoluta seguridad en el manejo del lazo, la lanza y hasta la copla, la mujer queda relegada al trabajo doméstico y los hijos, prácticamente separados de la falda materna, aprenden en la sabana los patrones de vida y conducta.

Adelina Rodríguez Mirabal, La formación del latifundio ganadero en los Llanos de Apure

Es significativo ver cómo el llanero le da múltiples usos a un simple cuero de ganado crudo o curtido que van desde la fabricación de los accesorios e implementos de la silla de montar, los frenos y cabezadas, hasta sus muebles, la parigüela, el mandador, el bote de queso, las sogas y los barreadores, pegadores, maneadores y, por supuesto, la hamaca campechana. La curtiembre y teñido del cuero de ganado se realizaba empleando el fruto del dividive seco, un árbol de América Central y Venezuela que proviene de la familia de las papilionáceas cuyo fruto desprende con facilidad un polvo rico en tanino con diferentes usos. El fruto primero se cocina para afirmar el color y luego se introduce en un hoyo en el suelo o en algún recipiente donde permanece por un tiempo determinado. Antiguamente lo utilizaban como tinta para escribir, medicamento para las úlceras y llagas, pero en la actualidad se prefiere para la curtiembre de cueros.



La marota o chicote

*Pero son tantas las coplas que se entonan por allí, todas con el alma llanera
extendida entre los cuatro versos, como el cuero estacado entre las cuatro puntas.*

Rómulo Gallegos, *Cantaclaro*

Entre las piezas que se usaban y se usan todavía, recordaba Ramón Bartolo Núñez «la marota o chicote». Una variante de la soga de enlazar más corta que la soga de arrebiatar o la de trabajar en la sabana porque se usa en los corrales para enlazar caballos, toros o becerros. A diferencia de la soga, para fabricar la marota se entorchan entre sí dos o tres guías delgadas de correa o de látigo con el propósito de que la pieza adquiriera mucha más resistencia. Algunos llaneros aseguran que son las mejores para trabajar en los corrales cuando se enlaza. El proceso de torcido de las dos o tres cintas se realiza entre dos peones que la tuercen una contra la otra en sentido inverso, estirándola ocasionalmente mientras le aplican sebo de res para darle mayor elasticidad.

El cabo de látigo en cambio es una pieza rústica llanera que consiste en una correa delgada de cuero sin entorchar elaborada a partir de una correa gruesa de cuero crudo trabajada con sebo para suavizarla. Práctica y útil, no requiere tanto trabajo para su fabricación como las sogas y los cabos de soga de cuero entorchado. La marota y el cabo de látigo eran las sogas empleadas para trabajar dentro de los corrales, más cómodas de maniobrar porque tenían una menor longitud y menor peso que las sogas de arrebiatar, que se utilizan para enlazar desde el caballo.



El rejo

Símbolo representativo y tradicional que durante siglos ha jugado un papel singular en la historia del Llano, de gran utilidad para cualquier faena rápida en los trabajos de vaquería, tanto en corral como en sabana. Está el que se utiliza para trabajar en los ordeños, un trozo de rejo suavizado para amarrar o someter las patas traseras de las vacas para que no puedan moverse ni entorpecer el ordeño tumbando la camaza o pateando al ordeñador. Es importante que esté bien suavizado y trabajado para que no le haga daño a la vaca o la pele en el sitio donde se amarra. Es la misma clase de rejo que se emplea para «enrejar» al becerro de la vaca con el fin de que se pueda ordeñar con apoyo del becerro. El otro es el de manear, maniar a los becerros cuando se requiere inmovilizarlos en la sabana o los corrales para curarlos, herrarlos o señalarles las orejas. Este trozo de rejo lo cargan los llaneros en puñados de cinco durante el herraje de los becerros que se realiza en parejas: uno de los llaneros se encarga de enlazar al becerro y el otro de colearlo y manearlo con uno de estos cinco rejos. Luego de estar todos los becerros inmovilizados en el suelo, se va llamando al que maneja los hierros para que los vaya herrando sin perder tiempo para que no se enfríe; posteriormente los llaneros le practican, si corresponde, las señales de las orejas. En el caso de animales más grandes como toros para capar, aun cuando esto se desarrolle en los corrales, se utiliza el mismo barreador que se emplea en la sabana, ya que se requiere una pieza más larga y resistente que permita practicarles a estos toros las barras y la cadeneta, más convenientes como hemos visto a la hora de liberarlos.

El rejo es el implemento más útil de la cultura del llanero y se consigue con facilidad por la abundancia de ganado que se mata en los hatos. La piel de la res se reduce a un trozo de cuero delgado con longitudes variables que se destina para diferentes fines. Nos contaba Ramón Bartolo Núñez: «El rejo es el mismo látigo, que puede ser un látigo corto, eso se llama un rejo, cualquier pedazo de látigo». Si se trata de un rejo de un determinado número de brazadas, sirve para enlazar en los corrales o como pegador para amarrar a un animal de un palo o cualquier otra cosa. Si es un poco más corto, sirve como manea, maneador o barreador, como dijimos en páginas anteriores, para amarrar con él las patas a los becerros en los corrales. Si es aún más corto puede servir para fabricar el látigo de un mandador, la barbada de un freno, un bozal, los tientos de la silla, amarrar una puerta, es decir, para cualquier cosa que se requiera. La terminología «rejo» se refiere específicamente a una correa de cuero y su longitud dependerá del uso que se le asigne.

Los cueros de res son procesados para fabricar diversos aperos o rejos que deben lubricarse con grasa o sebo de res para darle más flexibilidad y mantenerlo en forma. Como podemos darnos cuenta, el rejo es un aliado permanente del llanero en las jornadas de ordeño durante la mañana y cuando ensilla su caballo y sale a la sabana, pues lo amarra sobre el borreno de la silla (parte delantera de la silla) con un nudo fácil de soltar. Hoy día los rejos, muy a nuestro pesar, se ven cada día menos en las vaquerías o trabajos de Llano y están siendo reemplazados por trozos de mecate hechos de nailon. En las nuevas generaciones no pareciera haber mayor interés por conservar la tradición de aprender a fabricarlos, que es todo un arte, ya que exige mucha paciencia y práctica. Sin embargo, en muchos sitios, quizás más por razones de costo que de genuino interés por preservar la tradición, se continúan preparando los rejos a la manera tradicional.

El mandador

Muy probablemente estemos ante una de las piezas más sencillas, hermosas y características de nuestros llanos. El mandador, como se le denomina, tiene muchas funciones pero se desconoce su origen. Lo encontramos a todo lo largo y ancho de las sabanas de Venezuela y Colombia, así como en las ganaderas de Brasil, aunque con un cuero bastante más largo. Mencionado en nuestra literatura, está presente en las tonadas de los arrieros, quienes lo usan con justicia y precisión desde sus monturas. Empleado para controlar, agrupar o dirigir al ganado y a las bestias, así como para distintas actividades del campo, fundos y casas de familia, su uso es generalizado y data de principios del siglo XIX. El llamado «cabo» de los mandadores, es decir el palo del mandador, puede llegar a medir dos centímetros de diámetro por sesenta de largo, aunque se observa de diferentes longitudes. Son labrados con una cuchilla o navaja alrededor de sus puntas (el extremo más delgado) donde se le practican incisiones o muescas que sirven de sostén al rejo de res que se ata a él por el medio de esta ranura. Se fabrica con un palo de madera de forma cilíndrica o vara que se selecciona con esmero y se obtiene de la flor del araguaney (*Tabebuia chrisantha*) o acapro (*Tabebuia billbergii*). El rejo debe ser de cuero flexible de ganado y su longitud varía entre una brazada y una brazada y media. Cuando es



sacudido produce un sonido similar al chasquido de un látigo, con el que se consigue que el ganado o los caballos reaccionen y se muevan del lugar donde se encuentren.

El procedimiento para fabricar un mandador requiere de conocimiento, tal como pudimos constatar cuando lo vimos hacer por un auténtico llanero veterano apureño llamado Cecilio Álvarez: se busca en el monte un palo recto de las especies que sabe el llanero que sirven, que no sea muy grueso y tenga entre sesenta centímetros y un metro de largo. Se corta mientras esté verde y se lleva a los fogones del hato, donde se coloca sobre una cama de carbón o brasas hasta que la concha se ponga negra y se chamusque, procediendo luego a retirarla. El resultado es que la madera no se llega a quemar sino que se cura con el calor adquiriendo una tonalidad amarillenta uniforme que es producto del acto de cocinarla con la concha. Mientras está aún caliente, si el palo posee algún defecto, se coloca en el suelo y pisándolo se puede ir templando para enderezarlo de manera que se seque ya con la forma definitiva. Posteriormente, en la parte más delgada del palo, se practica una muesca profunda con un cuchillo donde irá fijado el trozo de rejo. Para amarrarlo, se toma una correa de poca anchura a la que se le practican en una punta dos rajadas pequeñas longitudinales. Para fijar el rejo, se abraza primero con esa punta donde se encuentran las rajadas y se introduce el otro extremo por la rajada más alejada de la punta y se aprieta. Finalmente esta punta se introduce por la otra rajada para terminar de fijarla y asegurar el cuero. Hay mandadores a los que no se les practica la muesca sino que se les perfora un hueco con un clavo caliente atravesando el palo en su parte superior o más delgada y es



por allí, a través de ese orificio, donde se amarra o fija el rejo. A veces, si el mandador está muy nuevo o si su punta aún no se ha raspado lo suficiente como para poder producir el chasqueado deseado (algo que ocurre con el tiempo de uso por efecto del estallido del latigazo) se le puede amarrar, luego de practicarle una rajita en la punta, un trozo pequeño de mecate o cordel despelucado que quede colgando en la punta, lo que hará que automáticamente suene y con notable resonancia.

Afortunadamente el mandador, por su efectividad y facilidad de elaboración, no ha conseguido ser reemplazado por ningún otro implemento, y su uso se continúa manteniendo en todos los hatos y fundos llaneros.

La hamaca campechana

Igualmente costosa es la hamaca, uno de los pocos artículos de manufactura nacional que ha desafiado la imitación de los fabricantes extranjeros. Tejidas a mano en toscos aparejos, lucen finos adornos y franjas y ribetes del más complicado y exquisito dibujo, costando una hamaca fina de cincuenta a sesenta dólares.

Ramón Páez, *Escenas rústicas en Suramérica*

Otra hermosa pieza elaborada con el cuero de la res es la hamaca de cuero cortado que se llama «campechana» la cual es, como casi todas las cosas llaneras, de una sencillez absoluta y una belleza incuestionable. En los hatos, durante los ratos de reposo, las horas en que pega más fuerte la

resolana, al llanero le gusta recostarse a descansar para esperar que baje la temperatura o para hacer mejor la digestión después de comer, por lo que ideó un medio donde pudiera acostarse empleando el cuero de las reses. Durante muchos años era una escena común en los hatos ver que en un sitio fresco y techado, como los corredores de las casas o en las inmediaciones de algún corral, tenían los peones colgadas una o varias campechanas en las que se turnaban para recostarse, como una suerte de hamaca comunitaria donde cualquiera de los peones a la hora de la siesta se podía recostar. Ramón Bartolo Núñez hablando de la campechana nos decía: «La campechana es un cuero que hay que agarrá, échale sal y ponélo a secar y entonces hacerle la horma, agujereála, como se agujera una cecina de ganao pa'ponéla en la vara. Y hacéle su horma sus mallas arriba y corgála».

Para su confección tradicional se emplea solo cuero de ganado. Se fabrica a mano, trabajándolo con un cuchillo, decorada con figuras en forma de rombos huecos para así poder expandirla y hacerla más cómoda. Para elaborarla, se tiende sobre el suelo un trozo de cuero crudo uniforme y sin agujeros sujeto bien prensado con estacas, tal como se hace para la elaboración de las sogas. A la forma rectangular obtenida se le realizan una serie de cortes desde los bordes exteriores hacia el interior hasta quedar un tramado de cuadros de tiras muy delgadas, cercanos unos a otros, que asemejan el tejido de un chinchorro. Una vez terminado este proceso, se deja secar al sol y luego se pudiese incluso curtir, remojándolo durante una semana en dividive, aunque tradicionalmente se trabajan con el cuero crudo. Una vez hecho esto, se sujeta con trozos de madera para mantener su forma mientras se seca y se guinda con mecate al igual que un chinchorro; con las garras que sobran del cuero se hacen las correas que sirven de cabuyeras. Su elaboración es artesanal y de origen campesino. Las campechanas tampoco escapan de las creencias que proliferan en el Llano, y se cree firmemente que alejan a los malos espíritus y también que, si se come o se consume algún alimento sobre ella, esta se revienta. Al comienzo la hamaca resulta incómoda por tratarse de cuero escasamente trabajado o curtido, por lo que requiere domarla, vale decir, darle un uso prolongado hasta que se logra que el cuero se ablande.

Recordaba Simón Solís:

«Para la campechana estacas el cuero, lo secas bien, lo picas, lo cuadras, y lo picas, bien cuadráita y ahí la vas picando pa' que te abra, porque eso todo no es el mismo corte, lleva un corte y otro más arriba bien cuadraíto, ahí le ponías las cabuyeras de cuero y ahí la colgabas, y todos los flojos se acostaban»

Hoy en día, aun cuando afortunadamente continuamos encontrando campechanas en muchos sitios y se siguen vendiendo como curiosidades a los turistas, la tendencia en los hatos es elaborar hamacas o chinchorros tejidos con cordeles de mecatillo plástico de distintos colores como los que se utilizan para amarrar las pacas de heno o leña.



La parihuela

*Músculos tensos
cuerpos mojados
adobes, piedras,
barro y arena
peones cansados*

*Eras la arepa del humillado
mudanza entera
sobre sus hombros cual buey atado*

*Nuevas tensiones,
todo ha cambiado
nuevos sudores
tú en el olvido
y en pie el esclavo.*

Walter y Elena Arp, *Brasas del terruño*

La belleza de muchas piezas de uso cotidiano en el Llano reside precisamente en su simplicidad y su gran utilidad. Un ejemplo de este tipo de utensilios son las «parigüelas o parihuelas» de origen castellano, que se continúan llamando de la misma forma en la península ibérica. La parigüela se fabrica con dos varas de madera de unos tres metros de longitud, separadas a un metro de distancia una de la otra. Dentro de este espacio se fija un cuero de ganado vacuno, picado en forma cuadrada o rectangular, que sirve para trasladar a algún enfermo o transportar enseres a manera de camilla llevada por dos personas. Existe otro tipo de parigüela en forma de troja o mochila con varas verticales y horizontales, utilizada para las cargas en las faenas diarias del Llano. La parigüela ha sido reemplazada en muchos sitios por la carretilla y el carretón, aunque sigue siendo empleada en algunas zonas remotas del municipio Achaguas, estado Apure, y el municipio Arismendi, estado Barinas, tal como verificamos con Edgar Zambrano, encargado del hato Santo Cristo, para transportar la tierra con la que se construyen o «se cogen» las tapas en la época de lluvia, para mantener agua represada y guardada en unas zonas de los hatos para los fuertes venideros meses de verano.









TRES CONSTRUCCIONES QUE SON RELIQUIAS

Las construcciones rurales llaneras, al igual que ocurre con otras tradiciones del país, se rigen por patrones hereditarios donde se conjugan prácticas ancestrales que emplean materiales y técnicas muy propios de cada región. En el Llano se cuenta con una arquitectura tradicional como resultado del mestizaje de los patrones constructivos españoles para el momento de la conquista y los sistemas aborígenes que, contrario a desaparecer tras el proceso de colonización, se afianzaron manteniendo su vigencia hasta hoy.

Las soluciones arquitectónicas que se establecieron en las haciendas coloniales y los hatos no difirieron mucho de las tendencias urbanas que ya existían y se fueron adoptando de acuerdo a los requerimientos y materiales que surgían para resolver, de una manera práctica y sencilla, la atención de las faenas y tareas cotidianas. Algunas de estas construcciones tradicionales, que en este caso son más bien elementos de trabajo, continúan representando una parte esencial del entorno llanero y están presentes en prácticamente todas nuestras expresiones culturales, de ahí su relevancia como reliquias vivientes del Llano.

La majada

La majada es, después de todo, la escuela en la que desde la infancia aprende el llanero a vencer o a morir en las constantes luchas contra esta fiera de la creación. Ella es el verdadero Circo Olímpico donde la agilidad y la fuerza por la que son tan afamados, son desplegadas durante las emocionantes operaciones llevadas a cabo sobre los indómitos ciudadanos de las sabanas; herrando y señalando los becerros, aserrando los cuernos de los toros furiosos y convirtiéndolos en bueyes para mejorar su carne y su temperamento

Ramón Páez, *Escenas rústicas en Sur América*

La «majada»⁴⁵ es el nombre del recinto o encierro situado junto a la casa principal del hato o de sus fundaciones. Fernando Calzadilla Valdés, en *Por los llanos de Apure* (p. 33), la describe de la siguiente manera:

El principal (corral) es la «majada», regularmente colocada en el medio de todos, y en comunicación con esta se hacen tres, cuatro, cinco o más según las necesidades y las clases de trabajos que se practicarán. La «majada» debe estar sólidamente construida y a la vez debe tener suficiente extensión, destinada como está a encerrar grandes masas de ganado, sobre todo novillos. Aunque casi siempre es de «palo a pique», es decir de trozos de madera bastante gruesos, profundamente clavados, sesenta a ochenta centímetros, muy cerca unos de otros, cerrados, casi juntos, este «palo a pique» se interrumpe con algunos tramos que van a servir de escapatoria, como burladeros cuando alguien se ve perseguido de cerca por alguna res brava. En un ángulo de la «majada», frente a la puerta de la corraleja, no muy distante de uno de los tramos de la majada, donde se colocan los mirones y los llevadores de la cuenta del trabajo, se clava «el botalón», eje y base de todas las maniobras. Consiste este en un trozo de «madera de corazón», muy grueso, enterrado lo más profundamente posible por un extremo, terminado el otro extremo al aire en una horqueta, a objeto de pasar y apoyar la «soga» con la cual se enlaza la res.

45 Este legendario nombre proviene de herencia española, donde llegó a ser muy común en la ganadería por su importancia para la práctica de la trashumancia. Se conocía también como «redileo» o «sirle». Esta práctica consistía en hacer dormir al ganado durante una sola noche en una parcela acotada por una red o cualquier otro recurso fácil de instalar y de transportar. A la noche siguiente se movía el cercado hasta otra parcela contigua, y así sucesivamente hasta conseguir que hubiera dormido en toda la superficie de la majada, lo cual se diferencia notablemente con la majada que conocemos en Venezuela.

En el Llano de Venezuela, por la ausencia de cercas y las difíciles condiciones con que se trabajaba, la majada se transformó en un emplazamiento que revestía una importancia vital por ser el espacio para reducir a las bestias y al ganado cimarrón o salvaje, lo cual le ganó mucha fama y leyenda. La domesticación del ganado y la modernidad le cambiaron el objetivo y hoy día es un lugar de resguardo para el ganado que será faenado muy temprano al día siguiente.

La empalizada era de palo a pique, o sea de palos muy juntos unos a otros y enterrados profundamente en el suelo para sostener el empuje de las reses. De tamaño variable a modo de gran corral, es de sólida estructura ya que se pretende que su servicio sea duradero. Al parecer, la voz majada proviene del latín *macula* (malla de red), según Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 80).

En el proceso de construcción de las instalaciones del hato principal, o para erigir nuevas fundaciones, se acostumbraba reclutar al grueso del personal, a grandes rasgos los peones sabaneros, chofotos y fundacioneros, para que todos colaboraran en la construcción de la majada. Para la ocasión se reclutaban también los muchachos del hato, quienes estaban encargados de llevarle agua y comida a los obreros mientras trabajan. Las majadas representaban el sitio de encierro para pernoctar los arreos de reses provenientes de los trabajos de aparte del rodeo en la sabana; una vez apartados en diferentes trabajos o jornadas, toros, vacas con sus becerros y orejanos se resguardaban en este recinto utilizado para capar y destoconar los primeros, y herrar y marcar los segundos.

Para llevar a cabo esta construcción se tumbaban los árboles y se picaban con hacha los troncos, tratando de que quedasen todos del mismo largo, es decir, se «roleaban» o se sacaban los rolos de madera, según Simón Solís, del masaguaro, el urero macho, el samán macho, la mora y el laurel negro o amarillo, el palo de gateao, el guarataro negro y hasta el yopo. Por tramos se cavaba una fosa, zanja o trinchera larga, donde entre varios hombres iban colocando cada rolo enterrando por uno de sus extremos dentro de la fosa o trinchera cavada. Más tarde, utilizando otro palo delgado a modo de palanca o usando sogas o cabos de soga de cuero amarrados en la punta para halar el rolo, o con sus propias manos y con la ayuda de dos hombres o más, se iba erigiendo individualmente cada rolo, colocando uno pegado al lado del otro hasta levantar un tramo completo. Luego se iban enterrando apoyados uno del otro para formar la hilera del palo a pique. Simón Solís, quien participó en estos procesos de construcción, narraba:

«Se usaba un palo que llamaban polino, era la palanca pa'metéle a la madera y parála. Era palo a pique el que se usaba con zanja, entonces uno iba parando, paraba diez palos, y se le iba echando tierra y se le iba dejando, después iba parando diez más y así hasta que llegaba ande iba a ir la puerta, el tranquero»

Este mismo procedimiento nos fue descrito por Ramón Bartolo Núñez, quien además nos explicaba el significado del término empalizada y lo diferenciaba de la majada:

«La empalizada lleva alambre de púa, es una cerca, pero una majada de palo a pique es puro palo enterrao grueso. Hacías una zanja jonda y que los palos fueran todos igual, iban quedando todos parejitos y ibas echándole tierra, metiendo y echándole tierra. Tu hacías la majá, hacías las mangas, hacías el otro corral, hacías el otro corral, de puro palo a pique»

Por otro lado, era fundamental que estas majadas tuviesen en sus hileras de palo a pique amarradas a todo lo largo, dos y hasta tres líneas paralelas de alambre liso, con cierta distancia entre sí para que, a la hora de que un llanero se encontrase con reses bravas a pie dentro de la majada y fuese embestido, pudiera apoyarse en uno de estos alambres y brincar hacia afuera para salvarse de que lo atropellaran, tal como nos fue descrito por Ramón Bartolo Núñez:

«Cuando esos palos estaban enterráos usté le ponía no alambre'e púa, le ponía unos barrotes de alambre liso torció. Era necesario porque, vamos a poné por ejemplo, si te chocaba una res a ti, pa'podé agarráte del barrote del alambre. Tú pones un barrote de alambre liso grueso bien grampeao, y otro aquí y otro en el medio (tres) y te chocaba una res, ponías la pata en el de abajo y te agarrabas en el de arriba y te podías volá pa'l otro lao. Alambre liso pero bien seguro y bien grampeao que no te jueras a agarrá y juera la grampa a despegáse y juera a caé más bien en el cacho de los animales»

Curiosamente Simón Solís llegó a ver una práctica muy antigua en la que estas vías de escape eran fabricadas con un bejuco de los bosques del Llano conocido como el «maromero», que prestaba el mismo servicio que el alambre:

«Se le amarraba, a veces cuando estaba nuevo se usaba una broma que llamaban maroma, el bejuco 'e maroma, ese es el masamazo, un bejuco largo y grueso. A la hora de una broma uno tenía que chocáse al bejuco ese pa'salise de la majá, por eso lo llamaban maroma»

Y en *Escenas rústicas en Sur América* (p. 178):

La entrada de la majada, parecida a un gran embudo, era, como el resto de la cerca, construida con grandes postes clavados en el suelo, con los intervalos entre poste y poste cerrados por gruesos troncos de bambú. A través de este embudo o manga eran arreados a toda velocidad, pequeños lotes de reses con los madrineros a la cabeza —traidores guías enseñados a engañar a los de su propia casta—, mientras tapaban la boca del embudo los jinetes con los pechos de los pobres caballos. Todo marchaba bien hasta llegar al final de la manga, donde los madrineros, con toda la astucia de los semi civilizados brutos, redoblaban el paso en el momento de entrar en el cercado. Allí se daban cuenta sus salvajes hermanos de su traición, y revolviéndose contra sus conductores, daban comienzo a los más terribles combates.

Por su trascendencia histórica y su utilidad, además de su incuestionable herencia castellana, la majada representa un vestigio de esas tradiciones ganaderas que han conseguido sobrevivir siglos de historia.



La puerta de trancas

*Bramaba la vaca del nombre mentado, acudía al reclamo materno el becerro,
metiendo la cabeza por entre las trancas de la puerta, las corría el muchacho para
dejarlo pasar y comenzaba el apoyo, a golosas trompadas contra la ubre que
escondía la leche, mientras el ordeñador, pasándole la mano, le iba diciendo:
—Ponte Claridad, ponte.*

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Ya vimos que los corrales llaneros donde se encierra el ganado y los caballos han sido construidos tradicionalmente con filas de troncos de cierta altura enterrados para formar las «majadas de palo a pique». Estos hermosos e imponentes emplazamientos se hacen hasta lograr una figura cuadrada o rectangular tan bien construida que aún pueden observarse empalizadas centenarias en los corrales de numerosos hatos y fundos. Este tipo de encierros, a pesar del gran trabajo que conllevan, se continúan haciendo por resultar más económicos y duraderos que los de tubos de hierro.

Para dar acceso al corral y contener a los animales, se colocaba en un extremo un práctico portón rudimentario llamado la «puerta de tranca» o «de trancas», también llamado el «tranquero», que se sigue usando y se construye con dos troncos labrados y enterrados uno frente al otro con cierta distancia entre ellos, a los que se le realizan entre cuatro y seis orificios o boquetes a lo largo, a los que atraviesan unos palos o varas delgadas largas para que lleguen desde un lado al otro. Cuando ya los caballos o las reses estaban dentro del corral, se cerraba la puerta de tranca y se atravesaban rápidamente los

palos, siempre comenzando por el primero desde arriba hacia abajo y para abrirlo en sentido inverso. Seguramente alguno se preguntará qué puede tener de reliquia una puerta burda hecha con simples varas de madera atravesadas. Para justificarla como tal debemos entender primero la practicidad que ofrece este tipo de compuertas en lugares tan apartados históricamente donde no se cuenta con otras alternativas tan prácticas y de bajo costo; además, la belleza de estos tranqueros es tal que la referencia romántica que se hace de ellas se mantiene todavía en muchas de nuestras coplas y versos.

La tasajera

*¿Cuáles son los huesos que deben picarse primero cuando se mata la res?
—Debe empezarse a picar por la cabeza, luego el cogote y el espinazo, hueso de aguja, cadera y alfileres, las costillas en cachama y, por último los tuétanos, que quedando de último no se pone el cabo de hacha baboso con la médula; y eso mismo debe hacerse en la salada, empezar por los huesos y terminar por la cecina, y al ponerlo en la tasajera se prensa bien para que no le quede alforzas y las moscas no tengan arrocheladeros donde depositar sus huevos, y evitar el criadero de gusanos, poniendo pimienta u orégano a la sal coge mejor gusto la carne y la mosca baja poco.*

Antonio José Torrealba, *Diario de un llanero*

Otro elemento tradicional que se ve con mucha frecuencia en los fundos llaneros es la «tasajera», un lugar techado al aire libre donde se dejan las carnes de res previa y profusamente saladas para que se oreen o ventilen hasta secarse para su conservación. La carne seca o tasajo de res, como se le llama en Venezuela, es una antigua forma de conservar la carne que ha seguido usándose en el Llano de Venezuela, el de Colombia y en casi todo Brasil. Hasta hace muy poco tiempo, en algunas partes del Llano, continuaba llamándose por su nombre original español, «cecina», como se denomina a la carne salada y secada al sol, al aire o al humo en la península ibérica. Por no necesitar refrigeración representa una gran ventaja para las regiones que no disponen de servicio eléctrico, además de que el tasajo era la manera práctica de llevar consigo los llaneros su bastimento para la sabana.

Marco Aurelio Vila en *Lo geográfico en Doña Bárbara* (p. 8):

La carne que de acuerdo con su peso —unos ciento cuarenta kilogramos— podía proporcionar una res al consumo de los moradores del hato, no se podía consumir de una vez; y conservarla sin tratamiento adecuado era imposible dada la alta temperatura local. Para su adecuada conservación, se procedía a convertirla en tasajo mediante el sistema de cortarlas en tiras, salar estas tiras y exponerlas a los efectos directos del sol y del aire. El resultado obtenido era un producto deshidratado que conservaba su calidad nutritiva. Al producirse tasajo en importantes cantidades, se convertía en artículo de comercio y como tal, llegaba a los centros poblados.

Por no requerir prepararse en grandes cantidades, la carne de res no es apilonada en mantas (como efectivamente se hace con el salón de chigüire o de pescado) sino que se va colocando directamente sobre las varas. El sol y la brisa se ocupan de hacer efectivo todo el proceso. La tasajera es un sitio parecido a una troja que debe estar provisto de una o varias varas de madera o alambres para exponer las piezas al sol (y al viento), aunque también puede ser a la sombra, y puede ser desde un simple y humilde tendedero hasta sólidas casetas techadas construidas con horcones.

Tengamos en cuenta que antes de que llegara la electricidad y surgiera la refrigeración, en las poblaciones donde se sacrificaban las reses se acostumbraba vender fresca la carne pero lo normal era adquirirla seca y salada, como tasajo, como única forma de conservación segura para la época. La carne frita se convirtió así en el plato nacional por excelencia, y de su uso constante y reiterado halla el eco el profesor José Rafael Lovera en *Historia de la alimentación en Venezuela* (p. 77), donde registra un recetario de 1861 cuyo autor califica como «(...) uno de nuestros platos más agradables, denominándola “la incansable carne frita”, porque nunca fastidia aunque se repita diariamente».

Se puede utilizar cualquier pieza de carne de la res, siempre que se corte en el sentido de la fibra para que no quede demasiado gruesa. La carne se cubre con mucha sal y se cuelga en la tasajera; sometida a este proceso, termina deshidratándose y ya seca y dura se puede conservar por mucho tiempo. No obstante, si no se toman las debidas precauciones, al estar expuesto a las moscas, el lugar puede ser un medio propicio para la proliferación de gusanos, lo cual afecta la calidad del producto y por ello existen algunas tasajeras a las que se le incorporan telas metálicas con el fin de mantener la carne protegida. Para consumirlo, el tasajo debe lavarse bien para desalarlo y, de ser el caso, quitarle las queresas (o posturas de mosca). Posteriormente se sancocha para luego aderezarlo y emplearlo para la elaboración de gustosas preparaciones como el palo a pique y el picadillo llanero, platos que incluimos en esta obra. La personalidad de la comida preparada con tasajo es tan característica que ha continuado siendo un ingrediente infaltable en la dieta diaria de las fundaciones llaneras que, aun contando con recursos de refrigeración, no han dejado de mantener sus tasajeras. Esta cultura culinaria cuya asociación de sabores continúa revistiendo una importancia que supera la comodidad, es lo que hace de la tasajera parte de nuestro legado y auténtica reliquia viviente del Llano.

A propósito de esto nos contaba Simón Solís:

«Cuando se iba al trabajo’ e Llano si mataban una res ahí se ponía, se tasajeaba bien tasajeada, bien abierta, se salaba y ahí se guindaba en unas varas. La tasajera que llamaban, cuatro varas, y ahí se ponía a que llevara sol y si había mucha agua, la ponían adentro y le prendías un humo abajo que se te fuera agarrando el humo. Para tasajeá buena era la cecina, el herradero, todo lo que era carne, la pulpa negra, los huesos, los lomos, que eso va pegao de la cecina, la cecina se campechaneaba mucho, esa vaina cuando el novillo es grande, una vara alta, esa casi te llega al suelo... Después que la tienes seca, tú haces la cecina, sobre todo es pa’l picadillo. La carne de pisillo era pilá con pilón, la pulpa negra, el lomo, la carne flaca»

Según Ramón Bartolo Núñez, diestro en el arte de preparar o «componer» una res, se hace de la siguiente manera:

«La cecina asegún la res, si la res es grande y tiene buena carne, la res está rellena. Se saca la cecina con los dos pechos, la tapa’e barriga y el lomo, y se pone en una vara y se extiende, se abre bien abierta, se tasajea y entonces se campechanéa, pero se campechanéa es la parte de la tapa’e barriga, porque el lomo no lo puedes campechaneá, porque el lomo se revienta



mucho, tienes que campechaneála en los pechos y en la tapa'e barriga. La pones en la vara y esa carne se seca sequita (...). En ese tiempo no había nevera, se salaba toa la carne, componías toda la carne, salabas el codillo, el pollo, la pulpa negra, los lomos, la carne barriga, los latigazos, todo era con sal puesto en tasajera, pa' esa carne se comía en pisillo o en picadillo con arroz y los huesos con arroz, toa esa carne se ponía sequita que se ponía blanquita... Podían ser en cuatro varas pa' que la carne no quede amontoná y la carne se ponía como decía, en la mañanita, en el mediodía tenías que darle vuelta, si la pones a las ocho de la mañana o a las nueve por ahí a las dos tienes que darle la vuelta por el otro lado y entonces en la tarde recógela y meterla en un cuarto»

Acerca del proceso de salado y secado, Ramón Bartolo Núñez agregó:

«La estas salando y la estrujas con tu mano, entonces la vas poniendo en la tasajera. Mientras más la pones al sol, más se va secando, hay un encargáo un muchacho o cualquiera persona que se encarga de esa carne pa' que no se pierda y de darle vuelta. Después pa' preparala, tienes que primero enjuagála. Si es pa' pisillo, la cortas en la mañanita, la mujer la pone a herví, y después ahí dejo la sar, y después la pasas por un pilón, pilas el pisillo, piláo el pisillo, lo ligas con arroz o con arepa, la comida completa, la cecina la puedes picá en picadillo, con arroz que queda muy sabrosa, los huesos con arroz, caraota o con frijoles. Porque un hueso picáo con hacha lleva carne»



RELIQUIAS DE LA MESA LLANERA

Desolación infinita, sí, la llanura; océano de yerbas son horizontes, que es mar incoercible de melancolía; pero, bajeles de ese mar, largos convoyes que trazan estelas policromas sobre ese piélago, las matas, los montes, los bosques en ruedo, que prosperan a la caricia fecunda de decenas de millares de caños y centenares de ríos. Que rompen la monotonía de mi país con súbitas bellezas sorprendentes; ni una planta en esos tupidos arabescos de la llanura, que en su raíz, en su tallo o en sus frutos, no coloque un ramo gentil en nuestra mesa; ni una bestia cuya carne no arome el humo de nuestra cocina.

José Rafael Lovera, *Historia de la alimentación en Venezuela*

La gastronomía llanera ha sido considerada en cierta forma parca si se compara con los placeres de la mesa que encontramos en otras regiones del país, lo que a nuestro modo de ver constituye una equivocación que debe ser enmendada. En primer lugar debemos alegar en favor de esta cocina que si fuera tan parca como se pretende, platos muy llaneros como el palo a pique y los pisillos no habrían sido incorporados en el rico recetario nacional ni serían tan reconocidos y disfrutados. Lo que no debemos dejar de tomar en consideración es la frugalidad dentro de la cual trasciende la vida en el Llano venezolano y lo íntimamente asociada que está esa cocina con el medio ambiente lo cual, si bien es cierto, la ubica dentro de un contexto duro y exigente, aunque también es muy generosa y creativa en todo lo que ofrece.

En la actualidad, en la región llanera continúan percibiéndose claramente dos regímenes alimentarios definidos: el régimen urbano, que imita o trata de imitar los modos de alimentación predominantes de las poblaciones con marcadas influencias extranjeras, y el régimen rural o de transición rural urbana, que para nuestra fortuna se mantiene muy vinculado a los productos locales y los recursos naturales propios de cada región. En todo el Llano, desde oriente hasta occidente, llama la atención la variada oferta de productos pecuarios frescos que proceden de los predios, en particular los cárnicos y derivados lácteos como el queso y el suero, por la preponderancia que ha tenido en esas regiones la ganadería vacuna.

La variedad de la mesa diaria llanera no es tan amplia como en otras regiones del país, pero aquellos que han podido disfrutarla confiesan que es deliciosa. En esos rústicos parajes, aparte de los

productos de la ganadería, hay muchos ingredientes con los que se resuelve el día a día: yuca, plátano, cambur, topocho, maíz, ají, arroz, frijoles, carnes de cerdo, aves y cacería, pescados. Y junto con toda esta cultura gastronómica, el llanero mantiene una serie de viejas costumbres en la mesa que se asemejan mucho a las observadas en habitantes de otras regiones similares del mundo: el uso del cuchillo y de las manos para consumir las carnes; la prohibición de que las mujeres, y en algunos casos incluso los niños, participen en la comida de los hombres; el empleo de la arepa —nuestro «pan»— para arrimar y acompañar la comida a diferencia del popular relleno, y el respeto por la jerarquía como muestra de subordinación, donde el caporal o capataz sigue siendo el primero en sentarse a comer antes de que la cuadrilla de peones lo haga.

Los esquemas establecidos en los hatos desde sus inicios para alimentar al personal pueden ser descritos como una combinación entre la dinámica propia del rancho militar y las costumbres, ingredientes, prácticas y realidades de una cultura vaquera que le tocó adaptarse a su medio. En la mayoría de los casos la res semanal, quincenal, etc., era el sistema más utilizado para proveer de proteína a los comedores y cocinas de los hatos donde la mayoría de la carne, a falta de medios para su refrigeración, tal como vimos, debía ser salada y conservada al estilo antiguo, en tasajera. Estas costumbres se han mantenido inalteradas en el tiempo y continúan caracterizándose por una dieta basada en el alto consumo de carne bovina —hoy se suman las carnes del más recientemente introducido búfalo de agua— con ingredientes locales de fácil acceso. Esto lo ilustraremos con esta narración de Ramón Páez en *Escenas rústicas en Sur América o La vida en el Llano de Venezuela* (p. 47) referida al hato San Pablo:

Todas las mañanas se nos mataba un novillo que comíamos asado sin legumbre o pan. Teníamos maíz en abundancia, tanto en grano como en mazorcas, el que antes de ser convertido en arepas (el pan predilecto del país), requiere todos los días el paso a través de gran variedad de operaciones, lo que hace fastidioso el procedimiento (...). En San Pablo hasta esto era considerado como un gran lujo, pues pocos hatos contaban con los utensilios necesarios para su preparación y mucho menos con las cosechas de maíz para el consumo de sus gentes.

Un rasgo que ha caracterizado al llanero, especialmente al llanero de a caballo, es la escasa vocación que tiene para la agricultura. La única excepción histórica quizás la ha tenido la figura del «vegüero», cuyo nombre proviene justamente por instalar este su vivienda en las vegas de los ríos, donde la tierra es más propicia para establecer cultivos. No obstante lo anterior, en la actualidad muchos hatos han incorporado siembras organizadas en sus fundos, fundaciones y conucos, en los cuales se mantiene la producción de especies de consumo directo. A lo anterior hace referencia Ramón Páez en su obra (pp. 47-48):

Son los llaneros esencialmente pastores, ajenos al cultivo de los campos, y creen degradarse con inclinar la cabeza ante la misma madre tierra (...). Aunque la tierra es extremadamente fértil, y capaz de recompensar ampliamente a su cultivador con cosechas de toda clase de grano, no consideran como esencial el pan, usando en su lugar un trozo de hígado cocido que les agrada más, y no entienden del precepto divino de ganar el pan con el sudor de las frentes. Viviendo en medio de innumerables rebaños, rodeados por los munificentes dones de una benefactora providencia, se privan hasta de la carne fresca, no por

avaricia o economía del ganado, que allí puede decirse que tiene un valor nominal, sino por ser naturalmente sobrios, mirando la leche y la mantequilla como alimentos solo propios para niños.

Las mayores necesidades de alimento en los hatos siguen estando marcadas por las fechas en que se deben realizar los trabajos de Llano, dado que aumenta sustancialmente el número de peones que se hospedan y hacen vida en un momento determinado, cuando llegan incluso peones de las fundaciones y los hatos vecinos a participar en ellos. Dependiendo del tamaño de la operación es frecuente observar que mientras duren los trabajos se beneficie una o más reses al día para ofrecerle a la gente carne fresca de una forma práctica y rápida sin mayores contornos ni complicaciones, en una sola comida al final de la tarde, habiendo encerrado ya al ganado en el corral y bañado y largado las bestias de silla. Cuando terminan los trabajos se reduce de manera importante la cantidad de personal, permitiendo a sus comedores ampliar sutilmente el menú. Simón Solís nos contó sus vivencias como peón de sabana, hablándonos de cómo se alimentaban en los hatos en ambas temporadas:

«Durante los trabajos de Llano la mayoría se comía era carne asada. Se acompañaba con topocho, yuca sancochao, pero lo más preferido era el topocho, porque el apureño es muy flojo pa'jalá machete y acuérdate que la yuca hay que limpiála dos veces, hay que dale dos limpiás. Todas las tardes se comían una o dos reses dependiendo de la cantidad de obreros, los peones de mano también se arimaban ahí a comé. Si había queso, entonces comían queso con carne, pero era muy difícil, lo más era carne asada con topocho sancochao. Eso era una sola comía en to'el día, la otra comía era el peazo de carne que quedaba del otro día que se llevaban guindando en el caballo, eso se lo comían frío. Esa era la comida de los trabajos de Llano. El ají bravo algunos se comían la carne con ají, todo lo más era ajicero de leche, pa' comé manteca con ají bravo, es muy sabroso. ¡Comida! ¡Esa era la comida de los llaneros! La carne asada cuando estaban trabajando Llano y el sancocho, el picadillo y el pisillo el resto del año, el tiempo que no estaban trabajando Llano. ¡Puro Sancocho de hueso'e ganao! El sancocho de gallina lo comía el que las tuviera en el patio de él (...). Después que se paraban los trabajos la carne tampoco faltaba, comían sancocho que llamaban. El sancocho son los huesos salaos de un día pa'otro, entonces los hacía y les echabas un poco'e topocho picao y cilantro "bragueta'e viejo" [culantro] que era el aliño. A veces, cuando había arroz, se le echaba. A veces los huesos tenían gusano y uno se los comía con tó y esos gusanos. En la mañana comían sancocho y en la tarde comían pisillo, el pisillo era la carne salá sancochada y pilada en un pilón de madera. Esa res la mataban en la mañana, cada semana mataban una res. Ahí iban comiendo, el día que mataban se la comían fresca, después la que quedaba se la comía uno salada, se comía el picadillo de la cecina, que es la carne de la cecina picada cuando se seca, picá pequeña y si hay arroz se le echa arroz pa' engruesálo. Y si no se le echa topocho picao, o yuca, ocumo. El aliño, los hatos lo más se sembraba, el cebollín era el que se usaba, pero eso no era en todos los hatos tampoco. Otra cosa que usaban de aliño es el orégano. Se usaba también el onoto»

Ramón Bartolo Núñez nos explicaba cuál era esta comida del resto del año en los hatos dándonos una idea de lo carnívora que era la dieta:

«Cuando se mataba una res pa'el consumo, primero se llevaba pa'la cocina el hueso del espinazo con el cogote, y se llevaba también una carne pa'sancochála, decía el caporal. Eso era pa'la comida del primer día que se mataba la res, con el espinazo se hacía sancocho de tarde y la carne sancochá era pa'ese otro día, la comía de almuerzo. También ese otro día se comía la pajarilla, el hígado, el corazón y el bofe. El chofotero después salaba el resto de la carne y los huesos de esa res y los ponía en una vara que se secan y en la tarde los recogía y los metía en un cuarto. Ese otro día lo sacaba a asoleálo otra vez hasta que la carne se secura. Con esa carne seca, él se encargaba de variá la comida, le decía a la sirvienta: hoy vamos a hacé picadillo. Y después ese otro día: hoy vamos a hacé hueso con frijol y con arroz, vamos a hacé unas arepas fritas, vamos a hacé unas arepas tendías, una yuca, topocho. Esa carne seca también otro día se podía sancochá y después se pilaba, la carne iba pilá en un pilón, era pa'un pisillo, con arroz y tajada. En los trabajos de Llano sí era carne asada. Los aliños era puro cebollín, ají, sembrao por los mismos viejos de antes que había en los hatos. De aceite pa'todo, pa'las arepas, pa'fritá se usaba la misma manteca de la vaca»

El llanero desde siempre ha tenido gran predilección por los granos y en particular por las diferentes variedades de frijol que se siembran estacionalmente en cada región. La costumbre que se mantiene en los hatos es la de comprar en temporada a bajo precio cantidades grandes de varios tipos de frijol para guardarlos en tambores con puños de piel de ajo para alejar los insectos, con la finalidad de irlos administrando a lo largo de todo año y suplir así las dotaciones de cada una de las fundaciones. Simón Solís comentaba:

«Lo comíamos porque el frijol era una comida llanera, el frijol se comía cuando por ejemplo en los hatos se iban los llaneros, que quedaba la gente más reducida, entonces la mujer hacía el frijol, pero pa' hacéle ese frijol a ese poco 'e gente no, ¿cómo serían esas pailas? Ese era la pira apureña, la pira blanca, un grano grande, pira blanca, era la más que se sembraba pa'llá. El "ponga la mesa", el "cara'e santo" ese lo llevaban, ese era blanco pero chiquitico, un granito. Ese frijol de ahora, el que llaman "frijol bayo", ese de Guárico, ese lo conocía yo como el "frijol guariqueño"»

El medio para endulzar se obtiene fundamentalmente de la panela de papelón, muy apreciada por el llanero, hasta el punto de que Simón Solís recordaba que en los hatos se acostumbraba a apostar una panela a aquel llanero que lograra mantenerse montado en pelo sobre un caballo cerrero:

«La azúcar era la panela y el melao, la azúcar no se conocía. Ese se llamaba un paquete de panela, lo envolvían, se hacía un adorote de palma que va por fuera de las hojas ande van envueltas las panelas. La panela siempre se cargaba al mediodía en la sabana pa'uno bebé alguna cosa, agua, eso ayuda mucho a amatizá el hambre. En el hato se usaba pa'l café, ese

era el dulce pa'l café. Como ahí vendían esa vaina, los llaneros apostaban pa' montá un caballo que corcoveara, ¡te apuesto una panela!, apostaban una panela'e dulce, si no lo tumbaba se la ganaba, sino tenía que pagála. Mi papa se ganaba panela jineteando, jineteando en pelo, ese jineteaba cualquier caballo en pelo, sin bozal y sin nada, nada más le ponía una correíta po'el pecho y más nada»

Toda cocina en esencia debe ser sencilla pues, al igual que ocurre en otras expresiones artísticas, es sinónimo de perfección. Dentro de todo este conjunto de tradiciones culinarias llaneras hay algunas que continúan intactas en las cocinas de nuestros hatos llaneros y cuyas preparaciones, por su originalidad y desconocimiento, merecían ser consideradas reliquias gastronómicas vivientes.

Tenera llanera o tenera criolla

Después de bañar los caballos y acomodarlos donde hubiera buen pasto, volvían al patio, donde ya estaba prendido el fogón y la tenera en los asadores, exhalando su apetitoso olor. En la cocina se proveían de un poco de ají con leche, unos topochos y unas yucas salcochadas, y con esto y con la carne asada, de pie o acucillados en torno al fogón, saciaban el hambre de sus estómagos sobrios después de no haber probado durante el día sino la taza de café de la madrugada

Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*

Esta antiquísima forma de preparar la carne vacuna, tan íntimamente relacionada con nuestras tradiciones, con toda probabilidad tuvo su origen en las costumbres introducidas por los primeros pastores llegados desde Europa a principios del siglo XVI. David León en *Geografía gastronómica venezolana* (p. 66) escribe:

Hay que suponer que fue utilizada por todos los pueblos pastores y que se propagó en el Nuevo Mundo tan pronto como el Conquistador peninsular introdujo el ganado bovino. Con la aparición de la vaca y el toro en el Continente se extendió, pues, esa fácil manera de asar la carne en cuantas regiones irrumpieron los rebaños y le proporcionaron vida y movimiento al abrasador paisaje de las llanuras.

La comodidad de esta técnica para asar carne vacuna en brochetas o, lo que es lo mismo, ensartada en rústicos asadores verticales, fue lo que le dio nacimiento a nuestra tenera a la llanera o tenera criolla. Por su corta edad, las carnes de la tenera eran de mayor terniza, lo cual la hizo la res predilecta para este tipo de eventos. Fue esta forma de preparar una res la que a la larga se constituiría en la práctica preferida tanto de las huestes patriotas como de los realistas durante la Guerra de Independencia. José Antonio Páez en su *Autobiografía* (p. 106) dice:

Para un hijo del país, esa admiración de los trabajos y dificultades vencidas es hasta ridícula, pues ellos no necesitan de tantas comodidades en campaña, y se alimentan solo de carne, sin pan, ni sal, ni otro condimento alguno. Así es que cuando consiguen cualquiera de dichos artículos se dan completamente por satisfechos.

En el Llano de Venezuela y también en el de Colombia la carne de tenera llanera más apreciada es la que se conoce con el nombre de «mamona», pues proviene de un animal entre seis meses y un año de edad que todavía se encontraba mamando de la vaca para el momento del sacrificio.



Obviamente, y por tratarse de un animal tan joven, su carne es muy tierna y delicada. Ramón Bartolo Núñez nos dijo:

«Después de apartá doscientos becerros o si íbanos a apartar ciento cincuenta toros pa' capálos allá. El resto del ganado quedaba en su paradero. A la una del día, depende el aparte, nosotros íbanos arrancando con la madrina pa'l ható. Ahí en esa madrina iba la res pa'matála, la becerro pa'matála, la ternera, la comida iba ahí»

Las reses que se seleccionan para ser beneficiadas en los hatos no necesariamente son las más jóvenes, pues se tiende a escoger la que más convenga para la ocasión, puede ser una novilla infértil o una vaca que haya mal parido, un maute que esté pasmado en su crecimiento y se quedó pequeño e incluso alguna res malograda durante la faena y se tenga que aprovechar sin importar su edad. La terminología empleada en esos casos cambia por no tratarse de una ternera, pasando a ser entonces sencillamente carne asada o res asada. Los cortes pueden o no extraerse de la manera descrita para la ternera llanera, dependiendo muchas veces de los conocimientos y destrezas de quien le toque «componer» la res.

Por lo general cuando la res es grande, y no es la mamona, se aprovecha el cuero para realizar los mandadores, alguna sogá o alguna hamaca campechana para los peones y por lo tanto esto hace imposible producir los auténticos cortes con el cuero pegado pues esto eliminaría la posibilidad de

fabricar por ejemplo una soga de tamaño legal de veinticinco a treinta brazadas, dado que gran parte del cuero se quedaba pegado a su respectivo corte. En algunos hatos los dueños matan tan poco ganado que los llaneros recelan el cuero de la res para hacerse sus herramientas. En los hatos de antes se mataba muchísimo ganado y preparar la carne con los cortes tradicionales era perfectamente factible aunque, por lo general, se reservaba para ocasiones especiales.

En Venezuela se continúa empleando la nomenclatura autóctona del Llano al denominar los diferentes cortes de la ternera y todavía encontramos en algunas festividades, vaquerías o trabajos de Llano donde quedan algunos llaneros que han conservado la antigua tradición que heredaron de sus abuelos. Las piezas de la res recién sacrificada, cuando todavía estaba oscuro por la madrugada para poder aprovechar la frescura de la mañana (algunas de ellas con piel), se ensartan en chuzos o asadores de madera verde largos y afilados previamente cortados y desprovistos de sus cortezas, obtenidos de palos de guayabo (*Psidium guajava*), drago o sangredrigo (*Pterocarpus podocarpus*), cauajaro (*Cordia alba*), coco'e mono (*Lecythis ollaria*) o de un curioso palo conocido por los llaneros como «almizquero», cuyo nombre científico no pudimos identificar. Por otro lado los llaneros, gracias a su sabiduría ancestral, conocen qué maderas se pueden utilizar para la fabricación de los asadores o varas. Estos, una vez que ha sido la carne salada, se colocan enterrados por la punta afilada alrededor de una hoguera donde se procede a la cocción sin otro condimento adicional.

Esta nomenclatura a que hacemos referencia no es muy conocida y corre el riesgo de perderse con el tiempo. Los nombres de estas piezas guardan relación con su apariencia y/o ubicación, y se van extrayendo sistemática y secuencialmente una vez que la res que ha sido beneficiada se encuentra ya mancomada —colocada sobre el espinazo con la cabeza apoyada en los cuernos— sobre el suelo, que es la forma tradicional y más limpia de hacerlo—. Se emplean además unos rolos de tronco grueso de algún palo para colocárselos a los lados a la res —ya que esta no tiene la espalda plana sino estrecha— para que quede totalmente boca arriba y no esté cayéndose de lado, lo cual facilita la extracción de los cortes con mayor comodidad.

La «raya» es el primer corte que se extrae. Comprende los cuartos traseros e incluye el cuero desde la parte superior de la cadera, el rabo y una parte de los muslos. Para iniciar su extracción, se «dibuja» con el cuchillo sobre la piel la parte que se cortará. Una vez extraída la pieza, se realiza el prensado en la vara procurando mantener su forma redonda, para lo cual se usan ramitas de algún árbol que no sea quebradizo, las cuales se ajustan con cuñas que se insertan en pequeños agujeros que se le practican con la peinilla al cuero. La raya obtiene su nombre porque se asemeja en su forma a una raya o mantarraya de río (*Potamotrygon hystrix*). Una vez que ha sido armada, así como se hace con todas las demás piezas de la ternera, se humedece ligeramente con agua y se procede a salarla y colocarla en el fuego por el lado de la carne, evitando que se chamusque. La raya se sirve con los trozos de carne todavía pegados al cuero y constituye uno de los cortes más suaves y de gusto más especial.

La «osa» o «josa», como se pronuncia coloquialmente, comprende el cogote, la papada, la quijada y la lengua de la res. Con la peinilla o cuchillo se practica un corte que va de arriba hacia abajo en la cabeza para que la pieza se vaya descolgando. Usualmente se deja el cuero desde abajo de la quijada, los cachetes y la parte que va por debajo de la papada, tratando de despegar tanto como sea posible la carne del hueso y dejando pegada la lengua, que es muy apreciada. Se puede dejar también el hueso de la quijada pegado o eliminarlo. La josa se sala y se prensa en las varas de manera similar a como se hace con la raya y adquiere una forma que se asemeja a la silueta de un oso melero (*Tamandua tetradactyla*), de donde obtiene su curioso nombre. A medida que se asa se cortan los pedazos de carne, dejando el cuero pegado a las varas. Julio César Sánchez Olivo en *Crónicas de Apure* (p. 120) lo reseña así:

Hay una presa de la res que se come asada con el nombre de «josa», compuesta por la papada y la lengua que se saca del animal con el trozo de piel correspondiente: Al dueño de la «josa» le correspondía lo que se llama «talona» de la lengua, o sea la parte gruesa de ella que parece el talón de un pie. Era una falta de respeto que alguien, distinto al dueño, cortara esa parte de la «josa».

La tercera y última pieza que se extrae con piel es el «pecho». Su nombre no se corresponde con la pieza que conocemos tradicionalmente como pecho de res, ya que se trata de la delgada franja de carne que une los costillares por la parte ventral de la canal, vale decir, la parte que descuelga entre las costillas. El «enchuzado» y «prensado» de esta pieza se realiza de forma elegante y, debido a que es muy delicada, es también una de las primeras en ser disfrutadas.

Cuando se extrae el pecho, y si el animal era hembra, se obtiene la «garza» o «garcita», la ubre inmadura que se asa igualmente pegada al cuero. La garcita tiene una delgada capa de grasa de apariencia ligera conocida como corozo, muy apreciada por su gran sabor pero debe disfrutarse muy fresca porque tiende a enranciarse si se guarda.

El popular entreverado es un ensamblaje muy particular que se arma con trozos de las vísceras —pajarilla (bazo), corazón, riñones, hígado, bofe (pulmón) y chinchurria (intestino delgado)— que se trenza con cuidado. Va enchuzado en un solo asador, envuelto en la tela de grasa de la panza previamente lavada con limón y se asa con cuidado para que no reciba candela directa.

Los «tembladores» son el solomo de la res, que se sacan enteros despegándolos por completo del espinazo. Su nombre proviene de su apariencia, parecida a la de un temblador (*Electrophorus electricus*), peligroso pez de los ríos del Llano. No se extraen con piel y debido a su elevado contenido graso son de gran sabor.

Aparte de todas estas piezas conocidas, se extrae, ya sin la piel, el resto de res en cuartos para poder asarla entera. Del cuarto posterior se sacan el lomito de la cadera, las pulpas del herradero y, del denominado latigazo, salen la chocozuela, el muchacho cuadrado, el muchacho redondo, el lagarto y los pollos. Del cuarto anterior o delantero se extraen la paleta, el codillo y dos cortes largos denominados primos, que son parte del pescuezo o cogote del animal.



Todos estos cortes se asan «a la llanera», es decir, se cortan las carnes delgadas y se ensartan o enchuzan en los palos recostados del «burro» —construcción de madera que se arma encima y alrededor de la hoguera— o se clavan ensartados con sus varas en el suelo, donde se les da la inclinación o la distancia que se necesite. Los asadores se ubican alrededor de las brasas, a una distancia que le permita al encargado cuidar la temperatura, cosa que logra manteniendo su mano a una longitud prudencial sin llegar a quemarse. Se dejan los asadores de esta manera hasta que empiecen las piezas a sudar por el lado opuesto, que es cuando se les da vuelta y se asan no menos de veinte minutos, teniendo cuidado de que no se lleguen a secar. Se acostumbra servir las piezas de manera alterna en la medida que van saliendo de las brasas y alcanzado su punto, cada una pegada todavía a su asador y acompañadas con plátano verde cocinado, yuca y topocho (cambur topocho) en una mesa a la que todos se acercan para servirse con la ayuda de una peinilla. Fuera de la sal y de algún ocasional ajicero de leche, la carne de ternera preparada de esta forma no lleva ningún otro condimento.

La ternera llanera preparada tal como saben hacerlo con maestría personajes del calibre de Ramón Bartolo Núñez y Simón Solís, representa una auténtica reliquia viviente en Venezuela. Los pocos que todavía conocen este arte de «componer una res» son cada día menos y, lamentablemente, también lo son los jóvenes que demuestran interés por aprender a hacerla. No obstante lo anterior, en nuestras salidas al Llano nos sorprendió constatar que la elaboración de la ternera criolla sigue siendo una costumbre conocida, así como los nombres de sus cortes, y nos enteramos

de varios hatos donde la continúan preparando, lo cual deja demostrado que ha conseguido sobrevivir como tradición.

Ramón Bartolo Núñez nos relató una escena que ocurrió en el hato donde trabajaba en el Cajón del Arauca, que nos obsequia una idea de cómo se desarrollaba la dinámica durante la comida de una tripulación de peones en el marco de los trabajos de Llano, una vez que regresaban de la sabana al final de la tarde. Es interesante ver de qué manera los llaneros, a la hora de beneficiar, preparar y consumir la res diaria que se ofrecía en aquellos hatos para alimentarlos luego de pasar el día entero «remontados», respetaban el estricto protocolo establecido. Este protocolo, que data de tiempos remotos, evidencia la importancia que llegó a tener el respeto por la cadena de mando, los superiores y los mayores, concluyendo en forma alegre y honrosa un día que estuvo sobrado de duras pruebas y dificultades trabajando ganado en la sabana:

«Llegábanos a las cinco y media, los veinticinco hombres que íbanos ahí y encerrábanos los animales en una majada de palo a pique, ya no se podía trabajá ese día el ganao. En la madrina iba la cena, la ternera, una becerra, la comida iba ahí. Después todo el mundo estaba desensillando los caballos, bañándolos con totuma y soltálos pa'l potrero, porque antes todo el mundo tenía su totuma para bañá caballo, no es como ahora que es un peazo 'e manguera. Después de esensillá los caballos, ahí todo el mundo iba a colaborá. Entonces, mandaba el caporal a sacá la bicha, la res pa' matála, ¡métanse ahí dos muchachos y amarran la becerra pa'matála! La mataban ahí, matábamos la res. Esa carne, primero quien la iba a asá era un señor mayor, un viejo, era el que ponían a asá la carne por lo responsable, a atendéle la carne. Ahí iba todo el mundo a ayudá al viejo a prendé el fogón, unos a jendé la leña, otros a ensartá la carne, otros a componé los huesos, to'er mundo trabajando ahí, pero de ahí pa'lante ponían al viejo de que fuera el responsable de la carne asándose. Los huesos los mandaban a salá, esa noche se iba a comé era la pura carne asá na'más. Tu pelabas esa res completa, ibas a poné tu carne completa ahí, pa'los veinte hombres. Lo primero que ponías al fogón era la cabeza completa, le quitaban el cuero, toda esa mauta, se ponía a asá. Cuando la carne estaba, entonces le decía el caporal al viejo ¡viejo, sáquese ahí un pecho bien asao!, como en Apure la vaina es médano ¿verdá? la tierra era blandita, llegaba el viejo y clavaba el pecho en la tierra, con una masetica lo clavaba. Primero que na picaba el viejo, el caporal iba a picá después del asador de carne y entonces después iban siguiendo los obreros cortando, y comiendo paraos. Eso no peleaba nadie, eso era una cosa muy respetuosa. Se comía con topocho, con yuca, con bollo, cachapa. El caporal mandaba al chofotero a decíle a la sirvienta que se sancochara una yuca. Cuando estaba la carne, que el viejo decía, ¡está la carne!, el caporal decía ¡vaya allá usted a la cocina a buscá los topochos, o la yuca!, lo que juera que vamos a comé. Entonces el caporal llamaba a su gente, la yuca ahí y el bocao asao, entonces llegaba cada quien, pero no sentao. Antes los encargaos les gustaba que todo el mundo cargara su cuchillo, que a la hora de la carne no se juera a tené uno con el otro. Les decía el caporal ¡muchachos, corten!, pero



no te podías sentá ahí, demoráte picando tu peazo, porque te ponían un chaparro po' encima del lomo pa' que no fueras falta'erespeto por no dale chance a la gente escogiendo, eso era negativo, eso era peligroso, corta ahí ¡chás! y retirarte. Le daban un chaparrazo pa' que respete, porque aquí no estamos escogiendo carne, si te tocó gordo, gordo, y si te tocó la flaca, la flaca, había un respeto demasiado grande a las personas mayores. Entonces cuando esa carne se acababa ese bocao, le decía al viejo: ¡mire sáquese otro bocao ahí, sáquese una costilla!, sacaba una costilla el viejo así con la maseta. Bueno, decía el viejo, piquen ahí, pero cero costilla, primero esparmen la costilla, sacále la carne de arriba, la cecinas que estaban ahí asadas con las costilla y después, cuando las costillas estaban esparmás, ya le decía el caporal al señor mayor ¡saque una costilla viejo!, ahí era cuando iba la juventud a sacá costilla para comé. No había plato ni nada, el bocao aquí, la yuca aquí a pura mano. Te ponías por allá como un círculo, se ponía la gente como un círculo, comiendo su carne, tan sabroso, ahí contento, unido, humanitariamente, todo el mundo respetuoso. Cuando ya el caporal carcullaba que la gente estaba completa, el caporal decía: ¡muchachos, saque la manos el que quedó con hambre!, si no sacaba la mano nadie, la gente estaba completo conforme. Les decía: ¡bueno, muchachos, ya que están listos, entonces agarre cada quien su peazo de carne y vean dónde lo ponen, pa' que se lo lleve de madrugá, pa' que lo parta de madrugá! Eso iba amarrado en los tientos [de la silla], tu peazo'e carne a pan peláo, pura carne. Cómo será que hasta el caporal llevaba carne ahí, pero no embojotáo, amarráo criollamente»

Picadillo con carne salada

Las cocineras de las fundaciones de los hatos llaneros acostumbran apartar todo lo que sobra de cada comida durante la semana, para luego picarlo todo finamente y mezclarlo con la intención de aprovecharlo incorporándolo a los caldos y hacer lo que se conoce tradicionalmente como «pico-te» o «picadillo». A esta especie de sopa o potaje, que es un plato aguantador tal como lo es el palo a pique llanero, se le pueden agregar frijoles, caraotas, trozos de pollo, jojoto (maíz tierno) y bolitas de masa para arepa. El único límite es la imaginación a la hora de usar lo que haya guardado en la despensa o en la nevera, si se tiene, lo que hace que nunca sepa igual y sea siempre un plato diferente. Cuando no existía refrigeración, los alimentos que se guardaban debían ser menos perecederos y su conservación no podía distanciarse mucho del momento del aprovechamiento. En el estado Apure, el picadillo se elabora fundamentalmente con carne seca o tasajo de res proveniente de la tasajera del hato, mientras que en el estado Barinas se elabora solo con carne fresca. Es un plato totalmente improvisado en el que entra en juego la habilidad de las cocineras de cada fundación, que ponen su sello muy personal en las preparaciones.

Cuando una cocinera se percataba de que no tenía nada pensado aún para el almuerzo antes de que regresaran de su jornada en la sabana los peones, revisaba en la tasajera. Si ubicaba allí un buen trozo de cecina y algunas raíces de yuca, una auyama y unos ajíes en el conuco, lo incorporaba todo en esta preparación obteniendo un plato bastante completo y sustancioso. Simón Solís nos habló sobre la preparación de estos picadillos en los hatos: «Se pica la carne, en piacitos pequeños, se lava y se pone a sancochá. Cuando ya hirvió un rato la carne que ablande, se le van echando la verdura hasta que ablande la verdura y espese un poco. Pa' picadillo, la verdura, eso va picao así como del mismo tamaño'e la carne». Ramón Bartolo Núñez: «La cecina la puedes picá en picadillo, con arroz que queda muy sabrosa».

El picadillo es una sopa deliciosa y tan consistente que siempre es el plato fuerte para la comida de los peones. Quien no haya tenido la fortuna de disfrutar de una experiencia semejante, debemos explicarle que en estas alegres comidas rurales siempre se sirve todo de una sola vez y en forma abundante. En las mesas, donde jamás falta un ajicero de leche, desfilan bandejas con arepas, granos, queso llanero de cincho entero o rallado, topocho sancochado, arroz blanco y hasta pasta de trigo; y todo esto va acompañando la olla donde viene presentado el picadillo.

Entre los ingredientes que varían de una receta a otra son las verduras; en la mayoría de las preparaciones van incorporados la yuca y el plátano o topocho verde, que nunca faltan en los conucos de las fundaciones porque constituye el pan del llanero, pero existen también algunas que llevan tubérculos como el ñame y el ocumo. Se trata de hacer un caldo bien gustoso con la carne entera —casi todas las recetas coinciden en que debe ser usada la carne del pecho de res, que es hervida con ajoporro, cebollín, cebolla, pimentón y ají dulce para darle más sabor—, que una vez ablandada se corta en trocitos y se devuelve a la olla con más cebollín picadito, ají dulce y ajo machacado.



Luego se añade la yuca y demás verduras y el plátano verde, todo cortado también en trocitos. Al ablandarse, se le incorporan las ramitas de hierbabuena y culantro de monte, igualmente picado. La sopa se sirve acompañada con arroz onotado y tostones de topocho o yuca sancochada con el infaltable ajicero de leche.

El picadillo tiene una interesantísima variante apureña que se conoce como «picote» que, como ya dijimos, se hace solo con carne salada a la que se le añade arroz cuando ya la carne se ha ablandado. En este caso, con los aliños picaditos —cebolla, cebollín, pimentón, ají dulce, cilantro, ajo y una pizca de comino—, se hace un sofrito con aceite onotado y se le incorpora dándole un color más atractivo. Por llevar carne de tasajo de res, el plato no lleva sal y, por el almidón del arroz, queda como una sopa muy espesa.

Picadillo de carne salada o tasajo (20 raciones)

Ingredientes

2,2 kg de carne salada o tasajo de res
 4 l de agua
 3 topochos verdes (se puede sustituir con 2 plátanos verdes) cortados en cubos de 2 cm
 800 g de yuca cortada en cubos de 2 cm
 400 g de ocumo criollo cortado en cubos de 2 cm
 250 g de auyama cortada en cubos de 2 cm
 150 ml de aceite onotado
 250 g de cebolla blanca cortada en cubos pequeños
 120 g de ají dulce verde cortado en cubos pequeños
 180 g de ají rojo cortado en cubos pequeños
 120 g de ajo machacado
 10 g de comino molido
 40 g de cilantro finamente cortado
 20 g de culantro finamente cortado

Preparación

Lavar bien la carne frotándola bajo agua corriente. Colocar en un recipiente hondo y cubrir por completo con agua. Dejar remojar por 2 horas. Retirar del agua y escurrir el exceso de grasa y los restos de sal que puedan quedar. Retirar la abundancia de grasa exterior, cortar en cubos de 2 centímetros y colocar en una olla con el agua, llevar al fuego y al hervir, bajar la temperatura. Dejar a fuego bajo por 60 minutos o hasta que la carne esté suave pero aún entera. Incorporar la yuca y el ocumo y continuar cocinando por 20 minutos. Agregar el topocho y cocinar por 40 minutos más. Mientras tanto, calentar el aceite onotado en un caldero y sofreír la cebolla a fuego moderado hasta que se marchite. Agregar los ajíes y remover regularmente por 15 minutos. Incorporar el ajo y mezclar bien. Sofreír por un minuto más sin dejar de mover y retirar del fuego. Añadir el sofrito al caldo junto con la auyama y cocinar por 20 minutos más o hasta que la auyama esté suave. Agregar el cilantro, el culantro y mezclar bien. De la región o de la costumbre de las cocineras y comensales dependerá cuán espesa debe quedar la preparación; por ejemplo en Apure es muy caldosa mientras que en Barinas es más espesa. Dejar reposar por 10 minutos y servir en fuentes hondas.



Palo a pique con cochino frito

El palo a pique es un plato típico venezolano que se acostumbra a comer en las zonas del alto y bajo Llano apureño, en los estados Barinas y Cojedes, así como en la región de Guayana. Ha sido el compañero usual de los llaneros y peones en nuestros hatos desde hace más de un siglo. Su extraño nombre hace alusión a las cercas o empalizadas hechas con estacas de maderas diversas, que son enterradas en el suelo lo más cerca posible unas de otras. Se trata de un plato aguantador rico en calorías que posiblemente surgió para satisfacer los requerimientos alimenticios de los llaneros durante sus largas jornadas de trabajo e incluye tradicionalmente tasajo de res o carne de cerdo, frijoles y arroz cocido, todo mezclado.

El consumo de cerdo en los hatos llaneros no era algo frecuente salvo en ocasiones muy especiales, y era la carne de ganado más frecuente. En la actualidad se puede observar en algunos fundos una costumbre muy antigua en la que el llanero no mantiene cochinos «enchiquerados» o confinados dentro de corrales o chiquereros, sino más bien merodeando en absoluta libertad por los terrenos aledaños a las casas de los hatos, fundos o queseras. Esto se hace con la finalidad de reducir los costos de alimentación y evitar ocuparse mucho de ellos. Prácticamente, y solo en algunos casos, son encerrados durante la noche para protegerlos del robo o del ataque de algún animal (tigre o un puma). Esta costumbre, que se ha generalizado en la cultura llanera, ha dado lugar a que muchos de estos cochinos se «alzarán» en la sabana llegando a formarse enormes «piaras» de «marranos

alzados» como se les llama. En medio de los trabajos de Llano, o en cualquier jornada que se lleve a cabo, si se ubica una de estas piaras, los llaneros proceden a enlazar a caballo alguno para capturarlo. Se trata de una operación muy peligrosa ya que estos animales, a los cuales no se les retiran los colmillos cuando están pequeños como se hace en las granjas, están fuertemente armados y muestran un comportamiento muy salvaje y agresivo. Si es un animal joven o un macho o «verraco» —cuya carne, tal como creen los llaneros, no puede ser consumida sino luego de haberlo castrado— se procede a señalarle las orejas para marcar la propiedad de quien lo capturó e incluso cortar el rabo, para luego proceder a caparlo. Cuando al llanero se le antoja «comer marrano», simplemente retorna al sector donde encontró la piara para volver a ubicar al «capón» y recapturarlo para llevárselo al hato y disfrutarlo preparado con el resto de los llaneros.

Este plato, de origen humilde, y que carece de pretensiones, es a la vez sincero y sustancioso. Suelen acompañar el palo a pique huevos fritos y tostones de topocho verde. Cuando se prepara con tasajo de res, usualmente es aliñada con cebolla, cebollín, ajo y manteca onotada, y se come conjuntamente pero se prepara aparte y se acompaña con casabe o arepa. También se acostumbra ponerle un toque de ají y un pedacito de papelón.

Palo a pique con cochino frito (18 raciones)

Ingredientes

Para los frijoles

500 g de frijoles rojos
4 l de agua
2 cda. de sal

Para el aliño

125 ml de aceite onotado
360 g de cebolla blanca cortada en cubos pequeños
60 g de ají dulce verde cortado en cubos pequeños
120 g de ají dulce rojo cortado en cubos pequeños
2 cda. de ajo machacado
500 g de arroz blanco seco
10 g de cilantro finamente cortado
10 g de culantro finamente cortado

Para el cerdo

1 cda. de sal gruesa
100 ml de aceite de maíz onotado
2,5 kg de pernil o lomo de cerdo sin hueso cortado en cubos de 3,5 cm
2 cda. de ajo machacado
2 cda. de orégano seco en hojas
300 g de cebolla blanca rallada
1,5 l de agua filtrada

Preparación

Escoger los granos y lavar bien. Colocar en un recipiente hondo y cubrir con abundante agua corriente. Dejar remojar por una noche. Colar y escurrir bien el exceso de agua. Llenar una olla con 2,5 litros del agua filtrada y llevar al fuego. Al hervir, retirar la espuma que se forme en la superficie, bajar a fuego mínimo y cocinar hasta que estén al dente. Agregar la sal y mezclar bien. Continuar cocinando por 45 minutos más o hasta que los granos estén suaves. Mientras tanto, calentar el aceite onotado en un caldero a fuego moderado y sofreír la cebolla hasta que se marchite. Añadir los ajíes dulces y sofreír removiendo regularmente por 20 minutos más. Seguir con el ajo, sofreír sin dejar de remover por un minuto más. Incorporar el arroz y mezclar bien con el sofrito. Cocinar por un minuto sin dejar de remover, procurando mover todos los granos sin maltratarlos. Agregar a la cocción de los frijoles (ya cuando estén suaves los granos) y mezclar bien. Dejar hasta que el arroz esté listo y se espese el líquido, el arroz no debe hincharse demasiado y debe quedar caldoso. Es importante mover cada 5 minutos con cuidado desde el fondo de la olla para evitar que se pegue y hacerlo sin agitar mucho la preparación, el arroz no debe desarmarse. Sumar el cilantro, el culantro y mezclar bien. Reposar por 10 minutos y servir en fuentes hondas.

Condimentar la carne de cerdo con la mitad de la sal. Mezclar la tercera parte del aceite onotado con el ajo y el orégano. En una taza, colocar la carne y agregar la mezcla anterior. Frotarla de manera que queden todos los cortes cubiertos. Tapar con papel film y marinar por 4 horas en la nevera. En un caldero, calentar el resto del aceite onotado y sofreír la carne junto con la cebolla y el ajo por 20 minutos. Agregar el agua y el resto de la sal removiendo los sólidos caramelizados en el fondo. Cocinar hasta la evaporación total. Continuar con la grasa residual y dorarla uniforme. Escurrir el exceso de grasa. Servir sobre el palo a pique.

Pisillo de tasajo

Como hemos podido ver, el pisillo de res, una suerte de carne pisada, mallugada o machacada y posteriormente sofrita, es uno de los platos más simples y a la vez más representativos de la comida de los hatos llaneros.

Luego de sacrificar la «res de consumo», el medio más frecuente utilizado en el hato para alimentar a la tripulación de llaneros y resto del personal, se procede con el salado de su carne para conservarla, algo que después de unos días, ya estando seca, le añade un sabor muy característico.

El pisillo, al igual que ocurre con la carne molida en la cultura gastronómica de otras partes del mundo, es un medio práctico para incorporar una porción de proteína animal de calidad en las comidas y alimentar a la vez a un gran número de comensales. Este plato en particular denota que proviene de los tiempos más remotos de la cultura vaquera de los hatos, pues el utensilio que debía emplearse para procesar esta carne luego de sancocharla es el ancestral y hoy día casi extinto pilón, que se utilizaba en otros momentos, principalmente para «pillar» el maíz para las arepas, bien llamado por Ramón Páez «El pan predilecto del país». Son muy pocos los hatos donde aún se consiguen pilones en uso, habiéndose convertido la mayoría de estos en adornos para las casas, como recuerdo de tiempos más duros, tal como decía Ramón Bartolo: «No saben hacé un pilón, se encuentran maneas, antes en el hato se hacía el pilón, pa'pilá el maíz, pa'pilá la carne, era lo de antes. Cuando yo fui chofotero en Apure, yo pilaba maíz, pilaba carne pa'pisillo». En muchos lugares esta carne ya no se machaca en pilón sino que se pasa por un molino o una batea de madera y una piedra lisa para «pisar» o «mallugar» la carne para poder machacarla. Simón Solís nos habla sobre la importancia de este plato en la gastronomía del hato La Victoria Garciera: «Se hacía el pisillo era para diferenciá la comida, pa'variar la comida». Y Ramón Bartolo Núñez, sobre el pisillo que se preparaba en Juan Mateo, que no difiere del descrito sobre La Victoria, añadía: «Tienes que primero enjuagála. Si es pa'pisillo, la cortas en la mañanita, la mujer la pone a herví y después ahí dejó la sar, y después la pasas por un pilón, pilas el pisillo, piláo el pisillo, lo ligas con arroz o con arepa».

El pisillo acostumbra a comerse con arroz blanco o con topochos o yuca sancochada —conocido por los llaneros como «el pan»—, o se puede acompañar con frijoles entre otros contornos. Un pisillo, bien preparado y bien seco en el caldero, puede durar días sin necesidad de refrigerarse, tal como descubrimos en uno de los hatos donde pasamos una semana entera comiendo esta preparación del mismo caldero grande al que se le colocaba una tapa, extrayendo solamente lo que íbamos a consumir ese día para calentarlo.



Pisillo de tasajo (10 raciones)

Ingredientes

1,5 kg de carne salada o tasajo
4,5 l de agua filtrada
80 ml de aceite vegetal onotado (opcional
manteca de marrano o «graso de riñonada»
que es grasa de ganado)
300 g de cebolla blanca cortada en cubos
pequeños
250 g de cebollín cortado finamente
140 g de ají dulce verde cortado en cubos
pequeños
140 g de ají dulce rojo cortado en cubos
pequeños
1 cdta. de sal*

Preparación

Lavar la carne con agua corriente frotándola un poco. Cortarla en trozos de 10 x 8 cm y colocarla en una olla o caldero con el agua filtrada. Cocinar hasta que se ablande pero se mantenga entera. Retirar del agua y escurrir bien el exceso. Descartar el líquido. Retirar el exceso de grasa exterior a la carne. Pasar a un pilón y pisarla hasta que se desarme (puede utilizarse también una piedra). En algunos casos se puede terminar de desmenuzar con las manos en hebras finas. Reservar. Colocar directamente en un caldero seco y calentar. Agregar el aceite onotado, la grasa o manteca y sofreír con la cebolla, el cebollín y el ají, removiendo regularmente hasta que se doren de manera uniforme. Sofreír por un minuto. Añadir la sal (si es necesario)* y mezclar bien. Servir acompañado de arroz blanco y tostones de topocho verde.

Sancocho de hato apureño

La res de consumo que los patronos entregan a los comedores de los hatos grandes se acostumbra aprovecharla absolutamente toda, incluidos los huesos ya que, como hemos visto, la dieta básica se centra todavía en el consumo de carne de ganado, el recurso más abundante y accesible.

Contaba Ramón Bartolo Núñez que cuando se mataba una res, del almuerzo ese día se hacía sancocho con el espinazo. Los huesos, al igual que el resto de la carne de res que no se consume inmediatamente, se salan para conservarlos. Es importante que los huesos conserven algo de carne pegada y que estén previamente «picados» al estilo llanero —normalmente esto se hace el momento del beneficio con un hacha—, donde se rompe el hueso a todo lo largo pero sin que se separen las partes, unidas por la carne, procediendo luego a salarlo profusamente. Ramón Bartolo Núñez se refería a estos sancochos como la «comida completa»: los huesos con arroz, caraota o con frijoles. Porque un hueso picado con hacha lleva carne.

Sancocho de hato apureño (18 raciones)

Ingredientes

1,5 kg de huesos salados o frescos si la res es recién sacrificada (aproximadamente 2 huesos de tuétano completos). Se puede sustituir por unas costillas saladas enteras picadas en trozos o por el hueso del espinazo, de cadera o de cogote
6 l de agua filtrada
10 topochos verdes
100 ml de aceite de maíz onotado
80 g de ají dulce verde cortado en cubos pequeños
130 g de ají dulce rojo cortado en cubos pequeños
2 cda. de ajo machacado
6 tallos con sus hojas de cebollín (500g) gruesamente cortados
6 ramitas de orégano fresco
20 g de cilantro cortado finamente
20 g de culantro cortado finamente
Sal de ser necesario

Preparación

Lavar las costillas (o la carne escogida) con abundante agua corriente. Colocar al fuego en una olla con el agua y al llegar al hervor, bajar a fuego moderado y cocinar hasta que la carne esté suave y se desprenda del hueso pero sin desarmarse. Incorporar «el cuajo», un medio para espesar el caldo, que son los topochos verdes «raspaos», tal como nos indicaba Simón Solís —este proceso de «raspar los topochos» consiste en pelarlos y sobre la olla con un cuchillo ir raspándolos dejando caer dentro de la olla una masa para proporcionarle textura— (es opcional rallar los topochos pelados por la parte fina de un rallo directamente sobre la preparación, de manera que la masa de topocho caiga dentro y vaya espesando el caldo). Cocinar por 45 minutos más, removiendo con regularidad desde el fondo de la olla. Simultáneamente, calentar el aceite onotado en un caldero y sofreír los ajíes dulces por 10 minutos a fuego medio. Agregar el ajo y sofreír 2 minutos más. Incorporarlo al caldo junto con el cebollín y el orégano. Cocinar por 15 minutos más. Añadir el cilantro, el culantro y mezclar bien. Retirar del fuego y dejar reposar por 10 minutos. Retirar las ramitas de orégano y descartarlas. Servir en fuentes hondas acompañado de arroz blanco y yuca hervida.







BIBLIOGRAFÍA

- AGOSTI, Luis. *Jaguares, llanos y baqueanos*. Ediciones El Albir. Barcelona, 1983.
- AGUERO, Argenis. «Apuntes históricos sobre la navegación entre los ríos Cojedes y Orinoco». *Tiempo y Espacio* [online]. 2015, vol. 25, n.º 64 [citado 2019-09-04]. 405-427. Disponible en: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962015000200018&lng=es&nrm=iso&tlng=es.
- ANÓNIMO. *Las sabanas de Barinas, por un oficial inglés*. Ministerio de Comunicación e Información, Caracas, 2006.
- ARANA, Hugo Rafael. *El hato apureño: aspectos socio-económicos y culturales*, Centro de Estudios Histórico-Sociales del Llano Venezolano, Universidad Rómulo Gallegos (CELLUNERG), San Juan de los Morros, 2010. Disponible en: <http://cellunerg.blogspot.com/2010/01/el-hato-apureno-aspectos-socio.html>
- ARP, Walter y Elena. *Brasas del terruño*. Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Caracas, 1986.
- ARVELO TORREALBA, Alberto. *Obra poética*. Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, Caracas, 1967.
- ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE VENEZUELA, Seccional Apure. *Cuentos apureños*. Universidad Central de Venezuela, San Fernando de Apure, 1984.
- Momento de la poesía apureña*. Universidad Central de Venezuela, San Fernando de Apure, 1985.
- AUTORES VARIOS. *Hato el Frío. El corazón de los Llanos*. Publicaciones Degal, Valencia, 2008.
- BETANCOURT SOSA, Francisco. *La Calzada. Escuela de Centauros*. Editorial La Bagatela. Cúcuta, 1978.
- BRITTO GARCÍA, Luis. *El llano*, Fundación Polar, Caracas, 1986.
- BOTTING, Douglas. *Humboldt y el cosmos. Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1959)*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1981.
- CABRERA SIFONTES, Horacio. *La Rubiera*. Publicaciones Reunidas, Barcelona, 1972.
- CALZADILLA VALDÉS, Fernando. *Por los llanos de Apure*, Productora Hernández, Caracas, 1988.
- CARRILLO-BATALLA, Vicente. *Sabanas de soledad, relatos y estampas del llano venezolano*. Organización Gráficas Capriles, Caracas, 2018.
- CARTAY, Rafael. *Entre gustos y sabores. Costumbres gastronómicas de Venezuela*. Fundación Bigott, Caracas, 2010.
- CARVAJAL, Fray Jacinto de. *Descubrimiento del río Apure*. Grandes libros venezolanos. Ediciones Edime, Madrid, 1956.
- CARVALLO, Gastón. *El hato venezolano 1900-1980*, Fondo Editorial Tropykos, Serie Agricultura y Sociedad, Caracas, 1985.
- ARMAS ALFONZO, Alfredo. *Hierra*. Ediciones Corpoven, Caracas, 1980.
- ARMAS CHITTY, José Antonio de. *Zaraza. Biografía de un pueblo*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1983.
- Vocabulario del hato*. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966.
- DUNO DE STEFANO, Rodrigo; Aymard, Gerardo; Huber, Otto. *Catálogo anotado e ilustrado de la flora vascular del llano de Venezuela*. Fudena, Fundación Empresas Polar, FIBV, Caracas, 2007.
- ESTRADA CASTILLO, Carmen Beatriz de. *Gastronomía apureña*. Editorial Miranda, Villa de Cura, 2007.
- FEBRES GUEVARA, José A. *Los héroes de las Queseras del Medio*. Fundación Latino y Banco Hipotecario de Occidente, Caracas, 1990.
- FLINTER, George Dwason. *The History of the Revolution of Caracas... with a description of the llaneros, or people of the plains of South America*. Historical Collection of the British Library. Lexington, 2011.
- GALLEGOS, Rómulo. *Cantaclaro*. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1969.
- Doña Bárbara*. (Prólogo de Juan Liscano; notas, variantes, cronología y bibliografía de Efraín Subero), Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.
- Doña Bárbara*. Gráficas Armitano, Caracas, 1984.
- GARCÍA M., Luis; Rojas, N. Vicente. *El hato barinés en los llanos occidentales venezolanos*. Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora, Vicerrectorado de Planificación y Desarrollo Social. Barinas, 1996.
- GIACOPINI ZÁRRAGA, José Antonio; Hoogestijn, Rafael. *Los llaneros*, Armitano Editores, Caracas, 1994.
- GINÉS, Hermano; Aveledo, Ramón. *Aves de caza de Venezuela*. Monografía n.º 4, Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, Caracas, 1958.
- GÓMEZ PERNÍA, Otto. *Nuestra carne, origen, cualidades y culinaria de la carne bovina venezolana*. Ediciones Grupo TEI, Caracas, 2010.
- HEMMING, John. *En busca de El Dorado*. Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984.
- HOOGESTELJN, Rafael, Edgardo Mondolfi. *El jaguar, tigre americano*. Armitano Editores, Caracas, 1992.
- HUMBOLDT, Alexander de. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Talleres de Artes Gráficas, Caracas, 1941.
- JIMÉNEZ GARRIDO, Simón A. *Apuntes Históricas sobre Barinas*. Centro de Estudios Históricos del Estado Barinas, Mérida, 1983.
- LAYA, Carlos. *Arauca-Arriba (Paliques cimarrones)*. Ediciones del hato La Trinidad de Arauca, Hogar del Cristo de La Mata, Caracas, 1969.
- LEÓN, Ramón David. *Geografía gastronómica venezolana*. Línea Editores, Caracas, 1984.
- LOPEZ BOSCH, Ali. *Aspectos socio históricos, origen y desarrollo de la ganadería vacuna de Venezuela (Parte I)*. Universidad Central de Venezuela, Maracay, 1987.
- LOPEZ DE CEBALLOS, Eduardo. *Por las sabanas de Barinas*. Federación Nacional de Ganaderos de Venezuela, Caracas, 1970.
- LOVERA, José Rafael. *Historia de la alimentación en Venezuela*. Centro de Estudios Gastronómicos, Caracas, 1998.
- Relación de Viajes a las Indias de Galeotto Cey 1539-1553*. Fundación Banco Venezolano de Crédito. Colección y

- Centenario del Encuentro entre Dos Mundos. Caracas, 1998. *Yantares Latinoamericanos (Ensayos de Historia Cultural)*. Coedición de la Academia Nacional de la Historia y del Centro de Estudios Gastronómicos, Caracas, 2014.
- LORETO LORETO, Jesus José. *El Llano y sus costumbres*. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1980.
- MÉNDEZ ECHENIQUE, Argenis. *Historia de Apure. Misión panorámica*. Publicaciones del cronista del estado Apure. Editorial El Llano, San Juan de los Morros, 1980.
- Historia regional del estado Apure. Academia Nacional de la Historia*. Caracas, 1995.
- MENDOZA, Daniel (heterónimo de Rafael Bolívar Coronado). *El llanero*. Editorial América, Madrid, 1917. *Obra completa*. Colección Clásicos de la Tierra N.º 2, Fundación Guariqueña para la Cultura, Consejo Nacional de la Cultura, San Juan de Los Morros, 1993.
- MOODY, Michael. *Rodeos de las Américas*. Armitano Editores, Caracas, 1998.
- PAEZ, José Antonio. *Autobiografía*. Tomo I. Coordinación de Información y Relaciones de Petróleos de Venezuela, Caracas, 1990.
- PAEZ, Ramón. *Escenas rústicas en Sur América o la vida en el Llano de Venezuela*. Ediciones Centauro, Caracas, 1980.
- PÉREZ ÁNGEL, Héctor Publio. «La hacienda y el hato en la estructura económica, social y política de los llanos colombo-venezolanos durante el período colonial». En *Revista Semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales*, n.º 11, enero 2007, Universidad de Los Andes. Procesos Históricos, Mérida. Disponible en: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/23201/2/articulo6.pdf>
- PLASSE, Dieter; Salom, Rafael. *Ganadería de carne en Venezuela*. Talleres Escuela Técnica Popular Don Bosco, Caracas, 1979.
- PINTO C., Manuel. *Un censo ganadero de 1971*. Biblioteca de Temas y Autores de Anzoátegui. Ediciones de Presidencia de la República, Caracas, 1980.
- PITTIER, Henri. *Manual de las plantas usuales de Venezuela*. Fundación Eugenio Mendoza, Barcelona, 1978.
- RODRÍGUEZ ARGÜELLO, Elías. *Río Apure. Relatos de la vida fluvial*. Artistas Gráficos Asociados, Maracay, 1966.
- ROMERO MARTÍNEZ, Vinicio. *Aventuras de José Antonio Páez*. Editorial Akining & Kramer, Caracas, 1990.
- RODRÍGUEZ MIRABAL, Adelina C. *La formación del latifundio ganadero en los llanos de Apure 1750-1800*. Fuente para la Historia Colonial de Venezuela, n.º 193. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1987.
- RON PEDRIQUE, M. L. *Tradiciones llaneras*. Barcelona, 1928.
- SALMON, Ross. *Jungle Boy*. Hodder and Stoughton, Londres, 1953.
- Sánchez Olivo, Julio César. *Crónicas de Apure*. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1988.
- SÁNCHEZ OSTO, José Manuel. *El llano de Apure*. Publicaciones del cronista del Estado Apure, Editorial El Llano, San Juan de los Morros, 1981.
- SIOEN, Gerard; Vareschi, Volkmar. *Venezuela. El llano*. Editions René Moser, Madrid, 1982.
- SLATTA, Richard W. *Cowboys of the Americas*. Yale University Press, New Haven, 1990.
- SULLIVAN, Sir Edward. *Rambles and Scrambles in North America and South America*. Robert Bentley, Londres, 1853.
- TABLANTE GARRIDO, Pedro Nicolás. *Provincia de Apure, Monografía del Gobernador Gral. José Cornelio Muñoz*. Cuadernos Geográficos n.º 1. Instituto de Geografía y de Conservación de Recursos Naturales, Universidad de Los Andes, Mérida, 1961.
- TAMAYO, Francisco. *Los llanos de Venezuela*. Colección Científica, Monteavila Editores, Caracas, 1972.
- TAPIA, José León. *La música de las charnelas*. Ediciones Centauro, Caracas, 1980.
- TRUJILLO MASCIA, Naudy. «Elementos de etnomedicina veterinaria en la historia de Venezuela». Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina Veterinaria, año 3, n.º 2, vol. 6, julio-diciembre, 2013. Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado/Decanato de Ciencias Veterinarias/ Cátedra de Historia, Ética y Deontología de la Medicina Veterinaria, Barquisimeto. Disponible en: <https://revistacmvl.jimdo.com/suscripci%C3%B3n/volumen-6/etnomedicina-vet/>
- TORREALBA, Antonio José. *Diario de un llanero* (6 tomos). Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Filología Andrés Bello, Gobernación del Estado Apure, Caracas, 1987.
- VELÁSQUEZ, Ramón J. *La lucha entre productores y tratantes en ganado*. Universidad Católica Andrés Bello, Centro de Investigación de la Comunicación, Red Venezolana de Comunicación y Cultura Sala Virtual de Investigación Ramón José Velásquez. Signo, Caracas, 1951.
- VILA, Marco Aurelio. *Aspectos geográficos del estado Apure*. Monografías Económicas Estadales, Subgerencia de Servicios Técnicos, Corporación Venezolana de Fomento, Caracas, 1955.
- Aspectos geográficos del estado Barinas*. Ediciones del Departamento de Relaciones Públicas Corporación Venezolana de Fomento, Caracas, 1963.
- Por los espacios llaneros*. Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, Caracas, 1967.
- Lo geográfico en Doña Bárbara*. Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas, 1986.
- RODRÍGUEZ, Adolfo. «Condiciones que favorecieron un clima emancipatorio en el llano colombo-venezolanos». XI Simposio Internacional de Historia del Llano colombo-venezolanos, Bicentenario de la Independencia, 20 de julio de 1810-20 de julio de 2010. Támara-Casanare, Colombia, 2010. Disponible en: <http://cellunerg.blogspot.com/2010/08/condiciones-que-favorecieron-un-clima.html>



Simón Candelario Solís

Conocido entre sus amigos como «El Negro Simón Solís», nace en 1944 en una fundación situada en la costa del caño Buría, entre los terrenos de Campo Alegre (Tierras del Cedral Fuentero) y el hato la Victoria Garciera, en un rincón entre estos predios llamado Los Pozos. Este fundo vio su niñez hasta que a los cinco años, cuando muere su madre, pasa al cuidado de su padre adoptivo, Valeriano Andrade, con quien se muda al fundo dentro del hato La Victoria Garciera. Valeriano Andrade —hijo del legendario brujeador o «brujo de las bestias» apureño Santos Rivero—, quien trabajaba, entre otros lugares, en los hatos San Pablo Paeño y El Frío, y de quien Solís aprende el arte de brujear caballos, además de toda la cultura mística del Llano. Comienza a trabajar Llano con el ganado de ordeño como becerrero, ordeñador, para después manejar las bestias del fundo San José. Se muda con su familia a Quintero, estado Apure, desde donde se traslada hasta el hato Suripá, la Gabaldonera, de Chui Gabaldón, y el hato Quitasol. En 1967, siendo Solís un llanero ya completo, un «llanero hecho» formado en las cachilaperas del hato Suripá, su amigo Pedro Pantoja lo convida a trabajar para Luis Miquilena —en ese entonces diputado del gobierno por el partido comunista— en su hato Caroní, vía de San Silvestre, primero amansando vacas y después como tractorista. La propiedad pasa a ser luego de la sociedad Luis Miquilena-Tomás Enrique Carrillo-Batalla, que tras un tiempo de funcionamiento se disuelve, como consecuencia de lo cual la mitad del hato queda en manos de la familia Carrillo-Batalla que lo transforma en el hato Los Samanes. Solís pasa a trabajar con Enrique Carrillo-Batalla en La Maporita Batallera, vía Dolores, estado Barinas, convirtiéndose en hombre de confianza de la familia. Es contratado como amansador de caballos en el hato Montesacro, Valles de Chirgua, estado Carabobo —anteriormente propiedad de Nelson Rockefeller—, entonces perteneciente a los señores Ruiz Del Viso. Los Carrillo-Batalla le ofrecen fundar el hato Los Samanes

y es durante estos años cuando Solís adquiere fama en las mangas de coleo como una figura destacada en el deporte. Posteriormente Solís se instala en el hato Menoreño para dirigir las operaciones de captura a «soga y cola 'e caballo» de las cimarroneras que aún quedaban en este hato y tras la asociación de los Carrillo-Battar con INVEGA, propiedad de la familia Maldonado, Solís queda a cargo de la finca La Bendición, donde monta un pequeño ordeño y un engorde de animales para residenciarse allí durante varias décadas con su esposa e hijos. En la actualidad vive en la vía del pueblo de Torunos, en la periferia de Barinas, desde donde todavía a sus 75 años es contratado como amansador, brujeador y fabricante de falsetas, entre otras cosas.



Rafael Simón Pacheco

Nace 1950 en el fundo El Panchero, a orillas del río Pao, dentro del hato Paraima, estado Cojedes, donde se cría y comienza a trabajar en el Llano a los 15 años después de abandonar la escuela. Diestro llanero de a caballo, con gran experticia con el lazo en los trabajos de Llano y las cachilaperas, escala posiciones dentro de la jerarquía del hato y la confianza de la familia Branger, propietaria del hato. Llega a ser nombrado caporal de sabana y labora en forma ininterrumpida en Agropecuaria San Francisco (ASF) hasta su disolución en 2007. En la actualidad continúa siendo una figura muy respetada en la zona y trabaja en el hato Mantecalito, entre Las Galeras de El Pao y el Caserío de Caño Benito, propiedad de Paco Branger Beaufrand, quien dice de «Pacheco», como cariñosamente se le conoce: «Debo resaltar que con Pacheco existe aparte de la relación laboral, una amistad casi de juventud. Posee una capacidad para el trabajo, además de un conocimiento absoluto del medio y una memoria privilegiada, ya que conoce la cédula de identidad de cada vaca y toro donde trabaja. Es un fiel amigo».



Reneldo Ojeda

Cariñosamente conocido como «El Cabo», nace en 1935 en el pueblo de Miranda, estado Carabobo. A los once años comienza a trabajar con su padre, Manuel Francisco Ojeda Rodríguez, en la hacienda San Luis, como peón y ordeñador. A partir de este momento manifiesta una pasión extraordinaria por los caballos que le amerita renombre en los círculos y mangas de coleo de la llanura y de Carabobo, fama que lo acompañaría hasta el final de sus días. A principios de la década de los cincuenta empieza a trabajar con Iván Darío Maldonado y José Luis Bello en el hato Barrera como ordeñador y sabanero. Con el pasar de los años, Reneldo Ojeda se transforma en la persona de máxima confianza de la familia Maldonado en sus explotaciones ganaderas y toma parte activa en la planificación y el desarrollo de los grandes arrees de ganado que tenían lugar entre el hato familiar, el hato el Frío en Apure y la hacienda Paya en Carabobo. Reneldo mantuvo una gran amistad personal con don José Luis Bello, hasta su muerte en los corrales a causa de la cornada de un toro bravo. Ojeda fue entonces designado como encargado del hato Espinito, en Las Galeras de El Pao, donde llega a ser supervisor de todos los hatos y las operaciones ganaderas de Inversiones Ganaderas Venezolanas C.A. (INVEGA) y posteriormente vicepresidente de operaciones. En los años noventa supervisa la construcción de los corrales e instalaciones del hato Menoreño en el alto Apure, propiedad de las familias Carrillo-Batalla y Maldonado. Reneldo Ojeda es una figura muy conocida en el mundo del caballo en Carabobo, con participación activa en la organización de los desfiles de la Asociación de Ganaderos de Carabobo y en las cabalgatas conmemorativas que durante un lustro tuvieron lugar desde Taguanes hasta el Campo de Carabobo. Fallecido en julio de 2017, en pleno desarrollo de este proyecto editorial, es para nosotros un recordatorio constante de que ese Llano viejo se va acabando y debemos hacer esfuerzos por preservarlo.



Archivo histórico Familia Maldonado

Ramón Bartolo Núñez

Conocido cariñosamente como Bartolo o «Bartolito», nace en 1950 en el fundo La Fe, vecino al hato La Trinidad, en el cajón de Arauca, estado Apure. Allí, bajo el antiguo esquema de las queseras, aprende a trabajar de niño con el ganado como becerrero, ordeñador y también a defenderse sobre un caballo. Siendo un muchacho aún, comienza a amansar caballos para la fundación Los Topochales en el hato Juan Mateo, propiedad de la familia Hernández Vázquez, donde afirma que se hizo llanero. Llega al hato Juan Mateo a los catorce años como chofotero y posteriormente se desempeña como sabanero —siendo su primer cargo el de «tener los bueyes» en el paradero—, llanero y caballicero a cargo de doscientos cincuenta caballos de madrina. Tras una década en ese hato, donde aprendió la antigua empresa de la cimarronera o cachilapera, se traslada como persona de confianza de los dueños al hato Corralito, Las Galeras de El Baúl, estado Cojedes, donde continúa trabajando como encargado de la madrina de caballos de los dueños. En 2012 es invitado por los autores del libro a participar como maestro componedor de reses y asador de carne al estilo antiguo en un programa de televisión documental filmado en la Hacienda los Aguacates, estado Carabobo, y conducido por Héctor Soucy y Otto Gómez bajo el título *Rescate de tradición centenaria*. En la actualidad, a sus casi 70 años, todavía se le puede observar cuidando de los caballos del hato y en un fundo de su propiedad arreando mautes hasta el paradero.

*Se ocultó por fin el sol,
pero quedó largo rato suspendido sobre el horizonte
el lento crepúsculo llanero en una faja de arboles sombríos,
cortados por la línea neta del disco de la llanura,
mientras en el confín opuesto,
al fondo de una transparente lontananza de tierras mudas,
comenzaba a levantarse la luna llena.
Se fue haciendo más y más brillante el fulgor espectral
que plateaba los pajonales y flotaba como un velo en las hondas lejanías,
y ya era entrada la noche cuando llegaron a las fundaciones del hato.*

Rómulo Gallegos, Doña Bárbara

*Reliquias vivientes del Llano venezolano
se imprimió en papel recubierto glasé de 150 g
en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela
en noviembre de 2019.*

En su composición se uso la familia tipográfica Glypha.

La publicación estuvo al cuidado de

editemos